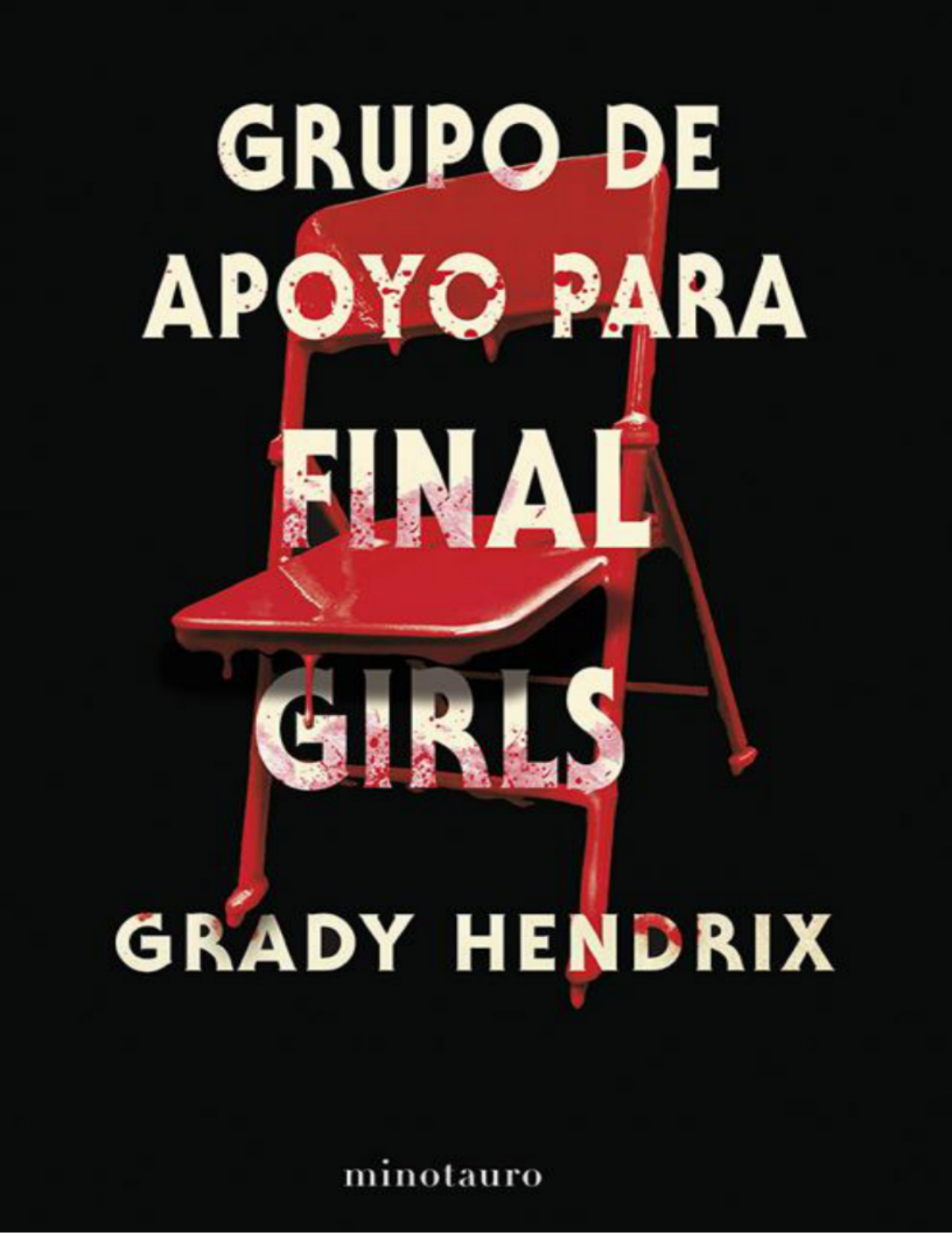
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS



GRADY HENDRIX

minotauro

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS I
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS II
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS EN 3D
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS IV
LA NUEVA PESADILLA DEL GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS VI
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS VII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS VIII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS IX
GAPFG X
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XI
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XIII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XIV
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XV
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XVI
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XVII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XVIII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XIX
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XX
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXI
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXIII
GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXIV
AGRADECIMIENTOS
NOTA
CRÉDITOS

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You
Tube

SINOPSIS

En las películas de miedo, las Final Girls son las que han quedado con vida cuando empiezan a pasar los títulos de créditos. Han sobrevivido a la peor noche de su vida, sí, pero… ¿qué sucede luego?

Lynnette Tarkington es una Final Girl, una de esas que sobrevivió a una masacre. Durante más de una década, ha estado reuniéndose con otras cinco Final Girls y con su terapeuta en un grupo de apoyo secreto para mujeres que han sobrevivido a situaciones increíbles, trabajando todas ellas para recuperar su vida.

Entonces, un día, una de ellas parece que llegue tarde a la reunión… hasta que los peores miedos de las demás se hacen realidad: al parecer, alguien conoce la existencia del grupo y está decidido a asesinar a todas sus integrantes, una a una.

La cuestión con las Final Girls es que da igual lo bajas que sean las probabilidades que tienen de sobrevivir, lo oscura que sea la noche o lo afilado que esté el cuchillo, porque nunca, nunca, se rinden.

· Obra ganadora del premio Mejor Novela de Terror otorgado por Goodreads en 2021.
· «El maestro del terror […] les da un giro único a los tropos de las películas de cuchilladas», *USA Today*.
· «Sus personajes son divertidos y reales, aunque alguno de ellos debería perder una extremidad en algún momento», *The New York Times*.
· «Se trata de una novela de suspense espolvoreada con humor negro que le da una vuelta a la cultura popular», *Publisher's Weekly*.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS

GRADY HENDRIX

minotauro

Amanda,
el amor verdadero consiste en poner al otro
por delante de ti.
Por eso creo
que deberías ser tú quien cruzara el hielo
por delante de mí.

Final Girl (f) La última chica
que queda con vida en una película de miedo.

r/últimasdamas Publicado por u/fu(bar)gate hace 17 meses

La última palabra sobre las Final Girls.doc tiene dos millones cien mil visitas en YouTube. ¡No me jodas! ¡Pero ¿a quién le importan un puñado de abuelas con el cuello arrugado?! Si alguna de ellas estuviera buena, vale, lo entendería, pero estoy cansado de oír hablar de ellas.

Compartir Guardar Ocultar Reportar

r/últimasdamas Publicado por u/Orcomeno hace 17 meses

El tiempo no las ha tratado bien, sus 15 minutos de gloria acabaron hace 15 años.

Compartir Guardar Ocultar Reportar

r/últimasdamas Publicado por u/fu(bar)gate hace 17 meses

Ojalá desaparecieran todas.

Compartir Guardar Ocultar Reportar

r/últimasdamas Publicado por u/Orcomeno hace 17 meses

Ten paciencia, recuerda que Víbora Hansen, Ricky Walker y Walter Scroggs están en la cárcel, no muertos. La peña dice que el rey de los sueños aún anda por ahí. Algún día, la peña se olvidará del todo de las Final Girls y entonces recibirán su merecido.

Compartir Guardar Ocultar Reportar

Hilo de r/últimasdamas, subreddit Final Girls

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS I

Me despierto, me levanto de la cama, le doy los buenos días a mi planta, abro una barrita de proteínas y bebo un litro de agua embotellada. Pasan cinco minutos antes de que recuerde que podría morir hoy mismo. Cuando te haces vieja te vuelves blanda.

En la sala de estar me estiro y practico cuarenta rodillazos y cuarenta golpes con la palma de la mano, y hago escaladores hasta que empiezan a caer gotas de sudor en el suelo de cemento. Practico también codazos. Lo hago hasta que me arden los hombros. Subo a la cinta, la pongo a velocidad siete y corro hasta que me queman los muslos y me cuesta respirar. No, corro cinco minutos más. Tengo que castigarme por haber olvidado lo que está en juego, en especial hoy.

Echo el pestillo de la puerta del baño y me ducho. Hago la cama para evitar la tentación de volver a meterme en ella. Pongo la tetera a calentar, y cuando suena tengo mi primer ataque de pánico del día.

No es de los malos; apenas un calambre en el pecho que hace que sienta como si una mano gigante me estuviera apretando los pulmones. Cierro los ojos y me concentro en relajar los músculos de la garganta y en respirar hondo para que el oxígeno me llegue a lo más profundo de los pulmones. Después de dos minutos y medio, vuelvo a respirar normal y abro los ojos.

Este apartamento es el único sitio del mundo en el que puedo hacer algo así. Un dormitorio, una sala, una cocina y un baño en los que, siempre y cuando tome ciertas precauciones, puedo cerrar los ojos dos minutos. Ahí afuera, en el mundo, está teniendo lugar una interminable fiesta de asesinatos y, si cometo el más mínimo error, podría ser yo la que muriera.

Vuelvo a la sala y pongo la CNN para ver cómo va el recuento de víctimas del día. Nada más ver las primeras imágenes comprendo que las próximas veinticuatro horas van a ser malas.

Las imágenes en directo que transmite un dron de un campamento de verano quedan ocultas entre la demás basura que está emitiendo la CNN. Se ven numerosas ambulancias y coches de bomberos alrededor de los barracones, personas con trajes blancos de protección bioquímica caminando entre los árboles y la cinta amarilla de la policía bloqueando la carretera. Pasan a imágenes grabadas de la noche anterior, brillantes luces azules en la oscuridad, y siento como

si el encabezado me pegara un puñetazo en la tripa: *Se repite en la vida real la tragedia del Lago Red*.

Activo el sonido y la historia cuenta exactamente lo que me temía. Alguien ha asesinado a seis monitores del Campamento del Lago Red cuando estaban cerrando las instalaciones hasta la próxima temporada. El asesino utilizó varias armas: una hoz, un taladro, un arco y un machete, y habría habido una séptima víctima de no ser porque esta Final Girl, una chica de dieciséis años que, según el generador de caracteres de la CNN, se llama Stephanie Fugate, consiguió deshacerse de él en el granero.

Aún no han identificado al asesino, pero Stephanie aparece en pantalla en una foto de instituto, pálida y con la cara redonda, sonriendo, con aparatos en los dientes. Su sonrisa me parte el corazón. Después de lo de anoche jamás volverá a ser feliz. Ahora es una Final Girl.

Estás viendo una película de miedo y el asesino silencioso mata al porrero, al cerebrito, al atleta y al profesor suplente, y ahora está persiguiendo a la canguro virgen por el bosque. Ella es la que dijo que no deberían hacer una fiesta en aquel campamento de verano solitario, entrar por la fuerza en aquel manicomio abandonado o bañarse desnudos en aquel lago aislado —en especial, dado que es la noche de Halloween, de Acción de Gracias, del Día del Árbol o del aniversario de aquellos asesinatos sin resolver de hace tanto tiempo—. El asesino tiene una sierra mecánica, un bichero o un cuchillo de carnicero, y la chica no tiene nada: ni músculos, ni tamaño, ni escopeta. Lo único que tiene es cardio y la típica cara estadounidense. Aun así, por alguna razón, consigue matar al asesino y, entonces, se queda mirando a la nada y se desploma en los brazos de un policía; o sale corriendo, llorando, hacia su novio; o hace un último comentario jocoso; o enciende un cigarrillo; o hace una última pregunta que deja a todos preocupados; o se la llevan en una ambulancia mientras grita y grita como si no fuera a parar nunca.

¿Alguna vez te has parado a pensar en qué les sucede a las Final Girls después de que la policía las descarte como sospechosas? ¿Después de que la prensa publique esa fotografía del anuario del colegio con los aparatos, la cara llena de granos o el pelo revuelto, foto que suele ser imposible que no acabe en la cubierta de algún libro de asesinatos? ¿Después de noches y noches incapaz de pegar ojo a la luz de las velas y de los ratos de silencio? ¿Después de que alguien plante el arbusto del recuerdo?

Yo sé qué les sucede. Después de que se firme un trato para rodar una película; después de que la franquicia de la película fracase;

después de que te des cuenta de que, mientras todos los demás estaban rellenando solicitudes para la universidad, tú estabas en un programa de tratamiento haciendo ver que no le tenías miedo a la oscuridad; después de la gira por programas de televisión; después de que tu tercera terapeuta acepte que no es sino tu dispensador automático de propanolol y que no vas a hacer ninguna locura mientras ella está de guardia; después de que te des cuenta de que lo único interesante que te va a pasar en la vida es lo que te sucedió cuando tenías dieciséis años; después de que dejes de salir a la calle; después de que empieces a mirar las cerrajerías como otras mujeres miran el escaparate de Tiffany; después de que te hayas marchado del pueblo porque no podías soportar esa mirada de «¿Por qué tú no?» por parte de los padres de todos tus amigos muertos; después de que lo hayas perdido todo; de que hayas atravesado el fuego; de que hayas empezado a conocer por el nombre de pila a quienes te acosan… Bueno, pues después de todo eso acabas allí adonde yo voy hoy: en el sótano de una iglesia de Burbank, sentada de espaldas a la pared, intentando no romperte en pedazos.

Somos una especie en peligro, algo por lo que doy gracias. Solo quedamos seis. Antes me daba pena que no fuéramos más, pero somos criaturas de los años ochenta y el mundo ha seguido adelante. Antes solían desempolvar archivos de audio por nuestro aniversario o volvían a poner el clásico de nuestra franquicia, pero hoy en día todo gira en torno a los vertidos de crudo y a WikiLeaks, a las manifestaciones y a los talibanes. Nosotras seis formamos parte de otra era. Somos invisibles para los medios. Es como si no existiéramos.

Cuando apago la tele me doy cuenta de que lo he contado mal. En realidad somos siete. La cuestión es que no me gusta pensar en Chrissy. A nadie le gusta. Mencionarla puede hacer incluso que se te tuerza el día… porque es una traidora. Así que decido tomarme un momento, a pesar de que solo tenga tres horas para llegar al grupo, y respiro hondo e intento concentrarme de nuevo.

Adrienne va a estar fatal. Lo del Campamento del Lago Red es lo que le sucedió a ella, aunque luego compró el sitio y lo convirtió en un retiro para víctimas de todo tipo de violencia, aunque sobre todo acudíamos Final Girls de tiroteos en institutos y otras que conseguían escapar de sus secuestradores. Esto le toca justo donde vive. Por lo menos nos proporcionará un tema nuevo del que hablar y no tendremos que estar dándoles vueltas una y otra vez a los viejos temas de siempre.

Cuando ya no puedo más me preparo para salir. Además de una vez a la semana para ir a la oficina de correos, que está al otro lado de

la calle; una vez al mes para comprobar las rutas de huida, y quincenalmente para ir a la tienda de la esquina a por provisiones, no salgo de este apartamento sino para asistir al grupo de apoyo. No me gustan los riesgos. Llevo el pelo corto porque, si lo llevas largo, te pueden agarrar de él. Siempre llevo zapatillas de deporte por si tengo que salir corriendo. No visto ropa ancha.

Compruebo que lo llevo todo en los bolsillos: las llaves, el dinero, el móvil, las armas. Dejé de llevar la pistola por un incidente que tuve en el transporte público hace un par de años, pero llevo un espray de pimienta, un cúter en el bolsillo derecho y una cuchilla que me pego con esparadrapo al tobillo izquierdo. Nunca llevo auriculares. Ni gafas de sol. Me aseguro de que llevo la chaqueta bien atada para que no se me enganche. Entonces me despido de mi planta, respiro hondo, salgo del apartamento y me enfrento al mundo que quiere matarme.

EL GRUPO DE APOYO DE LAS FINAL GIRLS
Notas de la doctora Carol Elliott
Sesión núm. I88
Septiembre de 20I0

ASISTENTES
Marilyn Torres
Adrienne Butler
Dani Shipman
Lynnette Tarkington
Heather DeLuca
Julia Campbell

Notas anteriores a la sesión: me sorprende ver que este mes se cumple el decimosexto aniversario de las sesiones grupales regulares. Organizar este grupo no forma parte de mis quehaceres, pero, de una u otra manera, estas mujeres llevan siendo mis pacientes desde antes de que mis hijos nacieran.

Me da pena reconocer que, en los últimos doce meses, las buenas relaciones y la cohesión del grupo, claves durante tantos años, han ido deteriorándose. Las sesiones más recientes están marcadas por respuestas irónicas, incesantes discusiones sobre asuntos de poca monta e implacables críticas personales. Adrienne sigue, como quien dice, ayudándome a moderar el grupo, y su comportamiento sigue siendo efectivo. Marilyn y Dani, en cambio, se muestran inquietas e irritables. Que Heather no deje de buscar atención y suelte una y otra vez que está recuperada no deja de provocar conflictos. La sobreexcitación de Lynnette no parece que mejore.

A decir verdad, ¿qué propósito tiene este grupo de apoyo después de tanto tiempo? ¿Quién será la primera que lo deje? ¿Debería ser yo la que le pusiera punto final?

Notas de la doctora Carol Elliott sobre el grupo de apoyo de las Final

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS II

Una oveja que parece un ovillito de lana exclama: «¡Jesús ama a esta borrega!».

Un trío de fantasmas muy delgaditos que salen de la tumba proclama: «¡Los espíritus damos miedo… pero el Espíritu Santo no!».

«¡Ha resucitado!», gritan unos garabatos multicolores hechos con rotuladores.

Este último eslogan hace que me pare a pensar. Al fin y al cabo, todas las del grupo de apoyo tenemos una relación complicada con la idea de la resurrección.

Deberíamos estar sentadas en círculo, pero las cinco nos sentamos en una ce no muy bien resuelta porque ninguna de nosotras va a volver a darle la espalda a una puerta en la vida. Dani tiene los brazos cruzados y las piernas abiertas, y está sentada como un vaquero estoico de espaldas a una pared decorada en naranja y negro con calabazas con cara y gatos erizados. Nadie quiere que le recuerden que se acerca Halloween menos que ella. Marilyn tiene las piernas cruzadas y un vaso de Starbucks en la mano. Tiene el bolso nuevo en el regazo, porque bajo ningún concepto va a permitir que toque el suelo. Le contó a Julia que le había costado 1.135 dólares, pero no me lo creo. Ningún bolso falso cuesta tanto, y sé que es falso porque Marilyn jamás dejaría que el cuero tocase su piel.

—Me cuesta concentrarme si no he comido —comenta Heather en mitad de su interminable monólogo, en el que no deja de repetir que no duerme desde 1988. Se inclina hacia delante y gesticula con las manos—. Es por el bajo nivel de azúcar en sangre.

Por lo que parece, la charla de hoy va a ir de aperitivos.

Julia está en su silla de ruedas, aburrida a todas luces, tamborileando con los dedos en las ruedas. Lleva una camiseta con un lema irónico —«El mejor papá del mundo»— y mira fijamente un dibujo arrugado que hay en la pared y en el que se ve a un hombre que vuela con los brazos a los lados. Debajo del hombre pone: «Jesús *hestá* triste y muerto en vida».

Antes me parecía raro que nos reuniéramos rodeadas de los dibujos de los escolares que asisten allí a catequesis, pero ahora esos dibujos son lo primero en lo que me fijo; eso sí, después de comprobar mi campo de visión y las salidas. Y no es porque la expresión artística

de una panda de víctimas de asesinato en potencia me interese lo más mínimo. Lo que busco son signos de advertencia: dibujos de pistolas que disparan; de cuchillos ensangrentados; de niños dibujándose como monstruos sin cuello y con los dientes triangulares, rajando a sus padres de arriba abajo. Busco signos de que alguno de estos niños vaya a convertirse en el enemigo cuando crezca, en otro de esos monstruos que quieren matarnos.

—¿Y no crees que te vendría bien comer antes de venir al grupo? —le pregunta la doctora Elliott.

La doctora Elliott, la única de la estancia a la que no le importa estar de espadas a la pared, se sienta en la boca de la ce, tal y como lleva haciendo durante los últimos dieciséis años, con una postura perfecta, con el bolígrafo preparado, con la libreta apoyada en la rodilla, tratando la obsesión por los aperitivos de Heather con el mismo cuidado e interés con el que escucha todo lo que le contamos.

—Me saldría de mi horario —responde Heather—. Si tenemos en cuenta que soy una adicta que se está recuperando, seguir un horario es importante para que me mantenga sobria, y tengo que salir pronto de casa porque, como sabes, la policía me quitó el carné de conducir y aún no lo he recuperado, así que tardo más en llegar. Y claro, como creo que es importante no llegar tarde… Al parecer, a Adrienne no se lo parece.

—Seguro que Adrienne tiene una buena razón para llegar tarde —la apacigua la doctora Elliott.

—Me sorprendería que Adrienne viniera —dice Julia. Está claro que ella también ha visto la CNN—. ¿Alguien ha hablado con ella? Yo la he llamado, pero me ha saltado el buzón de voz.

—Supongo que habrá apagado el móvil —apunta Marilyn antes de poner cara de oler mierda—. Ya sabéis, los medios.

Marilyn se negó a dar ruedas de prensa o exclusivas después de lo que le sucedió, lo que provocó la ira de todos los periodistas del país. Además, luego se casó con un miembro de una familia republicana riquísima y muy metida en política, por lo que la cosa ha ido a peor a lo largo de los años. Aunque todas sabemos lo que se siente: el teléfono que no deja de sonar hasta que no lo desconectas; el periodista al que no conoces de nada pero que te llama por tu nombre y resulta tan convincente al hacerte creer que habéis ido juntos al instituto que empiezas a confiar en él; esa prima lejana que aparece en el hospital, preocupadísima, con una grabadora escondida en el bolso junto al cheque del *National Enquirer*.

—No creo que esté bien que hablemos de la situación de Adrienne sin que ella esté aquí —comenta la doctora Elliott—. Seguro que

tendremos oportunidad de hacerlo cuando llegue. Entretanto, ¿cómo hace que os sintáis la preocupación de Heather?

A la pregunta le siguen unos instantes incómodos porque todas estamos esperando a ver si alguien muerde el anzuelo, pero ninguna lo hacemos. Somos Final Girls. Se nos da bien escapar de las trampas.

—Lo que quiero decir —insiste Heather, que pone fin al momento incómodo— es que tengo ciertas necesidades y, dado que no dispongo de las ventajas que tenéis las demás, me gustaría que tomáramos un café, unas galletas o algo, lo que sea, porque esta enorme estancia vacía es deprimente.

No lo va a dejar estar. Ahora bien, no me sorprende. Nosotras somos las mujeres que seguimos luchando por mucho que nos dolieran las heridas, que saltamos por la ventana de un tercero, que nos arrastramos por aquel tejado cuando nuestro cerebro nos decía que nos dejáramos rodar y morir. Cuando empezamos algo nos cuesta parar hasta que no hemos terminado.

—Me da igual lo que traiga Heather —dice Marilyn. Sus pulseras bailotean mientras mueve el vaso de Starbucks con la mancha de carmín rojo oscuro en la tapa—. Como si viene con una pizza. ¿Podemos cambiar de tema?

—Interesante —comenta la doctora Elliott, aunque es la única a la que se lo parece—. ¿Alguien más se siente como Marilyn?

Cuando has estado en una habitación con las mismas seis personas una vez al mes durante dieciséis años sabes lo que van a hacer antes de que lo hagan. Es como las reacciones químicas: si se dan ciertas condiciones, tienen lugar ciertos resultados. Ahí va Julia, justo a tiempo:

—Creo que el hecho de que la gente coma o beba en la terapia es una forma de defensa. —Y es que Julia no puede dejar pasar la oportunidad de meterse con Marilyn—. Esos grandes tragos de té chai con leche de soja de Marilyn solo pretenden demostrarnos que se está distanciando del grupo.

—¡Válgame Dios! —suelta Marilyn con su plano acento de Texas, fingiendo que le maravillan las palabras de Julia—. Dime, ¿cómo se te ocurren todas esas cosas?

—Hace dos sesiones te quejaste de que estábamos atrapadas en el pasado —dice Julia.

Marilyn nos mira una a una.

—A ver, ¿alguna de vosotras piensa que esto es tan necesario como antes? —nos pregunta—. Por la manera en que nos tratamos, por las frescas que nos lanzamos, tengo la sensación de que nos vendría bien tomarnos unas vacaciones. ¿Acaso el objetivo de una

terapia no es que llegue el día en que no la necesites?

Siento calambres en los pulmones y empiezo a contar respiraciones. Siete dentro, siete fuera, despacio, despacio, regulares. No lo ha dicho en serio. El grupo de apoyo es lo más importante para todas, incluso para la doctora Elliott. Su imperio de autoayuda está construido sobre el trabajo que hizo con nosotras en los años noventa, pero la razón de que estemos en el sótano de esta iglesia y no en una de sus espléndidas clínicas es que este es nuestro secreto, el único lugar en el que estamos a salvo de acosadores y de fanáticos, de los periodistas y de los escritores de perfiles. ¿Cómo puede hablar Marilyn tan a la ligera de dejar el grupo?

—Algunas de nosotras no podemos tomarnos unas vacaciones —le responde a malas Julia—. No todo el mundo se casa por dinero.

—Por amor de Dios, ¿acaso no es eso lo que hizo tu ex? —le suelta Marilyn.

Eso ha sido feo hasta para Marilyn. Julia aún estaba intentando aprender a vivir con la silla de ruedas cuando se casó con su fisioterapeuta. Entiendo la necesidad. Alguien llega diciendo que te va a proteger y te lanzas a sus brazos y dejas que tome todas las decisiones por ti. Lo único que puedes esperar es que, para cuando recuperes la cordura, no te haya hecho demasiado daño. En el caso de Julia, para cuando despertó, él había vendido los derechos de su franquicia, le había vaciado la cuenta corriente y la había dejado con una mano delante y la otra detrás.

—¿Así es como va a ser la sesión de hoy? —nos interpela Julia—. ¿Vamos a dedicarnos a insultarnos? ¿Vamos a meter el dedo en viejas llagas? No hay razón para que nos comportemos así. Somos mujeres fuertes. Muy fuertes. Dani tiene muchos recursos y es autosuficiente; Marilyn tiene más dinero que todas nosotras juntas; Adrienne es, como quien dice, candidata al Premio Nobel…

—¿Y ¿qué premio mereces tú, Meryl Streep? —le pregunta Heather—. Porque seguro que sufro una recaída como empieces a recitarnos tu currículo de nuevo.

—No iba a decir nada de mí —responde Julia dolida.

—Pues desde luego es adonde parecía que pretendías llegar —insiste Heather.

—Piensa lo que quieras —Julia cruza los brazos y se echa hacia atrás en la silla de ruedas.

Heather se echa hacia delante hasta que el pecho le toca las rodillas. Tiene la mano levantada como si fuera a jurar por la Biblia.

—Te doy veinte dólares si eres capaz de mirarme a los ojos y jurarme que no ibas a empezar a enumerar tus carreras.

—A esto me refiero —dice Julia, apelando a la doctora Elliott—. En vez de utilizar la energía de forma productiva, nos metemos las unas con las otras. El grupo está contaminado por los conflictos personales. Es contraproducente.

—Veinte dólares —insiste Heather.

—No los tienes, así que no te los puedes apostar —le ataca Julia.

—Marilyn me los presta.

—«Prestar» no es la palabra que yo utilizaría en tu caso —la corrige Marilyn.

—¡A mí no me hables así! —explota Heather—. ¡Yo he tenido que pasar por mierdas que tú no serías capaz ni de imaginar siquiera! ¡Me he enfrentado a chorradas astrales de la hostia que harían que te cagases en tus braguitas de satén!

—Cálmate, Heather —le dice Julia.

—De todas, tú eres la menos indicada para defenderme, Julia —le suelta Marilyn.

—Ya te digo —conviene Heather.

—Ándate con cuidado —le dice Marilyn a Heather.

—A ver, vamos a parar y a evaluar la situación —las interrumpe la doctora Elliott. Me pregunto si se recetará algo para sobrevivir a estas sesiones. Aunque, por lo menos, ya nadie está hablando de comida—. ¿Alguien más se ha fijado en lo rápido que una conversación sobre comida se ha convertido en algo personal? ¿Alguien sabe a qué ha podido deberse?

Si Adrienne estuviera aquí lo estaríamos llevando mucho mejor. Cuando ella está presente todas nos sentimos como si tuviéramos que ser mejores.

—Era una broma —murmura Heather.

—Deja de ser tan quejica y compra algo en un Starbucks antes de venir —le dice Marilyn—. La cafeína sirve para aplacar el hambre.

—Algunas no nos podemos permitir el café de los ricos — suelta Heather—. En AA el café es gratis y siempre hay galletas. ¿Por qué no me compras una tarjeta para el Starbucks? Además, me lo debes.

—Señoras… —empieza a decir la doctora Elliott.

—¿Qué es lo que te debo exactamente?

—Tú me jodiste ese contrato con las Estrellas del Terror. Lo tenía todo preparado y llegaste y lo mandaste todo a la mierda. ¿Cómo voy a devolverte nada si no paras de fastidiarme los negocios?

—No te engañes —Marilyn pone los ojos en blanco—, ambas sabemos que nunca me vas a devolver el dinero que te he prestado.

Heather se pone furiosa y yo desconecto. Todas desconectamos. Hemos oído ya muchas veces todos y cada uno de sus monólogos

¿Cómo se atreve Marilyn a burlarse de su honor? ¿Cómo se le ocurre sugerir que la palabra solemne de una drogadicta que ha fumado, ha esnifado y se ha pinchado todas las sustancias químicas habidas y por haber no es vinculante legalmente? ¿Cómo se atreve a insinuar Marilyn que la palabra de Heather no es el equivalente verbal de un contrato blindado preparado por un equipo de carísimos abogados?

Heather siempre está intentando timarte. A Julia y a mí no nos importuna porque sabe que no tenemos dinero, y de Dani ya pasa porque es imposible que Dani haga algo que Dani no quiera hacer. Ahora bien, a Adrienne y a Marilyn siempre les está hablando de proyectos, licencias, colaboraciones y apariciones. Y las sanguijuelas hace tiempo que descubrieron que Heather es nuestro eslabón más débil.

—Sé que el dinero es motivo de preocupación para varias de vosotras —comenta la doctora Elliott—. Marilyn, ¿puedes ayudarme a que salgamos de esta? O tú, Lynnette.

—Pues… —me ha pillado fuera de juego—. Adrienne llega veintiséis minutos tarde.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—¿Ansiosa?

—¿Por qué estamos hablando de dinero? —pregunta Julia—. Marilyn considera que este grupo de apoyo ya no sirve para nada y, desde luego, cuando nos tiramos la mitad de la sesión hablando de picar o no picar algo antes de venir no puedo mostrarme en desacuerdo con ella. ¿Qué nos pasa? ¿En qué momento nos volvimos tan mezquinas?

—Yo lo único que quiero es que alguien traiga café y galletas, punto —dice Heather tras un suspiro.

La doctora Elliott se está preparando para enfrentarse a la Gran Crisis del Café con Galletas de 2010, pero Dani la interrumpe. Por lo normal, Dani permanece más callada que un vaquero, así que cuando habla la escuchamos.

—Quiero decir una cosa, y luego ya podéis seguir con lo del café y las galletas.

—O no —suelta Julia.

—Esta es la última sesión a la que vengo. Lo dejo.

Hay una pausa larga. Horrible.

Dani es una de las Final Girls originales, junto con Adrienne y Marilyn. Perderla a ella cambiaría el grupo, y hace una eternidad que el grupo no cambia. Vivimos juntas la destitución de Clinton y el 11-S. Nos apoyamos unas a otras cuando lo de Columbine y lo del Virginia Tech. Cuando aprobaron el matrimonio homosexual en Massachusetts

hicimos un fondo común y le compramos una pequeña y preciosa Beretta Nano —incluso pedimos que la grabaran con su nombre y el de Michelle—. Cuando hicieron una nueva versión de la franquicia de Marilyn y ella decidió ocultarse seguía volando una vez al mes a Los Ángeles para asistir a las sesiones del grupo de apoyo.

Pero es cierto que, en los dos últimos años, la doctora Elliott ha empezado a ponerle fin a la sesión un par de minutos antes, que Marilyn ha empezado a tener menos paciencia con las demás y que Julia se ha vuelto más avasalladora con lo de la política, y tengo la sensación de que, si no fuera por Heather, alguna de nosotras ya lo habría dejado hace tiempo. No obstante, siempre ha habido un acuerdo tácito para seguir viniendo pasase lo que pasase, porque esto es lo único consistente y fiable que Heather tiene en la vida.

Sorprendentemente, no es Heather la que peor se lo toma.

—Sabía que el hecho de que Adrienne se retrasase quería decir algo —comento antes de taparme la cara con las manos, que es la única manera que tengo de obtener cierta privacidad, dado que no me atrevo a ir sola al baño.

—¡Ay, Dios mío! ¡Se ha puesto a llorar! —suelta Heather.

—¡Es que me ha sorprendido! —Me tapo los ojos con la manga de la camisa—. ¡Son lágrimas de sorpresa!

—Lo siento —me dice Dani con suavidad.

Me encojo de hombros, pero lo que de verdad quiero hacer es ponerme a gritar. Quiero gritarle: «¡Lo has jodido todo! ¡Nos has jodido a todas!».

A Marilyn empieza a sonarle el móvil en lo más hondo del bolso. Antes teníamos una estricta política sobre apagar los móviles, pero esa es otra de las normas que se han ido relajando en los últimos años.

—No pasa nada. No pasa nada —aseguro—. Cambiemos de tema.

El móvil de Marilyn sigue zumbando y me dan ganas de ponerme a gritar: «¡Responde al teléfono! ¡Responde, porque, si no, las demás no dejaremos de preguntarnos quién te está llamando! ¡Ya que lo dejas encendido, por lo menos, responde!».

—Parece que quieres comentar algo —me dice la doctora Elliott.

—No, no quiero comentar nada. Es que… es que no creo que Dani entienda lo que supondría que dejara el grupo.

—Tengo dos horas y media de coche para venir y dos y media más para volver —me dice Dani.

Suena un xilófono digital. Miro a Julia como si quisiera matarla y no dejo de hacerlo hasta que pone el móvil en silencio. ¿¡Acaso soy la única que sigue respetando la regla de apagar los móviles!?

—¿Qué crees tú que supondría? —me pregunta la doctora Elliott.

¿¡Es que no lo ven!? Julia, ahí sentada, en la silla de ruedas, con su política de posgrado, su flequillo de moderna y sus camisetas irónicas, justo al lado de Marilyn, que parece una ama de casa texana grandota, morena y maquillada como si fuera a salir en algún programa de entrevistas de la tele. Y Heather, con los brazos y las piernas como palillos, con los codos y las rodillas salientes, como si estuviera a punto de romperse por debajo de esos andrajos que ha debido de robar de algún contenedor de ropa. Y Dani, que parece Bruce Springsteen pero en mujer. No pegamos ni con cola.

—Es evidente. No creo que haga falta que lo diga. Es decir… para mí está muy claro. Si Dani lo deja, antes o después Adrienne lo abandonará. Marilyn y Julia se odian y alguna de las dos será la siguiente en dejarlo, que será la excusa de Heather para volver a las drogas. ¿Y quién quedará? ¿Yo? Como una de nosotras lo deje esto se vendrá abajo. Puede que no en una sesión, ni en dos, puede que ni siquiera en tres, pero antes o después esto no será más que una sala vacía, grande y vacía, llena de sillas plegables y dibujos en las paredes. A ver, está más claro que el agua. No es que se acabe el mundo. No es un problema. Todo tiene un final y todas debemos pasar página. Dieciséis años son mucho tiempo. Es solo que me siento como si alguien tuviera que decirlo. Alguien tendría que explicarle a Dani qué está haciendo exactamente.

El móvil de Marilyn vuelve a zumbar. Es un irritante punto final a mi gran discurso.

—Ahora mismo quiero estar con Michelle. He venido para decíroslo en persona. Por respeto.

Pienso en cómo será quedarse en casa el primer jueves del mes que viene. Pienso en cómo mi vida se reducirá a mi manzana, a mi apartamento, a mis cuatro paredes. Pienso en que no volveré a ver a ningún ser humano que me conozca de verdad.

—Pues cuando Michelle muera te vas a quedar sola —le digo a pesar de que sé que no está bien que haga un comentario así—. Nos necesitarás. Volverás de rodillas.

—Bueno, se acabó. —Dani se pone de pie—. Todas tenéis mi dirección de correo electrónico.

—Por favor, quédate —le pide la doctora Elliott—. Aún falta media hora. ¿Podrías por lo menos decirnos qué ha motivado tu decisión?

Dani suspira y se pasa la mano por el pelo, entrecano y cortado al uno.

—Al cumplir cincuenta años he empezado a pensar que estoy más cerca del final que del principio. No quiero seguir escondiéndome en

mi pasado. Quiero mirar hacia delante.

—¿Y no te parece que el grupo te esté ayudando a hacerlo? —le pregunta la doctora Elliott.

—¡Esto no es solo por el pasado! —salto.

—Espera —me advierte la doctora Elliott.

La ignoro.

—¡¿Y ¿qué pasa con nosotras, eh?! ¡Esto también tiene que ver con el presente. Somos amigas, ¿no? Somos parte de la vida de las demás. Esto tiene que ver con nosotras. Tiene que ver con… con nuestra amistad.

Dani nos mira a todas las del círculo, una a una, y el móvil de Marilyn empieza a zumbar de nuevo. Zumba, zumba y zumba como si se estuviera riendo de mí, y me doy cuenta de que Marilyn ni siquiera está pendiente de lo que está pasando, está pensando en el puto móvil. Entonces Julia mueve la mano con violencia porque su móvil también empieza a vibrar.

—Yo lo único que veo es un grupo de mujeres a las que apenas conozco y que están obsesionadas con lo que les sucedió en el instituto —dice Dani.

—¿¡Que apenas conoces!? —le pregunto. No puedo creer que haya dicho eso—. ¡Hace años que nos conocemos!

—¿Y qué sabemos las unas de las otras? Pero si tú ni siquiera nos has dado tu dirección. ¿Hace cuánto que ninguna de vosotras me pregunta por Michelle? Estoy cansada de fingir que esto es lo que no es.

—¡¿Y ¿qué pasa con Heather?! —chillo.

Mi voz rebota por las paredes.

—¿Con Heather? —Dani me estudia y se vuelve hacia Heather—. ¿Qué te pasa, Heather?

—No sé de qué habla la chiflada esa.

—Va a tener una recaída. Sabes que esa es la razón de que sigamos viniendo. ¿¡Es que no te das cuenta de hasta qué punto necesita este grupo!? ¿¡Es que no entiendes que el grupo es lo único en lo que puede confiar!? Si no te quedas por ti, al menos quédate por ella.

Parece que Dani se sienta avergonzada. Marilyn juguetea con el bolso. Heather se pellizca el interior de la muñeca en la clásica pose de Heather. Ninguna de ellas me mira siquiera. Solo Julia, que está como confundida y que finalmente dice:

—Pensaba que veníamos por ti.

Es una broma, ¿no? Tiene que ser otra de las estúpidas bromas de Julia.

—¿¡Por mí!? —Me echo a reír, pero suena como un ladrido ahogado de foca—. No venimos aquí por mí. ¿Por qué iba a necesitar yo al grupo? Yo no necesito al grupo. Yo estoy bien.

Nadie dice nada. Ni siquiera Heather, como si yo fuera la que debiera sentirse avergonzada. El móvil de Marilyn empieza a zumbar de nuevo. Y el de Julia. Parece que alguien tenga algo que decir, así que me vuelvo hacia ellas y les suelto lo que llevo cinco minutos muriéndome por decirles:

—¡Por favor, ¿podríais responder al puto móvil?!

—Creo que estaría bien que hiciéramos un descanso y que volviéramos en un rato —dice la doctora Elliott—. ¿Qué te parece, Lynnette?

—Yo no necesito hacer ningún descanso. Es Dani la que lo necesita. Así es como nos obliga a todas a hacer lo que ella quiere.

—¿¡Que os obligo a…!?

—¿Y cómo le llamas a esto? Vives en mitad de la nada. El vecino que tienes más cerca está a quince kilómetros. Eres tú la que deja el grupo.

—Estoy casada ¿y tú?

Julia intenta meterse, porque a Julia le gusta pensar que es la más razonable de todas.

—Venga, chicas, estáis hablando por hablar. La doctora Elliott tiene razón, tomémonos un descanso.

—No te metas donde no te llaman, puta Ruedas —me dirijo a ella —. Pero si solo te admitimos en el grupo porque nos dabas pena.

Julia tiene ganas de responder, pero Heather huele a sangre y se sube al cuadrilátero.

—¿Por qué no te callas tú también, puta autista? —me suelta—. Pero si ni siquiera eres una Final Girl de verdad.

Me doy cuenta de que esto ha pasado de castaño oscuro. Abro la boca con la intención de reestablecer el orden, pero Marilyn me lo impide. Nos lo impide a todas.

—Escuchadme… —dice despacio y en voz baja, y todas nos volvemos para ver cómo mira su móvil—, Adrienne ha muerto.

Siento una descarga de corticotropina en el flujo sanguíneo que activa mi glándula adrenal, mis venas se estrechan como una red que se estira, siento fríos los pies y las manos, que se me dilatan las pupilas y que la habitación resplandece. Mis músculos se tensan y se me pone la piel de gallina.

El monstruo la ha cogido. El monstruo ha acabado cogiéndola. Cualquiera de nosotras podría ser la siguiente.

Si el mundo de los asesinatos tiene celebridades, son tres las que comparten mesa hoy en el chic Balthazar Bistró de Manhattan. Jerry Seinfeld se dispone a comer unas patatas fritas en una de las mesas del fondo y Spike Lee acaba de entrar para saludar a Calvin Klein, pero todas las miradas están puestas en Adrienne Butler, con su brillante piel oscura; en Julia Campbell, inteligente y animada en su silla de ruedas, y en su atenta terapeuta, la doctora Carol Elliott, siempre con esa voz tan suave. Resulta duro pensar que las dos primeras están aquí gracias a que ganaron una lucha a vida o muerte por sobrevivir.

«No es lo que quiero que me defina —asegura Campbell—. Hice lo que cualquiera habría hecho. Mi asesino y yo no estábamos de acuerdo».

«No estabais para nada de acuerdo», apunta Butler.

«Él quería que mi vida terminara —añade Campbell—, y claro, yo no estaba de acuerdo».

Las tres se ríen entre dientes.

Bienvenido al resurgimiento de las Final Girls. Estas mujeres se hicieron famosas en los años ochenta porque sobrevivieron a numerosos asesinos enmascarados y dieron pie a franquicias cinematográficas que, durante mucho tiempo, supusieron el telón de fondo para enrollarse o para celebrar fiestas de pijamas. A finales de esa década, sin embargo, el cine de asesinatos de adolescentes había pasado de moda y había sido reemplazado por películas con argumentos serios como Ghost y por la agradable sensualidad de Kevin Costner. Ahora, gracias a Campbell, han vuelto, y en esta ocasión puede que hasta sea bueno para ti.

«Conocí a muchas de estas mujeres en terapia —comenta Elliott, que tiene cuidado de no contar apenas nada de sus pacientes— y me han enseñado mucho. Me siento afortunada de haber aprendido de ellas».

Las lecciones que ha aprendido conforman el grueso de su último libro, Interrumpidas por el silencio: Seis Final Girls hablan, que se vale de las experiencias de las Final Girls a las que ha tratado —muchas de las cuales se mantienen en el anonimato — para demostrar cómo se comporta nuestra cultura con las mujeres en un momento en que al comandante en jefe de la nación lo están acusando de acoso sexual y en que muchos dicen que el feminismo ha muerto.

«No tires la toalla: Las Final Girls han vuelto», *Time*, 1998

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS EN 3D

No nos quedamos, nos dispersamos. Somos Final Girls, cuidar de nosotras mismas es lo que mejor se nos da. Arriba hace unos de esos brillantes días de otoño de Los Ángeles en los que no parece posible que pueda pasarte nada malo. Bien podríamos ser un grupo de supermamás que salen de la iglesia después de planear un carnaval maravilloso con pintura para la cara y paseos en pony. Marilyn no deja de hablar por teléfono hasta que llega a su Mercedes Clase E. Julia coge el ascensor hasta el aparcamiento, guarda la silla en la parte de atrás de la furgoneta y llega hasta la puerta del conductor con ayuda de muletas. Heather ataja en línea recta por jardines y caminos de entrada, directa a Alameda. La mayoría de las personas no se darían cuenta del único detalle que nos hace diferentes: Dani de pie junto a su camioneta, con la Beretta Nano negra mate en la mano, a la altura de la pierna, cuidando de que todas estemos bien antes de marcharse.

Soy frágil, de plástico, y me siento llena de energía estática, pero tengo mi sistema, un sistema que me ha mantenido a salvo todos estos años. Voy hasta la parada de autobús con todos los sentidos en máxima alerta. Voy por la acera y voy mirando a uno y otro lado, comprobando las esquinas, valorando las amenazas.

Ahora bien, pierdo la concentración una y otra vez por culpa de lo que ha dicho Julia. Permanezco atenta a que pueda haber alguien siguiéndome, a los coches con matrícula de otros estados, a la gente con gafas de sol o que esconda la cara con la visera de la gorra, sí, pero mi cerebro no deja de pelear con Julia.

El problema no soy yo. ¿Debe estar fingiendo que habla por teléfono el hombre que hay en ese coche aparcado? ¿Y por qué ha reducido la velocidad ese otro cuando me he fijado en él? No estoy loca. No es por mí por la que sigue existiendo el grupo de apoyo. Es de Heather de quien tenemos que cuidar. Ella es la que nos necesita. Yo estoy cuerda. Yo sé mantenerme a salvo. El Honda que está girando a la derecha tiene matrícula de Utah. Memorizo la matrícula por si acaso lo veo aparecer por el otro lado de la manzana. Me fijo también en los cristales tintados. Me fijo en las motocicletas. No estoy pensando en lo que ha dicho Julia. No estoy pensando en que nadie le ha llevado la contraria. Me fijo en las furgonetas. No me hagas hablar

de las furgonetas.

No me relajo hasta que no estoy en el autobús; en la calle cualquiera se te puede acercar desde cualquier dirección. En el autobús los ángulos de ataque son más limitados. Están anunciando una película de miedo y el letrero en rojo me lleva a pensar en Adrienne. Pero tengo que estar concentrada. Unos chicos con maletines de instrumentos se sientan detrás, con la cabeza gacha, absortos en el teléfono de uno de ellos. Los hombres no tienen que prestar atención. Los hombres mueren porque cometen fallos. ¿Nosotras? Nosotras morimos porque somos mujeres. Fíjate en Adrienne. No, mira sus zapatos. Memoriza su cara, su ropa, sus zapatos. En especial los zapatos.

Voy hasta el centro en el autobús, me bajo en Olive y sigo por calles principales hasta unos multicines cercanos. Fuera, me apoyo contra la pared y hago como que estoy consultando el móvil. Cualquiera que me esté siguiendo va a tener que detenerse o seguir adelante. Por mi campo de visión pasan unas Nike blancas resplandecientes, unas Rockport negras de montaña y unas Timberland con los cordones anchos. Quienquiera que me estuviera siguiendo podría cambiarse la chaqueta o la gorra, pero es mucho más complicado cambiarse los zapatos.

No tengo que mirar ni a los tejados ni a las ventanas. De lo que tengo que preocuparme es de los zapatos, porque los monstruos de nuestra vida prefieren matarnos de cerca, prefieren que sea personal. Que me disparara un francotirador sería como que me enviara su pene en una caja. Lo que quiere es tocarme.

Después de comprar la entrada permanezco en el vestíbulo, contra la pared, y vuelvo a fijarme en los zapatos. Bailarinas de Betsey Johnson, unas UGG de color beis, unas zapatillas multicolor de niño, unos mocasines Sperry.

Han empezado los avances de mi película. Me siento en primera fila y, después, me vuelvo como si estuviera esperando a mi cita. Es una película para niños animada por ordenador, por lo que debería ser fácil dar con algún adulto solitario. No es imposible, pero hay pocas probabilidades de que alguien que me estuviera siguiendo hubiera decidido hacerlo acompañado de un niño para pasar desapercibido. Me fijo en el pelirrojo con la camiseta sin mangas que acompaña a las gemelas morenas y en el rubio de barba que va con un niño pequeño. El uno y el otro han mirado por todo el cine cuando han entrado, como si estuvieran buscando a alguien.

Cuando empieza la película me dirijo a la salida de emergencia que hay a la izquierda de la pantalla, bajo corriendo por las escaleras

y salgo a la calle. Ni el pelirrojo ni el de la barba salen detrás de mí. Veo otro Honda con matrícula de Utah, pero la matrícula es diferente. Esta también la memorizo y me fijo en que el vehículo tiene las ventanas cubiertas de polvo y el parachoques lleno de barro. Y en la pegatina de la Triple A de la luneta. Cojo el autobús al Centro Beverly.

En el autobús me siento cerca del conductor. En cada parada me fijo en los zapatos. Intento concentrarme. Doc Martens, Caterpillar con punta de acero, Nike arañadas, zapatos de enfermera blancos. Pero Adrienne sigue haciendo que se me vaya el santo al cielo. Julia y ella me han desconcentrado completamente.

Adrienne era la primera de nosotras, la mejor. Ella fue la razón de que la mayoría de nosotras nos uniéramos al grupo de apoyo. Lo que le sucedió determinó cómo sería nuestra plantilla. Muchísimas mujeres sobreviven a actos violentos, pero lo que hace que nosotras tengamos nuestra propia categoría, la de Final Girls, es que matamos a nuestro monstruo, o que creíamos que lo habíamos matado y, entonces, volvió a por nosotras. Todas pensábamos que Adrienne era la única que no había tenido secuela alguna, pero nos equivocábamos, porque, treinta y tres años después, su monstruo ha vuelto para acabar el trabajo. Adrienne creía que estaba a salvo, pero se equivocaba. ¿En qué más nos habremos equivocado?

El incidente de Adrienne sucedió en el mismo verano que el de Marilyn y eran casos tan similares que la prensa se interesó por el tema, aunque si se hizo tremendamente famosa fue por lo que sucedió más tarde. Por lo de las películas. Adrienne era monitora en el Campamento del Lago Red y, junto con los demás monitores, había llegado unos días antes para preparar el sitio para los campistas. Había que airear los barracones, había que rociar con insecticida los avisperos y había que sacar las canoas del almacén. En esa primera noche asesinaron a nueve de sus amigos. Cuatro de ellos eran monitores por primera vez y no los conocía muy bien, pero a los otros cinco los conocía desde pequeñitos, de cuando iban a acampar al Lago Red. Fueron doce largas horas que le cambiaron la vida.

Resultó que el asesino era el antiguo cocinero del campamento, un padre soltero llamado Bruce Volker que aseguraba que, veinte años atrás, dos monitores habían dejado que su hijo Teddy se ahogara porque estaban manteniendo relaciones sexuales. Decía que Teddy había vuelto de entre los muertos para vengarse de los monitores. Nunca explicó por qué había tardado tanto tiempo en volver. En cualquier caso, los asesinatos cesaron cuando Adrienne decapitó al señor Volker con su propio machete.

La historia se volvió aún más rocambolesca cuando se descubrió

que Bruce Volker no tenía ningún hijo que se hubiera ahogado en Lago Red. De hecho, ni siquiera tenía hijos. Resultó que no era sino una persona solitaria y con altibajos emocionales que estaba obsesionada con los niños, pero hizo que Adrienne fuera la primera Final Girl y ella se valió de eso para conseguir que todos sus sueños se hicieran realidad.

Oigo resoplar unos frenos neumáticos y miro a mi alrededor. No reconozco ninguno de los zapatos. ¿Cuánta gente habrá pasado por delante de mí mientras yo estaba absorta en mis pensamientos? Tengo sentada detrás a una anciana arrugada que viaja con su esposo. Son idénticos. Ambos llevan Reebok reventadas y una gorra roja sucia. No los he visto subir.

Pulso el botón de parada de emergencia y bajo del autobús mientras el chófer está abriendo las puertas. Estoy a tres manzanas del Centro Beverly, pero no puedo echar a correr porque en Los Ángeles nadie corre. Camino rápido y cojo el autobús 14. Este trasbordo me lleva hasta la Línea Roja al revés y, cuando llego a la parada Vermont/Beverly, el tren ya está en el andén y me subo justo cuando se están cerrando las puertas. En el vagón hay quince personas. Me siento entre las dos puertas. Me fijo en los zapatos, pero ninguno de ellos me resulta familiar. Cinco paradas después hago trasbordo a la línea de Antelope Valley.

Necesito volver a casa, pero no puedo descuidar la rutina. Tengo que descubrir qué le ha sucedido a Adrienne. Marilyn nos ha leído el resto del artículo en su teléfono, pero apenas había detalles: un hombre la ha matado en su casa. Punto. Necesito saber más porque, más allá de las sesiones del grupo de apoyo, era con Adrienne con quien más hablaba, la que me ayudaba a recuperarme después de los ataques, la que me llamaba cada mes para ver qué tal estaba. Bueno, cada dos meses. Puede que cada tres en esta última temporada, pero me parecía que se preocupaba mucho. La cuestión es que siempre tenía tiempo para mí.

Cuando por fin llego a Burbank me bajo en la parada del aeropuerto y me subo a las lanzaderas de las empresas de alquiler de coches durante un rato. Cuando estoy segura de que solo suben zapatos nuevos, cojo el autobús que va a la ciudad, hago dos trasbordos y, casi tres horas después, llego a casa.

Cambio de ruta cada vez, pero lo esencial siempre es igual: ir despacio, dar muchas pequeñas vueltas como parte de otras grandes vueltas, estar alerta, estar atenta, fijarme en los zapatos, no hacer estupideces y no dejar que me maten. La línea entre pasarse de precavido y no llegar es una línea que solo se cruza una vez.

No podría decirte cómo es el interior del ascensor de mi casa, porque siempre subo por las escaleras. Un ascensor es una caja con una sola puerta. Cualquier hombre te puede matar en un ascensor, incluso un gordo, porque no tienes escapatoria. Por las escaleras, en cambio, tengo opciones, además de que es bueno para la salud. Tardé un tiempo en dar con un tercero, pero es la altura perfecta: demasiado alto como para que alguien llegue hasta las ventanas, pero no tanto como para no sobrevivir a una caída. Me aseguro de que no hay nadie en el descansillo y, entonces, abro la cerradura de seguridad doble y entro en mi jaula.

Cuando me mudé a este apartamento, hace dieciséis años, el edificio estaba en mal estado y al propietario le daban igual las mejoras que yo hiciera, siempre y cuando nadie se quejara. Por aquel entonces aún me quedaba algo de dinero, así que hice que mi apartamento fuera un lugar en el que me sintiera completamente segura.

Cada una de nosotras respondió de manera diferente a lo que padecimos. Dani se volvió autosuficiente, Adrienne se metió en eso de la autoayuda, Marilyn se casó con un rico y escondió la cabeza, Heather empezó a colocarse y Julia se convirtió en una activista. ¿Y yo? Yo aprendí a defenderme.

Mi jaula es una caja de malla metálica del tamaño de una cabina telefónica atornillada a la pared alrededor de la puerta principal. La malla es gruesa y la jaula es tan pequeña que nadie puede coger suficiente carrerilla como para tirar de la puerta. La puerta de la jaula tiene cuatro cerrojos electromagnéticos. No hay forma de abrirlos a menos que introduzcas el código en el teclado y, si hay un apagón, los cerrojos se cierran. Si pones mal el código, los cerrojos se cierran. Es una manera de impedir que alguien que venga a mi apartamento pase más allá sin mi permiso. Habría preferido que la puerta principal fuera de acero y tener un par de cámaras, pero eso llamaría la atención sobre mi apartamento. Preferí la jaula.

Con la puerta principal cerrada, introduzco el código y los cuatro cerrojos se abren de golpe, a la vez. Acto seguido, paso al apartamento, cierro la puerta de la jaula y vuelvo a introducir el código. Los cerrojos vuelven a entrar en la cerradura con un satisfactorio sonido metálico que me indica que estoy a salvo. Respiro hondo. Mi apartamento huele a lejía, que es un olor que me reconforta.

—Hola, Final —le digo a mi planta—. Las cosas no van bien. En cuanto compruebe que el perímetro es seguro te lo cuento todo.

Estoy viva porque tengo voluntad y autocontrol. Abro mi armero

y saco la .38 Special. Si los diamantes son los mejores amigos de las mujeres, las pistolas fiables con mucho poder de detención son los mejores amigos de las Final Girls. Aunque tampoco me hago ilusiones: un arma como esta no detuvo a Ricky Walker la primera vez y tampoco detuvo a su hermano, aunque dos balazos en el pecho detendrán a cualquiera el tiempo suficiente como para que me dé tiempo a llegar a la habitación del pánico. Bueno, al armario del pánico.

Empuñando la pistola, peino el apartamento. Me lleva quince minutos. Hasta que no estoy segura de que no está completamente vacío, hasta que no compruebo que la puerta de la habitación del pánico funciona, que tengo el móvil cargando, las cortinas corridas y las puertas interiores cerradas, no me siento y pongo a Final en mi regazo.

—Adrienne… —empiezo a contarle a Final, pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo sin echarme a llorar—, Adrienne ha muerto.

Me quedó allí sentada un rato, con las lágrimas cayendo sobre las hojas de Final. Me pregunto si el agua salada será mala para él, pero no se queja. Sabe escuchar. Es mi mejor amigo.

Final es el único ser vivo, además de mí misma, del que soy responsable. Tardé mucho tiempo en echarle las narices suficientes como para adquirir el compromiso y, luego, las tres primeras plantas que compré no salieron adelante. Final es la número cuatro. Final es el diminutivo de «Pimiento Final». Yo soy una Final Girl, así que él es el pimiento final. Hacemos un buen equipo.

Llevamos juntos nueve años y, cuando hace un par de años tuvo araña roja, no soportaba pensar que acabaría en la basura, así que me pasé tres días seguidos limpiándole las hojas con agua primero, con una solución jabonosa después, con alcohol más tarde y una vez más con agua. Y eso, una y otra vez. Dormía junto a él. Me aseguré de que todas aquellas arañitas rojas morían. No estaba dispuesta a perder otro amigo. Consiguió salir de aquella y las hojas que le quedaron eran las hojas más brillantes y limpias que ha tenido nunca un pimiento. Ahora vuelve a estar en forma y a crecer con fuerza, pero aún tiene algunas cicatrices en el tallo de algunas hojas que no logré salvar.

Ahora estoy llorando menos y quiero contarle todos los detalles a Final, pero me doy cuenta de que no los conozco. ¿Habrá ido Adrienne al Lago Red esta mañana? ¿Serían esas imágenes que he visto del lugar en el que se había cometido el crimen? ¿O ambos incidentes no estarían relacionados? Llevo a Final al escritorio y ponemos la CNN. La cara de Adrienne está en todas las noticias. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba de una Final Girl viva, pero supongo que una

muerta es como que el circo llegue a la ciudad.

La mayoría de nosotras no quiere saber nada del pasado de las otras, pero últimamente he estado investigando el de Adrienne por razones personales, así que las imágenes que ponen en la CNN me resultan familiares. La única que no había visto es la del interior de su nevera con la cabeza del señor Volker pixelada. Es horrible, pero es la única imagen que quiero ver.

Una presentadora de la CNN muy preocupada pero que no conocía a Adrienne de nada habla a cámara con toda sinceridad, como si fuera su hermana la que hubiera muerto. Por lo menos, la CNN se ha asegurado de que fuera una presentadora negra la que daba la noticia.

«…estremecedora muerte de Adrienne Butler, la Final Girl de los que se conocían como Asesinatos del Campamento del Lago Red, más conocida por ser la primera Final Girl de Estados Unidos. Líder de la comunidad a la hora de ayudar a los demás a superar sus miedos, Butler dedicó su vida a acabar con…».

Si tienes quince años y solo ves pelis de terror, es muy probable que estés dándote cuenta por primera vez de que Adrienne era negra. En *Matanza veraniega* la volvieron blanca, lo que fue todo un error. Supongo que por eso decidió ir a por ellos. Estaba orgullosa de ser negra, y el hecho de que estuvieran haciendo películas sobre su vida pero obviando algo tan importante hizo que se le pelara el cable.

El primer *Matanza veraniega* era todo un éxito de taquilla, y la secuela ya estaba a punto de salir cuando el abogado de Adrienne les envió el requerimiento a los de la productora. Tuvo que enviarles muchos más, y, para cuando el juez por fin consiguió cogerles, en el cine estaban estrenando *Venganza veraniega III* en 3D. Adrienne tenía dinero de su familia y un acuerdo con los dueños del campamento, por lo que contrató a un verdadero tiburón para que consiguiera someter a los productores. Adrienne me contó lo que sucedió cuando los del estudio por fin obligaron a aquellos piratas chanchulleros a sentarse a la mesa a negociar.

«¿Qué quieres de nosotros?», le preguntaron, pensando que con un cheque, con acreditarla en la peli, con hacer algo que no cambiara mucho las cosas, lo resolverían.

Ella les sonrió y les soltó: «Lo quiero todo».

Y lo consiguió. Para cuando acabó el pleito se había quedado con los derechos de la franquicia, los de las tres primeras películas y la de todo lo que se hiciera a partir de ahí. Incluso tuvieron que entregarle el guion que ya tenían para la cuarta película. El caso de Adrienne sentó un precedente que establecía que los derechos de la historia le

pertenecían a la Final Girl, no a la familia de las víctimas ni al estudio que sacara primero una película. A la Final Girl. Te parezca mejor o peor, lo cambió todo. Nos dio poder.

Una vez Adrienne consiguió los derechos, se propuso acabar con la franquicia, así que despidió a todo el mundo. Tardó dos meses en limpiar aquello mientras los del estudio aullaban como cerdos en el matadero y sus abogados intentaban hacerle ver que no entendía cómo funcionaba aquello, que habría consecuencias, que los operadores de cámara y los técnicos de iluminación se morirían de hambre. Y entonces Adrienne hizo lo último que todos hubieran imaginado: volvió a ponerlo todo en marcha.

Había una productora que había tomado parte en las tres películas de *Matanza veraniega*, y Adrienne la puso a cargo de la producción ejecutiva y le dejó claro que solo tenía que satisfacer a una persona: a ella. Su abogado negoció un contrato de enmienda, y el verano siguiente volvió a estrenarse en cines la tercera parte de la franquicia, *Matanza veraniega* en 3D, que es lo que se hacía por aquel entonces, y dos meses después *Matanza veraniega IV* llegó a los cines.

Antes de que se estrenase la cuarta parte, Adrienne hizo una gira por todos los programas de entrevistas y se aseguró de que a todo el mundo le quedaba claro que los beneficios de aquella película no eran para ella, sino para su asociación sin ánimo de lucro, la Fundación Adrienne Butler para la Prevención de la Violencia Contra las Mujeres. Mientras que las demás *slashers** estaban desprestigiadas porque se consideraban misóginas, los medios le pusieron un halo a las *Matanzas veraniegas* de Adrienne. Nadie se sentía mal por ir a verla, porque los beneficios eran para una buena causa. A mediados de la década de los noventa, Adrienne era la Oprah Winfrey de la violencia contra las mujeres. Mucha gente, no obstante, seguía sin saber cuál era su conexión con las películas.

Escribió libros, dio charlas, rodó especiales de televisión, organizó seminarios y talleres y utilizó el dinero de las películas para comprar el Campamento del Lago Red y convertirlo en un retiro para víctimas de violencia. No se cansaba nunca, estaba muy entregada, era positiva y optimista. Era la Final Girl preferida de los Estados Unidos.

Hacía que las demás pareciéramos un fraude, como si no estuviéramos aprovechando todo el potencial que teníamos, como si tuviéramos que dedicarnos a preguntarnos qué podíamos hacer por nuestro país en vez de poner barrotes de seguridad en nuestras ventanas y aprender a disparar. No obstante, nunca juzgó las decisiones que habíamos tomado y, desde luego, no pensaba que yo fuera la loca.

Nunca llegó a tener tanto dinero como Marilyn, pero era más generosa. Siempre. Fue ella la que pagó las obras para que Julia pudiera ir con la silla por la casa de sus sueños. Cuando Dani se mudó, Adrienne pagó para que le pusieran un botón del pánico.

«No es por ti —le dijo—, es para que yo pueda dormir por las noches, sabiendo que las probabilidades están algo más a tu favor».

Las películas de la franquicia *Matanza veraniega* fueron el combustible que se utilizaba en el cuarto de calderas del imperio de Adrienne y que convertía su dolor en dinero. La serie llegó a tener nueve películas, muchas más de las que llegamos a tener ninguna de las demás. Había una versión futurista en la que un implacable Teddy se despierta del criosueño y empieza a matar a gente en una estación espacial. Incluso hubo un cruce con el Rey de los Sueños de Heather, que organizó para ver si esta ganaba algo de pasta, pero la cosa no acabó bien por… bueno, pues por Heather, claro. Hicieron muñecos, peluches… Aunque resulte extraño, nunca pidió que la protagonista fuera negra. Adrienne siempre tuvo una idea muy clara y realista acerca de a quién quería ver de víctima en una pantalla la clase media estadounidense.

Julia le preguntó en una ocasión si le molestaba que el hombre que había intentado asesinarla, el hombre que había asesinado a sus amigos, estuviera inmortalizado en tarteras y camisetas; que fuera, muy probablemente, más famoso que ella.

«No fue Teddy quien mató a mis amigos —le respondió Adrienne con una sonrisa—. Teddy ni siquiera ha existido. Si Bruce Volker supiera que la mentira que contó me está ayudando a poner fin a la violencia contra las mujeres se revolvería en su tumba, y eso me hace muy feliz».

La CNN nos cuenta que Bruce Volker no tenía ningún hijo que se llamara Teddy, ni hijos siquiera, pero que tenía un sobrino que se llamaba Christophe que tenía tres años cuando su tío murió. Ahora tiene treinta y cinco y le toca las narices que la tragedia de su familia se haya convertido en un imperio del entretenimiento global y que nadie haya pensado en él para llevarse un porcentaje.

No es la primera vez que oigo hablar de ese Christophe. El tipo fue uno más de las decenas de tarados que demandaron a Adrienne, pero ella siempre tenía más abogados y más dinero. Además, la mayoría de los jueces no ven con muy buenos ojos que el sobrino de un asesino intente sacar tajada de las víctimas de su tío muerto. Las demandas de Christophe acabaron convirtiéndose en una inutilidad y, al final, en la ruina y trastornado —muy trastornado—, decidió tomarse unas vacaciones de Hollywood.

Hace unos años empezó a aparecer por el Campamento del Lago Red, hasta que Adrienne consiguió que le pusieran una orden de alejamiento que determinaba que tenía que mantenerse como mínimo a trescientos metros del lugar. Y había respetado la orden judicial hasta ayer por la noche, cuando, de repente, había desenterrado a su tío, había ido al campamento, había matado a los monitores que lo estaban cerrando, lo habían tirado de lo alto de un granero, había huido cojeando de la policía, había conseguido llegar a su coche, conducir tres horas hasta la casa de Adrienne y meter la cabeza de su tío, momificada, en su nevera. Cuando esta misma mañana ella ha bajado a la cocina para tomar un café, él ha salido de la despensa y la ha apuñalado veintidós veces en la cabeza con un picahielos.

Como nos pasa a todas, las relaciones no eran el fuerte de Adrienne, por lo que nadie ha encontrado su cadáver hasta que la policía no ha llegado a su casa a ponerle al corriente de los asesinatos del campamento.

Justo en ese momento me suena el móvil. Miro a ver de quién se trata. No me apetece hablar con esa persona en estos instantes. Necesito descomprimir. Necesito ocupar la cabeza con algo agradable. Acabo de entrar en Netflix y estoy buscando *Love Actually* cuando oigo un sonido que todavía me asusta, incluso después de todo este tiempo.

Un ruido sordo en la puerta principal.

Miro a Final. Está tan asustado como yo. Cambio la vista a mi pantalla de seguridad. Bajo ningún concepto iba a permitir que mi puerta principal fuera un punto ciego, así que, cuando me mudé, puse una pequeña cámara en la mirilla.

No hay nadie en la puerta.

Otro golpe sordo.

Dejo a Final en el escritorio, lejos, para que nadie pueda hacerle daño, cojo la 38 y le quito el seguro. Hay una segunda cámara escondida al otro lado de la puerta, más abajo. Cuando cambio a ella, me doy cuenta de por qué no he visto nada antes: la cámara de la mirilla está demasiado alta para ver a Julia en su silla de ruedas llamando a la puerta.

Cierro los ojos y deseo que se vaya. Llama con más fuerza.

—¡Sé que estás ahí, Lynnette!

La oigo a través de la puerta, a través de la jaula, a través de la sala vacía, penetrando en el único sitio en el que me siento segura.

—Ya se irá —le digo a Final entre susurros—. Si nos quedamos quietos y no hacemos ningún ruido, se marchará.

Nadie sabe dónde vivo. No conduzco porque no confío en que el Departamento de Vehículos Motorizados mantenga a salvo mi

dirección. No tengo carné de la biblioteca. No voto. Hago todo cuanto está en mi mano para mantenerme lejos de las bases de datos del estado. Con las federales no puedo hacer nada excepto rezar para que sean más seguras. La contrapartida de que nadie sepa donde vivo es: ¿cómo van a saber si me ha pasado algo? ¿Cuánto tardaría alguien en darse cuenta? ¿Y ¿qué me estarían haciendo mientras tanto?

Así que hace ocho años hice una apuesta. Julia era la última que había llegado al grupo de apoyo. Supongo que la elegí porque era la más joven. Pensé que sería a ella a quien mejor podría manejar para que hiciera lo que yo quería. A diario le envío un par de mensajes de texto, uno a las nueve de la mañana y otro a las nueve de la noche, para que sepa que estoy viva. Le entregué un sobre cerrado por si alguna de las veces no le envío el mensaje. Le pedí que me prometiera que no lo abriría en ninguna otra circunstancia. Contiene la dirección de mi apartamento.

En la pantalla, Julia deja de llamar y se echa hacia atrás. ¡Se está rindiendo! ¡Se va! Juguetea con algo que tiene en el regazo y, entonces, suena mi móvil. Lo busco a la desesperada para ponerlo en silencio, pero es demasiado tarde: sabe que estoy en casa.

Una Julia pixelada me grita a través de la puerta.

—¡Lynnette, deja de comportarte como una puta loca! ¡Abre, es importante!

Final y yo no nos movemos, no hacemos ningún ruido, no respiramos. En mi móvil aparecen avisos una y otra vez, porque esta traidora no deja de llamarme. Después de la octava llamada, se marcha.

Suelto el aire que he estado conteniendo. Final también. Nos miramos. ¿Qué hacemos ahora? Nuestra posición ha quedado comprometida. ¿Nos quedamos aquí o salimos corriendo? Si Julia ha venido hasta aquí he de dar por hecho que alguien ha podido seguirla y que ahora estará vigilando mi apartamento. Pero no puedo salir. Este es el único sitio en el que estoy segura.

Tengo comida suficiente para aguantar tres semanas. No tengo por qué abrir las cortinas. Desconectaré el móvil y me quedaré aquí, agachada. Nadie puede entrar. Aquí no me va a pasar nada. Que las otras se encarguen de la «emergencia» de Julia. Yo tengo que concentrarme en seguir con vida.

* * *

Cuando voy por la mitad de *Love Actually* alguien vuelve a llamar a la puerta. Quito el sonido y cambio a mi cámara de la mirilla y a la que enfoca más abajo deseando que Julia me deje en paz. Siento que se me

tensan la piel y los músculos. Se me duerme la mano con la que empuño la pistola. Es Julia, y acuclillado a su lado está el Fantasma, con su túnica negra y la máscara blanca. Le está poniendo un cuchillo en el cuello.

No es real. Es una película. Debo de estar en Netflix y, sin querer, me he metido en una de las pelis de *Cuchillada* de Julia. La chica que hay en pantalla lo hace muy bien. Representa el miedo de maravilla, con los ojos como platos, la boca abierta, respirando con fuerza. Yo también empiezo a hiperventilar.

Es una película. Nada más. Estoy viendo una película, porque esto no puede ser real. Porque yo tomo precauciones. Soy cuidadosa. No me arriesgo.

Entonces el Fantasma acerca sus negros ojos a la cámara junto con un papel impreso: «Lynnette, abre la puerta o la mato». Está escrito con rotulador.

Tenemos un trato entre nosotras. Nunca hemos hablado de él, pero sé que existe, igual que sabía que mis padres me querían y que mi apartamento es seguro y que Final es mi mejor amigo. El trato consiste en que, cuando los monstruos lleguen, nos ayudaremos las unas a las otras. Sea de quien sea el monstruo. Haya que hacer lo que haya que hacer. Eso es lo que toca cuando eres una Final Girl y el grupo de apoyo es un recordatorio de este trato.

Ahora bien, no pensaba que Julia sería la primera en pedir ayuda.

Sujeto el calibre 38 con más fuerza. Me cercioro de que le he quitado el seguro. Luego pulso el botón que abre la puerta principal y espero a que el monstruo entre.

Las *slasher*, o películas de Final Girls, son trituradoras con productores y jefes de estudio en un lado y aficionados a este tipo de cine —hombres— babeantes al otro, lamiendo como locos sus violentas fantasías sexuales. Lo que se les pasa por alto a los aficionados del porno y de la sangre es que estas franquicias están basadas en asesinatos reales en los que los asesinos, hombres, monstruos, asesinaron brutalmente a mujeres de verdad, reales, y lo hicieron delante de sus amigos. Sin embargo, las fantasías se han vuelto tan gráficas, tan corrientes, que nadie se para a destacar el cadáver apestoso de mujer que hay en las raíces de este árbol venenoso, y a todo el que intenta hacerlo le llaman aguafiestas, como me ha pasado a mí en numerosas ocasiones.

Las mujeres, en general, se mantienen en silencio, por lo que no ayudan a llamar la atención sobre su explotación. Y si alguno de los aficionados empieza a dar problemas, lo anestesian con más camisetas, más álbumes, más pósteres y más muñequitos en los que aparecen sus asesinos preferidos convertidos ahora en verdaderas celebridades.

La palabra *problemáticas* no sirve para describir ni mucho menos las películas de Final Girls.

«Las mujeres son nuestra carne y la hamburguesa nos ha quedado muy buena», por Deborah Ballin, publicado en la antología *La última palabra sobre las Final Girls*, 1989.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS IV:

El regreso de las Final Girls

«¡Bzzzt!». Así es como suena el timbre que libera el cerrojo de la puerta principal de mi apartamento. Me preparo para disparar en la postura que practico cada noche. Que me vea obligada a adoptarla en mi apartamento significa que todo ha salido mal. Apunto por encima de la cabeza de Julia, justo donde me da la sensación de que estará el torso del Fantasma. Me tiemblan los brazos. Tengo las muñecas flojas. Se me han dormido los dedos. No sé si tengo el dedo en el gatillo o fuera de la guarda, pero tengo demasiado miedo como para apartar la mirada de la puerta. La jaula será mi zona de disparo. Ahora no puedo preocuparme por la malla de protección. No puedo pararme a pensar qué les pasará a las balas que atraviesen las paredes del apartamento y lleguen al descansillo.

Me siento avergonzada.

Me estoy pasando. Estoy exagerando. He cometido un error. Nunca en la vida le he apuntado a nadie con un arma. Estas cosas no se hacen. No al menos en una ciudad. En mi casa. No obstante, tengo tanto miedo que sigo con los brazos levantados, como una gilipollas, sujetando una pistola como si fuera una tipa dura, como si mi mundo no se estuviera rompiendo en pedazos.

Los reposapiés de la silla de ruedas de Julia empujan la puerta a medida que entra en la jaula. Mis músculos hacen una microscópica contracción, pero no disparo. Tengo que respirar hondo o me desmayaré. La malla es tan densa que no veo bien la cara de Julia, pero sé muy bien cómo se siente. Yo me he sentido así. Hasta que no has pasado lo que hemos pasado nosotras no te haces a la idea del miedo que puede llegar a sentir un ser humano.

Oigo un pitido agudo en los oídos. Veo la jaula en el centro de mi campo de visión y todo lo demás está como cubierto por una niebla gris.

«Yo te protegeré —le digo mentalmente a Final—. No puede atravesar la jaula».

Aunque no sé si se lo estoy diciendo a Final o me lo estoy diciendo a mí misma.

El Fantasma entra justo por detrás de Julia. No pienso. Aprieto el gatillo. Es entonces cuando queda resuelta mi duda: tenía el dedo

fuera de la guarda. Como estoy sudando, el dedo me resbala, dejo de sujetar bien la pistola y se me cae. Me agacho a toda velocidad y consigo cogerla con la punta de los dedos antes de que caiga al suelo. Ni siquiera me molesto en ponerme de pie. El dedo da con el gatillo.

—¡Lynnette! ¡Lynnette! —me grita Julia.

«Yo os voy a salvar, Final».

El Fantasma se quita la máscara de golpe. Es un comportamiento extraño, pero no pienso parar hasta que no me sienta a salvo.

—¡Lynnette, no dispares! —me grita Julia.

Tiro del gatillo.

El tronido hace que me retumben los oídos. La habitación se llena de humo. Las manos se me van hacia atrás y me golpean en la cara. Noto el metal en los dientes; su sabor en la boca. No sé cómo, pero estoy sentada en el suelo.

—¡Me he meado! —grita una voz de hombre amortiguada—. ¡Me he meado!

—¡Lynnette, que es Thorn! ¡Que es Russell Thorn!

Me pongo de pie como puedo, con la pistola en la mano izquierda. Me la paso a la derecha.

—¡Lynnette! —insiste Julia—. ¡Por Dios, no dispares! ¡No dispares! ¿¡Cuál es tu palabra de seguridad!? ¡Dios!

Vuelvo a levantar el arma. El Fantasma está enredado con su propia ropa, intentando abrir la puerta principal para salir de la jaula, pero está atrapado entre la puerta y la silla de Julia.

—¡Socorro! —grita—. ¡Socorro, joder! ¡Socorro!

Le apunto al centro del pecho.

—¡Lynnette, que es Russell Thorn! ¡Te entrevistó en una ocasión!

Conozco ese nombre.

—Russell Thorn… —repito, si bien estoy más preocupada por descubrir qué ha detenido la bala.

¿Por qué no está muerto el Fantasma? ¿Y por qué el Fantasma es Russell Thorn?

Tiro de nuevo del gatillo.

La jaula retiembla. Yo, en cambio, esta vez mantengo la posición. Esta vez solo tengo la sensación de que me he roto las muñecas.

—¡Deja de dispararnos! —me grita Russell Thorn.

Se ha quitado la máscara y veo su barba pelirroja mientras se sube por encima de Julia y la jaula se convierte en un revoltijo de brazos y piernas.

—¡No ha sido idea mía —suelta Julia—, pero es que como no abrías la puerta!

Estoy muy cansada. Mucho. Siento torpe la lengua. Los párpados

me pesan como el plomo. En la habitación hay menos luz por culpa del humo de la pólvora. Me queman los ojos y eso me da sueño.

—¡He abierto tu sobre! ¡Tenemos que hablar!

He vivido aquí en paz durante mucho tiempo, y ahora acabo de disparar mi arma dos veces, la policía llegará en cinco minutos y en la próxima media hora entrará en este apartamento más gente que en dieciséis años.

No siento la cara. Introduzco el código de la jaula y los cerrojos se abren. Julia entra rodando.

—Dame una toalla para Russell. —Le tiembla la voz—. No puedo creer que nos hayas disparado. ¡Joder, casi me da un infarto!

—Eso no va a entrar —digo tajante señalando la túnica y la careta del Fantasma.

Aún empuño la pistola. Russell tira el disfraz como si estuviera en llamas.

—Al descansillo —le ordeno.

Se esfuerza por tirarlo todo fuera. Luego cierra la puerta de golpe. A Final no le gusta lo que está pasando. Prefiere cuando estamos solos. No le gustan los desconocidos.

—Es demasiado tarde —le digo a Thorn.

—¿Cómo dices? —me pregunta Julia, que tiene una mano en el pecho.

Russell me mira como mirarías a una loca. Está valorando la distancia que hay hasta la puerta principal. Me acerco, cierro la puerta de la jaula de un portazo y los cerrojos se activan inmediatamente. Russell da un salto. Cuando le doy la espalda a la jaula está sentado en mi silla.

—Siéntate en la cinta de correr, que tienes los pantalones mojados —le ordeno.

Se pone rojo, pero se sienta en la cinta. Está fijándose en todo a toda velocidad y sus ojos, pegajosos, reptan por mis paredes, por mi ordenador, por mis pantallas, tomando notas mentales, componiendo frases acerca de mí —«Un apartamento espartano de un solo dormitorio con las paredes pintadas de amarillo industrial»—, escribiendo párrafos que me juzgan —«Con las cortinas cerradas como si le temiera a la luz del sol tanto como al hombre que tantísimo daño le hizo años atrás»—, dando con titulares lapidarios que respaldan su tesis —«Una mujer atrapada en su apartamento, cumpliendo condena igual que el hombre que…»—.

Hace como que no hablamos la semana pasada.

Estudio la jaula. Tiene dos abolladuras ennegrecidas. El tipo que la construyó me aseguró que un calibre 38 la traspasaría con facilidad.

O me mintió o era imbécil. ¿Cuántos otros planes habré hecho basándome en información errónea?

—¡Joder! —suelta Julia intentando parecer valiente y mientras toca las abolladuras con los dedos. Le tiemblan—. ¡Nos has disparado de verdad!

—Pues se suponía que este calibre traspasaba la tela metálica.

—Joder, pues yo por lo menos me alegro un montón de que no sea así —comenta Russell sentado prácticamente a la altura del suelo.

—No tenías que abrir la carta a menos que yo dejara de mandarte alguno de los mensajes.

—Es urgente.

—Esto es una trasgresión. Una trasgresión total.

—Una del grupo de apoyo está escribiendo un libro y el sobrino de Volker estaba al tanto.

De repente, siento como si tuviera la gripe.

—¿Y para qué has venido? —mascullo.

Alguien empieza a llamar a golpes a la puerta.

—¡Lárguese! —grito.

—¡Voy a llamar a la policía! —responde también a gritos una mujer.

Compruebo la pantalla de la cámara. Es la actriz que tengo de vecina. Lleva pantalones de chándal y los zapatos desabrochados.

—¡Estamos ensayando una escena!

Nos quedamos todos mirando la pantalla hasta que vuelve a su apartamento.

—¿Y para qué has venido? —insisto.

—Porque sé que se trata de Heather. Tienes que ayudarme a dar con ella.

Russell me mira atentamente. Está empezando a recuperar la confianza en sí mismo. Julia quiere respuestas. El hombre que ha matado a Adrienne sabe que alguien de nuestro grupo de apoyo está escribiendo un libro y Julia cree… ¿que es Heather quien lo está escribiendo?

—Necesito un momento —digo—. Necesito que ambos os quedéis callados un momento.

«Fantasma» era como se hacía llamar el que atacó a Julia. Llevaba una túnica negra y una careta de Halloween y resultó que era su novio, un entusiasta de las películas de miedo que quería convertirla en su Final Girl en su último año de instituto. Compartió su disfraz de Fantasma con su mejor amigo y juntos se fueron abriendo camino a cuchilladas entre los estudiantes de su graduación. Para ellos, aquellas personas muertas no eran sino una broma que solo ellos entendían.

Eran chicos inteligentes que habían sacado buena nota en la Selectividad y que tenían en su mano llegar a la universidad. Chicos que no se tomaban nada en serio porque daban por sentado que eran más listos que los demás. En lo que no habían caído era en que, para que Julia fuera su Final Girl, esta tendría que matarlos. Y resultó que Julia no tenía problemas con eso. Siempre comentaba que lo peor habían sido sus ocurrencias. Dice que da igual cuántas veces disparara a su novio, que este no dejaba de hacer comentarios estúpidos.

A los Estados Unidos dejaron de interesarle las Final Girls en la década de los noventa, pero cuando Julia empezó a ir a la universidad sufrió una secuela y resulta que el público se reenganchó. Lo llamamos secuelas porque esos cabrones casi siempre vuelven. Uno de sus compañeros de clase, hambriento de sus quince minutos de fama, se puso el disfraz de Fantasma y mató a cinco personas. Aunque lo arrestaron, consiguió que le conmutaran la pena de muerte por una cadena perpetua y, de paso, convirtió a Julia en una estrella. ¿A quién no le gusta que una reina regrese?

Para salvarle la vida a su compañera de habitación, Julia había placado a aquel segundo Fantasma y ambos habían salido disparados por una ventana. La vida se lo agradeció haciendo que se rompiera la vértebra L1. Desde entonces está en silla de ruedas y solo tiene movilidad parcial en la parte superior de las piernas. Eso lo omitieron en la película cuando cogieron para el papel a una bailarina en muy buena forma física y con ojos de cordero degollado. Por si fuera poco, resulta que se rompió la espalda para nada, porque su compañera de habitación murió de camino al hospital. Así es la vida: siempre dispuesta a rematarte cuando peor lo estás pasando.

Julia ascendió a su psicoterapeuta a marido y este la convenció para que se metiera en el circuito de programas de entrevistas. Sé muy bien cómo es eso. No quieres que la gente se enfade contigo, en especial si se trata de un hombre, así que consientes hacer cosas que no quieres porque no hay un mapa de carreteras de allí donde te encuentras, no hay nada que te guíe, excepto un cartel de neón en tu cabeza en el que pone: «No enfades a los hombres».

Pero los programas de entrevistas no habían contado con lo puteada que estaba Julia. Siempre asegura que tampoco ella había caído en la cuenta. Su primera aparición fue con Sally Jessy Raphaël. Sally dijo que era una inspiración. Julia la miró a los ojos fijamente y le soltó: «Entonces, ¿por qué no ponéis unas putas rampas para sillas de ruedas en el plató?». El productor del siguiente programa de entrevistas al que iba a ir la llamó a mitad de programa y le dejó un mensaje en el contestador diciendo que lo sentía mucho, pero que la

reemplazaban por Ed Begley hijo y su coche biodiesel. No volvieron a llamarla.

Fue Adrienne la que metió a Julia en el grupo. A punto estuvimos de expulsarla, porque lo único que hacía era buscar pelea. Incluso discutía con Heather, y eso que a los diez minutos de conocer a Heather te queda claro que pelear con ella es una real pérdida de tiempo. Entonces, después de una sesión en la que Julia se pasó un cuarto de hora aleccionando a Marilyn acerca del imperialismo estadounidense, Adrienne la invitó a pasar el fin de semana en el Campamento del Lago Red. Julia acabó quedándose una semana. Nunca nos contó qué había pasado, pero fuera lo que fuera funcionó. Cuando volvió de allí, Julia se enterró entre libros y se sacó el título de asistente legal, hizo un máster en medicina deportiva, asistió a clases de defensa personal, aprendió a disparar desde la silla… y empezó a cerrarse. Al menos, tanto como es capaz de cerrarse Julia.

También se dio cuenta de que su antiguo psicoterapeuta y actual marido se había «apropiado indebidamente» de su dinero. El divorcio impidió que la cosa fuera a peor, pero le costó un tiempo recuperar su vida. Una vez al año, Ray Carlton, el segundo Fantasma, hace una apelación y, una vez al año, el juez la desestima. Julia se encarga de todo el papeleo legal de su caso; la oficina del fiscal está encantada con esta ayuda y Julia se siente útil.

—Has puesto en peligro mi vida —le digo.

—Es un cuchillo de plástico —me suelta Russell.

—Esa no es la cuestión.

—Tenemos problemas mayores que tu paranoia —añade Julia.

—Has puesto en peligro mi vida.

—Señoooras. Antes de que empiece la pelea deberíamos tener una conversación importante.

Su actitud de tipo duro queda socavada por su voz quejumbrosa y la entrepierna mojada.

—¿Cómo sabes que una de nosotras está escribiendo un libro?

—Se lo he contado yo —dice Russell.

No sé qué decir. Sea cual sea el guion que me han dado, este tipo acaba de llevarlo en una dirección que ni siquiera comprendo. Mi mochila para emergencias cuelga de un gancho que hay en la jaula. Podría cogerla y largarme de aquí en cuestión de segundos.

—Christophe Volker —me dice Julia—. ¿Has visto las noticias? ¿Has oído lo que le ha hecho a Adrienne?

No tengo claro si debería hablar mucho, así que me limito a asentir.

—Stephanie Fugate, la Final Girl de la matanza de anoche en el

Campamento del Lago Red le explicó a la policía que Christophe no dejaba de hablar. Que mientras iba a por ella no dejaba de decir que si las mujeres esto, que si las mujeres aquello, que si las madres solteras lo de más allá, que si no sé qué de los homosexuales, que si no sé cuántos del certificado de nacimiento de Obama, que si los campamentos de refugiados son campamentos de la muerte… Una de las cosas que mejor recordaba es que le dijo que había hablado con alguien de nuestro grupo de apoyo y que le había contado que estaba escribiendo un libro y que le había pedido detalles acerca de sus litigios con Adrienne.

—Vamos, que tenéis una fuga —comenta Russell— y este demente lo sabe.

—Es Heather —anuncia Julia.

Julia no habla como la mayoría de la gente, que diría «creo que» o «en mi opinión». Julia da su opinión como si fuera un hecho.

—Heather no haría eso.

—No siente la misma lealtad que nosotras. Sabemos que no es la primera vez que intenta escribir un libro, así que no le resultaría extraño y, además, siempre necesita dinero.

—No, no puede ser Heather.

—¡Claro que es Heather! He intentado dar con ella en su casa de acogida, pero no ha vuelto después de la sesión. Es probable que se haya enterado de lo de Volker y que se haya dado el piro porque sabía que iríamos a por ella.

—Pero si piensas que estoy loca.

—¿Cómo dices?

—Lo has dicho durante la sesión. Has dicho que yo soy la razón por la que sigue existiendo el grupo de apoyo, no Heather. Que la loca era yo. Me has montado una escena.

—A ver… —Julia mira a su alrededor—. Desde luego, este sitio no parece producto de una cabeza sana.

—No pretendo ser descortés —empieza a decir Russell—, pero yo no sabía que estabas loca de remate.

—¡Cállate! —le dice Julia—. Lynnette, siento si he herido tus sentimientos y he traicionado tu confianza, pero ahora mismo lo que importa es que Heather está escribiendo un libro sobre nosotras y que eso nos pone en peligro a todas. Un libro sobre el grupo de apoyo, hable de lo que hable, es, como quien dice, un manual para cualquier admirador inestable que esté deseando pegarle un tiro a la figura materna castradora que acabó con su superdiós psicópata.

—Heather no tiene paciencia para escribir un libro. Además, es demasiado egoísta como para compartir el dinero con aquel que le

escriba el libro. El libro no es importante. Lo importante es cómo consiguió Volker la dirección de Adrienne.

—Es un acosador. ¡Se dedica a eso! Te estás desviando del tema. ¿De verdad tengo que explicarte qué es lo que sucederá si sale a la venta un libro que lo cuente todo sobre nosotras… ¡cortesía de Heather DeLuca!?

Todas hemos pasado mucho tiempo ante la atenta mirada del público, pero el público no sabe nada del grupo de apoyo. Pienso en nuestros monstruos pudriéndose en prisión y en el corredor de la muerte y en los admiradores que tienen fuera. Pienso en los medios, que parece que de nuevo vuelven a interesarse por nuestra sangre ahora que han asesinado a una de las nuestras. Pienso en lo que sucedería si se enterasen de que nos reunimos una vez al mes en el sótano de una iglesia de Burbank.

—Sigo sin entender para qué ha venido él. —Señalo a Russell con la barbilla.

—Me ha llamado para contarme lo que la chica ha dicho de Volker. Y me ha preguntado si sabía dónde vivías. No pensaba que fuera a seguirme.

—He conseguido que abrieras la puerta —farda Russell, como si no se hubiera meado encima—, lo que demuestra que tengo recursos. Si cooperáis conmigo, enseguida os daréis cuenta de lo beneficioso que resulta.

—¿Es él quien te ha contado lo que dijo Volker? —Este detestable sujeto ha sido un mosquito en nuestros oídos durante años. Creo que puedo conseguir que todo esto, en efecto, me beneficie—. ¿Y cómo sabes que no te ha mentido?

Russell suspira frustrado, seguramente deseando que fuéramos hombres porque, entonces podría comunicarse con nosotras como lo hacen los adultos. Se pone en pie y se acerca a una de las ventanas. Se detiene con una pose dramática junto a las tupidas cortinas. Parece un abogado dirigiéndose al jurado.

—Siempre me habéis infravalorado —nos dice—, pero sugiero que adoptemos un nuevo espíritu de cooperación.

Abre las cortinas y mira a la calle. Yo nunca abro las cortinas. Me convierte en un objetivo. El alféizar tiene una gruesa capa de polvo y está lleno de arañas muertas.

—Ciérralas.

—Alguien ha llamado a la policía —comenta mientras mira a la calle. Abre las cortinas del todo. La inundación de luz hace que me interne aún más hacia el interior del apartamento—. Es muy probable que el edificio no tarde en llenarse de agentes de la ley.

—California pertenece a los estados que aprueban la doctrina del castillo —le digo—. Tengo justificación para haber disparado un arma en mi casa.

El cristal de la ventana se rompe con un chasquido metálico y el ruido de la calle se hace más presente al tiempo que algo golpea la pared de enfrente. Me fijo en que de ella sale una nube de polvo de escayola. En la calle se oye un trueno.

¡Rátata!

Otro. La cortina que Russell está sujetando se retuerce y algo tira a Julia hacia atrás con silla y todo, y su cabeza hace un ruido sordo, como el de un coco —¡crac!— al golpearse contra el suelo. Un aire fresco entra por los agujeros de la ventana. Me quedo un instante observando una esquirla de cristal que se ha quedado colgando, hasta que se separa, cae y tintinea en el alféizar. Acto seguido, la ventana estalla.

¡Rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátatatata!

Mi castillo se convierte en una galería de tiro. Dientes de plomo rasgan la cortina y la hacen jirones, esparcen cristales por el suelo y golpean las paredes de yeso. El polvillo blanco me impide respirar. Un francotirador. Veo pálidos destellos en el tejado del edificio de enfrente. Nunca pensé que fueran a intentar matarme desde lejos.

Lo que oigo suena como si mi mundo se estuviera rasgando por la mitad y como si nunca fuera a detenerse.

Russell está hecho un ovillo en el suelo, con las manos sobre la cabeza.

Todo se queda en silencio.

—¡Nos están disparando! —aúlla—. ¡Nos están disparando!

La electricidad recorre mi columna vertebral y tiro el arma, me levanto, pero permanezco agachada, y salgo corriendo a la otra punta de la habitación a por Final.

«¡Te tengo! —pienso mientras lo cojo—. ¡No te voy a dejar aquí!».

Entonces me giro hacia Julia, que está como enredada con la silla de ruedas. No se mueve. Doy un único pero largo paso en dirección a ella y el mundo vuelve a estallar.

¡Rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátatatata!

—¡No, no, no! —chilla Russell—. ¡Ayúdame!

Intento tocar a Julia, pero la pared que tengo un poco más adelante se llena de agujeros y el polvillo del yeso me impide ver nada. Doy la vuelta, me resbalan los pies y me caigo hacia atrás, sobre la cadera. Final se cae al suelo, rueda y se le sale algo de tierra.

—¡Final! —grito mientras veo cómo se detiene en una esquina.

Russell se pone de pie y sale corriendo hacia la puerta principal.

De camino me pisa una mano.

¡Rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátatatata!

Veo que cae de lado y que se estrella contra la pared y se desploma sobre el suelo. Yo me he puesto de pie y vuelvo a intentar ayudar a Julia, pero los disparos me obligan a retroceder y hacen que mi cerebro me lleve a verlo todo de color rojo. Antes de que me dé cuenta, cambio de dirección, cojo mi mochila para emergencias, introduzco el código en la puerta de la jaula y los cerrojos se abren de inmediato. Me preparo para que una bala me atraviese la espalda. Todo aquello que durante años me ha aterrado que sucediera… está sucediendo de golpe. Mis viejas cicatrices me duelen como si fueran heridas recientes. La puerta principal ocupa todo mi campo de visión. Ahora no parezco tan paranoica, ¿verdad?

¡Rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátata, rátatatata!

La jaula vibra a mi alrededor.

¡Rátata, rátata, rátata, rátata, rátatatata!

Le debo una al tipo ese por haberme instalado una malla defectuosa. Abro la puerta principal de par en par y salgo corriendo.

«Lo siento». Se lo digo a Final y a Julia, pero el pensamiento enseguida queda atrás.

«¡Lynnette —grita Final, o puede que sea Julia—, no me abandones aquí!».

Estoy en el descansillo, abandonando mi casa, abandonando a mi mejor amigo, abandonando a Julia. Resulta que, a la hora de la verdad, solo me salvo a mí misma.

El público estaba hasta el moño de Satán a finales de los años setenta, pero tampoco nadie estaba preparado para El gancho de carne. Un título directo para una película directa. Los tropos del género aún no se habían calcificado, por lo que fue como si golpearan a los espectadores en la cabeza con una maza. Un verdadero éxito gracias al boca a boca en una época en la que los otros taquillazos habían sido Rocky II y Moonraker. El gancho de carne y Alien —más tarde— fueron dos puñetazos en la mesa que cambiaron el cine para bien en el verano de 1979. La única diferencia entre estas dos películas es que Alien costó más de diez millones y medio de dólares y El gancho de carne apenas llegó a los ciento cuarenta mil.

Los productores utilizaron el nombre de verdad de la Final Girl a la que le había sucedido aquello —Marilyn Torres— y el de los asesinos, lo que le dio un toque aún más realista a una película cargada de violencia. El gancho de carne desorientó y desencajó el corazón de los Estados Unidos y lo convirtió en un paisaje de crueldad infinita, además de implicar a los espectadores en su lógica de granja de la muerte industrial. Tal y como asegura Papá Hansen mientras va metiendo pedazos de una chica en la picadora: «Esta es la carne adecuada para un hombre. Le alimenta el estómago y el alma».

«162»

Eliot, Nick, *Gritos en los Estados Unidos: Un mapa del corazón del horror* (2.ª edición), 1998

LA NUEVA PESADILLA DEL GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS

Giro a la izquierda y paso a todo correr por delante de una puerta entreabierta tras otra, detrás de cada una de las cuales asoma un tótem de caras demasiado asustadas como para ayudarme, pero demasiado curiosas como para quedarse dentro. Cruzo como una exhalación la puerta del final del descansillo y salgo a las escaleras, rezando porque la policía esté subiendo por el ascensor, poniéndome a la espalda la mochila para emergencias y corriendo tan deprisa que es imposible que me sienta mal por Final o que piense en Julia. Bajo las escaleras de cinco en cinco. Saco la rasqueta del bolsillo lateral de la mochila.

Volveré a por Final.

Lo prometo.

No tenía alternativa.

Julia lo entenderá.

Al final de las escaleras hay una puerta de emergencia con una barra de seguridad y un cartel rojo en el que pone «Empujar para abrir — Sonará la alarma». El cierre está a la vista y, tal y como he practicado mil veces, meto la rasqueta entre la barra y el marco de la puerta y abro el cierre sin que suene la alarma. La puerta se abre con facilidad, como si nada, y salgo a la calle.

El aire es gris y el cielo está lleno de nubes anaranjadas a medida que el sol se pone por las colinas. La parte trasera de mi edificio da a una valla de tela metálica al otro lado de la cual hay otro edificio de apartamentos de mierda idéntico al mío. Tiro la rasqueta y corro por encima de colillas y latas de cerveza chafadas hasta el agujero que hay en la parte baja de la valla, un agujero que hice hace mucho tiempo y que reviso una vez al mes.

Me arrastro bocabajo para entrar en el aparcamiento que hay a un lado. Mientras troto por la vieja tira de asfalto me abrocho la riñonera que tenía pegada con cinta a la mochila para emergencias. El peso de la M&P Shield que llevo dentro me reconforta. No tiene mucho poder de detención, pero cuando no hay más…

No pienso. Dejo que sea el plan el que se encargue de todo. Corro por la calle, pero voy frenando hasta que camino a paso rápido. Me

alejo de mi apartamento. Sin mirar atrás. Por detrás de mí oigo cómo los gritos de Final se van apagando en mi cabeza. Lo he abandonado. Lo siento.

He abandonado a Julia.

He de ceñirme al plan.

Alejándome de mi apartamento llegaré al garaje. Una sirena rasga el anochecer mientras mi casa se convierte en un imán de policías que está tragándose todos los vehículos de emergencia que puede. Otro, junto con su efecto Doppler. Esta ciudad es una ratonera. No puedo respirar.

Tardo exactamente quince minutos en llegar al garaje. Subo por la escalera A con la llave del coche en la mano, directa a mi vehículo de huida, que está en la tercera planta.

Hace tiempo decidí que no podía arriesgarme a que el Departamento de Vehículos Motorizados tuviera la dirección de mi casa, pero tengo un par de carnés de conducir falsos que son lo suficientemente buenos como para salir del paso en caso de que haya una emergencia. Así, durante los últimos cinco años he alquilado una plaza en este garaje para un Chevrolet Lumina que compré por ochocientos dólares. Una vez al mes me aseguro de que aún funciona y voy guardando cosas en el maletero. El plan es conducir hacia El Paso y desaparecer de camino. Este es un país grande y sé moverme con rapidez.

Lo primero que veo cuando dejo las escaleras es que mi coche está demasiado bajo. Meto la mano en la riñonera y empuño la Smith & Wesson. A mitad de camino me doy cuenta de cuál es el problema: alguien ha rajado las cuatro ruedas. Me quedo en blanco… pero confío en el plan y, sin dudarlo, doy media vuelta y bajo por la escalera B. Siento como si me estuvieran mirando.

No creo en las coincidencias. De alguna manera, alguien sabía lo del vehículo y ha comprometido su integridad. Ya no puedo utilizar esta ruta de escape.

No me pongo a gritar porque podrían estar mirándome. No sufro un ataque de pánico porque obligo a mis pulmones a llenarse de aire, por mucho que ellos quieran cerrarse del todo por los calambres. No corro por la calle disparando a todo el que me parezca sospechoso porque lo tengo todo planeado. Tengo un plan de emergencia para mi plan de emergencia, porque más vale prevenir que lamentar. Eso me lo enseñó Dani.

Busco el contacto de los taxis de Los Ángeles y llamo. Me subo al vehículo negro y amarillo junto a la tienda de rosquillas que hay en la esquina y saco una foto de su licencia. El taxista no deja de hablar de

su negocio de camisetas. Yo voy sentada junto a la puerta, con la mochila para emergencias en el regazo y la Smith & Wesson apuntando al taxista. ¿Cómo es posible que alguien haya dado con mi coche? Me seguirían alguna noche. Quien sea debía de tener esto planeado desde hace mucho tiempo y, ahora, está jugando al pilla-pilla conmigo, lo que significa que es él quien tiene la sartén por el mango. No obstante, la taquilla que tengo alquilada en Guardamuebles Van Nuys es mi as en la manga.

Me bajo en la esquina y pago en metálico. Me agacho mientras voy por detrás del edificio y camino en contradirección al tráfico hasta que llego al enorme almacén. Las taquillas están en el primer piso. Introduzco el código para entrar en el edificio y, luego, me dirijo a la A132. Dentro tengo una bolsa de lona en la que guardo tres mil dólares en metálico, tres mudas, otra pistola y más munición, una tarjeta de crédito y más carnés de identidad falsos. El plan consiste en ir a Union Station y viajar a cualquier sitio del país, al azar. Tengo el dinero suficiente como para mantenerme escondida una temporada y, cuando las cosas se calmen, ya pensaré en qué hacer.

La única excusa que encuentro es que tengo la cabeza como una jaula de grillos. Es la única excusa que puedo poner para explicar por qué hasta que estoy a medio camino de la taquilla no me doy cuenta de que el candado que cuelga de la cerradura no es el mío. El mío es un Yale dorado con combinación, mientras que este otro es un Master Lock de acero inoxidable. Me detengo de golpe. Siento un miedo tal que no soy capaz de doblar las rodillas. Mis pies echan raíces en el suelo de cemento. Noto la cámara de seguridad fija en la nuca. Noto que hay alguien mirándome desde los pasillos a oscuras.

Las conocía. Conocía mis dos rutas de huida. Ya no puedo confiar en nada de lo que haya dentro de esa taquilla. Mis carnés falsos ya no valen. Ni la tarjeta de crédito de emergencia. Puede, incluso, que haya marcado mis billetes y que me haya trucado la munición. De hecho, podría estar observándome ahora mismo.

Arranco los pies del suelo y obligo a mis piernas, que pesan muchísimo, a dar la vuelta, porque si conoce esta ruta de huida es probable que siga por aquí, esperando a que yo aparezca. Camino tan rápido como puedo. Tengo los pies dormidos porque siento que un encapuchado se acerca a mí por detrás, me empuja contra las taquillas y me clava un cuchillo de carnicero en los riñones una y otra vez, metiéndolo y sacándolo como si se tratara de la aguja de una máquina de costura. Pero el sitio está vacío.

Soy una tortuga sin caparazón, sin protección, carne expuesta al mundo. Soy un animal atropellado. Eso es lo que dijo de mí Heather

en una ocasión. Que no era una Final Girl de verdad, sino alguien que se había tropezado en el camino de un monstruo.

Ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo, pero no esperaba que todos mis planes fallaran tan rápidamente, tan desastrosamente. Mis dos rutas de huida de la ciudad han fallado. Le confié mi dirección a Julia y ella también ha fallado. Pensé que podría valerme de Russell Thorn, pero eso también me ha salido mal. Pensaba que la jaula funcionaría, pero no ha funcionado. Pensaba que podría proteger a mis amigas, pero he salido corriendo y he abandonado a Julia a su suerte. He fallado, he fallado y he fallado.

«Lo siento, Final».

Lo siguiente de lo que soy consciente es de que estoy en el autobús de Burbank. El tiempo ha sufrido un corte en mi vida y no me fijo en lo que tengo alrededor hasta que no siento un tirón. Examino los zapatos de todo el mundo, pero me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde estoy. Justo cuando más lo necesitaba, mi concentración, mi enfoque, mi cerebro… me han traicionado.

Pulso el botón de parada de emergencia, bajo del autobús y camino rápido por la calle en contradirección al tráfico. Intento no echar a correr. Me mezclo con la gente y me cuelo en un autobús de la Línea Naranja justo cuando está a punto de arrancar.

Me siento detrás de un policía de tránsito, con las ventanas a la izquierda y la mano encima de la riñonera. Obligo a mi cerebro a frenar y a pensar en lo sucedido.

Alguien me ha disparado.

Conocía mis dos rutas de huida.

Julia está muerta.

Borra eso último. Nunca descartes a una Final Girl hasta que no veas el cadáver. Todas sufrimos muchos daños en su día y seguimos dando guerra. Está viva. No la he abandonado en los brazos de la muerte. Está viva. Estoy segura. Entonces, añado otro punto a la lista:

Hay gente en mi casa.

Ahora mismo. Botas tácticas y zapatos de seguridad pisando con fuerza por mi suelo, dándole una patada a Final, rompiendo su tiesto, aplastando sus raíces, revisando mi casa. Metiéndose en mi ordenador. Buscándome. Cuatro armeros y el cadáver de Russell son más que suficiente para que se interesen por quién soy. Necesito ayuda.

Pulso el botón para solicitar parada, bajo del autobús y, de inmediato, me fijo en las calles vacías y me doy cuenta de que he cometido un error. Aquí estoy demasiado expuesta. Tiro el móvil en una papelera, busco un Starbucks abierto y entro. Me siento en una mesa que está cerca de los servicios.

En la mochila para emergencias llevo un móvil de tarjeta prepago a tope de batería y con mis contactos. Lo saco y llamo.

—¿Diga? —Responde al segundo tono.

—Doctora Elliott, soy Lynnette. Alguien acaba de atacarme. Necesito ayuda.

Se lo toma con más calma de lo que imaginaba.

—¿Dónde estás? Dame la dirección, que paso a recogerte.

—No, dígame su dirección y ya voy yo a verla.

—Si estás en peligro prefiero que no vengas a mi casa. Entiéndelo, por favor.

—Alguien me ha disparado. Bueno, nos ha disparado a los tres, a Julia, al periodista y a mí.

—Lynnette… ¿y ¿dónde está la policía?

—No lo sé. He huido. Es que… me estaban disparando. Han disparado por la ventana de mi casa.

—¿Estás segura de que no eran niños? ¿O petardos?

—A Julia le han dado.

—¡Ay, Dios mío! —Es la primera vez que veo que reaccione más como una persona que como una profesional—. ¿Y está grave?

—No lo sé. He huido.

—¿¡…Has huido!?

Me está juzgando.

—Después de llamar a la policía. —Le miento… y le voy a mentir un poco más—. Primero me he asegurado de que Julia estaba bien. No iba a dejarla ahí, sangrando en el suelo de mi casa.

Dejarla sangrando en el suelo de mi casa es, precisamente, lo que he hecho.

—¿A qué hospital la han llevado?

—Me estaban disparando, así que no me he quedado a hablar con los de la ambulancia. He hecho lo que tenía que hacer.

—Sí, has hecho lo que tenías que hacer. Ven a mi despacho. Tardaré media hora en llegar.

—Ni loca —respondo mientras miro el mapa de autobuses—. No voy a ir a ningún sitio al que vaya usted habitualmente.

Le doy una dirección y le pido que se reúna allí conmigo en cincuenta minutos. Cuelgo y compruebo la mochila para emergencias. Estoy tan centrada en asegurarme de que hay una bala en la cámara de la M&P, de que sigo llevando el cúter en el bolsillo, de que conservo la tarjeta para el autobús… que no me fijo en la forma que se acerca a mi mesa.

—Cerramos en cinco minutos —me dice el gerente.

Casi le corto.

Bajo la cabeza y asiento y le doy las gracias, actuando de manera anodina para que se olvide de mí cuanto antes. Me marcho, y nada más salir por la puerta empiezo con mi sistema, cambiando de autobuses, volviendo sobre mis pasos, consciente de que ahora, sin duda, alguien está intentando seguirme. Eso lo hace más sencillo.

Estoy en el Starbucks de la esquina de Montana con la Séptima, en Santa Mónica, tomando mi segunda botella de agua —el pánico deshidrata— y ya ha oscurecido del todo cuando veo pasar el Audi S5 negro de la doctora Elliott. La mujer toma la curva despacio, buscándome desde el otro lado de la calle. Salgo de la cafetería, abro la puerta del copiloto y entro.

—Conduzca.

—¡Dios bendito, qué susto me has dado!

Por suerte, acelera y nos internamos en un laberinto de casas de las afueras.

—¿Estás bien?

No respondo.

—¿…Lynnette?

Estoy comprobando que en el asiento de atrás no haya ninguna sorpresa desagradable.

—Ponga el seguro.

Oigo el cierre automático de las puertas y me abrocho el cinturón de seguridad.

—Mejor vaya por la autopista. Coja las calles principales que no tienen semáforos. No se detenga en los *stops* si puede evitarlo.

—¿Adónde quieres que vaya?

—Quiero ir a casa —La palabra se me queda atravesada en la garganta, así que trago saliva—, pero no puedo, así que usted no pare.

—¿Qué ha sucedido?

Se lo cuento todo mientras entramos en la 10. Cuando acabo, se queda callada durante un minuto.

—Voy a llamar a los hospitales para ver si saben algo de Julia —comenta—. ¿Podría tratarse de Billy Walker? ¿Sabes dónde está?

Oír su nombre es como si me hicieran chupar un cenicero.

—En Uintas. En aislamiento. Lo compruebo cada semana.

—Entonces, ¿alguno de tus admiradores?

Niego con la cabeza.

—No es algo que tenga que ver solamente conmigo. Esta mañana Adrienne y, por la tarde, Julia y yo. Alguien viene a por las Final Girls.

—No saquemos conclusiones precipitadas.

—Ya lo he dicho esta mañana. ¿Que no necesitamos las reuniones porque todo ha acabado? Siempre hay alguien que quiere matarnos. Esto no va a acabar nunca.

—Tenemos que ir a la policía.

—¡Ni loca! Garrett P. Cannon no hizo nada por mí en su día y sus colegas no van a hacer nada por mí hoy, aparte de meterme en una celda y convertirme en un objetivo inmóvil.

—Sé que te da miedo confiar en las fuerzas de la ley, pero la policía es la gente adecuada para encargarse de esto. Alguien ha intentado matarte, Lynnette. Alguien ha disparado a Julia. Esto es grave.

—Tengo muchas armas en casa —digo entre dientes—, … un cadáver…y alguien nos ha disparado con una arma automática. La policía va a pensar tres cosas: terrorismo, terrorismo y terrorismo.

—Yo hablaré con la policía.

—Para cuando dejen de exagerar y empiecen a escucharla será demasiado tarde. ¿Es que no lo entiende? No puedo cometer ni un solo error o me matará. Lleva meses vigilándome. Sabía adónde me dirigía. La única razón por la que no me ha matado es que soy muy rápida.

Subo los pies al asiento y me abrazo las piernas. Me tiro del pelo de las sienes con tanta fuerza que siento como si me lo fuera a arrancar.

—Muerta, muerta, muerta, muerta, muerta, muerta.

La doctora Elliott me pone la mano en el brazo. Me estremezco y la aparta.

—Están en mi ¡casa! —Voy subiendo el tono hasta que es demasiado agudo y odioso. Pego la frente a la ventanilla y empiezo a golpearla con suavidad.

—Lynnette, ¿tienes adónde ir?

Pienso en ir a un hotel, a un motel, a un bar o al refugio de una iglesia. No puedo ir ni con Marilyn ni con Dani. Ahora no. Ahí fuera hay alguien esperando a que nos reunamos para que le facilitemos el trabajo.

—¿No podemos sencillamente seguir en la carretera un rato?

Siempre he pensado mejor en los coches.

—Lynnette, ven a mi casa, ¿vale? Puedes pasar la noche en mi casa. Si esto es tan importante para ti, llamaremos a las demás y nos aseguraremos de que están al tanto, y por la mañana, nos sentaremos y hablaremos del tema.

—¿Quién hay en su casa?

—Skye y Pax.

—Hombres.

—Pax tiene ocho años, y tenemos suerte si Skye sale de su habitación una vez al día. Siempre está con el ordenador. Tengo sistema de alarma, una verja y habitación de invitados. Ven a casa.

Las únicas personas en las que confío son las otras Final Girls. Siempre nos hemos ayudado.

«Excepto a Julia. ¿Quién ha ayudado a Julia?».

Pero la doctora Elliott nos entiende. Lleva dieciséis años con nosotras. Si tuviera que confiar en alguien que no fuéramos nosotras sería en ella.

—¿Tiene alguna habitación sin ventanas?

—Tengo un gimnasio en el sótano.

Tampoco es que me queden muchas alternativas.

La doctora Elliott vive en una hacienda de dos plantas en Sherman Oaks que diseñaron pensando en que te relajara el espíritu, pero tiene todos los complementos de seguridad de los ricos: luces activadas por movimiento, una verja automática, un garaje para dos coches, pegatinas de ADT en la esquina de las ventanas, cámaras escondidas con gusto. Aun así, me alegro de dormir en el sótano.

En la cocina, un niño rubio al que le falta un diente salta a la pata coja mientras chupetea un yogur helado en barra.

—¡Mamá! ¡Mamá, mamá!

—Pax, te presento a Lynnette. Es una de mis pacientes y va a dormir en casa esta noche.

El niño deja de saltar y me mira con los ojos entornados.

—¿Estás loca? —me pregunta.

—¡Pax!

—Que te jodan —le respondo.

—¡Lynnette!

—¡Mamá, ha dicho una palabrota!

—¡Pax, calla! —La doctora Elliott me mira—. Lynnette, estas son mi casa y mi familia, y quiero que te muestres respetuosa mientras estés aquí.

Las ventanas que hay sobre el fregadero dan a la parte trasera de la casa y veo que hay un muro que la rodea. Me alegro. Aun así, me sitúo donde no se me vea desde fuera.

—Lo siento —digo intentando hacer las paces con el niño. Al fin y al cabo, necesito un sitio en el que pasar la noche—, pero no estoy loca y no me gusta que me lo llamen.

El niño me ignora y le entrega una nota adhesiva a su madre.

—Mamá, ha llamado la policía y ha dicho que tenías que llamar a

este señor.

La doctora Elliott hace lo imposible por no mirarme, pero los niños tienen capacidades extrasensoriales.

—¿La están buscando? ¿Es una criminal? ¿¡Es una terrorista!?

—Pax, ve a la sala de ocio.

—¡No! ¡No pienso dejarte a solas con una terrorista suicida!

Este niño me está levantando dolor de cabeza.

—¿Por qué no le enseñas tu cómic a Lynnette mientras yo llamo a la policía?

Sin dejar de mirar a su madre mientras esta marca el número que hay en la nota adhesiva, el niño rebusca en su mochila y saca unos papeles grapados.

—Toma. —Me los tiende de malos modos—. Se titula *Fantasma de guerra* y me tienes que dar cinco dólares.

Ignoro al niño y me quedo escuchando lo que dice la doctora Elliott.

—Hola, soy la doctora Carol Elliott.

Sujeto el cómic flácido.

—El agente Fuller me ha llamado desde este número de teléfono. Ajá… Ajá… ¡Eso es terrible! No, no lo sé. ¿Han dado ustedes con ella? —Se queda escuchando un rato—. Por favor, si descubren algo, llámenme a este número a cualquier hora. Me acuesto tarde y me levanto temprano. De hecho, le voy a dar mi número de móvil. Puede llamarme las veinticuatro horas del día. Eso es.

Cuelga.

—Pax, ve a la habitación de al lado.

—Mamáää…

—¡Que vayas!

El niño me arranca *Fantasma de guerra* de la mano. Yo no dejo de mirar a la doctora Elliott, pendiente de las malas noticias, pero está esperando a que su hijo se vaya. Cuando está segura de que no puede oírnos, se vuelve hacia mí y me dice:

—La casa de acogida en la que vivía Heather ha ardido.

—¡Se lo he dicho!

La doctora niega con la cabeza.

—Han encontrado todo tipo de objetos relacionados con las drogas en el sótano, que es donde ha empezado el incendio. No ha muerto nadie, pero hay unos cuantos heridos. Heather ha desaparecido. Creen que ha sido ella quien lo ha provocado.

Si no fuera una Final Girl yo también lo creería.

—Viene a por nosotras. Una a una. ¡Viene a por nosotras! Tenemos que llamar a Uintas y comprobar si Bill sigue allí. ¡Tenemos

que comprobar dónde están todos los monstruos! ¡Esto es una secuela o un cruce, no sé!

—Lynnette, tienes que tranquilizarte. Ahora mismo no sabemos nada de nada.

—¡Yo lo sé todo! ¡Sé lo que está pasando! ¡¿Pero por qué nadie me escucha?!

—¡No le grites a mi mamá!

Noto que algo me pincha la pierna. Bajo la vista y el pequeño me mira con la boca bien abierta y un lápiz en la mano. La punta no ha traspasado el vaquero, pero en unas horas tendré un moretón.

—¡Déjala en paz! —gruñe el niño.

Lo empujo con fuerza y cae de culo. Su boca forma una «o» de lo más cómica. Miro a la doctora Elliott. Su boca está adoptando la misma forma.

—Tengo que estar sola.

Salgo de la habitación.

La doctora Elliott me da ropa de cama y un colchón hinchable. El gimnasio se cierra desde dentro. No tiene ventanas y, una vez sitúo la elíptica bloqueando la puerta, me hago un nido en una esquina y enchufo el móvil, le pongo el volumen bien alto y guardo la Smith & Wesson debajo de la almohada. Luego intento desentrañar lo que está pasando.

¿Quién viene a por nosotras? ¿Un admirador? Tiene que ser eso. Los monstruos de nuestra vida son muy especialitos en lo que se refiere a sus Final Girls, lo mismo que la gente que va a Starbucks con aquello que le gusta tomar. Doble monitora de campamento negra sin nata con alto umbral del dolor. Una canguro lesbiana que no le tenga miedo a apuñalar a alguien en el ojo, con leche de soja y espuma.

Pero ¿cómo es que está tan organizado? Los admiradores de las Final Girls son solitarios y están mal de la azotea. Son ese tipo de personas que se mudan para vivir cerca de un asesino en serie y que sueñan con parir el bebé de algún criminal. Ese tipo de gente… como el que se vistió de Ricky Walker y entró en mi casa, o el que seguía a mi madre de acogida a los centros comerciales e intentaba robarle pañuelos de mocos usados para hacer rituales vudú. Son gente que no piensa de forma lógica.

Justo antes de quedarme dormida me doy cuenta de que sé quién es: son todos. En esta casa a oscuras, a mi alrededor, siento a los monstruos reptando en las sombras. Ricky y Billy Walker bajando a hurtadillas por las escaleras y pidiéndose el uno al otro no hacer ruido. Nick Shipman ante la puerta, sonriendo pero con la mirada

perdida, con esa cara de torta. Los Hansen rebuscando en la basura de la parte trasera de la casa. El Fantasma entrando por la puerta del garaje. Teddy Volker a la luz de la nevera. El pálido Rey de los Sueños merodeando entre las sombras del espejo que hay al otro lado de la estancia.

Oigo un ruido en el vestíbulo y me da un vuelco el corazón. Respiro hondo ocho veces e intento convencerme de que lo más probable es que se trate de ese niño repelente. Tengo que acordarme de leer su cómic por la mañana para ver si hay signos de agresividad, no vaya a ser que algún día tenga que preocuparme de él también. Hasta un niño de ocho años es peligroso si desenfunda antes que tú.

Me siento desnuda. Conocía mis planes. Conocía mis rutas de huida. Estaba dentro de mi ordenador. Está dentro de mi casa. Me siento violada hasta tal punto que dudo mucho que vaya a volver a sentirme limpia en la vida.

He abandonado a Julia. Era lo que tenía que hacer. Ella habría hecho lo mismo. No tenía tiempo para preocuparme por ella. Solo tenía tiempo para salvarme.

Pongo dos pesas de dos kilos cerca de la cama. Por si acaso. No quiero disparar al hijo de la doctora Elliott. Prefiero noquearlo.

Cuando llegué a Los Ángeles pensé que iba a morir. Los hombres me seguían allí adonde iba. Dejé de salir de casa. Dejé de ir al grupo de apoyo. Luego empezaron a llamarme al timbre y me di cuenta de que quedarme en casa tampoco era seguro.

Dani me dijo que debería aprender a disparar, que me sentiría más segura, pero nunca había cogido un arma y, además, ¿cómo iba a ir a un campo de tiro? No soportaría darle la espalda a tanta gente y enfrentarme a un campo vacío completamente concentrada en un pequeño papel que está a veinte metros. Adrienne me dijo que estaba remodelando el campamento del Lago Red y que aún tenía el campo de tiro con escopeta. Me llevó en coche.

Éramos las dos únicas personas que había en la propiedad y nos quedamos tres días. A diario disparaba hasta que se me dormía la muñeca. Adrienne permanecía sentada a mi lado, con un jersey blanco, unos vaqueros y unos protectores auditivos rojos, cuidando de mí. Ella no creía en las armas, pero creía en mí.

Pero Adrienne está muerta. Julia podría estar muerta. Heather podría estar muerta. En un abrir y cerrar de ojos, la mitad de mi vida ha desaparecido.

Lo malo de dormir en un colchón hinchable es que, cuando lloras, las lágrimas forman un pozo. No tienen adónde ir.

Número 7: *El retorno de los gnomos* (1 película, 1989)
Hay un bar en Seattle que ha estado poniendo *El retorno de los gnomos* todos los viernes por la noche durante catorce años, pero eso no quiere decir que sea una película de culto, solo es una razón más para odiar Seattle. La película era tan mala que a nadie le interesó hacer una sola secuela. La primera Final Girl de Canadá fue también la única Final Girl por una buena razón: era un coñazo.

Número 6: *Cascabeles de muerte* (4 películas, de 1993 a 1997)
Los efectos especiales de Izzy Gallagher dan cierto miedo y, si has bebido cerveza suficiente, pueden resultar divertidos, pero la película se estrenó directamente en el videoclub y no es de extrañar. Ninguna de las secuelas dura más de 90 minutos, y la cantidad de gracietas navideñas podrían llegar a considerarse un crimen de guerra. Lo del «mutilador de la menorá» de la cuarta parte —*Cascabeles de muerte IV: Festival de sustos*— es lo más racista que he visto desde que a mi tío Larry se le soltó la lengua después de tomarse un par de ponches de huevo de más.

Número 5: *El gancho de carne* (5 películas, de 1979 a 2003)
La nueva versión del 2003 no está mal en lo que a ombligos se refiere, los pómulos de C.W. tienen un pase y la primera película decapitó los valores tradicionales estadounidenses y aún provoca pesadillas hoy en día. Sin embargo, la segunda parte cayó en picado y no digamos ya la tercera, de la que es mejor ni hablar. Si bien la quinta parte siempre será la película de miedo más subversiva de la historia, los productores tuvieron que rodarla con un presupuesto muy ajustado… y se nota.

Número 4: *Sueños letales* (4 películas, de 1989 a 2003)
¿Es Heather DeLuca una Final Girl real o no es más que una invención del estudio para darse publicidad? ¿Llevó *Sueños letales* el género *slasher* demasiado lejos con sus presupuestos de película de Oscar y sus decentes efectos especiales, o lobotomizó el género con un asesino emo y sus concesiones para que se pudiera ver a partir de los 13 años? De una u otra forma estaremos todos de acuerdo en que el hecho de que el productor Avi Poolos asesinara a su familia en la semana del estreno de *Sueños letales IV: La pesadilla final* puso un trágico punto y final a esta franquicia y nos dejó un sabor agridulce.

Número 3: *Los asesinatos de la canguro* (3 películas, de 1981 a 1986)
La tremendamente rara *Los asesinatos de la canguro III: Samain* metió a la franquicia en una zanja, pero eso no quita que nos olvidemos de las dos

primeras partes, que son rápidas y te ponen en tensión aún hoy en día. Rodadas con una cámara con estabilizador, con una música de percusión constante y máscaras de Halloween baratas, *Los asesinatos de la canguro* fue para el oficio de cuidar niños lo que *Tiburón* para las playas.

Número 2: *Matanza veraniega* (10 películas, de 1980 a 2003)
Hay que reconocer que, con diferencia, ha sido la franquicia más grande y duradera de todas, y que las partes II, IV y VI son verdaderos clásicos. Ahora bien, en contra de Teddy Volker hay que decir que también están la parte VII —*Teddy viaja a Washington*—, la IX —*Teddy en gravedad cero*— y la parte X… bueno, mejor hagamos como que la parte X ni siquiera existe. Aun así, que Teddy sea un icono y que tres películas sean perfectas — además de otras dos que son estupenda carnaza para el aficionado— sirve para que la franquicia se lleve la medalla de plata.

Número 1: *Cuchillada* (2 películas y una serie de televisión, de 1996 a 2003)
Calidad y más calidad. *Cuchillada* son ejemplos casi perfectos de cómo hacerlo bien. Después de esa primera parte superinteligente, bien pensada, con esos sustos tan creíbles, nadie esperaba gran cosa de la secuela. ¡Pero qué equivocados estábamos! La secuela, una maravilla del suspense, era la *slasher* que habría rodado Alfred Hitchcock si hubiera conseguido contratar a Tom Savini y, además, tiene un final que te hace llorar. La serie de televisión solo duró una temporada, pero aun así fue mejor de lo que cabía esperar. Si esta lista consigue que al menos una persona más vea la serie —recientemente lanzada en DVD— habremos cumplido con nuestro objetivo.

«Lista de mejores *slasher*», por Russell Thorn Revista *Rue Morgue*, agosto de 2010.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS VI:

La siguiente generación

No consigo dormir y no llego a cerrar los ojos, pero por alguna razón entro en un trance que me lleva a pensar que hay partes del tiempo que han desaparecido: me pierdo el amanecer, no oigo a los pájaros. Sin embargo, de repente es por la mañana y alguien está intentando abrir la puerta, golpeando la elíptica una y otra vez como un robot confundido.

Pom… pom… pom…

Estoy despierta, de pie, y tengo la pistola en la mano cuando la doctora Elliott consigue asomar la cabeza por la puerta.

—¡Lynnette, por amor de Dios!

Se queda detrás de la puerta, que ha dejado entreabierta.

—¿Está sola?

—¿¡Has venido con un arma a mi casa!?

—…Sí.

—Lynnette, ¿todavía me estás apuntando con ella?

—No. —Le miento.

—Entiendo que te sientas amenazada, pero mis hijos están en casa. Tienes que dejarme que guarde la pistola en la caja fuerte mientras estés aquí.

—Le pondré el seguro y la dejaré en la mochila, pero no pienso permitir que la guarde en ninguna caja fuerte.

Meto la pistola en la riñonera, pero no le pongo el seguro. Ese medio segundo que tardas en quitárselo puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Luego aparto la elíptica de la puerta. Me da la sensación de que anoche no pesaba tanto.

La doctora Elliott lleva un jersey de color gris oscuro y un pantalón de vestir gris claro. Ya se ha peinado y se ha maquillado.

—Enséñamela.

Descorro la cremallera de la riñonera y saco la pistola. La doctora es una de esas personas que nunca ha tocado un arma, así que se pone nerviosa al tener una tan cerca. Ni siquiera comprueba si el seguro está puesto antes de que vuelva a guardarla.

—He bajado a ver si querías desayunar.

La cocina está en la primera planta. En ella hay un hombre con la barba rubia y el pelo revuelto, como si acabara de levantarse de la

cama. Viste pantalones de chándal, unos calcetines blancos sucios y una camiseta de *lacrosse*, y está intentando abrir un paquete de bacón con la punta de un cuchillo de treinta centímetros.

—Deja que lo haga yo, cariño —le dice la doctora Elliott, que se le acerca y coge el cuchillo.

El hombre observa cómo lo hace. Caigo en la cuenta de que se trata de Skye, el otro hijo de la doctora. Ver lo mayor que es hace que me sienta vieja. Es muy delgado, apenas tiene grasa corporal. Es probable que sea atleta. Corredor. Es más alto que yo, y está claro que tiene mayor alcance y más resistencia. Podría con él, pero los primeros golpes tendría que dárselos cuanto antes y conseguir que le hicieran el daño suficiente. Eso es en lo que me fijo, no en que es atractivo para su edad y en que tiene una barbilla bonita.

—¿Por qué no te has ido todavía? —me pregunta Pax, que se materializa al otro lado de la encimera, chupando una tostada.

—Porque es nuestra invitada —le responde su madre—. Los codos.

El niño quita los codos de la mesa y sigue chupando la tostada.

—Yo no la he invitado.

—Ni yo —dice Skye desde el fregadero—. No sabía que dejabas que tus pacientes vinieran a casa.

—Skye, tu hermano y tú tenéis que ser respetuosos.

La doctora por fin abre el bacón y lo pone en la sartén.

—Cocínalo un buen rato —exige Pax—, que me gusta que cruja mucho.

Resulta degradante ver a la mujer que nos sacó del hoyo reducida a mera camarera de niños. Dentro de un tiempo no tendrán a su madre para que sea su cocinera, su lavandera y su sirvienta, y tendrán que engañar a una pobre mujer para que se case con ellos y, así, volver a tener todos estos servicios gratis.

La doctora Elliott prepara huevos revueltos, bacón, tostadas de pan integral y batido de mango. Yo solo como fruta. Prefiero la comida envasada y, cuando estoy en un entorno inseguro, lo más parecido es la fruta.

Todos nos sentamos a la mesa menos Pax, que sigue en el taburete, girando para un lado y para el otro indolentemente, masticando la tostada con la boca abierta, de manera que deja a la vista los trozos de pan marrón. Mira a su hermano y sonríe. Skye le devuelve la sonrisa.

—¿Qué sucede? —les pregunta la doctora Elliott, que quiere enterarse del chiste.

—Pax quiere decir una cosa —comenta Skye.

—¡No! —el pequeño niega con la cabeza y se tapa la boca con la mano.

—Venga, Pax, que no te dé vergüenza —le anima su madre.

Pax me mira e intenta no reírse.

—¡Bonitas costillas! —me suelta. Se ríe con tanta fuerza que se cae del taburete.

Algo se me pone tenso dentro del pecho.

—¡Pax! —La doctora Elliott está verdaderamente sorprendida—. ¡Eso ha sido desagradable!

No he visto ninguna de esas fotos en mucho tiempo, pero es evidente que alguien me ha estado buscando en Google. Me niego a que un niñato me toque las narices.

—Está bien —digo mirando a la doctora Elliott. Luego bajo la vista para fijarme atentamente en Pax—. ¿Quieres ver las cicatrices? ¿Quieres ver lo divertidas que son?

La doctora Elliott no sabe cómo resolver la situación. Pax nota que su madre está incómoda y deja de reírse.

Cruzo los brazos a la altura de la cintura y cojo el dobladillo de la camiseta.

—Si tan interesado estás, no me importa enseñártelas.

—Pax, sube a tu habitación y prepárate para ir al colegio.

Nos quedamos mirando cómo se va. Al pie de las escaleras vuelve la cabeza y ve que todos le estamos observando. Mira de nuevo hacia delante y sube las escaleras corriendo.

—Yo sí estoy interesado —dice una voz suave.

Es Skye, que tiene la vista fija en mí.

—Lo siento. Cuando mamá me dijo quién eras te busqué en Google y Pax lo vio.

—Skye, no puedes decirles a tus amigos que está aquí.

—Que síííí.

Me pongo de pie.

—Lynnette, no lo hagas.

Me doy la vuelta y me levanto la camiseta hasta justo por debajo del pecho.

Las cicatrices que tengo en la parte baja de la espalda son las peores. Esas son las que le enseño al joven. Noto cómo me mira. Suspira en alto.

—¿Por qué están como… revueltas?

—El grueso de mi peso cayó sobre los luchadores y el candil de hierro —Le estoy dando la espalda, hablándole a la ventana— y las coronas se me llevaron un pedazo mientras colgaba en la cornamenta.

—¿Qué sentiste?

Me bajo la camiseta y me doy la vuelta. Por lo normal, mis cicatrices dejan mudas a las personas. Me impresiona que él siga haciendo preguntas. Su madre está pálida.

—Me dolió… y me sentí humillada, pero después de las primeras cinco horas el dolor empezó a parecerme algo normal.

—¡Bueno, se acabó el tema! —sentencia la doctora Elliott.

Nos ponemos con el desayuno de nuevo, pero me doy cuenta de que Skye me mira de vez en cuando. Después de desayunar vuelve a su habitación. Tanto él como Pax han dejado el plato para que su madre lo aclare y lo meta en el lavavajillas. Sin mi ordenador, sin tener que limpiar mis armas, sin mis sistemas y mi horario… no sé ni quién soy. Me quedo en una esquina e intento no parecer un bicho raro. Me siento aliviada cuando la doctora Elliott acaba de limpiar lo que sus hijos han ensuciado y me dice:

—Vamos a mi despacho.

El sitio es una extensión soleada de la casa que se encuentra en la parte de atrás y que da a un jardín con un muro cubierto de bambú. El gran número de ventanas, que son gigantescas, y las altas puertas de cristal me ponen muy nerviosa.

Me siento en una otomana, de espaldas a la pared, en un punto desde el que puedo controlarlo todo. La doctora Elliott se sienta en un sillón y deja claras las reglas.

—Siento mucho el comportamiento de Pax. Tiene ocho años y no entiende bien qué es la empatía. Ahora bien, tampoco quiero que interactúes con mis hijos de esa manera.

—Él me lo ha pedido.

—Y tú te has levantado la camiseta. Sé que es un momento complicado, pero estás en mi casa, con mi familia, y, por supuesto, aquí se acatan mis reglas. Si no puedes respetarlo tendré que pedirte que te vayas.

Pienso en mis alternativas. No tengo muchas.

—Me quedo.

—¿Y?

—Y respetaré sus normas.

—Gracias.

Solo es un poco mayor que yo, pero lleva tantos años tratándome que le permito que me hable como si fuera mi madre. Quiero tenerla contenta. No quiero que el grupo de apoyo se disuelva.

Nos interrumpe el sonido tranquilizador de unas campanillas digitales.

—Disculpa.

Responde al móvil y mantiene una conversación entre dientes. Sé

que no puede estar pasando nada bueno, porque me mira en tres ocasiones.

—¿Era Heather? —le pregunto cuando cuelga.

Se queda un rato mirando la gruesa alfombra de paja que hay entre las dos. Luego levanta la vista y me mira a la cara. Está claro que no le gusta lo que ve. Luego, su expresión cambia y vuelve a ser la buena de la doctora Elliott, con la careta pública bien atada.

—Dani ha disparado a un agente de policía. La han detenido.

—¿¡Qué!?

Me siento torpe, estúpida. Como si fuera la presa.

—Voy a tener que pedirte que me des el arma y que permitas que la custodie.

—¿¡Es que no ve el peligro que corremos!? Primero Adrienne, luego Julia, Heather y yo… ¡y ahora Dani!

—Estén conectados o no estos acontecimientos, no pienso permitir que haya un arma por mi casa.

—No.

Se sienta recta y me mira a los ojos. Acaba de entrar en modo profesional.

—Deja que la guarde en la caja fuerte o tendré que pedirte que te marches.

Estoy hiperventilando. Meto la cabeza entre las piernas. Intento relajar la garganta. Intento respirar hondo. Estaría expuesta. Estaría indefensa. Pero no puedo irme de esta casa. Ahí fuera la cosa será peor. ¿Qué le habrá pasado a Dani?

Me obligo a relajar los músculos de la garganta. Lleno los pulmones de oxígeno y, por fin, saco la pistola de la riñonera y se la entrego. Acto seguido le digo que tengo que ir al servicio y vuelvo al sótano. Allí abro el bolsillo de la mochila, saco un pequeño calibre 22 y lo escondo. «Mujer precavida…».

Cuando vuelvo al despacho me pone al día.

Hace un par de semanas, por alguna razón, la Policía Estatal de Nueva Jersey reabrió el caso de Dani. Debían de haber encontrado algo, porque se pusieron en contacto con el FBI, que avisó al Departamento del Sheriff de la zona en la que vive Dani. Los del Departamento del Sheriff aseguraron a los del FBI que tenían buena relación con Dani y esta mañana, a primera hora, el sheriff ha ido con dos agentes federales al rancho de Dani. Los agentes le han pedido que los acompañase para que le hicieran unas preguntas, pero nadie había contado con Michelle.

Michelle se está muriendo de cáncer. Por lo que cuenta Dani, la enfermedad empeoró hace cosa de dos meses, y ahora cada día es un

velatorio. Tienen suerte si consiguen sacar media hora buena aquí, veinte minutos tolerables allí… que es como está pasando Dani los días, intentando reunir tanto tiempo lúcido como puede con la mujer que ama antes de que se le muera. Llevan juntas diecinueve años y bajo ningún concepto Dani se ha separado últimamente de Michelle, excepto para asistir a las sesiones del grupo de apoyo.

El sheriff ha sugerido que la entrevistaran en el rancho, pero a los del FBI no les ha salido de las narices; iban a interrogarla en la comisaría y punto. Dani acababa de volver de Los Ángeles y les ha dicho que se marcharan de su propiedad. Como no han querido hacerlo, ha entrado en casa a por un arma y se ha puesto a pegar tiros.

Pero me cuesta creer que Dani haya disparado a un policía. Ella es de las que vota por quienes defienden la ley y el orden, e incluso permite que la policía local utilice una parte de su propiedad para celebrar la barbacoa anual. También tiene un campo de tiro para ellos y la policía organiza frenéticos circuitos cronometrados en los que, mientras Michelle asa un cerdo, disparan a figuras de chapa que Dani misma ha recortado. Los policías son sus héroes y recuerdo lo mal que llevó lo del 11-S, así que me cuesta horrores creer que haya disparado a un agente de la ley.

La doctora Elliott tampoco se lo puede creer, así que empieza a hacer llamadas hasta que da con la historia real.

—No ha disparado a nadie —me explica aliviada—. Ha sido una confusión. Ha disparado al aire y la han reducido con una pistola de descargas. Tenía claro que jamás apuntaría a un policía con un arma.

Resulta que no es la única buena noticia.

—Y Julia está viva. Recibió tres disparos y está en la UCI, aunque no ha despertado todavía.

—¡Sabía que estaba viva!

Siento que mis hombros se relajan. Hasta entonces no me doy cuenta del miedo que he pasado.

La doctora Elliott sigue hablando.

—Pero tengo que darte una mala noticia sobre Dani. La razón por la que han reabierto su caso… es que otra persona ha confesado el crimen.

La miro a los ojos.

—Tienen que ponerla bajo vigilancia por riesgo de suicidio —comento.

La doctora Elliott asiente.

—Voy a llamarles.

Matar es duro. Matar a tu hermano es aún más duro. Descubrir que

has matado a tu hermano por equivocación es lo más terrible del mundo. La doctora Elliott consigue hablar con alguien y cambian a Dani a una celda de vigilancia. Esta se opone en todo momento y no deja de gritar que quiere volver con Michelle. La policía envía una ambulancia a casa de Dani y Michelle y llevan a Michelle a un hospital para enfermos terminales. En su estado dudo mucho que lo sucedido resulte beneficioso para su esperanza de vida. Adoran ese rancho y Dani le había prometido que moriría allí. No hay nada que le guste menos a Dani que romper sus promesas. Debe estar con ganas de enviar al infierno a alguien.

El infierno. Un sitio que conoce bien.

En la década de los ochenta, al hermano mayor de Dani, Nick, le gustaba matar animales. Era un joven grande y difícil de controlar, y le parecía divertido hacer daño a los seres que eran más pequeños que él. Una noche, cuando Dani tenía siete años, pegó a la canguro. De hecho, le pegó tal paliza que lo enviaron a un correccional. Los padres de Dani la llevaron a visitarlo cuando Nick cumplió dieciocho años. Ella tenía diez. Siempre cuenta que el joven estaba tan hasta las cejas de clorpromazina que no podía ni tragar y que se le caía la baba y llevaba empapada la camiseta. No lo visitó nunca más.

«Yo era una niña… pero no es excusa —había dicho en el grupo de apoyo—. Debería haber vuelto».

No volvió a ver a Nick hasta los diecisiete años. Una tormenta dejó sin electricidad el correccional y unos cuantos reclusos aprovecharon para escapar. Nick robó algo de ropa de trabajo y consiguió llegar a su preciosa casa de las afueras, preguntándose por qué su hermanita no habría ido a visitarle nunca más. Llevaba una máscara. Tenía un cuchillo. Era Halloween.

Dani estaba haciendo de canguro esa noche, ahorrando para su gran proyecto, llamado Largarse de este Pueblucho. Para aquel entonces ya sabía que era homosexual y quería largarse de Nueva Jersey, quería alejarse de toda la puta Costa Este. Quería ir al Salvaje Oeste, donde el aire es puro, los caballos corren en libertad y quizá pudiera encontrar una yegua de la que enamorarse.

Con la máscara puesta, Nick llegó al vecindario en busca de Dani. Por el camino mató a cuatro personas y a dos perros. Alguien me contó que había intentado comerse a uno de ellos. Al final dio con su hermana. Dani se resistió hasta el último instante, pusieron la casa patas arriba y acabó haciéndole una herida con su propio cuchillo. Cuando la policía apareció, le pegó tantos tiros a Nick que este salió disparado por una de las ventanas del segundo piso. No llegaron a encontrar su cadáver.

Pero las Final Girls somos susceptibles a secuelas. Eso es lo que hace diferentes a nuestros atacantes, lo que los convierte en monstruos… que vienen a por nosotras una y otra vez. El hermano de Dani volvió a por ella esa misma noche.

La policía la llevó al hospital, allí la pusieron hasta arriba de tranquilizantes y la dejaron en una habitación con un agente custodiando la puerta. Nick llegó y acabó con todos como si se tratara de la cólera de Dios. En total mató a once personas. Eso es lo que siempre le ha dolido más a Dani. Eran médicos, enfermeras, policías, conductores de ambulancias… esa gente que corre hacia los desastres, hacia los accidentes… no la que huye de ellos. Según Dani, algunos incluso se interpusieron entre Nick y ella para que tuviera tiempo de escapar. Asegura que ni siquiera lo dudaron.

Nick dio con ella en el aparcamiento del hospital. Bajaba por una de las rampas, directo hacia ella, sin máscara, arrastrando los pies, sonriendo como un angelito. Dani le reventó la cabeza con una llave de ruedas. No tenía alternativa.

Los admiradores de Nick organizaron una secta póstuma centrada en su dios caído y, a lo largo de los años, fueron extendiendo el rumor de que el hombre enmascarado que cometió los asesinatos y el hermano de Dani eran dos personas diferentes.

«¿Cree usted que es verdad?», le pregunté en una ocasión a la doctora Elliott.

«No me gusta especular».

Esa era la pesadilla de Dani, pensar que había matado a la persona equivocada. A uno de los reclusos que se escapó aquella noche de la institución nunca lo encontraron: Harry Peter Warden. Él también era un tipo grande, como Nick, con otro largo historial de violencia, de mojar la cama y de matar a las mascotas de los vecinos. ¿Y si este tipo y Nick habían llegado juntos al barrio de Dani? Puede que, de camino a casa, Nick le hubiera hablado a Harry de su hermana, de que ansiaba verla. El asesino no llegó a quitarse la máscara en ningún momento, así que es imposible saber de quién se trataba.

Dani no podía dejar de pensar en que cabía la posibilidad de que Nick solo hubiera estado en el aparcamiento. ¿Y si Nick, todavía drogado, moviéndose como un zombi, no pretendía ningún mal y su única intención era que su hermana lo llevara a un sitio confortable y le diera un poco de sopa, como solía hacer su madre? ¿Y si su hermano no quería sino preguntarle por qué no había vuelto a visitarlo y ella lo había matado con una llave de ruedas?

La única vez que he visto llorar a Dani es cuando nos contó esta

historia.

¿Quién sabía esto? ¿Cómo podía saber alguien que este era el mayor miedo de Dani?

Lo sabía porque esta lo había contado en el grupo de apoyo.

Y lo sabía porque lo había leído en un libro.

La música está tan alta que hace que los bordes de la puerta de Skye vibren. Después de una larga e irritante conversación, la doctora Elliott se ha creído que me ha convencido de que lo mejor es que vayamos a la policía. Ahora que Adrienne está muerta, que Dani está encerrada, que Julia está en el hospital y que Heather ha desaparecido —siendo sospechosa de provocar un incendio—, cuanto antes empecemos a hablar con la policía, mejor, me ha dicho. La policía querrá hacerme preguntas y yo debería cooperar, me ha dicho. Me he mostrado de acuerdo.

«Pero estoy reventada —he dicho yo—, deje que me recupere a lo largo del día y mañana por la mañana vamos a verlos».

Me ha abrazado.

«Lynnette, no pienso hacer nada que vaya a dar pie a una situación en la que puedas resultar herida. Me voy a asegurar de que estás a salvo».

Ya, pero yo no tengo intención de estar aquí cuando amanezca.

La puerta de Skye no está cerrada con pestillo y, cuando la abro, la música me arrolla como un camión. Me veo perdida en la autopista del bajo y del Auto-Tune. La música está tan alta que araña el aire. Entro y cierro la puerta.

Huele a productos de limpieza; a espray para combatir malos olores y a limpiador de alfombras. Aun así, y a pesar de que tenga la ropa tirada por todos lados e incluso apilada en una esquina y saliendo de una mochila, a los pies de la cama, no apesta a jovencito. La alfombra es de un color neutral; no sé, del color del sisal, de la arena, de la piedra. Skye está sentado al escritorio, sin camiseta, de espaldas a mí, adorando su ordenador. La habitación está a oscuras a excepción de la lámpara halógena que tiene en el escritorio. Grito su nombre, pero mi voz se pierde entre la música. ¿Cómo puede la gente vivir estando tan desprotegida y vulnerable? Yo tengo un espejo en el ordenador para ver en todo momento lo que hay por detrás de mí.

Parece que se esté frotando el estómago, pero cuando me acerco más me doy cuenta de que tiene los calzoncillos por las rodillas. Con la violencia puedo, pero esto hace que se me seque la boca y me suden las palmas de las manos. Supongo que es una reacción natural cuando pillas al hijo de veintiséis años de tu terapeuta machacándosela.

De pronto me siento muy consciente de mi cuerpo bajo mi sucia ropa. No sé si tocarle en el hombro o dar media vuelta y marcharme sin que se dé cuenta. Mientras estoy valorando una y otra opción, me ve por el rabillo del ojo, pega un salto de la silla como si estuviera electrificada, esforzándose por taparse, alejándose de mí, con las piernas enredadas en los calzoncillos, con las manos cubriéndose sus partes y, en un momento dado, pierde el equilibrio, sus brazos se convierten en aspas de molino y cae de culo, con el pene flácido rebotando para un lado y para el otro.

—¡Tranquilo! —le grito mientras estiro las manos para que vea que voy desarmada.

No oigo lo que dice, pero le leo los labios y no para de repetir «¡Joder!» y «¡Sal de mi puta habitación!».

Consigue subirse los calzoncillos y se pone una camiseta sucia con el lema *Pablo — Caza y pesca*.

—¡Se lo voy a contar a mi madre!

Me doy cuenta de que no se esfuerza por echarme de la habitación. Eso es un chaval de veintiséis años para ti, ¿no?, alguien a quien una mujer desconocida pilla meneándose el cimbrel pero que no se pone como una fiera porque, oye… ¡puede que suene la flauta!

—¿Sabe tu madre que haces esto?

Frunce el ceño como si no entendiera de lo que le hablo. Hasta que señalo el ordenador con la cabeza. Entonces se pone rojo como un tomate. Sale disparado hacia el escritorio y cierra el portátil de golpe. Nunca dejará de sorprenderme lo que el hombre estadounidense tipo encuentra excitante.

—¿Qué es lo que quieres? —me pregunta molesto, porque se siente avergonzado.

No me vale. Tengo que conseguir que me ayude por voluntad propia.

—Tranquilo. He visto cosas que dejan el porno que te gusta a la altura de *Dora la Exploradora*.

—Por favor… —y baja la voz—, ¿puedes no volver a decir *porno*?

He estado toda la mañana pensándolo. No me gusta pedir favores, pero teniendo en cuenta que se trata del hijo de la doctora Elliott y que está en casa, sería tonta si no lo intentara. Tengo que ponerlo de mi lado.

—¿Se te dan bien los ordenadores?

—Bueno, he diseñado la página electrónica del negocio de mi madre y mantengo sus servidores de correo electrónico.

—Necesito que me lleves a mi apartamento, que me ayudes a entrar sin que me vean y que me digas quién se ha metido en mi

ordenador.

—¿Por qué?

—Pues porque yo no tengo coche, porque necesito que me ayudes a colarme en mi casa porque la policía la estará vigilando y porque necesito que me digas quién ha estado curioseando en mi ordenador porque quiero descubrir quién está intentando matarnos a mis amigas y a mí. No espero que lo hagas gratis.

—¿Cuánto?

—Te doy quinientos dólares.

—Vale. Nos reuniremos abajo a las diez. Y ahora pírate.

Vuelve a subir el volumen de la música y a mí vuelven a temblarme los ojos.

Confío en la doctora Elliott tanto como soy capaz de confiar en una persona, y esa confianza es extensible a sus hijos. Espero a que ella responda una llamada en la cocina y vuelvo a la soleada extensión que tiene por despacho. Abro la puerta con un viejo carné de biblioteca que llevo para estas ocasiones. Si no es capaz de organizar su propio correo electrónico, yo diría que aún debe tener archivos en papel en los ficheros del escritorio.

El primer sitio en el que miro es en el primer cajón que hay a la derecha de la silla, porque doy por hecho que es donde guardará los papeles de su familia. Me satisface estar en lo cierto. Elliott, Pax, seguido de Elliott, Skye. Si me voy a encerrar en un coche con ese muchacho quiero saber a qué tipo de amenazas me enfrento.

Skye tiene un informe escolar de la Universidad de Berkley, no tiene abierto ningún expediente y nunca lo han arrestado. Tampoco tiene prescritos medicamentos, excepto un antihistamínico para la alergia al polen. Nunca ha recibido tratamiento psiquiátrico y, de hecho, solo ha estado en tratamiento un tiempo que pasó con un logopeda porque no decía bien las erres. Está limpio. O, al menos, tan limpio como puede estar un hombre. Me vale.

Paso un minuto mirando en los otros cajones. Nombres de pacientes con el apellido por delante, uno de tras de otro: Dier, Sandra; Klein, Deborah; Mason, Tamara; Moraine, Violet; Sanchez, Vera. Son todo mujeres. No me parece extraño, dado que la doctora Elliott está especializada en víctimas de violencia, que es lo único que parece que merezcan las mujeres. Ojeo algunos archivos y resulta que se trata de mujeres que se encontraron con su monstruo, pero que no pudieron matarlo. Final Girls fetales.

Cierro los cajones y miró por el escritorio. En la pared, justo detrás, hay colgados diplomas, distinciones, fotos en las que está dando la mano a gente como Arnold Schwarzenegger y la portada de

un número de la revista *Time* en la que aparecen Adrienne, Julia y ella. Yo no salí en la prensa tanto como ellas. Pensar en estar expuesta a las miradas de tanta gente me ponía la carne de gallina.

Junto al ordenador hay un archivador con una sola carpeta marrón. La abro y veo una cara familiar unida con un clip al interior de la contracubierta: Fugate, Stephanie. Sonríe como nunca volverá a sonreír. Hay algo en esa sonrisa, tan estúpido, tan desguarnecido, que hace que me salte una alarma que me lleva a ver la sonrisa de Gillian. Intento no pensar en Gillian. Intento mantenerla lejos de mi cabeza a toda costa, porque a continuación suelo pensar en lo que le sucedió, y entonces todo vuelve a mí tal y como sucedió y… y, de pronto, me veo fuera de su despacho, cerrando la puerta… y me pongo a llorar.

Vuelvo al gimnasio y me quedo mirando la puerta. Intento no pensar en Gillian y en que no pude salvarla y, desde luego, no pienso en que salí huyendo y abandoné a Julia en el suelo de mi apartamento. Pienso en esto durante mucho tiempo. No puedo hacer nada hasta esta noche y el tiempo vuela cuando empiezo a darle vueltas a todas las veces que he fallado a los míos. Cuando Pax aporrea la puerta y me pregunta si voy a subir a cenar le pido que le diga a su madre que me voy a acostar temprano, que el día siguiente, con la policía, será muy largo.

Sé que somos el negocio de la doctora Elliott, pero ver esos archivos ha hecho que me sienta como un artículo de coleccionista, un muñeco de edición limitada, una mariposa pinchada en una tabla. He echado un vistazo al archivo de «Fugate, Stephanie» antes de dejarlo en su sitio. La joven estaba en el Campamento del Lago Red, porque hace tres años, cuando tenía trece, su entrenador de tenis empezó a envenenar a sus jugadoras, obsesionado con su campeona de la raqueta, y, por suerte, «Fugate, Stephanie» se dio cuenta durante una reunión en su despacho antes de que el hombre llegara a administrarle la dosis letal. La del Campamento del Lago Red no era su primera crisis, era su secuela, así que ahora es como nosotras. Pobre chica. Otra muñeca para la colección de la doctora Elliott.

Cuando en mi reloj dice que son las 21:57 salgo a hurtadillas del gimnasio con la mochila para emergencias a la espalda y la riñonera a la cintura. Oigo a la doctora Elliott hablar por teléfono en la parte de atrás de la casa. Lo hace con tono claro y confiado. Su voz se desvanece a medida que avanzo hacia la puerta lateral, que es donde me espera Skye.

—¿Lista? —me susurra.

Bajo la mirada. Lleva unas botas tácticas negras de cremallera,

inadecuadas y ruidosas para colarse a escondidas en una casa.

—Cámbiate de zapatos —le digo en voz baja.

—¡No, que son mis Under Armour! ¡Estas botas son la hostia! —exclama entre susurros.

Pongo los ojos en blanco. Los chicos y sus juguetes. Abre la puerta lateral y nos quedamos escuchando, pero la voz de su madre sigue resonando en la cocina. Es una buena señal. Nos colamos en el garaje. Sus botas hacen exactamente tanto ruido como había imaginado.

—¡Eh! —nos increpa una voz aguda cuando estoy a punto de cerrar la puerta de la cocina—. ¿¡Adónde vais!?

Es Pax. Intento darle con la puerta en las narices, pero me lo impide.

—¿¡Os estáis fugando!? ¿¡Tenéis una cita!?

—¡Cállate! —le susurro.

Pero además de decirle eso no sé qué otra cosa hacer. ¿Le pego? ¿Lo ato y lo amordazo? Me vuelvo hacia su hermano en busca de ayuda justo cuando este empieza a decirle en voz baja:

—No se lo digas a mamá.

El pequeño cabroncete entorna los ojos.

—¿Qué me das? —Él también habla entre susurros.

Por lo menos ha bajado la voz.

—Será mejor que le des algo —me dice Skye.

—¿Qué quieres?

Pax salta de un pie al otro, de puntillas, y mira hacia el interior de la casa. Instantes después se vuelve hacia mí con una sonrisa digna de una aterradora calabaza de Halloween.

—¡Cómprame el cómic! —me suelta haciendo ondear las hojas grapadas que ha intentado venderme esta mañana.

—Costaba cinco dólares, ¿no? —le digo mientras echo mano a la cartera.

—No, cien.

Le miro con mala cara, pero lo dice en serio. Miro a Skye, que se encoge de hombros. ¡Qué gran ayuda! Acaba de chantajearme un criajo. Cojo cinco billetes de veinte dólares y recuerdo lo que era tener una hermana pequeña. Siento un dolor hondo en el pecho que hace que odie aún más a este enano. Me tiende el cómic. Se lo quito de las manos y lo meto de cualquier modo en la mochila.

—¡*Sayonara*, idiotas! —Y se va riéndose.

—Marchémonos antes de que cambie de opinión —me dice Skye.

Salimos del garaje de la doctora Elliott.

EL FIN DE LAS *SLASHER*

/ / /

A pesar de que fuera directa a los videoclubes, la franquicia de *El gancho de carne* nos proporcionó una de sus entregas más inteligentes en 1988 (*El gancho de carne IV: La nueva generación*) y, además, ese mismo año se estrenó *Matanza veraniega VI: El mal interminable*, la entrega más popular de la franquicia. Sin embargo, al año siguiente, otras dos películas casi entierran el género de por vida: *Sueños letales* y *El retorno de los gnomos*. Para el público en general, *Sueños letales* fue el punto culminante, pues se trataba de una película de miedo típica de Hollywood pero con un asesino gótico que estaba como un queso y que no dejaba de soltar frases pretenciosas. Sin embargo, esta apuesta por el éxito para todos los públicos metió a las *slasher* en un callejón artístico sin salida. Por otro lado, cuanto menos hablemos de la deplorable película canadiense *El retorno de los gnomos*, mejor. En menos de cuatro años, *Cascabeles de muerte* se convertiría en un éxito entre las películas que van directas al videoclub y, por lo que parece, fue la última palada de tierra que se necesitaba para enterrar el género.

Stokes, Johnathan, *Vírgenes dando alaridos y monstruos con un machete: Las slasher*, 2008

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS VII:

Hijo de las Final Girls

—Preferiría que no fueras sentada en el suelo —me dice Skye mientras cambia de marcha.

Voy hecha un ocho en el hueco para las piernas del asiento del copiloto, con las rodillas en la barbilla y la espalda contra la puerta. La guantera me empuja la cabeza hacia un lado. Afuera hay ojos que me miran. No pienso arriesgarme.

—No admite debate —le suelto.

Skye suspira y sigue conduciendo. Veo cómo los faros de los coches que vienen en sentido contrario iluminan su cara de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Ir en coche siempre me da sueño; el bamboleo de la cabeza y los olores hacen que se me acaben cayendo los párpados.

Gira a la derecha, y la manilla de la puerta se me clava en la espalda. Mi mochila para emergencias está en el asiento, parcialmente abierta, y llevo la mano dentro, empuñando el calibre 22. Noto la palma sudada.

—¿Qué tipo de cosas? —Me pregunta Skye.

—¿Cómo dices?

—Antes, en mi habitación, has dicho que habías visto cosas que harían que las mías parecieran *Dora la Exploradora*. ¿Cómo qué?

Esa es una de las primeras advertencias: intereses sexuales anormales. Se me ha pasado el sueño de golpe. Me aseguro de que llevo bien asida la pistola.

—Perdona —dice—, acabo de parecer un pervertido.

Me mira y me lanza una sonrisita, avergonzado. Recuerdo lo avergonzada que me sentí de todas y cada una de las palabras que salieron de mi boca cuando era un poco más joven que él. Démosle un respiro.

—Hay un tipo que se llama Kenneth Hampson. Iba de un campamento de *boy scouts* a otro en las afueras de Laredo y se hacía llamar Segador del Desierto. Ahora mismo tiene montado un timo en la cárcel, desde donde vende botecitos con su semen etiquetados como La semilla del Segador.

—¡Venga ya!

—Un guardia los saca en termos y, luego, los vende por internet.

—Y eso ¿cómo lo sabes?

—Ahí afuera hay todo un mundo, amiguito. Todos quieren un poquito de sus psicópatas favoritos. Lo llaman «recuerdos de asesinos». Tierra de las tumbas de sus víctimas. El vestido que Colleen van Deusen llevó en el baile de promoción cuando el Caballero de Satén Blanco le cortó la cabeza. Eso, por ejemplo, se vendió por ocho mil dólares.

—¿Y cómo no les pillan?

—En este caso fueron sus padres los que vendieron el vestido. A veces tira más el dinero que necesitas para vivir que mantener la moral intacta.

—¿Tú también lo has hecho?

Entiendo que me haga la pregunta, pero me toca las narices. Acaba de meter el dedo en la llaga. Cuento hasta cinco para calmarme.

—No.

Es mentira.

—Te gusta este rollo —me dice.

No me lo pregunta, lo afirma, y noto en el tono de su voz que me está juzgando. Como hace su madre.

El coche está tomando una curva y, luego, se gira para mirar el tráfico antes de incorporarse. Ahora avanzamos tan rápido que casi tengo que hablar a gritos para que se me oiga por encima del ruido del motor.

—A ver, explícame qué es eso de que me gusta este rollo. Explícame cómo es que yo he elegido esta vida. Yo estaba en mis cosas, ¿sabes?, y, de repente, un monstruo apareció por la puerta de mi casa. No es que yo ignorara el cartel de «No pasar» y me metiera en el viejo manicomio, ni que construyera mi casa encima de un antiguo cementerio indio. Yo no pedí esto, me lo hicieron.

—Sí, pero tampoco pasas página. Es decir… mi madre dice que esto sucedió… hace mil años. Podrías dejarlo atrás.

Cada vez me duele más la espalda. Tal y como estoy sentada, empiezo a sentir pinchazos en el riñón izquierdo, que no ha estado en su mejor momento desde que Ricky Walker se pasó a visitarlo. Me niego a rendirme a las ganas que tengo de sentarme como es debido en el asiento del copiloto.

—Tienes razón, ninguna persona debería definirse por lo peor que le ha sucedido en la vida. Por desgracia, lo que nos ha pasado a nosotras tiene la mala costumbre de volver de vez en cuando e intentar matarnos de nuevo. Así que, después de un tiempo, empiezas a darte cuenta de que tu vida no es aquello que sucede entre un

monstruo y el siguiente; tu vida son los monstruos.

—Pero tampoco tienes por qué estar pendiente de un tipo que vende su esperma por la red.

Gira a la izquierda. Eso le quita parte de presión a mi pobre riñón izquierdo. Como con la mano izquierda no dejo de sujetar la pistola, empieza a dolerme el hombro.

—¿Lees los periódicos? —le pregunto.

—¡No! —responde con desprecio.

—¿Y las noticias en internet?

—Eso sí.

—¿Y por qué? Nada de lo que sucede va a pasarte a ti. Aunque no te enteres de lo de la Deepwater Horizon, tu vida va a seguir igual. ¿Por qué te molestas?

—Porque quiero saber lo que está pasando en el mundo.

—¡Exacto!

Piensa en ello unos instantes, pero niega con la cabeza.

—No es lo mismo.

Antes de que me dé tiempo a decirle que es exactamente lo mismo, añade:

—Estamos llegando a tu casa.

Gira a la derecha. Dolor en el riñón.

—Pasa despacio. Mira a ver si hay furgonetas con logotipos de la televisión en el lateral o antenas en el techo.

Conduce demasiado despacio y mira de lado a lado de forma demasiado evidente, pero es el único compañero que tengo. Espero que no lo pillen y nos jodan a ambos. No quiero morir… y tampoco quiero que la doctora Elliott se entere de que he arrastrado a su hijo a esta locura.

—Hay tres furgonetas. Una de la KTTV, otra de la KTLA y otra sin distintivos, pero están aparcadas las tres juntas.

—Vale, ahora fíjate en sedanes último modelo con cuatro puertas y dos personas sentadas delante sin hacer nada.

Casi hemos llegado al final de la manzana.

—¡Ahí! —grita entre susurros—. Un Pontiac Bonneville gris. Hay dos tipos, un negro y un blanco. Están bebiendo Red Bull.

—Sigue conduciendo. Gira a la derecha al final de la manzana. Ni aceleres ni bajes la velocidad. Tú sigue así.

Hace lo que le digo y le guio hasta el aparcamiento que hay detrás de mi edificio. Abro la puerta y saco mis doloridos huesos del coche como puedo. Lo primero que hago es estudiar el aparcamiento para asegurarme de que estamos solos. Tal y como imaginaba, dado que la única puerta que hay detrás solo se abre desde dentro, nadie ha

creído oportuno poner vigilancia en la parte de atrás. Guardo la pistola en la riñonera, porque ahora ahí me resultará más fácil alcanzarla.

—¿¡Ibas con una pistola en el coche!? —No se lo puede creer.

—En la mochila.

—¿Me estabas apuntando con ella?

—No.

Es mentira.

—¡Me estabas apuntando con ella!

Las farolas de sodio hacen una luz anaranjada y convierten su cara en una calabaza y sus ojos en los ojos negros de un panda. Cojo una bolsa de Trader Joe's del asiento de atrás.

—Madura —le suelto—. Venga, coge mierdas que tengas en el coche y mételas en la bolsa. Luego rodea el edificio y entra por la puerta de delante. Estas son las llaves. No vayas mirando hacia los lados, no curiosees, no te pares. Camina como si vivieras allí, un poco aburrido, un poco chulito. Sube hasta el segundo en el ascensor y luego baja por las escaleras a la planta baja y usa esto para abrir la puerta cortafuegos.

Busco a mi alrededor y no tardo en dar con la rasqueta que tiré ayer mismo.

—Ibas a dispararme.

—¿Quieres el resto del dinero?

Solo le he pagado doscientos dólares. Asiente. Saco el resto.

—Asegúrate de no hacer saltar la alarma cuando abras la puerta de atrás. Repíteme lo que tienes que hacer.

Me lo repite y, después, con la bolsa crujiendo a un lado, rodea el edificio. Tiene la espalda de color naranja. Luego es una silueta. Luego desaparece. Si llevara los pantalones más altos y no fueran anchos, si tuviera el pelo despeinado y más largo en vez de llevar un corte estiloso… sería la viva imagen de Tommy.

Julia tiene una teoría:

«Somos el *quarterback* de instituto hablando del pase de ensayo que lanzó en el 72. El instituto son los días de gloria de todo el mundo… excepto para nosotras. Para nosotras, el instituto no son más que recuerdos liosos del incidente que sufrimos. Tenemos las mismas inclinaciones nostálgicas que los demás, solo que cuando profundizamos en nuestros recuerdos en busca de esos supuestos días de gloria lo que encontramos es gente que intentó matarnos. Para nosotras, la nostalgia y la violencia están estrechamente relacionadas».

Pienso en que está en la UCI, con la cara amoratada, con una máquina respirando por ella, puede que con la columna rota una vez

más… Intento no pensar que es culpa mía.

Se oye algo detrás de la puerta cortafuegos, metal rascando metal, y la puerta se abre con un «¡clic!» y la luz del interior del edificio inunda el aparcamiento. Las polillas entran conmigo por la grieta que ha dejado la puerta.

—¿Te han visto?

—He pasado por delante de ellos como si nada —responde Tommy… ¡digo Skye! Responde Skye.

—Venga, vamos —y empiezo a subir las escaleras.

—¿¡No cogemos el ascensor!? —me pregunta sin subir un solo escalón.

—¿¡Estás de broma!? ¡Solo son tres pisos!

Se queja, pero un segundo después oigo sus botas en las escaleras por detrás de mí. Espero a que se reúna conmigo en el tercero, y entonces abro la puerta cortafuegos con sumo cuidado. En el descansillo no hay nadie. Salgo a toda prisa hacia mi apartamento. No quiero arriesgarme a que haya alguien fisgando por la mirilla y me vea. Skye me sigue sin prisa, como si nada.

En mi puerta hay tres cintas amarillas de la policía y un sello de la Policía de Burbank en la cerradura. También hay un candado colgando de un par de hembrillas recién puestas

—¡Vaya! —exclama Skye—, no se puede entrar.

Rebusco en la mochila para emergencias y saco una bolsita con velcro. De ella saco una llave Allen que meto en la cerradura del candado, presiono ligeramente y me ayudo de una sierra para metales que he limado hasta convertirla en una ganzúa. Abro el candado en menos de veinte segundos.

—¡Toma! —exclama Skye.

—Calla.

Aunque le haya pedido que se calle me siento orgullosa.

Corto el sello y entro en casa. La jaula está abierta. Han debido de utilizar mazas. Las bisagras están torcidas y la puerta está casi doblada por la mitad. La habitación está iluminada por la luz naranja de las farolas. Las cortinas están en el suelo, hechas jirones. Por las ventanas rotas alcanzo a oír a una pareja que pasea por la calle hablando de dónde han aparcado. Ella ríe. Todo lo que había en mi apartamento ha desaparecido. Está vacío.

—Te han limpiado el piso, tía. Qué putada.

Skye se acerca a mí.

—Son pruebas.

Me aseguro de que Skye se queda junto a la puerta principal y hago un repaso. Hay un libro abierto en la sala con la huella de una

bota. Al lado hay unas manchas de color marrón oscuro; la sangre de Julia. En el cuarto de baño, un sujetador cuelga solitario de la barra de la ducha. Han taladrado mis cuatro cajas fuertes y todas están abiertas de par en par.

Skye está en la sala, de cuclillas junto a algo.

—Te han estropeado la planta.

Lo aparto.

«¡Final!».

Está bien. Me siento aliviada.

Pero no me habla. Permanece en un frío silencio. Está tirado de lado en una esquina, como si fuera basura. Las raíces se agarran a un terrón de tierra. Cojo un cazo de la cocina y meto dentro a Final junto con la tierra que soy capaz de recoger. El cazo es demasiado grande. Lo riego en el fregadero.

—¿Para esto has venido? —me pregunta Skye desde la puerta de la cocina.

—No, pero tampoco hay por qué dejar que mi planta se muera.

«Tampoco tendrías que haberme dejado aquí tirado», añade Final en mi cabeza.

«Lo siento», me disculpo con él. Ha vuelto a dejar de hablarme.

Llevo a Final a la sala. La cinta de correr sigue ahí, y mi escritorio también. Dejo a Final en la cinta y me pongo de cuclillas frente al escritorio. Los monitores no están. Ni el ratón, ni el teclado, ni la impresora. Se han llevado la CPU que tenía en el suelo, pero presiono un panel que corté en la pared de yeso y que está escondido detrás de un montón de cables. Al abrirse deja al descubierto la verdadera CPU. La que se ha llevado la policía es un señuelo. Mujer precavida…

—Es aquí donde quiero meterme —le digo a Skye mientras la saco.

—Sin problema. ¿La llevamos a mi casa?

—¿Puedes hacerlo aquí?

—Llevo un portátil en el maletero. Podría utilizarlo como monitor y teclado.

—Ve a por él. Sal por detrás y deja la puerta cortafuegos abierta.

Mientras va a por el ordenador, vuelvo a la cocina y abro el armarito del fregadero. Dentro hay una tabla suelta, y aparto las botellas de limpiadores hasta que me cabe la mano. Palpo un plástico liso y lo cojo.

Saco la bolsa para congelados grande con cierre de cremallera. Dentro hay tres mil dólares en billetes de veinte en tres rollos gruesos. Los guardo en la mochila para emergencias.

Pasan veinte minutos hasta que vuelve Skye, que parece que no

tenga ninguna prisa. Viene silbando, con el portátil y unos cables debajo del brazo. De verdad, esta nueva generación tiene que aprender que no se puede ir con tanta calma por la vida.

—¿¡Qué pasa!? ¡Me has dicho que actuara con naturalidad!

Apenas tarda unos minutos en conectar su portátil a mi CPU. Nos sentamos en el suelo, el uno junto al otro. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para permanecer tranquila. Hay tres furgonetas de noticiarios en la calle, un coche de policía de incógnito… es cuestión de tiempo que alguien suba a echar una ojeada a la escena del crimen. Tengo todos los sentidos en máxima alerta por si oigo las puertas del ascensor o pasos en el descansillo. Me preocupa que se den cuenta de que no está el candado y que decidan entrar. O que alguien vea desde la calle la luz del portátil. O de que nuestras rodillas se toquen. Le pido que trabaje rápido.

—Me vendría bien saber qué tengo que buscar.

—Algo que haya podido descargar o que se haya instalado solo. Alguna forma de que alguien se hubiera podido llevar algún archivo de mi ordenador sin que me diera cuenta.

Skye trabaja con el código, una informática nada ornamentada, durante menos de un minuto, tamizando la sopa de signos de puntuación que mueve mi ordenador.

—Ahí lo tienes. Alguien te instaló el TeamViewer.

—¿Qué es eso?

—Un programa que permite utilizar tu equipo de manera remota. Lleva un tiempo ahí. Te han jodido.

Me siento avergonzada porque alguien se haya saltado mi seguridad y más avergonzada si cabe porque a él no le haya costado ni un minuto darse cuenta de ello. Me he vuelto descuidada.

—¡¿Y cómo lo ha hecho?! ¡Porque yo no he sido! —Me noto a la defensiva.

—Es probable que se deba a algo que descargaste.

—Tengo un buen cortafuegos. Tengo antivirus.

—Ya, pero una vez esto estaba dentro, el responsable podía instalar permisos para que tu sistema ignorara lo que hacía.

—¿Pero cómo ha entrado? —Se me pone la carne de gallina—. ¿Se ha colado alguien a mi casa?

—Podría ser, pero no tiene por qué haber sido tan de película. Podría haber estado oculto en un adjunto que te descargaras.

—No me descargo adjuntos.

Sí que lo hago. Los he descargado del Departamento de Penitenciarías de Utah. Los he descargado de Amazon. Los he descargado de mensajes de las Final Girls del grupo de apoyo. Los he

descargado de mensajes de la doctora Elliott. Siento como si la boca me supiera a basura. He sido tan arrogante al pensar que estaba a salvo… ¡Arrogante y estúpida! Igual que antes de conocer a los Walker. El mundo se ha vuelto más sofisticado y yo no he llegado a ponerme al día. Yo estaba protegiendo la puerta… pero han entrado por las ventanas del ordenador.

—Desconéctate —le pido, enfadada y cortante, mientras busco mi navaja multiusos.

Apaga su ordenador y desconecta los cables. Desatornillo la parte lateral de la CPU para sacar el disco duro. El destornillador no para de resbalarse y salirse de los diminutos tornillos. Cuando he acabado tengo los nudillos de la mano derecha rascados y doloridos. Cojo a Final y meto el disco duro en la mochila para emergencias. Luego cierro la CPU y la cojo para llevármela

—No te la lleves. No sirve de nada —me dice Skye.

No respondo. Vuelvo a poner el candado una vez estamos fuera, con las pupilas dolorosamente dilatadas debido a la luz que hay en el descansillo, y vuelvo a colocar la cinta de la policía para que parezca que no ha entrado nadie. Con el sello de la Policía de Burbank no puedo hacer nada, pero con un poco de suerte este allanamiento se lo achacarán a algún periodista metomentodo con poca ética profesional.

Bajamos la CPU por las escaleras de incendios. Skye no deja de quejarse en susurros de que es una verdadera estupidez, que no hay por qué llevarla, pero es un niño. ¿Qué sabrá él? La policía volverá en algún momento y se dará cuenta de que a la CPU le falta el disco duro, y no necesitarán a un genio para darse cuenta de que he vuelto porque el disco duro es una prueba importante. Y no quiero que nadie empiece a buscar mi disco duro.

Porque mi libro está dentro.

De vuelta en el coche, dejo la CPU en el asiento de atrás y saco cien dólares más.

—Toma. Esto para que tires la CPU en los contenedores de basura de algún McDonald's o de algún Jack-in-the-Box. De cualquier restaurante de comida rápida. Su basura la recogen empresas privadas por la noche o a primera hora de la mañana, así que habrá desaparecido más rápido.

—¿Adónde vas tú?

Le doy otros cien.

—Y estos para que me lleves a Bel Air y no se lo digas a tu madre.

—No sé si puedo hacer eso… En casa somos muy honestos.

Le doy sesenta más.

—¿Te puedo llamar a algún número? —me pregunta mientras coge el dinero.

—¿Para qué?

—Para mantenerte informada. Para contarte aquello de lo que se entere mi madre.

—No. Una vez me dejes en Bel Air toda tu familia debería apartarse de nosotras.

—¿Siempre sois tan peliculeras?

—No, pero a nuestro lado nunca está uno seguro. Lo que nos ha sucedido es algo… que nunca acaba.

Estar en la calle siempre me pone muy nerviosa, así que entro en el coche y vuelvo a sentarme en el suelo. Skye se pone al volante y echa los seguros. Bien. Está aprendiendo.

—Lo siento por vosotras —me dice mientras sale del aparcamiento—. Mi madre habla de las seis constantemente. No suena bien. No parece una buena vida. ¿Por qué no ejecutan a los que os hicieron eso y ya está? Así podríais seguir adelante.

—Sería otro el que viniera a por nosotras —respondo mientras pongo a Final en el asiento—. Por lo menos así sabemos de dónde viene la amenaza.

—¿De verdad dan tanto miedo esos tipos?

—Mucho más del que imaginas.

Me mira.

—Pareces boba. Venga, siéntate bien, que está completamente a oscuras.

Por alguna razón, parecer boba hace que me sienta cohibida delante de este niño. Bueno, un niño no es, que tiene veintiséis años. Cuando yo tenía su edad, mi vida hacía unos cuantos años que había terminado. Me subo al asiento con cuidado de no tocar la palanca de cambios y me abrocho el cinturón de seguridad.

—¿No estás mejor? Ahora pareces una persona normal.

Me sonríe. Parece encantador. Le sonrío lo mejor que puedo, pero hasta yo me doy cuenta de que no es una gran sonrisa.

Conduce durante casi cuarenta y cinco minutos. Cogemos la 405 y nos dirigimos a las colinas. No me gusta estar fuera, pero por lo menos a ciento veinte kilómetros por hora en la autopista… parece que las probabilidades juegan a mi favor. Pasamos por delante de los aburridos barrios que se arremolinan alrededor de Sunset, dejamos atrás la Universidad de California en Los Ángeles y nos encaminamos por West Gate, que es como internarse por los platós exteriores de unos antiguos estudios de rodaje, y de pronto empezamos a subir por las colinas.

Hace dieciséis años que no paso tanto tiempo con un desconocido. Me siento relajada. Me siento normal. Me vuelvo para comprobar que no hay nadie escondido en el asiento de atrás. Lo compruebo una vez más. Noto cómo se me caen capas de piel y salen revoloteando por detrás de mí hacia el arcén. Me arriesgo a robarle una mirada a Skye. Tiene el mismo perfil que Tommy. Hace que me acuerde de lo diferente que podría haber sido mi vida. En la persona tan diferente en la que podría haberme convertido. Tengo que hacer un grandísimo esfuerzo por no adelantar la mano y ponerla sobre la suya en la palanca de cambios.

Me siento nerviosa. Inquieta. Como si tuviera ganas de hablar. Noto un hormigueo que me va subiendo por los antebrazos. Consigo mantener el control. Espero para hablar hasta que estamos a unas pocas manzanas de la dirección a la que le he pedido que me lleve.

—Déjame en esa esquina.

Se detiene donde le he dicho y para el motor. Estamos sentados delante, como enamorados al final de su primera cita. El momento está cargado de significado. Se vuelve incómodo. Veo el pelito de melocotón de su rostro, que parece de oro por el reflejo de las farolas. Me está mirando y noto que se me acelera la respiración.

No tiene armadura. No tiene protección. Parece Tommy justo antes de que sonara el timbre aquella noche. De repente quiero darle algo para mantenerlo a salvo, algo con lo que me recuerde. Algo que solo sea para él, que pudiera marcar la diferencia si le sucediera algo, que impidiera que se convirtiera en uno de los nuestros.

Me inclino hacia él y él se queda muy quieto. Me fijo en que su pecho deja de moverse. Le acerco los labios a la oreja y siento mi respiración, cálida y húmeda, en el nacarado rulo de color rosa de su oreja.

—Nunca bajes la guardia.

No es gran cosa, pero es todo lo que tengo.

Salgo del coche y desaparezco.

A menos que se trate de David Foster Wallace, nadie quiere que el periodista sea parte de su historia, pero el primer paso para entender el mundo loco y confuso de Heather DeLuca es explicar cómo acabó convirtiendo la negociación para darme esta entrevista en una obra de arte. Después de contactar conmigo por Facebook, su primer acto consistió en enviarme una abrumadora batería de cuarenta y seis mensajes durante los que (a) prometió revelar detalles desconocidos sobre su historia, (b) me aseguró que tenía pruebas que iban a poner fin a la condena de Rudolph Kring, la persona que está cumpliendo seis cadenas perpetuas consecutivas por los asesinatos del Rey de los Sueños, (c) se ofreció a que le hiciéramos una sesión de fotos en el instituto que sirvió de hogar y mazmorra de tortura a Kring, pese a que ahora está cerrado, y (d) exigió 47.832 dólares a cambio de todo lo anterior.

La conversación siguió en mensajes de texto, por fax y por teléfono y, durante todo el proceso, la señora DeLuca fue bajando sus pretensiones monetarias hasta que acordamos esta entrevista exclusiva. ¿Precio final? 450 dólares. Así que si tú, buen lector, encuentras este artículo un ataque kamikaze al sentido común, una sarta de tonterías, declaraciones evidentemente falsas y teorías de la conspiración sin gusto, inquietantes o, sencillamente, grotescas, por favor, recuerda que has conseguido a la señora DeLuca por un descuento sustancial. Aunque aun así quizá consideres que hemos pagado demasiado.

14

«La vida de pesadilla de la mujer de ensueño estadounidense», Rusty Squires III, *The Believer*, agosto de 2008

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS VIII:

La noche de las Final Girls

No me muevo hasta que no oigo que Skye da una vuelta de ciento ochenta grados en mitad de la calle y hasta que no veo las luces de frenos brillar en los árboles y cómo se aleja luego colina abajo. Acto seguido, vuelvo a los arbustos y me quedo esperando, comprobando que no regresa. Asegurándome de que no me sigue.

Mi mochila para emergencias pesa por el disco duro, que se me clava en la parte baja de la espalda. De hecho, pesa una tonelada. ¡Y cómo no!… si está lleno de los secretos de todas.

Es culpa de Russell Thorn. El tipo era una de esas rémoras que veía los bustos parlantes de la CNN como el objetivo máximo de su carrera. Nos había entrevistado prácticamente a todas y había descubierto que yo ganaba un dinerito extra publicando libros electrónicos de amoríos —novela rosa, vamos— con un par de seudónimos. ¡Qué cosas, ¿eh?! Una mujer que jamás ha tenido una relación seria escribiendo acerca de las segundas oportunidades de multimillonarios con sus amores de instituto, o de rudos rancheros y defensoras de los derechos de los animales, espíritus libres que les rompen el corazón. No parece serio, la verdad, pero he de reconocer que se me da bien. Y tengo que ganarme la vida. No sé, puede que se me dé bien porque, para mí, todos los romances son puras fantasías. Al fin y al cabo no he vivido ninguna experiencia real que me diga lo contrario.

Russell se puso en contacto conmigo e intentó chantajearme… pero sin chantajearme.

«No sé qué hacer, Lynnette —me dijo por teléfono—. Podría venderle este artículo a una gran cadena. O incluso conseguir un contrato para un libro».

«Si lo haces público no podré seguir escribiendo —le respondí, asqueada ante la perspectiva de que me desnudaran en público una vez más, a la vista de todos los acosadores, de todos los periodistas rastreros, que pensarían que Lynnette Tarkington no era sino una pobre chica que lo único que quería era encontrar el amor verdadero. Tendría que borrarlo todo. Años de trabajo—, y tengo que pagar las facturas».

«Si quieres que entierre esta historia tendrás que ofrecerme algo

que tenga un valor similar».

«¿Como qué?».

«¿Por qué no matamos dos pájaros de un tiro? —me sugirió como si acabara de ocurrírsele y no fuera, de hecho, la idea que tenía en mente para llamarme—. ¿Por qué no publicamos juntos una obrita literaria?».

Me prometió que podía conseguir un adelanto de seis cifras por una historia que hablara de nosotras desde dentro y que en portada aparecería el nombre de ambos, pero que tendría que ser un libro con material nuevo y que hablase también de las demás. El título se me presentó solo: *Grupo de apoyo para Final Girls*. A la doctora Elliott le había ido bien basando su carrera en la labor que había hecho con Final Girls de incidentes como los nuestros. Quizá fuera siendo hora de que yo también ganara algo de dinero, ¿no? Le respondí que vale, que a ver qué le ofrecían, pero que lo mantuviera en secreto. Creo que lo que pretendía era que yo le diera información y convertirla él en prosa inmortal, pero cuando colgué me di cuenta.

«¿Para qué necesito a Russell Thorn?».

Así que decidí que iba a escribir el libro por mi cuenta y que, cuando el cabrón volviera con la oferta, le haría el lío y me iría a ver a la editorial por mi cuenta. Era un movimiento feo, pero también él tenía una manera de ser fea. Entonces empecé a escribir y cambié de opinión.

Normalmente escribo fantasías que tienen que ver con el heliesquí o las islas privadas, pero escribir sobre algo que me tocaba tan de cerca, tan crudo, destruyó mis defensas. Acabó saliendo todo: el sentimiento de culpabilidad de Dani, las adicciones de Heather, las pretensiones intelectuales de Julia, la negación de Marilyn, el cáncer de Michelle, el hambre de fama de la doctora Elliott… Lo escribí todo de un tirón y me arrepentí de cada palabra de inmediato. Todas y cada una de las frases eran una traición. No podía publicar aquello, por mucho que necesitara el dinero, así que corté toda comunicación con Russell y enterré el documento en lo más profundo de mi disco duro. Pero no soy capaz de deshacerme de lo que he escrito y fui tan tonta como para creer que en mi ordenador estaba a salvo. Tendría que haber caído en la cuenta de que ninguna de nosotras está nunca a salvo del todo.

Russell hizo lo imposible por volver a ponerse en contacto conmigo, pero bloqueé su número y configuré el correo electrónico para que su dirección se fuera directa a la carpeta de spam. Tuvo que sentirse humillado al tener que presentarse ante su editor con las manos vacías. Y la humillación es un desencadenante para los

hombres. ¿Habría preparado Russell la escenita de mi apartamento? ¿Llevaría un chaleco antibalas? ¿De verdad estaría muerto cuando salí huyendo? ¿Sería él quien me había robado el libro del disco duro? Aunque no tiene sentido que me lo robara y luego esperara a Julia. Pero ¿quién más sabría lo del libro? No debería haberlo escrito.

Cada pocos meses me daba por releer algunas páginas, y a veces añadía algo nuevo, pero sé que lo único bueno que podía haber hecho con el documento era tirarlo a la papelera. Por alguna razón nunca me deshice de él, y ahora alguien le ha puesto las manos encima y sabe más de nuestra vida de lo que debería. Además, como la doctora Elliott quería llevarme a ver a la policía, estoy huyendo al único sitio seguro que me queda.

No hay nadie en la calle, así que empiezo a caminar colina arriba, despacio, como si hubiera salido a dar un paseo con una planta de pimientos en un cazo. La única gente que va a pie por Bel Air bien está paseando un perro, bien lleva un soplador de hojas a la espalda.

Me detengo en la esquina y compruebo la entrada. Junto a la verja hay un guardia de seguridad enorme con un traje negro de Tom Ford, botas militares con punta de acero y un pinganillo. Ha contratado seguridad adicional. Inteligente. Decido saltar el muro. Escondo a Final entre los arbustos, por mucho que le moleste, y, después, cojo carrerilla, salto, me agarro a las enredaderas que hay en el muro y trepo.

Las hojas hacen demasiado ruido, así que me detengo arriba del todo para asegurarme de que nadie me ha oído. Nadie me ha oído, pero esto está demasiado alto como para tirarme, así que me doy la vuelta, me cuelgo del muro y me dejo caer encima de los arbustos.

El arbusto sobre el que caigo hace que rebote y caigo en otro y acabo comiendo tierra. Me pongo de pie con un poco de esfuerzo y me alejo de mi zona de aterrizaje lo antes posible. Doy por hecho que, si tiene un guardia en la verja, puedo ir a la puerta principal, pero a medida que me acerco al largo camino de entrada me doy cuenta de que tiene servicio de aparcacoches.

Mierda.

Marilyn está dando una fiesta.

No puedes separar a Heather de sus drogas, a Dani de Michelle o a Julia de su teoría feminista… como no puedes separar a Marilyn Torres de su vida social. Es su religión. La semana que pasó en aquella furgoneta dirección al Centro de Ninguna Parte, Texas, lo único en lo que pensaba era en su puesta de largo. Y es que llevaba meses practicando la reverencia texana para hacerla en el Baile de Puesta de Largo de la Liga Sinfónica de Mujeres de Austin.

Pero se había extendido el rumor de que alguien estaba cavando tumbas y profanando cadáveres, y solo de pensar que los restos momificados del patriarca de la familia podrían acabar atados a una lápida con su foto en la primera página del periódico era suficiente para que la madre de Marilyn se fuera a la cama con una caja de tranquilizantes en una mano y una botella de vodka en la otra. Al fin y al cabo, eran de los primeros terratenientes españoles de Texas. Tenían una reputación que mantener. Así que Marilyn, su hermano y tres amigos fueron en aquel caluroso día de verano a asegurarse de que el cadáver del Abuelito Torres seguía reposando respetablemente bajo tierra.

Fue entonces cuando una rancia familia de Austin se topó con otra.

Intento evitar los estereotipos, pero los Hansen son, literalmente, paletos endogámicos. Las últimas mujeres de los Hansen, que eran los antiguos dueños del matadero y estaban pasando una mala racha desde hacía dos generaciones, habían muerto aquel año, así que los chicos tenían ganas de reproducirse. Y allí que llegó una furgoneta llena de carne joven y firme y cayeron sobre ella como turistas hambrientos en un bufé de esos en los que puedes comer hasta reventar.

Hay dos líneas de las que no puedes volver una vez las cruzas. Una de ellas es matar a alguien. La otra es comerte a una persona. Marilyn contó en el grupo de apoyo lo que sucedió, hace mucho tiempo, al principio, y no paraba de mencionar navajas de afeitar y que la obligaron a ponerse un traje de cuero hecho… con piel humana, y habló de mazas y de cubas para derretir deshechos. La mayoría de nosotras intenta olvidar los detalles.

Marilyn era la única que había sobrevivido. No había salido de su habitación en dos meses, de julio a agosto, escondiéndose de los medios, y entonces, dos semanas antes del Baile de Puesta de Largo, apareció y declaró que iba a asistir. Sus padres la advirtieron de que no lo hiciera, los médicos la advirtieron de que no lo hiciera, la policía la advirtió de que no lo hiciera, pero ella fue de todas maneras. La noche del baile llevó un vestido blanco con mucho vuelo, acampanado, y mientras Johnny Mercer cantaba *Moon River* se plegó como una rosa y ejecutó una perfecta reverencia texana. Hubo quien la tildó de superficial, pero nosotras sabemos por qué lo hizo. Puede que algunos no vieran más que a una joven haciendo una reverencia, pero nosotras lo que veíamos era cómo les hacía una peineta a los Hansen.

Un año después, los supervivientes de la familia Hansen

aparecieron en la emisora de radio en la que Marilyn había aceptado un trabajo como pinchadiscos nocturno con la esperanza de llegar a las noticias locales algún día. Ella se encargó del tío Tex y la policía acabó con Víbora, pero Buddy la persiguió por toda la emisora. Marilyn le atizó con una maza en la cara y lo envió volando por la ventana del piso más alto; veinticinco metros. Buddy cayó sobre un coche patrulla.

Es difícil seguir apareciendo en sociedad después de algo así, por lo que se mudó a Dallas y, después, tras un primer matrimonio fallido, probó suerte en Los Ángeles, donde le echó el ojo al hijo del fundador de Rehabilitación Estadounidense, una empresa privada que es dueña y gestora de cuarenta y ocho centros correccionales y prisiones en treinta estados. Unas ochenta y cinco mil camas. Ahora es vegana convencida y una apasionada arribista social. Además de que es increíblemente rica. Y esta noche, esas tres partes de su personalidad han convergido en esta fiesta.

Un Escalade con las ventanillas tintadas se detiene despacio. El conductor se baja, rodea el coche y abre la puerta de atrás, y una joven fresca, cubierta de rocío, luciendo un vestido de color melocotón, sale, guiada por una momia con esmoquin que la coge del brazo como quien sujeta una correa. El conductor vuelve a su puesto y se aleja despacio. Oigo sonidos típicos de fiesta cuando la momia y su brillante mascota entran en la casa.

De verdad que siento en el alma tener que chafarle la celebración a Marilyn, pero están teniendo lugar acontecimientos más importantes. Decido rodear la casa; detrás habrá menos seguridad. Voy a dar con ella y mantendremos una conversación discreta. Es posible que en un primer momento se enfade conmigo, pero cuando la haya advertido de lo que está pasando seguro que deja que me quede. Hasta que sepa adónde ir. No se puede negar.

—Disculpe —dice una voz de hombre por detrás de mí—, ¿puedo ayudarla?

Ni siquiera miro. Sé muy bien cómo hablan los de seguridad. Giró a la izquierda y me abro camino por la zona en sombras de la casa, por la hierba, hasta la zona iluminada, hacia las risas que se oyen detrás. Me siento como si estuviera entre bambalinas, lista para entrar en escena.

—Disculpe —insiste el hombre. Esta vez, la voz suena más cerca.

Antes de que me dé tiempo a echar a correr, una mano me coge por el hombro.

—Deténga…

No le dejo acabar. Me giro, le aparto el brazo y me acerco a él

para meterle un rodillazo en las pelotas, pero se vuelve y el rodillazo se lo doy en el muslo. Es un tipo grande con un traje oscuro y me entra el pánico. Echo mano a la riñonera en busca de la pistola. Es lo primero que debería haber hecho. Antes de que me dé tiempo a descorrer la cremallera, el tipo me coge por la muñeca y me retuerce el antebrazo, de manera que queda hacia arriba y hace que me duela el hombro. Debería haber mantenido las distancias, porque cuando un hombre te pone las manos encima es el fin.

Intento abrir la riñonera con la mano izquierda, pero me retuerce de tal manera la muñeca derecha que consigue que le preste toda mi atención. Me empuja los dedos hacia atrás, como si pretendiera doblar la palma sobre el interior de la muñeca. El radio y el cúbito crujen. Me pone de rodillas. Me tumba bocabajo. Se vale de mi estiradísima muñeca para conseguirlo.

Antes de que me dé cuenta me está pisando la espalda, me ha desabrochado la riñonera y la ha lanzado allí donde no pueda alcanzarla. Habla por el pinganillo.

—Tengo a una intrusa armada —dice en voz baja, pero con urgencia.

Me estiro para alcanzar la cuchilla que llevo pegada con cinta en el tobillo, pero él cambia el peso de sitio y me pisa la muñeca con el otro pie.

Desde luego, hay que reconocer que la seguridad que contrata Marilyn es de la mejor calidad.

Los haces de unas linternas me enfocan la cara y alguien me ata las muñecas con unas bridas. Esto ha salido fatal. ¿Qué me van a hacer? Intento escapar, pero no les cuesta lo más mínimo evitar que me mueva siquiera.

—Llama a la policía —dice uno de ellos—. La dejaremos en el garaje hasta que lleguen.

Hay una pausa y entonces oigo murmullos: «Señora, señora…».

Uno de ellos me da la vuelta y me sienta con las manos a la espalda. Delante de mí está Marilyn, con un vestido vaporoso de color gris claro. Parece muy caro. Con una magnífica estructura ósea, con una piel de lo más hidratada y con su fabulosa y densa melena negra, la mujer es casi tan alta como los bíceps de estos cabrones de seguridad.

—Ay, Lynne… —suspira. Tiene una copa de vino en una mano—. Me alegro de que hayas querido pasarte, pero esta noche no puede ser.

—Tenemos que hablar.

—A ver, señorita, cállese —me dice uno de los matones.

Empiezo a chillar. Seguro que alguien acude a la carrera.

En cuanto empiezo a aullar, Marilyn abre los ojos como platos y uno de sus matones clava una rodilla en tierra y me tapa la boca con la mano.

—Llevadla atrás —les pide Marilyn—. Instaladla en la casita para invitados. —Se vuelve hacia mí—. Ya hablamos más tarde, ¿eh, querida?

Muerdo la palma salada y suave que tengo delante de la boca. La muerdo con todas mis fuerzas y muevo los dientes a uno y otro lado. El tipo ni pestañea.

—Si le pido que deje de taparte la boca, ¿permanecerás callada? —me pregunta Marilyn.

Asiento.

Quita la mano.

Empiezo a gritar de nuevo.

—¡Lynnette —me increpa Marilyn. Dejo de gritar—, que tengo invitados! No sé para qué has venido, pero puede esperar. Yo también estoy rota por lo de Adrienne y por lo de Julia, pero podemos hablar más tarde y será maravilloso. Esta es una cena benéfica para animales de circo retirados. Para mí es muy importante, ¿lo comprendes? Bastante han sufrido ya esos leones.

—Una hora —le digo.

—Claro, claro. —Suspira de nuevo—. No sabes cuánto te agradezco que hayas venido a verme.

Se agacha y me da un gran «¡Mua!» en la mejilla. Seguro que me ha dejado una mancha de carmín. Aquí, detrás de estos muros, con todas estas cámaras y con un estupendo equipo de seguridad, Marilyn puede ser ese animal social frívolo que siempre había querido ser.

Los cabrones de seguridad me ponen de pie y me llevan hacia la zona trasera de la casa.

—Y quitadle la brida, que esta no es una de las prisiones de Jerry —les dice Marilyn.

—Una hora —le recuerdo mientras uno de los secuaces corta la brida.

Vamos por el borde de luz. El jardín queda a mi derecha, lleno de farolillos chinos y ancianos ricos y esposas trofeo que se arremolinan alrededor de altas estufas de exterior que se alzan como atalayas. Nadie mira hacia atrás, ni hacia las entradas. Nadie se preocupa por su alrededor. A la izquierda se ven las luces de Los Ángeles, esparcidas por una negrura que queda más allá de las colinas. No tienen derecho a mostrarse con un aspecto tan limpio y definido, porque desde aquí la vista te puede inducir a pensar que el mundo es un sitio bonito.

—No te detengas —me dice uno de los machacas al tiempo que

me pone la mano en la espalda y me empuja con suavidad.

Delante, al otro lado de la brillante piscina azul, hay una casa de estilo mediterráneo de dos plantas, una de esas con tejado de tejas rojizas. La casa es lo suficientemente grande como para una familia pequeña. Gracias al brillo de los farolillos de papel que cuelgan de los árboles veo a otro secuaz montando guardia frente a sus altas puertas de cristal. El tipo tiene las manos a la espalda.

Los matones abren la cerradura hermética de las puertas y me dan un empujón de lo más profesional hacia el interior. Paso de sentir el frío aire de la noche a sentir la calidez seca de la calefacción central. La casa de invitados está iluminada, llena de muebles rústicos, y tiene el suelo de baldosas de terracota, con las paredes cubiertas de elegantes cuadros de estilo mexicano hechos con puntos de colores y líneas eléctricas. También hay esculturas de metal de conejos, jaguares, loros y serpientes por todas las esquinas. Es una casita llena de objetos que nunca me podría permitir. Objetos preciosos. El tipo de objetos que tienes cuando no sientes la necesidad de salir corriendo en cuanto los problemas llegan a buscarte. El tipo de objetos que tienes cuando te puedes permitir la seguridad necesaria para protegerlos.

En mitad de todo este lujo que tantas envidias despierta se encuentra Heather, con los pies en la mesa de centro, viendo la televisión y fumando. Tira la ceniza al suelo.

Me mira como si nada.

—¿Qué pasa, Lynne? Menuda mierda de fiesta, ¿eh?

En esta época de Glocks y AR-15, de bombas caseras y cargadores de gran capacidad, el arsenal de los monstruos de estas películas resulta pintoresco. Teddy y su machete acechando a campistas en *Matanza veraniega*, el Asesino de Canguros con su cuchilla de carnicero, los asesinos enmascarados de la franquicia *Cuchillada* y sus cuchillos de caza. ¿Por qué se empeñan en causar tan pocas bajas con estas armas rudimentarias cuando podrían acabar con decenas de personas con un rifle semiautomático? ¿Por qué sus armas van volviéndose tan barrocas en las siguientes películas? Rizadores… patines de hielo… una menorá… barbacoas…

La razón es bien sencilla: quieren hacernos ver que la muerte tiene significado. Cada asesinato debe ser único, ha de tener un tiempo de pantalla suficiente, y, para ello, el asesino debe encontrarse con cada víctima de una en una. El crimen de un chaval que entra en la cafetería de un instituto y dispara ráfagas al azar es mera crueldad. Reduce a los seres humanos a cadáveres que contar, desposee a la vida de toda individualidad, y esa es una afirmación que no queremos aceptar: que la muerte carece de significado y, al final, lo engulle todo. Contra ese nihilismo, la violencia de una *slasher* es una manta que nos protege del frío que inspira el infinito vacío moral de la realidad.

12

«*Slasher* en la era de los tiroteos», de David Thomas, *Violencia y arte en el cine: un manifiesto*, 2007

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS IX:

Final Girl contra Final Girl

Estoy tan sorprendida que soy incapaz de decir nada durante un minuto, pero da lo mismo, ya habla Heather por mí.

—«Hola, Heather» —dice como si pretendiera imitar mi voz—. «Yo también me alegro de verte. Qué bien que estés viva. Qué lista has sido al venir a casa de Marilyn. Llevo dando vueltas por la ciudad todo el día como una puta».

Hay una cocina al otro lado de un pasaplatos que tengo a mi derecha, un pasillo oscuro a mi izquierda y una sala de estar justo delante, con altas puertas de cristal desde las que se ve el bosque oscuro. Paso por encima de las piernas de Heather y corro las cortinas.

—Prefería que estuvieran abiertas.

Es imposible bloquear las ventanas de la cocina o las que hay detrás de la mesa para comer. La nevera está vacía excepto por un limón arrugado, un bote de bicarbonato y una caja de Perrier. Encuentro cuchillos de carne en el tercer cajón que abro. Cojo dos.

—¿Hay alguna razón para que me estés dando así por el culo? —Heather vuelve a la carga.

Salgo al pasillo y empiezo a revisar el resto de la casa.

—Estás perdiendo el tiempo porque vas a largarte enseguida —insiste.

Hay dos dormitorios arriba, ambos vacíos. Compruebo los armarios, miro debajo de las camas, detrás de la cortina de la ducha del cuarto de baño que comparten, debajo del lavabo. Dejo encendidas las luces de todas las estancias por las que paso. No puedo permitir que haya sombras. No puedo permitir que haya escondites. Bajo las escaleras.

—¿Tiene pestillo esta puerta? —pregunto mientras intento dar con la manera de cerrar la puerta principal.

—Espero que no. —Heather enciende un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior—. Eso solo te ralentizaría si me disparasen y tuvieras que salir huyendo a toda hostia mientras me desangro en el suelo.

Parece que se ha enterado de lo de Julia.

—Era una situación de combate —me justifico mientras me acerco un paso hacia ella intentando esconder mi vergüenza detrás de

una máscara de enfado—. Tuve que tomar una decisión a todo correr. —Me mira a los ojos. Me quedo parada y añado como si fuera boba—: Seguro que Julia está bien.

—Sí, a todo correr, León Cobarde —me suelta mientras tira la colilla en una botella de Perrier. Oigo cómo chisporrotea—. ¿Sabe Marilyn que estás aquí?

—Me ha dicho que la espere aquí. —Me siento contra la pared, junto a la puerta principal. Ese es el único sitio que no se ve desde las desproporcionadas ventanas de la cocina—. Me ha dicho que hablaríamos en cincuenta minutos.

—Sí, bueno, pero una persona es una visita y dos son multitud, y yo he llegado primero.

—¿Para qué has venido?

—¿Porque mi casa se ha quemado y lo he perdido todo? Cómo no iba a venir aquí, si la tía caga dinero. ¿Dónde has estado tú? ¿Conseguiste que dispararan a Julia y saliste corriendo y llorando como un bebé? Pues en Casa Marilyn no hay sitio.

—Tengo que hablar con ella. Lo digo en serio.

—¡Yo también lo digo en serio! ¿¡Has visto el puto jacuzzi que hay arriba!? Vas a tener que arrastrarme de los pelos para sacarme de aquí, y te aseguro que no te lo voy a poner nada fácil.

—¿Sabes tú lo que está pasando?

—Pues claro. Sé exactamente lo que está pasando. Marilyn tiene tanta casa que no sabe qué hacer con ella. Yo diría que le estoy haciendo un favor quedándome aquí mientras Jerry está fuera. Así que pienso instalarme en esta casita de puta madre. Además, tiene sirvientes que harán todo lo que les pida. Juntas, ella y yo, nos esconderemos aquí hasta que todo pase. Te diría que te quedaras y cuidaras de mí… pero es que no quiero morir.

—La policía te está buscando.

—¡Qué novedad! Me quedé dormida en el bosque que hay detrás de la casa de acogida. Vale, joder, toca ser sincera: me desmayé. Con lo de la sesión violentasteis mi sobriedad, zorras. La muerte de Adrienne… Esa es la típica mierda que me lleva a beber. Así que gorroneé algo de pasta, compre Smirnoff Ice y me monté una fiesta en el bosque. La cuestión es que me desperté con un dolor de cabeza que te mueres y decidí volver a casa, que es cuando vi que todas mis pertenencias estaban en llamas y que la poli andaba de aquí para allí. Me subí a un taxi y, cuarenta y cinco dólares después: «A conocer la casita de Marilyn, ¡que me espera en Bel Air con aire sonriente!».

—Alguien viene a por nosotras.

—Voy a tener que empezar a hacer largos en la piscina. Ya sabes,

para ponerme en forma. Tengo que perder esta lorza.

Se pellizca un michelín invisible por encima de los vaqueros y lo sacude. Heather no es más que un montón de perchas de alambre metidas en unos pantalones que tienen más roturas que tela. Ella cree que aún conserva esa grasa de cuando iba al instituto, pero lo único que se le ve son moratones.

Ignoro su disfunción y le digo:

—Tenemos que diseñar una estrategia.

—¿Una estrategia? —Se echa a reír y busca algo en su bolso. Saca un cigarrillo liado a mano y lo enciende con el que ha estado fumando hasta ahora. Por el olor, desde luego, tabaco no es—. ¿Qué pretendes, vestirte como Batgirl e ir a patrullar la ciudad?

—¿Cómo sabía cuál era tu casa de acogida? ¿Cómo sabía dónde vivía Adrienne?

Pero, a pesar de que lo pregunte, sé la respuesta. Quienquiera que haya sido, lo ha sacado todo de mi ordenador. En algún sitio tendría sus direcciones.

—Las casas de acogida están llenas de gente que fuma un cigarro detrás de otro. Se queman a menudo. Deja de intentar hacerte la heroína. A todas les das pena porque eres una paranoica con TOC. Trastorno obsesivo compulsivo.

—Ya sé lo que es el TOC.

—«Ya sé lo que es el TOC» —me imita de nuevo—. Puta Forrest Gump… Pero si no puedes ni cruzar una puerta sin que parezca que te va a dar un ataque de nervios, ¿a quién quieres ayudar tú? Pero si casi no sabes ni vestirte. Mírate, pareces un puto niño de doce años. Y, además, en cuanto empieza a salpicar la mierda, te largas como Bambi.

—Tenemos que cuidar las unas de las otras.

—¡Qué bonito! Pero ¿sabes qué pienso?, que te veo capaz de haber montado tú misma todo esto para que el grupo de apoyo no se disuelva. De todas, tú eres la que peor lleva lo de dejar atrás el pasado.

Entonces, como si el universo quisiera darle la razón, mi pasado aparece en la televisión.

—Sube el volumen —le pido.

—Súbelo tú —me suelta antes de volverse hacia la pantalla de plasma—. ¡Hostia puta, mira, tu novio!

Garrett P. Cannon está en la tele. Me quedo paralizada. El paso del tiempo no ha sido amable con él. Lleva un sombrero de vaquero y una corbata de cordón, todo en colores crema o gris paloma. Se ha dejado un bigote blanco poblado, probablemente para darle algo de

volumen a su cara, vieja y arrugada. Tiene pliegues colgantes en el cuello. Sigue blanqueándose los dientes, pero está tan moreno que resultan desproporcionadamente blancos.

El titular que corre por la parte baja de la pantalla dice: «Sorprendentes revelaciones sobre los Asesinatos de la Noche de Paz». No puedo dejar de mirar, hipnotizada, la boca húmeda de Garrett, que no deja de moverse. Está disfrutando frente a la cámara como un reptil tomando el sol en una roca. Si hay una persona a la que no quería volver a ver en la vida, era a él.

Habla con la voz que tendría un ratón. No puedo evitarlo, busco el mando a distancia y subo el volumen.

«…diciendo durante años que este caso no olía bien. —Habla arrastrando las palabras—. Y, después de una tenaz investigación por mi parte, he descubierto nuevos detalles. Detalles explosivos».

—Por lo menos, a alguien se la pones dura —me suelta Heather.

«Sin lugar a dudas, volveremos a interrogar a Lynnette Tarkington. Estoy recibiendo muchísima ayuda por parte de la policía del condado de Los Ángeles para dar con la señora Tarkington. En Utah, la justicia lleva botas de vaquero y estas siempre están dispuestas a patear cu*“¡piii!”*».

La cámara vuelve a toda prisa al presentador, que está mirando a la lente con ansiedad.

«Garrett P. Cannon, un héroe entre las fuerzas de la ley, acaba de hablarnos de los nuevos y explosivos detalles que hay sobre los Asesinatos de la Noche de Paz. No se pierdan el informativo de mañana, porque Nancy Grace dará su opinión al respecto».

—¿Han dicho de qué se trata?

—¿Es que no lo has oído, tía? —Le da una calada larga al porro —. «Nuevos y explosivos detalles». Probablemente, loca de mierda, que fuiste tú la que los mató a todos.

Hablen de lo que hablen, estoy convencida de que no tienen nada. De lo contrario, Garrett habría sido incapaz de mantener la boca cerrada. Que esté siendo tan reservado no significa sino que tiene una mano de mierda pero que quiere chupar tanta cámara como sea posible. La última vez que Garrett tuvo «nuevos y explosivos detalles» era que había escrito un guion para relanzar mi franquicia.

—Esto es un puto coñazo —comenta Heather—. Tengo que beber algo. En ese frigorífico no se ha materializado nada en los últimos cinco minutos, ¿verdad?

Se levanta, va al frigorífico, comprueba que sigue sin haber alcohol y lo cierra de golpe. Coge su mochila, abre la puerta principal y enseguida aparece uno de seguridad con su traje negro.

—Señora, tengo que pedirle que permanezca en la casa — Este es calvo y más bajito que los demás, pero igual de ancho.

—Y yo, señor, voy a tener que pedirle que se meta la polla por el culo.

—Señora… no se lo voy a repetir.

—Te voy a decir lo que voy a hacer. Voy a entrar en esa fiesta para hablar con mi gran amiga, la señora Marilyn Blake, que es una tía de putísima madre, y que, ya de paso, te recuerdo que es la que paga tu puto sueldo. Como te interpongas en mi camino voy a tirarme a esa piscina y me voy a sacar las tetas para que estas Barbies caritativas se enteren de la pinta que tienen unos buenos pechos naturales.

Bajito la agarra por los bíceps y aprieta.

—¡Au, so cabrón! ¡Que grito, ¿eh?!

—Necesito ayuda en el puesto doce —anuncia Bajito por el pinganillo.

Me quedo sentada para no meterme en problemas; necesito un sitio en el que dormir. Dani está a salvo en la cárcel, es muy probable que Julia tenga protección policial en el hospital, y, aunque no me guste que Marilyn, Heather y yo estemos en el mismo sitio, por lo menos, esto es seguro.

Por detrás de Bajito veo llegar trotando a un par de defensas de fútbol americano idénticos, gemelos. Marilyn avanza a paso rápido por detrás de ellos. Llegan a la puerta, la llenan, entran como pueden y empujan a Heather.

—Lo siento, señora Blake —comenta Bajito cuando Marilyn aparece por entre los gemelos.

Marilyn sonríe y la luz se refleja en sus perfectos dientes. La sonrisa forma hoyuelos en sus mejillas.

—No te preocupes, Tom —lo arrulla. Luego, me mira con mala cara y me suelta—: Te he dicho que me esperaras aquí.

—A Lynne le ha entrado hambre, tía —suelta Heather—. ¿Alguna vez has intentado detenerla? Es como el puto Terminator.

—Os vais a quedar aquí hasta que venga a buscaros. —Marilyn apenas mueve los labios al hablar—. No admite discusión.

—¡No puedes tenernos aquí encerradas como si fuéramos tus prisioneras! —le espeta Heather.

—¿¡Prisioneras!? ¡Apareces en mi casa, te tengo que pagar el taxi, te dejo un sitio en el que quedarte… ¿y me vienes con que te tengo prisionera?!

—¡Estos cabrones han traído a Lynnette como si fueran nazis!

Heather me mira.

—Yo no tengo nada que ver —digo—. Yo solo quiero un sitio en el que dormir.

—¿Y ya está? Saltas el muro de mi casa con una pistola, como un ladrón, ¿porque quieres un sitio en el que dormir? La única razón por la que no he llamado a la policía es que hay unos leones muy mayores y enfermos que necesitan un hogar y que a la gente que va a pagar ese hogar no le gustan las escenitas.

—Marilyn, solo necesito pasar aquí una noche. Todo irá bien.

Se inclina hacia mí.

—Si no estuviera dando una fiesta —sonríe— pediría a la seguridad de Jerry que os tirara a la puta calle mientras bebo vino blanco y me descojono.

Los de seguridad se animan.

—¡Que te jodan! —le dice Heather mientras intenta abrirse camino para salir.

No ha dado ni dos pasos cuando los de seguridad la sujetan con los brazos a la espalda.

—No lo voy a repetir —dice Marilyn mientras da media vuelta—: esperadme aquí.

Los de seguridad empujan a Heather al sofá y salen de la casa antes incluso de que esta deje de rebotar.

—¡No nos puedes mandar a nuestro cuarto, mamá! —grita Heather mientras corre hacia la puerta, pero se la cierran en los morros.

Han echado la llave. Heather se tira cinco minutos de reloj cagándose en todo y, entonces, la puerta se abre y una riada de camareros entra mientras los de seguridad bloquean la salida. Los camareros dejan bandejas en el pasaplatos: medianoches sin gluten rellenas de gelatina de jengibre, bolas de arroz con setas, rollitos de sushi vegetarianos. Todo muy vegano, claro está. Heather hace comentarios personales acerca de cada uno de los camareros y no para hasta que el último de ellos no deja tres botellas de champán en la nevera.

—La señora de la casa les envía saludos —dice.

A continuación se produce una inesperada nube de humo y todos desaparecen y la puerta está cerrada de nuevo. Me lanzo sobre la comida como si llevara tres días sin probar bocado. Hasta que doy el primer mordisco no soy consciente del hambre que tenía.

Heather llena de champán un vaso de agua y vuelve a la carga contra mí.

—Esto iba de maravilla hasta que has aparecido. ¿Sabes qué? Eres una gilipollas, Lynne. Siempre me lo has parecido.

Sigo comiendo. Necesito ingerir calorías por si acaso me veo obligada a salir corriendo.

—Estás siempre tan callada que todas pensamos que eres una tía triste que tiene el cerebro como un colador, pero me apuesto lo que sea a que sabes mucho más de lo que está pasando de lo que nos quieres hacer creer.

Antes Heather y yo estábamos unidas, pero cuando me di cuenta de lo inestable que era empecé a mantener las distancias. Bastante malas son ya las situaciones que hemos tenido que vivir, pero ella siente la necesidad de engalanarlas. Desde que me alejé de ella me ha convertido en su objetivo. No es culpa suya, son las drogas. Aun así, me pone nerviosa que piense que sé más de lo que digo que sé. Porque tiene razón.

Por desagradable que sea, me quedo con ella. En una ocasión me dijeron que lo único que tienes que hacer para evitar que el oso te coma es correr más que tu compañero. Esto es lo mismo.

Después de recibir muchos insultos y de que Heather se beba dos botellas de champán, Marilyn abre la puerta y entra a toda prisa con un vaso de agua helada y una enorme bata de rizo que lleva atada con nudos y lazos pomposos. Por detrás viene una sirvienta que lleva a Final en el cazo.

—¿Esto es de alguna de vosotras? Los de seguridad lo han encontrado fuera.

A punto estoy de saltar de alegría, pero decido permanecer callada y limitarme a coger el cazo con ambas manos.

—Gracias —musito.

—¿Has conseguido el dinero para los putos leones? — Heather, que ya arrastra las palabras, alza el vaso hacia Marilyn.

Marilyn le pega un manotazo en el vaso, que sale disparado, dando vueltas, y se estrella contra la pared. Noto gotitas de champán en la cara.

—¡Me cago en la…! —Heather intenta ponerse de pie, pero está demasiado borracha y su culo tira de ella y la sienta de nuevo.

—Es la una de la madrugada y mi casa está vacía. ¿Sabéis qué tipo de recaudación de fondos termina a la una? ¡La que ha ido mal! ¡He gastado una cantidad indecente de dinero en lo de hoy, pero ha fracasado porque, una hora después de que esta —y ahora pasa a mirarme a mí— haya trepado por el muro de mi casa con una pistola y una planta de mierda, los *paparazzis* han aparecido en mi puerta!

—Ya te he dicho que es problemática. —Heather intenta señalarme con el dedo, pero no me atina.

—Quieren saber qué hacen dos Final Girls en mi casa de

invitados, claro, y, como saben el nombre de ambas, os voy a hacer responsables a las dos.

—¿¡Cómo saben que estamos aquí!? —pregunto extrañada.

—Te han seguido. Porque eres descuidada y desconsiderada.

Yo no he visto que nadie nos siguiera a Skye y a mí, pero puede que se me haya pasado. Puede que una de esas furgonetas de televisión que había frente a mi casa nos haya seguido hasta aquí… Últimamente se me están pasando por alto muchos detalles. Me siento vieja, lenta y estúpida.

—Esto es terrible —comento—. Al periodista Russell Thorn y a Julia les dispara en mi apartamento e intenta alcanzarme a mí. Luego quema la casa de acogida de Heather. Ahora sabe que estamos aquí.

—Él, él, ¡él! ¿Otra vez has dejado de tomar las pastillas? — me suelta Marilyn.

—Nunca he tomado pastillas —respondo herida.

—¡Ahora me explico por qué eres así! —sentencia Marilyn.

—Alguien está intentando matarnos —digo yo—. Por eso he venido, para avisarte. Tú llévalo como quieras, pero yo necesito un sitio en el que pasar la noche.

De repente se oye un ronquido. Heather se ha quedado dormida en el sofá. Ambas la miramos durante un rato. Luego Marilyn le da un trago largo al agua. Me fijo bien, no es agua, es vodka.

—Claro que puedes quedarte a pasar la noche. —Por primera vez, su tono de voz me transmite su cansancio—. Es solo que quería ayudar a esos leones.

Silencio. Excepto por los ronquidos de Heather.

—¿Has sabido algo de Michelle? —me pregunta.

Sé que Marilyn y Dani están unidas. Estuvieron en contacto telefónico durante años, antes de que se formara el grupo de apoyo. Dani ocupa un lugar especial en su corazón, lo que significa que Michelle también.

—La han llevado a un hospital para enfermos terminales.

Siento como si mis brazos y mi pecho se llenaran de agua helada al darme cuenta de que eso significa que todas estamos en un sitio seguro menos Michelle.

Marilyn se masajea el puente de la nariz con dos dedos.

—Tengo que procesar todo esto —dice—. Haré unas llamadas por la mañana. Entonces hablamos. La casa tiene un sistema de alarma y hay patrullas toda la noche, así que, por favor, no salgáis de la casa de invitados.

Me siento mal dejando a Heather en una estancia con tantas ventanas, pero pesa demasiado para mí, no puedo moverla. Apago las

luces y compruebo que las puertas están cerradas. Luego subo a la planta de arriba. Escondo el disco duro en el somier de la cama de la habitación de invitados y, a continuación, me echo a dormir en la bañera con la puerta cerrada y las luces encendidas.

Decido marcharme a primera hora, antes de que nadie se haya despertado. Me largaré antes de que amanezca. Me convenzo de que no puedo hacer nada por Michelle. No puedo responsabilizarme de los demás, porque no puedo responsabilizarme ni de mí misma.

Final está en la encimera de la cocina, en el cazo, pero está tan callado que me preocupa que este conmocionado. Ha sido demasiado para un solo día. No puede ser bueno.

Me despierto porque Heather está aporreando la puerta del baño.

—¡Que tengo que entrar, gilipollas! —me grita mientras me despabilo desconcertada.

—¡Pues ve al otro! —le grito yo también, desorientada, con la voz temblorosa. El sol ya da en las baldosas altas del baño. Me he quedado dormida.

—¡Pero es que quiero mear en este!

No va a dejar de golpear la puerta hasta que no la abra.

—Tarada —me suelta cuando ve la manta y la almohada en la bañera.

Miro por la ventana. Todo está tranquilo. Solo se oyen los pájaros. La luz del sol es como oro líquido, y de la superficie de la piscina climatizada veo ascender vapor. Es demasiado tarde para salir corriendo.

Bajo y doy un paseo por la casa, disfrutando del fresco aire mañanero. En la cocina de arenisca, sobre la isla de mármol negro, hay una bandeja con fruta, *bagels* y queso para untar. Da igual cuál sea la situación, Marilyn no puede evitar comportarse como una anfitriona.

—No me sale ser grosera —me dice desde las escaleras. No la había visto—. Coge un plato. Fuera hay té, junto al café.

Salimos y nos sentamos en una mesa de madera que hay bajo un pabellón con vigas irregulares levantado en un lateral de la casa. En todas las esquinas hay burbujas de plástico con cámaras. Todas las ventanas tienen alarma. En el linde del jardín hay dos gigantes con traje negro.

—Esta es mi segunda taza de café del día —me señala—. Dime, ¿por qué piensas que todo el mundo quiere matarnos?

—Marilyn, tengo que irme. ¿Hay alguna salida trasera?

—Pero ¿es que crees que soy James Bond? Habla conmigo y dejaré que te marches por la puerta principal.

Le explico lo que ha estado pasando, pero omito lo del libro. Entre medias, Heather aparece a la deriva, flota hacia la cocina y vuelve fumando un cigarro. Marilyn le dice que se siente lejos hasta que haya terminado y pone mala cara cuando Heather tira la colilla a la piscina.

—Tengo que irme —insisto—. Vosotras estáis a salvo, Dani está bajo custodia, Julia está protegida… pero yo tengo que irme.

Rezo para que no se acuerde de Michelle.

—Buen viaje —me dice Heather—. ¡Toda la casa para mí!

—He hecho algunas llamadas esta mañana y he hablado con mi abogado, que ha hablado con alguien que dice que Dani está bien y que, aunque no la van a encausar hasta dentro de unos días, Michelle y ella pueden volver a casa en cuanto el juez le tome declaración. Julia está en el hospital y tiene seguridad en la puerta. Es probable que a vosotras os pongan en busca y captura a lo largo de la mañana, así que, después del desayuno, recogéis y os marcháis. Llamare a un par de coches para que vengan a buscaros. ¿Tenéis dinero suficiente?

—¡Sabía que me ibas a joder el chollo! —me chilla Heather.

No lo puedo evitar. Siento la obligación tirando de mí como una cadena:

—Asegúrate de que apostan un policía en la habitación de Michelle.

Marilyn me pilla al vuelo.

—Se está muriendo —me dice—. ¿Qué sentido tiene que alguien la mate?

—Hay maneras mejores y peores de morir. —Una vez más, no puedo quedarme callada.

—El cáncer es la peor, Lynne. No pretendo ser insensible, pero no puedo permitir que me arrastres a lo que sea que estés viviendo. A Adrienne la mató alguien que tenía algo contra ella. Dani le disparó a un federal, Heather estaba fumando *crack* en el sótano y consiguió que se incendiara la casa de…

—¡Oye, que yo estaba en el bosque, detrás de la casa!

—Pobrecita, estabas tan colocada que ni lo recuerdas —la calla Marilyn antes de dirigirse a mí de nuevo—. En cuanto a lo que os ha pasado a Julia y a ti… bueno… solo tengo tu palabra. Si tuviera que apostar, diría que le disparaste por accidente. Tienes tendencia a andar con armas de aquí para allí y no te falta talento para el melodrama.

—Hay que comprobar que Michelle está bien —digo para ganar un poco de tiempo, pero también es la verdad—. Sabes que tengo razón. Se lo debemos a Dani.

Lo digo de verdad. Lo digo en serio. Ahora bien, si consigo que Marilyn nos lleve al hospital para enfermos terminales en uno de esos enormes coches blindados suyos, pues mejor que mejor, porque podré escabullirme. Me dará la oportunidad de salir de Los Ángeles antes de que la policía dé conmigo y empiece a hacerme preguntas acerca de los nuevos y explosivos detalles de los que habla Garrett P. Cannon.

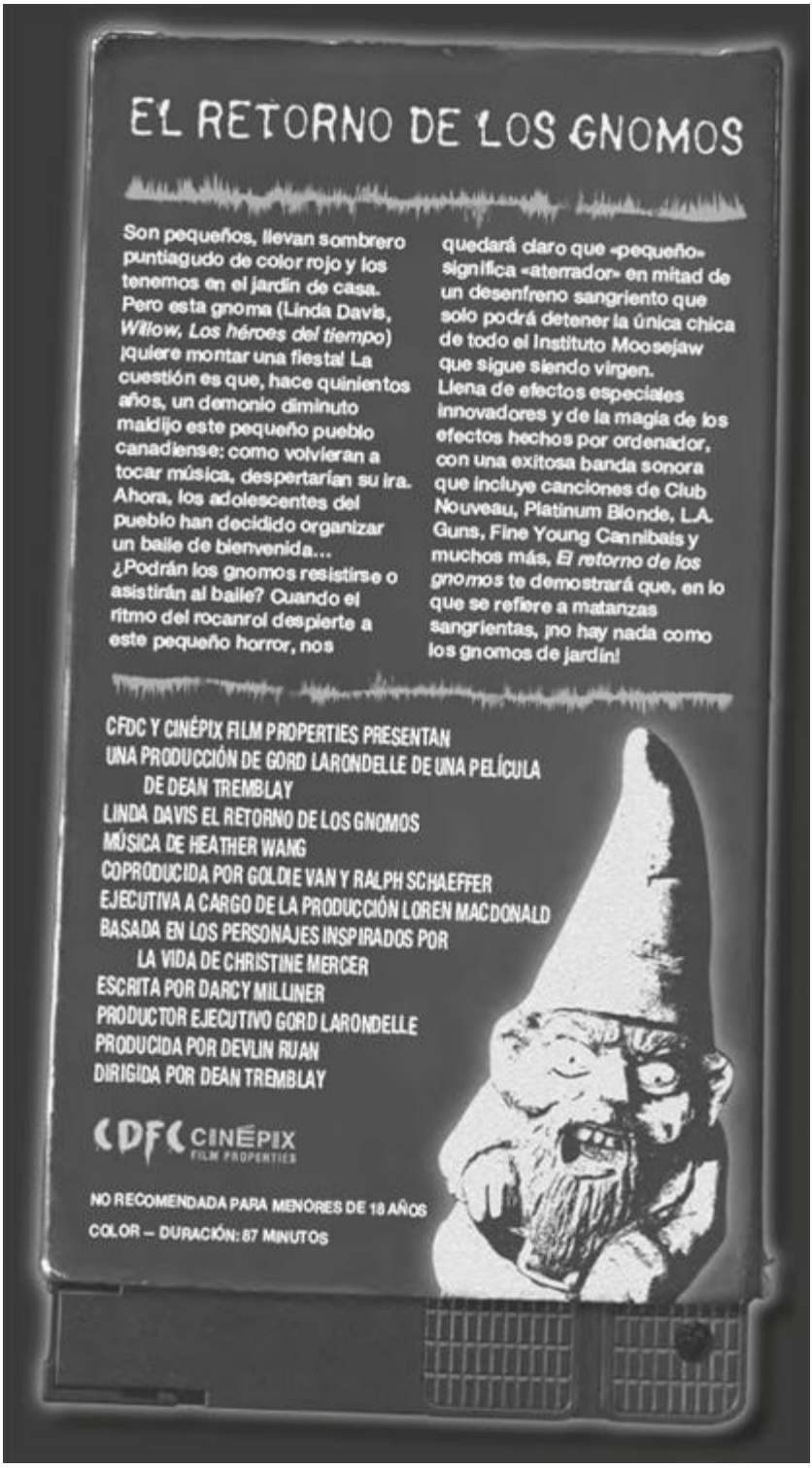
Marilyn mira la ciudad. Los de seguridad andan de broma, haciendo como que se tiran el uno al otro a la piscina. Marilyn se siente a salvo aquí. El dinero de Jerry le ha permitido construir un mundo de fantasía en el que puede disfrutar del lujo de fingir que mis problemas nada tienen que ver con ella. Aunque no habría vivido tanto tiempo de no ser porque es capaz de diferenciar la fantasía de la realidad.

—Vale, iré a ver a Michelle —dice finalmente—. Se lo debo a Dani. Podéis venir si queréis, pero después cada una nos iremos por nuestro lado. No tenemos nada en común, Lynnette. No podemos seguir aferrándonos al pasado.

—¿Cómo salimos de aquí si hay *paparazzis* por todos lados? —pregunto—. No podemos llevar a quienquiera que nos esté acosando hasta donde está Michelle.

Marilyn sonríe.

—¿De verdad pensabas que solo tengo una forma de salir de mi casa?



El retorno de los gnomos, copia en VHS de la película, 1989

GAPFG X

Nadie vuelve a casa de un hospital para enfermos terminales, vale, pero es que el Hospital para Enfermos Terminales St. Claire parece una funeraria. No hay luz, no hay relojes, no hay luces directas, no se oye nada excepto susurros solemnes. Todo es de color beis o gris. Todas las habitaciones tienen una cruz en la pared y en los pasillos hay cuadros de praderas de artistas de tercera fila, como los de los hoteles. Numerosas enfermeras van de un lado para el otro en silencio con sus zapatos de suela de goma. En todas las superficies verticales hay soportes de plástico con panfletos en los que se explica cómo lidiar con el dolor.

—Esto es tremendamente deprimente —comenta Marilyn en cuanto salimos del ascensor.

—Me voy a ver la tele —dice Heather como si fuera una quinceañera, y se aleja malhumorada en busca de la sala de estar.

Dejamos que se vaya y nos encaminamos por un pasillo neutro lleno de puertas numeradas y abiertas. Buscamos la de Michelle. Tras cada umbral está teniendo lugar un drama. Los familiares me miran desde los pies de la cama en la que velan a su ser querido. Las enfermeras pasan como deslizándose de velatorio en velatorio. De las habitaciones salen ruidosas respiraciones fatigadas.

No me gusta este sitio; no alcanzo a ver las salidas, no sé qué hay a la vuelta de las esquinas… y cada vez nos internamos más en él. Ojalá no hubiera dicho nada.

Por fin llegamos a la 1211. Esperaba encontrar a un policía sentado en la puerta, o un mensaje, o algo donde dejara claro que Michelle está en peligro por ser la esposa de Dani, pero su puerta ni siquiera está cerrada con llave. La abrimos y entramos.

En la cama hay un carcasa envuelta en sábanas. No tiene puestos goteros intravenosos, ni catéteres, ni monitores cardiacos ni ningún otro tipo de máquina. Todo eso poco importa ya. Incluso Marilyn se queda un poco tocada. Esta es la habitación en la que va a morir Michelle.

—¿Creen que eso le molesta? —nos pregunta una enfermera entre susurros.

Marilyn y yo nos sobresaltamos. Ni siquiera nos hemos dado cuenta de que entraba con nosotras. Mira la cruz que hay en la pared

con aire significativo.

—No, no creo que le moleste —responde Marilyn.

La enfermera se marcha y nos deja con el amor de la vida de Dani. Nos acercamos a la cama.

—¿…Dani? —susurra Michelle.

Está amarilla, tiene los labios agrietados y sus ojos arden con una intensidad que destaca muchísimo frente a su piel cerúlea. Marilyn le pone una mano en la frente y le echa hacia atrás el pelo, que tiene completamente gris.

—Dani querría estar aquí. Sé que daría cualquier cosa porque así fuera.

Michelle intenta formar palabras. No puede.

—Lynnette, ve a pedirle una esponja y un vaso de agua a la enfermera —me dice Marilyn antes de dirigirse a Michelle—: Cariño, ¿quieres unos cubitos de hielo para chuparlos?

Michelle asiente.

—Y trae también unos hielitos.

Salgo al pasillo. No tengo muy claro dónde conseguir lo que me ha pedido. Me dirijo al puesto de las enfermeras y veo que varias se vuelven hacia mí como si hubieran estado esperando que les pidiera algo. Siento sudores. Aquí no hay ventanas, pero hay muchas puertas. Demasiados pasillos. La habitación de Michelle no tiene salidas alternativas. No sé cuál es la ruta de huida.

Cuando vuelvo a la habitación con un vaso de plástico lleno de cubitos, una esponja amarilla en un envoltorio de plástico que no deja de crujir y una botella de agua de marca blanca, me topo con la enfermera de antes en la puerta. Lleva el crucifijo debajo del brazo.

—¿Cree que quiere ver a un rabino? —me susurra.

—¿Por qué? —respondo muy confundida.

—No es necesario —le dice Marilyn desde la habitación—, pero gracias.

La enfermera asiente levemente y vuelve a desaparecer. Entro y se lo doy todo a Marilyn. Luego me quedo a los pies de la cama, lo más lejos que puedo de Michelle. Entretanto, Marilyn levanta la cama para incorporar a Michelle y le lleva el vaso de cubitos a la boca. A continuación, mientras la mujer chupa un cubito, abre la esponja, la moja y, suavemente, golpea con ella los agrietadísimos labios de Michelle. Estoy maravillada. ¿Cuándo ha aprendido Marilyn a hacer todo esto? Michelle la mira con aire agradecido.

—Tú descansa —le dice Marilyn mientras le acaricia el pelo—, que estás cansada.

—Gracias… —grazna Michelle—. Sé… que no estoy guapa.

Marilyn sonríe.

—Bueno, tampoco es que Dani sea muy agraciada, ¡así que hacéis una pareja estupenda!

Michelle esboza una mueca y jadea. Caigo en la cuenta de que se está riendo. Saca una de las manos de las sábanas y araña el aire a la desesperada. Marilyn se la coge.

—Te… te quiero —le dice Michelle.

—Nosotras también te queremos. Y sé que Dani te quiere muchísimo. Eres lo mejor que le ha pasado en la vida.

—Me… prometió… que… estaría en… casa… cuando… esto… sucediera…

—Lo sé.

—Quería ver… Ella había… plantado… nuevas… Nunca hay… suficiente…

Bosteza. Abre muchísimo la boca.

—Lo sé. Nunca hay suficiente tiempo.

—Ahora vuelvo —digo por lo bajo.

Todas las muertes que he visto han sido rápidas y sucias. La de Tommy. La de Gillian. La de mi madre. La de mi padre. Nunca había presenciado a alguien apagarse así. ¿Es que no puede evitarlo Michelle? ¿No puede ponerse una soga y tirar? Estoy enfadada con ella por haberme obligado a ver cómo muere. Tengo miedo. No sé qué hacer.

Veo a Heather al final del pasillo, en una especie de sala, tirada sobre dos sillas. Está viendo la CNN en una televisión donada. El volumen está muy bajo.

—Tu novio acaba de dar una rueda de prensa.

—Nos vamos a llevar a Michelle.

—¡De puta madre, porque este sitio es lo peor!

Se pone de pie, contenta de tener un objetivo, complacida por poder dar por el saco al sistema. Miro la televisión una vez más mientras nos marchamos y veo que están poniendo una foto mía de cuando tenía dieciséis años, con la cara llena de acné y una permanente horrible. Siento que la trampa se va cerrando a mi alrededor. Quiero salir.

—¿A Marilyn le parece bien? —me pregunta Heather.

—Le parece bien —le estoy mintiendo.

Volvemos a la trampa mortal. Marilyn ha acercado la única silla que hay en la habitación a la cabecera de la cama y tiene los codos apoyados en el colchón y ha cogido las manos de Michelle. Levanta la mirada. Heather y yo estamos allí, de pie, incómodas.

—Hemos votado —digo—. Nos llevamos a Michelle a casa.

—¿¡Que qué!? —exclama Marilyn.

—¿Va… a venir… Dani? —jadea Michelle.

—No —le respondo.

—¡Claro que sí! —me corrige Marilyn, que me mira acto seguido —. No vamos a ir a ninguna parte. Nos vamos a quedar aquí con Michelle hasta que Dani llegue. No vamos a mover a esta preciosidad.

—Michelle —empiezo a decirle mientras me agacho sobre ella. Me sorprende que no huela mal—, Dani no va a venir. Al menos, no en uno o dos días, pero si quieres podemos llevarte al rancho ahora mismo.

—No creo… que… me vayan… a dejar… —dice quedándose sin aliento y mientras me analiza.

—No te preocupes por eso. Dani está en el calabozo y hoy, desde luego, no la van a soltar.

—Eso no lo sabes —me dice Marilyn—. De hecho, podría estar de camino.

—¿De verdad, Marilyn? ¿De verdad crees que la han soltado ya?

—Pues… —Hace una pausa y se queda mirando las manos de Michelle.

—Pues eso. Michelle, Dani no va a venir, pero nosotras podemos llevarte al rancho. Ahora mismo. Puedes volver a casa. Lo único que tienes que hacer es pedírnoslo.

Michelle me mira de la única manera que te puede mirar un moribundo, completamente concentrada en mis ojos, sin chorradas, dedicándome toda su atención.

Asiente.

—Las flores… de Dani…

—¿Quieres ver las flores de Dani? —le pregunto.

Asiente. Sus labios forman la palabra unos instantes antes de que sea capaz de pronunciarla:

—…Sí…

—Esto es una mierda, joder —suelta Heather.

—Disculpen, pero ¿de qué están hablando? —nos pregunta la enfermera a un volumen normal, lo que hace que parezca que habla altísimo. Siento algo de vergüenza. No la hemos oído entrar.

Nos volvemos. Doy por hecho que todas tenemos cara de culpables. Da la sensación de que la enfermera esté confundida.

—De nada que te incumba —le respondo—. ¿Podrías traernos una silla de ruedas?

—Pues no. Me temo que no se puede mover a la señora Gateway. Ahora está cómoda y tiene que permanecer aquí.

—Tranquila, ya voy yo a por ella —le respondo.

—Ni siquiera sabemos quiénes son ustedes. —Nos mira a las tres, de Heather a Marilyn.

Paso por su lado. Salgo al pasillo, donde hay una silla con un «Núm. 43» pintado con plantilla en la parte trasera del respaldo. La llevo a la habitación. Marilyn está hablando con la enfermera. Michelle mueve los pies como loca por debajo de las sábanas. Heather está en una esquina, probablemente intentando determinar cómo hacerse con algunos analgésicos.

—No puedo permitir que se la lleven —le está diciendo la enfermera a Marilyn mientras aparco la silla de ruedas junto a la cabecera de la cama.

—Tú no tienes ni voz ni voto — le suelto.

La enfermera valora la situación mirándonos a Marilyn, a mí, a la silla y a Michelle por ese orden, y sale apresurada de la habitación.

—Me molesta que me hayas puesto en esta situación —me dice Marilyn.

—Venga, ayúdame a sentarla en la silla.

Marilyn no se mueve. Es Heather la que le quita las sábanas a Michelle, y lo hace de golpe. Me aterra ver lo que hay debajo, pero, en comparación con lo que había imaginado, no tiene tan mal aspecto. No queda mucho de ella, pero al menos está todo dentro de la bata de hospital. Eso hace que me sienta lo bastante valiente como para tocarla. La incorporo, con un brazo por detrás de la espalda y otro por debajo de las rodillas. Está muy fría y no opone resistencia. La levanto. Es más ligera de lo que creía. Le golpeo el culo huesudo con el brazo de la silla. Esboza una mueca.

Consigo sentarla y, de inmediato, empieza a temblar.

—Vamos, las mantas —les digo.

Le ponemos una manta de color azul bebé alrededor de las piernas y la arropamos. Heather encuentra otra en el armario. Inclino a Michelle hacia delante, le echo la manta en la espalda y se la acomodo por los hombros. Michelle vuelve a poner cara de dolor.

—¡Ya me encargo yo! —suelta Marilyn, exasperada por mi ineptitud.

Le pone bien la manta y echa a la mujer hacia atrás.

Michelle le coge el brazo con mano temblorosa.

—Gracias… Muchas gracias…

Marilyn se incorpora y se pinza el puente de la nariz con los dedos.

—Vas a tener que responder por todo esto —me amenaza.

—Tú ve por delante —le digo, sintiéndome bien, como si tuviera una misión—. Heather, tú ve por detrás. Vamos al segundo piso y, de

ahí, al aparcamiento y al coche.

Me quedo mirando a Marilyn hasta que asiente.

Salimos de la habitación en formación, yo empujando la silla, Marilyn caminando por delante de todas y Heather siguiéndonos a unos pasos. Abandoné a Julia y a Final, pero no pienso abandonar a Michelle. En el puesto de enfermeras hay un enjambre de médicos, enfermeras y camilleros. Nos impiden el paso.

—Disculpen, por favor —les dice Marilyn—. Lo siento mucho, pero tenemos prisa.

Nos dejan paso, se reagrupan y nos siguen. Oigo un coro:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Adónde se la llevan?

Entonces entra en acción Heather, haciendo de Heather:

—¡Atrás, joder! ¡Atrás, ¿eh?!

Oigo el característico sonido de una cuchilla al salir de un cúter de plástico y no me hace falta mirar hacia atrás para saber que lo está moviendo de un lado para el otro como una salvaje. Seguimos adelante a buen paso. Marilyn lleva buen ritmo y va dejando atrás puertas llenas de familiares con los ojos rojos, llorando, sumergidos en la profundidad de su propio drama.

—Discúlpennos —dice Marilyn cada vez que pasamos por delante de alguna enfermera—. Perdón. Lo siento. Si no les importa. Gracias.

Los ascensores están un poco más adelante. Casi hemos llegado cuando vemos a dos guardias de seguridad que se acercan a nosotras por el otro lado del pasillo. Tienen la tripa muy gorda y llevan gorra de béisbol y cazadora, ambas verdes, y parece que los dos estén justo en el lado malo de los cincuenta años. Es posible que nunca en la vida hayan corrido tan rápido.

Uno de ellos se detiene, bloqueando el pasillo, con la mano levantada con aire arrogante como si fuéramos a detenernos porque es un hombre con una chaqueta en la que pone «Seguridad».

—Chicas —empieza a decirnos—, se acabó la fiesta.

Marilyn es la que primero llega a su altura y me da un vuelco el corazón cuando veo que pulsa el botón del ascensor mientras habla con su melosa calidez texana:

—Señor, somos sus mejores amigas y la vamos a llevar a casa para que recoja unas cosas. No tardaremos en volver. Las enfermeras nos han dicho que no había ningún problema, y tengo la sensación de que no hemos cometido ningún crimen.

—Este es un hospital para pacientes terminales —dice el más bajito de los guardias de seguridad—. La gente no se va a casa a recoger unas cosas.

—Ya le he dicho que las necesita.

—Me da lo mismo —dice el que tiene la mano extendida, que se pone delante de los botones del ascensor para que Marilyn no pueda pulsarlos de nuevo. Ambas tripas gordas se arremolinan delante de ella—. Dejen que los médicos lleven de vuelta a su habitación a esta paciente.

—¿Y de qué la conocen? —pregunta el otro segurata.

—Formamos parte del mismo club de lectura. —Marilyn sonríe con dulzura.

Suena un campanita. El ascensor acaba de llegar y las puertas se abren con cierto estruendo. Al fondo hay una quinceañera con rímel en las pestañas y un paquete de cigarrillos y un mechero en una mano. Marilyn se pone entre ambos seguratas y la silla de ruedas, y Heather se une a ella, hombro con hombro.

—¿¡Cuál es vuestro puto problema!? —les grita Heather—. ¡Ella quiere irse! ¿¡Acaso es esto una puta cárcel!?

Me cuelo en el ascensor por detrás de ellos.

—¡Señora! ¡Señora, no puede hacer eso! —me dice uno de los guardias de seguridad cuando ve que me escapo.

Me detengo junto a la quinceañera, con Michelle mirando hacia la parte trasera del ascensor.

—Marilyn, ya estamos dentro— le digo.

Tanto ella como Heather entran en el ascensor y Heather empieza a darle al botón del segundo piso y al de cerrar las puertas al mismo tiempo. Uno de los guardias de seguridad comete el error de coger a Marilyn por el brazo. La puerta intenta cerrarse, pero rebota contra el fornido bíceps del hombre.

—No se lo puedo permitir.

Marilyn mete la mano en el bolso, saca un pequeño cilindro negro y se lo pone en la entrepierna al de seguridad. Se oye un crepitar eléctrico y el hombre salta hacia atrás como si una mula le hubiera pegado una coz y cae al suelo de culo, llorando.

—Lo siento mucho. Me siento fatal.

Las puertas se cierran y, después de un segundo que nos parece una eternidad, el ascensor empieza a bajar. Se hace el silencio unos instantes, y entonces:

—¡Le has dado una descarga en los huevos! —suelta la quinceañera, incrédula.

—¡Bien hecho! —exclama Heather.

—Quiero que sepas que me molesta muchísimo, pero muchísimo, que me hayas puesto en este brete —insiste Marilyn.

Vuelve a sonar la campanita y nos bajamos en el segundo.

—Que tengas buen día —le dice Marilyn a la quinceañera cuando

salimos.

Empujamos la puerta doble de cristal y salimos al frío y oscuro aparcamiento. Aguzo el oído para oír las sirenas de los coches de policía, los chirridos de sus ruedas cuando toman las curvas derrapando, las radios crepitando a voces que se busca a cuatro mujeres, una de ellas en silla de ruedas… pero el garaje está en silencio. Empujo la silla por el cemento manchado de aceite hasta que llegamos al coche de Marilyn.

—Espera a que dé marcha atrás —me dice.

—Será mejor que no nos dejes tiradas, joder —le suelta Heather.

—Ay, cariño, si hubiera encontrado la manera de hacerlo, hace años que lo habría hecho.

Se sienta al volante, cierra la puerta con fuerza y se encienden las luces de marcha atrás; primero rojas, y después blancas. Da marcha atrás hasta ponerse a nuestra altura. Subo a Michelle al asiento de atrás.

—Lo… siento… —me dice casi sin aliento mientras le abrocho el cinturón

—No pasa nada, cariño —le dice Marilyn, que se gira—. Tú aguanta, que llegaremos al rancho en menos que canta un gallo.

—¡Yo delante, tías, que no me voy a sentar al lado de una muerta! —grita Heather—. No es personal, Michelle.

Michelle intenta humedecerse los labios y hablar, pero está demasiado débil y tiene la lengua demasiado seca. Me siento a su lado y no tardamos en ponernos en camino. La puerta no tiene valla. Puede que creyeran que estaba feo que la gente trajera aquí a sus familiares para que murieran y les cobraran el aparcamiento a la salida. No hay coches patrulla fuera, esperándonos. Nadie, ni siquiera un encargado del aparcamiento que apunte nuestra matrícula.

Con la silla de ruedas deslizándose y golpeándose aquí y allí en la parte de atrás, pasamos despacio por los pincharruedas que hay a la salida, que están bajados, salimos a la calle y nos dirigimos a la autopista. Justo en ese momento nos damos cuenta de que no tenemos ni idea de dónde está el rancho de Dani y Michelle.

—Julia ha estado —comento.

—Ya, pero Julia no está aquí —apunta Marilyn—. ¿Y tú, Heather?

—¿Acaso no les envías una postal de Navidad todos los años?

—Sí, pero al apartado de correos.

—¿Michelle? —le pregunto—. ¿Michelle?

Ha vuelto la cara hacia la ventanilla y tiene los ojos cerrados. Está disfrutando de la luz del sol.

—Michelle —insisto—, necesitamos que nos indiques cómo llegar

al rancho.

Asiente sin abrir los ojos y dice algo. Me inclino hacia ella.

—La 10… —susurra—. La 10… La 10…

—Toma la 10 —le digo a Marilyn.

Pasamos por el centro de Los Ángeles. No hablamos mucho. Marilyn enciende la radio y pone una emisora de jazz ligero. Vuelvo a prestar atención a las sirenas de policía. Sé que esto no va a acabar bien. De hecho, siento cómo todo empieza a hacérseme pedazos en las manos. Junto a mí, Michelle murmura para sí.

—Cariño, ¿qué hacemos una vez estemos en la 10? —le pregunta Marilyn mientras la mira por el espejo retrovisor—. ¿Cogemos la 101? Lynnette, pregúntale si cogemos la 101.

—Michelle, ¿cogemos la 101? ¿Podrías darme una dirección para que la consulte en el móvil?

—¿No habéis cogido su bolso? —pregunta Marilyn.

—La… 10 —dice una vez más.

Me inclino hacia ella

—Lo siento… —susurra.

Parece que esté a punto de echarse a llorar.

—Tranquila —le digo—. Tranquila, de verdad. No pasa nada.

No sé si me ha oído, así que le doy unas palmaditas en la mano. La tiene seca.

—No tenía bolso —apunta Heather.

—Empiezo a ver unos cuantos puntos débiles en este plan —comenta Marilyn mirándome por el retrovisor.

—Michelle, ¿qué salida tomamos? —le pregunto de nuevo.

—Las flores de Dani…

—Sí, sí, vamos a ver las flores de Dani, pero primero tenemos que saber cómo llegar. Estamos en la 10, pero ¿qué salida tomamos?

—¿Voy a… —jadea— verlas…?

—Acabamos de pasar por Venice Boulevard —comenta Marilyn —. Yo diría que, después de esta, la única salida que podemos tomar es la 405.

—A menos que cojamos la autopista de la costa —digo yo.

—¡Oh, por amor de Dios! —exclama Marilyn.

De pronto, en el coche hay un olor como a fruta muy madura, como a podrido.

—¿¡Se acaba de cagar!? —pregunta Heather abanicándose furiosamente la nariz y bajando la ventanilla—. ¡Joder, cómo apesta! ¡Pero qué le dan de comer!

Marilyn hace ademán de coger la siguiente salida.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

No podemos detenernos. Hay policía. Hay monstruos. Tenemos que seguir adelante.

—No pienso permitir que esta mujer vaya sentada sobre sus deposiciones —responde mientras deja la salida y se interna por una calle. Se dirige a un supermercado Ralphs—. Es la pareja de Dani y merece que la tratemos con dignidad.

—Poca dignidad te queda cuando te cagas encima —apunta Heather.

Marilyn aparca, apaga el motor y se vuelve hacia Heather.

—Esto es un proceso natural y humano. Le vamos a mostrar el respeto que cualquiera de nosotras esperaríamos que nos tuvieran si nos encontráramos en su situación. Vosotras dos vais a encargaros de sacarla del coche y de coger la esterilla que tengo en el maletero para cambiar ruedas. Tumbadla en ella, que yo vuelvo enseguida.

Coge el bolso de malos modos y se marcha.

—Lynne, prométeme una cosa —empieza a decirme Heather—. Si esto me pasa alguna vez, tírame en un arcén y abandóname.

Heather se niega a tocar a Michelle, así que, después de echar un vistazo por el aparcamiento, le suelto el cinturón de seguridad y la levanto sola. Tampoco yo quiero tocarla… pero no quiero ser como Heather. ¿Qué nos pasa? Vi cómo mataban a mi familia y no dije nada, pero ¿soy aprensiva porque tengo que enfrentarme a la caca de la esposa de una amiga? ¿Por qué nos sentimos más cómodos con las muertes rápidas y dramáticas que con el lento decaer que tienen la mayoría de las personas? Al fin y al cabo, ¿no es para esto para lo que tanto hemos luchado, para tener derecho a hacer lo que Michelle está haciendo ahora mismo?

—¡Tócate los huevos!, Marilyn tiene una esterilla de yoga para cambiar ruedas… —comenta Heather mientras la extiende junto al coche.

Tumbo a Michelle con cuidado en la esterilla, pero no sé qué hacer a continuación. Sigue algo con los ojos por el cielo. Levanto la mirada, pero no veo nada. Estamos demasiado expuestas. Tampoco veo nada ni a nadie entre tantos coches.

—¿La habéis desvestido?

Marilyn ha vuelto con varias bolsas.

—¡Ni hablar! —responde Heather.

—Qué inmaduras sois. Esto ha sido idea tuya, Lynnette, ¿a qué estás esperando?

Marilyn insiste en que Heather sujete una de las mantas del hospital como pantalla para que nadie la vea y me obliga a que le

quite la otra de la cintura y a que le suba la bata del hospital.

—Lo siento —le digo a Michelle.

No creo que me oiga.

Lleva pañal, y Marilyn se lo suelta con facilidad y se lo quita. Está lleno de una pasta negra… Marilyn lo dobla y lo tira en una de las bolsas vacías que ha traído. Luego le limpia el culo con una botella de agua y unas toallitas. Miro a ver si alguien viene a por nosotras. Aguzo el oído para ver si oigo sirenas. Marilyn seca a Michelle y, acto seguido, me obliga a que le ayude a subirle otro pañal para adultos por las piernas.

Juntas, aupamos al asiento de atrás a Michelle, que no ha protestado en ningún momento, y volvemos a atarle el cinturón. Es como si no se diera cuenta de nada.

Marilyn enrolla la esterilla, que está mojada, y la mete en otra de las bolsas.

—Heather, ve a tirar esto —le dice.

—Yo no pienso tocar eso. Déjalo ahí.

—Nosotras no vamos dejando la basura tirada. Tíralo en una papelera o te pego una bofetada.

Heather coge las bolsas y se va a tirarlas. Yo sigo vigilando que no venga la policía. Heather vuelve en cuestión de minutos, arrancamos y salimos por Olympic Boulevard.

Noto que algo me araña y bajo la mirada. Es la mano de Michelle, que me rasca los dedos sin mirarme. No sé qué hacer, así que abro la mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Son fuertes. No me mira. Aún va mirando por la ventanilla, pero ahora con los ojos bien abiertos. Mueve los labios.

—¿Sabes adónde vamos? —le pregunto.

—A ver… las… las… flores de Dani…

—No lo vas a conseguir —comenta Heather mientras baja la cabeza y se la coge con las manos.

—Que alguna llame a la doctora Elliott —nos dice Marilyn—. Ella sabrá la dirección del rancho.

—La vamos a acojonar —nos dice Heather a ambas.

—Ya te digo. No creo que sea buena idea —comento.

—Tú última buena idea nos ha metido en este lío —me suelta Marilyn—. ¡O alguna de las dos llama a la doctora Elliott u os pego una paliza!

—Yo no tengo batería —dice Heather.

Marilyn le tira su iPhone.

—Llama con el mío. La tengo en los contactos por Elliott.

Michelle coge aire con fuerza, estremeciéndose, y bosteza.

Empiezo a contar y llego a cinco para cuando vuelve a respirar.

—No encuentro el número.

Marilyn intenta quitarle el móvil, pero Heather se lo impide.

De repente, las siento muy lejos de mí.

Michelle toma una repentina bocanada de aire, muy profunda y, entonces, empieza a resollar.

—Eh… algo le está pasado —les advierto.

Marilyn mira rápidamente hacia atrás.

—¡Lo he encontrado! —dice Heather.

Marilyn da un volantazo hacia la izquierda y me deslizo hacia Michelle.

—No vamos al rancho —suelta mientras endereza el coche.

—¡Pero joder, si ese era el plan! —comenta Heather.

Marilyn no responde.

— Lynnette, ¿cómo está Michelle? —me pregunta.

—No muy bien.

Marilyn aparca y sale del coche.

—Vosotras dos, venid. —Es una orden.

Dejo la mano de Michelle y salgo del coche deslizándome. No parece que se dé cuenta. Estamos en un barrio pudiente de las afueras, junto a un parque municipal. Es un gran cuadrado de hierba con dos caminos en cruz que lo dividen en cuartos, con árboles y mesas de picnic aquí y allí. No se ve a mucha gente. Heather se deja caer sobre el capó y exige:

—Y, ahora ¿qué?

—A esta mujer no le queda mucho tiempo de vida —dice Marilyn —, y, aunque no me gusta este embolado en el que nos has metido —me mira—, puede que tampoco haya sido la peor decisión del mundo. Ahora mismo, lo que tenemos que hacer es estar con ella. Se va a morir y se va a morir en la calle. Si pregunta si Dani está aquí, le vais a decir que sí. Si pregunta si está en el rancho, le vais a decir que sí.

—Pero… —empieza Heather.

—En especial tú. Esta mujer no va a morir en el asiento de atrás de un coche.

Ahora me mira a mí.

—Sí, señora —respondo.

Michelle bosteza y estira las manos cuando abro la puerta del coche, y entre las tres, con Heather ayudándonos lo menos que puede, conseguimos subirla a la silla de ruedas y envolverla en las mantas. La llevamos hasta el parque. Es pronto y aún hay unas pocas ancianas chinas practicando tai-chi y un anciano con el pantalón hasta los sobacos dándoles bastonazos a las toperas.

—Por aquí —dice Marilyn, y llevamos a Michelle hasta una de las mesas de pícnic.

Le doy la vuelta para que quede mirando al mar. No es que se vea desde aquí, pero la brisa huele a sal.

El sol brilla con fuerza y hace que el parque resulte extraordinariamente verde.

—¿Dani? —pregunta Michelle.

—Está a tu lado —le dice Marilyn.

Heather me mira y me fijo en que forma la palabra «mentirosa» con la boca, pero veo cómo Michelle sonríe.

—Verde… —dice.

Marilyn le acaricia el hombro huesudo por encima de la bata de hospital.

—Estamos todas contigo, Michelle —le dice—. Estamos justo aquí.

La mano de Michelle se desplaza del reposabrazos de la silla a mi muñeca y, después, se desliza hasta que encuentra mi mano.

—Buenas… amigas…

El ruido que hace el viento entre los árboles casi acalla por completo sus palabras. Michelle resuella un poco y entrecierra los ojos por el sol. Los cierra al rato, porque brilla demasiado. No dice nada más. Jadea, callada, y deja escapar un largo estertor. Le estoy dando la mano a una muerta.

Veo a Dani caminando por la celda en la que sea que la tienen retenida, al otro lado de la ciudad, atormentada por el miedo, aterrorizada porque pueda estar pasando lo que acaba de pasar. Estas dos mujeres se habían jurado amor eterno y, sea lo que sea que esté sucedido, la conspiración que ha tejido quienquiera que nos esté haciendo esto ha conseguido impedir que Dani esté allí donde había prometido que estaría cuando Michelle muriera. Una crueldad terrible me abre en canal. No sé quién habrá hecho esto, qué monstruo enfermo habrá impedido que Dani y Michelle compartieran el final de la vida de esta última, pero voy a hacer que lo pague.

Pasa un rato antes de que me atreva a sacar los dedos de la mano de Michelle. Me siento cruel.

—Deberíamos irnos —comenta Heather.

—Tenemos que subirla de nuevo al coche —dice Marilyn. Es como si, ahora que no tiene a quién serle útil, no supiera qué hacer—. Tenemos que llevarla de vuelta al hospital o… o algo.

—No podemos ir de aquí para allí con ella —expongo yo. Me doy cuenta de que estoy susurrando—. Yo diría que la policía nos estará buscando, y los cristales de tu coche no están tintados.

—Voto porque no vayamos de un lado para el otro con un cadáver —suelta Heather.

—No vamos a dejar a Michelle en un parque municipal.

—Muy bien —dice Heather, que se aleja andando.

—No la vamos a dejar aquí —insiste Marilyn—. Es ilegal.

—Dani no va a presentar cargos —comento yo.

—¡Pero la ciudad sí!

—¿Por qué?

—No lo sé… ¿Por dejar… *cosas* en la vía pública?

Empiezo a ponerme nerviosa de nuevo. Estamos en mitad de la calle y quienquiera que venga a por nosotros podría atacarnos por muchos sitios. Le llevamos ventaja, sí, pero he de convencerlas para que aprovechemos esta oportunidad y pongamos distancia de por medio entre quien sea que nos está buscando y nosotras. El viento despeina a Michelle. La peino bien.

—¡Lo que faltaba! —exclama Marilyn rebuscando en su bolsillo—. ¿Has visto mi móvil?

—No, pero oye, tenemos que marcharnos. Nos están buscando.

—Pero… ¡pero si lo tenía aquí hace un momento!

—Marilyn.

—Lynnette —deja de buscar mientras me habla—, tengo que decirte que…

—Sí, ya, que estás muy descontenta conmigo.

—Te iba a decir que creo que hemos hecho algo muy bonito, pero que deberíamos llamar a la doctora Elliott para llevar a Michelle al rancho. La dejaremos allí.

—Vale, es un sitio seguro. Pero luego tenemos que ir a por Julia, sacar a Dani de la cárcel y escondernos, y luego ya veremos cómo solucionar esto.

Oigo cómo se acerca Heather. Habla como si estuviera tratando con un niño. Levanto la mirada y veo que trae del brazo al anciano de los pantalones por las axilas. El hombre se acerca pasito a pasito, ayudándose con el bastón. Tiene los ojos hinchados, delicados, y le gotean por detrás de unas enormes gafas de farmacia.

—Chicas, os presento a Carl DeWolfe hijo —dice Heather.

—Es un placer —comenta el anciano con voz temblorosa y mirando, más o menos, hacia donde estamos Marilyn, Michelle y yo.

—Ay, no… —dice Marilyn.

—Se va a quedar aquí con Michelle hasta que vengan a recogerla.

—Este parque es peligroso —asegura el anciano—. Una dama no debería andar por aquí sin compañía.

—Exacto —Heather se muestra de acuerdo mientras lo ayuda a

sentarse en uno de los bancos de la mesa de pícnic, junto a la silla de ruedas—, y por eso te vas a quedar aquí con Michelle y vas a esperar. No tardarán en llegar.

—Será un honor —dice el anciano, que inclina la cabeza en dirección a Michelle—. Me encanta conversar.

—A ella le va más escuchar —le apunta Heather.

Nos aparta de la mesa.

—Esto es una bajeza —comenta Marilyn—. ¡Es una bajeza hasta para ti!

—Y ¿qué más da?

—Pues da que podría llegar a agredirla sexualmente.

Me detengo y giro la cabeza para fijarme en el anciano.

—En este caso estoy con Heather —digo.

Las dos se detienen también y ven lo que veo yo: Carl DeWolfe hijo le está dando palmaditas en la mano a Michelle sin parar de hablar y, entonces, se inclina hacia delante y le pone bien la manta alrededor de los hombros, se la sube.

—Además —sigue Heather mientras reemprendemos la marcha hacia el coche de Marilyn—, hace un rato que he llamado a una ambulancia. Toma.

Le devuelve el móvil a Marilyn.

—¿¡Que has hecho qué!? —le digo, pero Heather ya se está quedando atrás, separándose de mí.

—¡No puedes coger las cosas sin permiso! —le espeta Marilyn mientras mira las últimas llamadas—. Pero ¿a quién has estado llamando?

Heather tiene una de esas sonrisas que hace que parezca que estás avergonzada de algo, y yo la miro y entonces, oigo una voz que hace que el tiempo se detenga y que vuelva a tener dieciséis años.

—¡Vaya! ¡Hola, preciosidad! —me dice arrastrando las palabras —. Te he estado buscando.

Garrett P. Cannon llega por la acera con su traje beis de tres piezas y el sombrero de vaquero un poco bajado para que le oculte los ojos con una sombra. Cuando habla, su bigote blanco se mueve de un lado a otro.

—Me encantaría que intentaras huir, ¿sabes? —Me sonríe—, porque estoy deseando caer sobre ti con todo el peso de la ley.

Los coches patrulla aparcan a uno y otro lado de la calle. La policía se arremolina en la acera. Llegan más agentes por la brillante hierba verde. He dejado de vigilar. He dejado de mirar hacia atrás. He dejado de prestar atención a los alrededores. He bajado la guardia.

—Heather, ¿qué has hecho? —le pregunto.

—O tú o yo —me responde—. O tú o yo.

Miro a los policías. Podría rodear el capó del coche patrulla que está aparcado más cerca de mí; hay un hueco en la barrera que forma. Podría llegar al otro lado y salir corriendo… Soy boba. Boba, boba, boba. No puedo creer que haya bajado la guardia.

—¿¡Has sido tú!? —le pregunta Marilyn a Heather, incapaz de creer lo que está pasando.

La policía se mete entre nosotras y me separa de ellas.

—Las demás somos Final Girls —me dice Heather, que sigue echándose hacia atrás—. Tú nunca has pasado de víctima.

Se funde con la policía y entiendo que ha hecho un trato. Me ha entregado para salvarse. Es lo que yo le hice a Julia: la abandoné para salvarme. Es imperdonable.

Me pongo tensa. Me preparo para hacer como que voy a salir corriendo hacia la izquierda y tirar para la derecha, pero Garrett me conoce demasiado bien. En cuanto mis músculos empiezan a funcionar, silba entre dientes y la policía cae sobre mí. Al primero, que me coge por la muñeca, le rompo los dedos de la mano, pero llegan más. Siempre hay más. Y al final caen sobre mí con todo el peso de la ley.

INFORME POLICIAL DEL INCIDENTE

Fecha del incidente: 23/12/90 Hora del incidente: 21:30 (aprox.)
Lugar del incidente: Hospital Psiquiátrico Provo

Detalles del incidente:

William Walker, paciente del Hospital Psiquiátrico Provo, consiguió hacerse con un disfraz de Papá Noel la noche del 23 de diciembre de 1990, si bien no se sabe de dónde lo sacó. Después del cierre de las 21:00, Walker se puso el disfraz y estranguló a su compañero de habitación, Hiram Randolph. Después pulsó el botón de emergencia que hay junto a la puerta. Cuando los cuidadores Frank McCrae y Sally Noland llegaron, Walker le clavó un lápiz muy afilado en el ojo a McCrae, lo que acabó con su vida al instante. Después le pegó tal paliza a Noland que la dejó inconsciente, y se valió de sus llaves para escapar.

Mientras intentaba salir del hospital, Walker llegó a la recepción, donde dos agentes de policía ayudaban a reducir a un interno trastornado. Como los sorprendió, Walker consiguió quitarle el arma reglamentaria al agente Jack W. Forrest y matarlo. Aún se está investigando lo que sucedió a continuación, pero durante los dos siguientes minutos, en la recepción se hicieron veintiséis disparos, y el agente Sean McKinney resultó herido y la agente Theresa Mallory perdió la vida. Después de esto, Walker escapó en el coche patrulla del agente Forrest y con él se dirigió a la 212 Norte hasta el 1200 de la calle East, residencia de Lynnette Tarkington.

Informe realizado por: T. Larson Fecha: 24/12/90

Informe policial elaborado por el departamento de policía de American Fork (Utah) el 24 de diciembre de 1990

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XI:

¡Será mejor que vayas con cuidado!

Lo bueno de las salas de interrogatorios es que siempre te sientan mirando hacia la puerta. Lo malo de las salas de interrogatorios es que siempre están llenas de policías. En esta hay un detective modernito y calvo con un tatuaje que le asoma por el cuello de la camisa. Parece que vaya a reventar el traje de Men's Wearhouse que lleva. Tiene las manos entrelazadas encima de una carpeta marrón que hay sobre la mesa. A su lado hay sentada una detective con un polo de color azul marino. Tiene los brazos cruzados y está reclinada en la silla. Irradia desprecio. Todos los demás están en la sala de al lado, mirando por la cámara que cuelga del techo. Supongo que Garrett también estará; muy probablemente, comiendo palomitas.

—¿Cuándo mantuvo relaciones sexuales por primera vez con Papá Noel? —me pregunta él.

Me quedo tan sorprendida que estoy a punto de abrir la boca para responder. ¿Son estos los «nuevos y explosivos detalles» a los que hacía referencia Garrett?

—Lo voy a repetir por si hay aquí alguien duro de oído. ¿Podría decirnos la fecha en la que mantuvo relaciones sexuales por primera vez con el Papá Noel asesino?

Me encantaría enterarme de qué coño está hablando, pero nadie se ha arrepentido jamás de no hablar con la policía.

—Quiero un abogado —digo.

—¿Mantuvo relaciones con el Papá Noel asesino antes o después de que intentara matarla?

—Lo intentó en dos ocasiones —apunta ella.

—La segunda vez no fue el mismo, sino su hermano —le corrige él.

La pared tiene un color bonito. Un amarillo pálido. Ojalá pudiera quedarme mirándolo toda la vida.

—Quiero un abogado —repito.

—¿Reconoce al hombre de esta fotografía?

El del traje desliza por la mesa una fotografía brillante de 25 x 20. Ricky quería ser actor y su foto ha acabado en el archivo. Ahí está, dando su perfil de tres cuartos delantero, sonriéndome de forma pícara desde la mesa. Es probable que los directores de reparto lo

considerasen encantador, con esa actitud despreocupada. Yo, sin embargo, solo veo su locura.

—Quiero un abogado.

Me concentro en el tatuaje que tiene en el cuello el del traje. Parece un nombre de mujer. ¿Lucille? ¿Shanelle? ¿Janelle?

Ella hace un ruido de impaciencia, soltando el aire entre los dientes.

—¿Y a este otro? —insiste el del traje mientras quita la fotografía de Ricky y pone la de la ficha policial de Billy.

Billy no se cuidaba como Ricky. Llevaba una vida dura. Le habían roto la nariz jugando al fútbol y parecía un actor de culebrón. Aunque esta foto no le hace justicia; lo molieron a palos antes de hacérsela. No es que me dé pena.

—Quiero un abogado.

—La Oficina de Abogados de Oficio está colapsada —me dice ella —. Les hemos comunicado su petición y nos han dicho que esperan poder mandar a alguien a última hora del día.

—O mañana —añade el otro.

—Esperaré.

Intento que no se me cierren los pulmones.

El del traje y la del polo se levantan y salen de la sala. Dejan las fotografías de Ricky y Billy Walker mirándome desde la mesa.

La cámara también me está mirando, así que no puedo gritar, no puedo ponerme a llorar y tampoco puedo darme cabezazos con la mesa o cualquiera de las otras cosas que me apetece hacer realmente. Y para conseguirlo tengo que valerme de toda mi fuerza de voluntad. ¿Es eso lo que se va diciendo de mí, que mantuve relaciones sexuales con Ricky Walker? Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Me concentro en respirar hondo, muy hondo. No miro las fotografías. Miro las paredes. Después de mucho tiempo, Garrett entra solo, con una carpeta de color marrón, con su sombrero de vaquero de los desfiles y con esa condescendiente sonrisa suya de mierda.

—Estamos solos, pollito —me dice. Deja la carpeta en la mesa.

Como siempre, la estancia no es lo bastante grande para él, para mí… y para su colonia.

—Veo que no tenías muchas ganas de hablar con los mejores de Los Ángeles —Habla arrastrando las palabras y pronuncia la última «s» muy larga—, así que los he convencido para que nos dejen un ratito a solas. Tú y yo somos viejos amigos, así que saltémonos las galanterías, no perdamos el tiempo dándole a la lengua, dejémonos de «qué día tan bonito hace» y vayamos al grano, ¿qué te parece?

Me mira a los ojos. Es como que me enfoquen con una linterna a

la cara, pero no pienso apartar la mirada.

—No me gustan los mentirosos, Lynney, pero te voy a dar la oportunidad de ser una buena cristiana y enmendarte.

Es tan presumido, tan arrogante, que me olvido de lo que tengo que hacer.

—¿Enmendarme?

—¡Pero si habla! —exclama, y abre la carpeta con gran teatralidad y la deja de manera que alcance a ver su contenido—. ¡Aleluya!

Las fotos que saca no me molestan; viví la experiencia en primera persona. Sin embargo, esa manera que tiene de expresarse, pavoneándose, engreído… y que, de repente, esté viendo fotos brillantes de mi familia muerta… es como si me pusieran una barra de hierro al rojo en el pecho. Ahora tengo claro que el abogado no va a venir.

—Sí, a mí también me pillan siempre con lo mismo —dice mientras se atusa el bigote con la punta de los dedos mientras me observa por debajo del ala de su sombrero. Escoge la fotografía de mi padre y la pone arriba del todo—. ¡Joder, cómo respetaba a este hombre!

Se inclina sobre la mesa y me da en la frente con el ala del sombrero. Habla bajo y despacio.

—¿Cuánto tiempo llevabas manteniendo relaciones carnales con Ricky Walker?

La pregunta carece de sentido.

—Sabes que no me acostaba con él —le respondo entre susurros.

—Pues Billy no dice eso. —Sonríe—. El muchacho ha encontrado a Jesús y ya no cuenta mentiras.

—Mi padre siempre decía que serías incapaz siquiera de dirigir el tráfico en un partido de los Bulldogs a menos que alguien te sujetara las manos. —Lo miro a los ojos—. Dime, ¿a quién se le ha ocurrido todo esto?

Me sonríe. Es una sonrisa con la que abre ligeramente los labios y le veo un poco los dientes.

—Así que ¿me estás diciendo que no llevabas seis meses tirándote a Ricky Walker cuando tuvieron lugar los asesinatos? ¿Que no le pediste a Ricky que asesinara a tus padres? ¿Que no le dijiste que odiabas a tu padre? ¿Que no convenciste al pobre muchacho, un esquizofrénico, para que asesinara a tu familia? Ese es el problema de los esquizofrénicos, Lynney, que puedes guiarlos adonde tú quieres, pero después es imposible conseguir que paren… y se les suele ir el asunto de las manos.

De pronto se me ocurre qué más puede haber en la carpeta y ya no soy capaz de asirme al mundo real y noto cómo caigo dando vueltas a través de este espejo de mierda en que se ha convertido esta película de miedo con la que todos me están esperando.

—Eso no es cierto —pero apenas me sale la voz.

—A nadie le caen bien los asesinos, Lynnette —Sonríe—, y todavía menos a los policías.

—Yo no…

—¡No, no, claro que no! —Me corta. Está intentando desquiciarme… y lo está consiguiendo—. Tú no eres más que la cómplice. Y tampoco es que haya que creer lo que dice Billy a pies juntillas, porque da igual hasta qué punto tenga a Jesús en su corazón un asesino en serie convicto, la mayoría de los jueces consideran que carece por completo de credibilidad.

Los veo a todos: a mamá, a papá, a Gillian y a Tommy. Cierro los ojos.

—¿Cómo creías que iba a ir el asunto? ¿Dabas por hecho que Ricky mataría a tu novio y a tus padres por ti?

Recuerdo cómo intentó protegerme Tommy. No se quedaba en el suelo. Se levantaba una y otra vez por mucho que Ricky lo hiriera repetidamente.

Oigo cómo abre la carpeta marrón. El crujir de una bolsa de pruebas. Garrett lee con un falsete que me pone enferma:

—«Querido Ricky, no pongas el remitente en la carta. Mi padre es jefe de policía y sabría que me estás escribiendo»…

En ese momento me levanto y salto por encima de la mesa.

Me estaban esperando justo al otro lado de la puerta. El del traje dirige la carga y unos y otros entran a toda velocidad en la sala, me sujetan y me aplastan las costillas contra la mesa. Me esposan y me sacan de allí a rastras.

No han perdido el tiempo. Una de las paredes de la celda en la que me meten es de plexiglás. Al otro lado han preparado un escenario para mí: un árbol de Navidad artificial con sus lucecitas y todo. La del polo da unos toquecitos en la pared transparente. Lleva un gorro de Papá Noel y una larga barba blanca.

Empiezo a gritar, pero la mujer y el resto de policías se limitan a echarse a reír… y ríen… y ríen…

La celda en la que voy a morir es más pequeña que la habitación que tenía Michelle en el hospital para enfermos terminales. Está muy iluminada y me vigilan por el plexiglás para evitar que intente matarme antes de que consigan que me condenen a muerte. El

plexiglás es irrompible. Lo sé porque ya he intentado romperlo. Las paredes son bloques de hormigón pintados de rosa, y el suelo es de cemento. Una plancha sobresale de una de las paredes a modo de cama. Un poco más allá de la plancha hay un pedestal de acero inoxidable con un lavabo y un inodoro, también de acero inoxidable, en el otro lado. Me acuclillo sobre el inodoro y me agacho hasta que me toco las rodillas con el pecho. Así tengo cierta privacidad. Me dan un rollo de papel higiénico pero me quitan los cordones de los zapatos.

No odio a Heather porque haya llamado a Garrett; he decidido guardar todo el odio para mí. Si todos estos polis no me estuvieran observando ya me habría quitado la vida. No tengo los cordones de los zapatos, pero tengo recursos. Me mordería la lengua y me asfixiaría si no supiera que iban a estar aquí antes de que muriera.

Hace frío. Me quedo dormida en la plancha. No hay ropa de cama. En un momento dado me despierto y un montón de policías me están mirando y se ponen a cantar villancicos. Han pegado una decoración de Papá Noel a la pared de plexiglás para que vea bien esa cara roja y feliz. Quieren hacer que reaccione. No puedo evitarlo. Reacciono.

Espero que Marilyn aparezca con un abogado. Espero que Julia llegue con un abogado de oficio. Espero que Dani, que la doctora Elliott, quien sea… me salve de mí misma. Entonces recuerdo que Julia está en el hospital, que Dani está bajo custodia y que es probable que Marilyn, Heather y la doctora Elliott me odien porque creen que cometí el único pecado que las Final Girls no perdonamos: acostarnos con nuestro monstruo. Todas deben de pensar que soy otra Chrissy Mercer.

Lo noto en el ambiente. Vuelvo a salir en las noticias. Lo que creen que hice. La zorra que se acostó con el asesino. Mi fotografía del instituto y la de la ficha policial de Ricky. Nuestra cara la una al lado de la otra, como una pareja en el baile de graduación, de televisión en televisión como si fuera una única imagen.

Levanto la vista y veo a Garrett junto al árbol de Navidad. Cuando se da cuenta de que le estoy mirando me hace una peineta.

Es curioso. Él es el único hombre al que he amado en la vida.

Nochebuena de 1988, American Fork, Utah. El *Sweet Child O' Mine* de los Guns N' Roses se oye por todos lados, pero yo prefiero el *Never Gonna Give You Up* de Rick Astley, porque soy animadora y estoy feliz todo el tiempo. Y porque estoy enamorada. Tommy Burkhardt se parece a Jordan Knight, y mi madre nos llama Carlos y Diana porque dice que me trata como a una princesa. Aunque solo

llevamos seis semanas saliendo, son seis semanas que empezaron a mediados de noviembre y que me han llevado de cabeza a la Navidad… ¡y sé que me va a hacer un regalo de Navidad sorprendente!

Mis padres hace tiempo que se habrían divorciado de no ser porque a mi padre le preocupan tanto las apariencias. Es el jefe de policía de una ciudad pequeña y ha invertido en eso de Norman Rockwell, así que se esconde en el despacho mientras mamá juega al ama de casa feliz y lo hace todo, en todo momento, tan perfecto como es posible. Nos vuelve locos. Lo están llevando lo mejor que pueden, pero Gillian y yo pensamos que al final explotará por algún lado.

Gillian tiene once años y hemos hablado de cómo va a cambiar nuestra vida cuando mamá y papá se divorcien. Hemos decidido que pasaremos los fines de semana con papá y los días entre semana con mamá. Y no nos van a separar. Las hermanas van juntas. Las dos esperamos que suceda cuanto antes, porque ahora mismo esta situación es como caminar por la cuerda floja.

Llega Nochebuena y papá ha ganado una cena para dos en un restaurante italiano del centro, y la cuestión es que ha leído en una revista que deberían intentar pasar tiempo juntos, por lo que viene a vernos a Gillian y a mí muy serio en busca de nuestra bendición. Es en el restaurante en el que tuvieron su primera cita, y está tan nervioso que le sudan las manos. Como es normal, ella acepta y van a ir, y él me pregunta si lleva la corbata torcida y me dice: «Deséame suerte». De pronto deja de ser mi padre y se convierte en una persona cualquiera que va a tener una cita. Me deshago por dentro e incluso rezo para que lo solucionen, arrodillándome junto a la cama con las manos entrelazadas y todo.

Me encantaba la Navidad. Me encantaba que en el centro comercial no dejaran de poner los villancicos del Coro Tabernacle. Me encantaban las películas de dibujos animados de elfos dentistas y de Rudolph, el reno del hocico rojo. Me encantaba que mi madre no dejara de hornear y que la casa siempre oliera a azúcar caliente y a mantequilla templada. Me encantaba envolver regalos. La Navidad hacía que me sintiera tan en paz con la Tierra como era posible. Hacía que creyera que una bonita cena podría resolver los problemas que arrastraba el matrimonio de mis padres.

Tommy me llama para decirme que me trae mi regalo y le pido a Gillian que se vaya a la planta de arriba.

«Ve a ver la televisión a la habitación de mamá y papá y no bajes».

«¡Tienes una cita!». Me molesta que sea así. Me encanta que sea

una cría.

Le abro la puerta a Tommy y me quedo sorprendidísima de lo guapo que está. No es que yo esté mal, pero tampoco nunca pensé que fuera a conseguir a alguien como él, sobre todo porque Shasheena Grotepas le tenía echado el ojo. Nos metemos mano un rato y después me da mi regalo: un broche con forma de árbol de Navidad con rubíes y esmeraldas.

Veintidós años después sé que eran piedras falsas, pero estábamos en la mesa de billar de la sala de juegos, abajo, en el sótano, y yo tenía la camisa quitada y él me lo puso en la curva del pecho y recuerdo cuánto brillaba el oro sobre mi piel. Y, como ya he dicho, la Navidad era lo que más me gustaba en el mundo.

Se suponía que mamá y papá no volverían hasta eso de las once y solo eran las ocho, así que, aunque se pelearan, supuse que tendríamos al menos dos horas más. Decidí que aquella bien podría ser la noche en la que llegáramos hasta el final por primera vez. Las cosas se pusieron muy calientes en la mesa de billar, pero se me ocurrió que podríamos ir al sofá del salón, porque era supersuave y había un montón de mantas. Allí podríamos hacer un nidito de amor y tomarnos nuestro tiempo.

Pero antes de que subiéramos sonó el timbre de la puerta.

«¿¡Son tus padres!», dijo Tommy sentándose como por resorte.

«Tienen llaves».

Acerqué su cara a la mía. Me corría el sudor por el pecho y se me acumulaba entre los senos. Mi padre odiaba el frío y siempre ponía la calefacción demasiado alta.

Volvió a sonar el timbre.

Molesta, gruñí mientras salía de debajo de Tommy. Me puse su camiseta de hockey y coloqué el broche en el cuello. Luego me puse los pantaloncitos y empecé a subir las escaleras.

«¡Date prisa!».

Aquello fue lo último que me dijo.

Yo tenía dieciséis años y era un poco ingenua, además de que en American Fork nos conocíamos todos, así que abrí la puerta sin mirar por la ventana.

No había nadie. Hacía muchísimo frío, pero permanecí allí un rato, oliendo el humo de las chimeneas de los vecinos, con mi novio dentro y su regalo de Navidad en la clavícula, pensando que era una pollita caliente y creyendo que tenía el mundo en mis manos.

Fue entonces cuando Papá Noel dobló la esquina con un hacha en la mano.

En un primer momento no reconocí a Ricky Walker. Yo lo único

que veía era el traje de Papá Noel y pensé que era alguien del equipo de *hockey* que quería gastarnos una broma, así que le cerré la puerta en las narices y eché el pestillo.

No obstante, con solo dos hachazos abrió la puerta y entró en casa junto con el frío. Fue entonces cuando lo reconocí.

«¿…Ricky?».

Vino a por mí con el hacha, y cuando grité Tommy corrió en mi ayuda desde el sótano. Intentó protegerme, pero cada vez que se interponía, Ricky le daba un hachazo. Al final, Tommy tenía la cabeza deformada y yo le imploraba a gritos que no se levantara.

Ricky le incrustó el hacha en el cuello y, después, volvió a por mí. Conseguí arañarle la cara, pero me quitó la camiseta, me levantó y me llevó al salón. Mi padre había sido un gran cazador —lo dejó cuando nació Gillian— y resulta que había cazado un venado de cola blanca con una enorme cornamenta en uno de sus viajes y había pedido que le disecaran la cabeza y la tenía colgada en la pared del salón. Fue en esa cornamenta donde me empaló Rick.

Al principio no entendía qué me dolía tanto, y después las astas se me clavaban con tanta fuerza que pensé que me iba a partir en dos. Luego las tenía dentro y vi cómo me salían por delante.

Por aquel entonces yo era muy poca cosa —no llegaba a los cuarenta y cinco kilos— y las astas me entraron justo por encima de los riñones y salieron por debajo de las costillas. Estuve allí colgada diez horas, conmocionada, pero las astas y mi peso impidieron que me desangrara. Me desmayaba y recuperaba el sentido, y vi cómo Gillian bajaba las escaleras, cómo mi madre y mi padre volvían a casa… y cómo Ricky se encargaba de todos ellos.

Cuando tenía seis años creía que era la madre de Gillian. Me dejaban que le preparara gelatina y que la vistiera por las mañanas, y la bañé hasta el día en que vi eso de «No más lágrimas» en el champú Johnson's para bebés. Siempre intentaba tener mucho cuidado cuando le lavaba aquel pelito de bebé, pero cuando vi aquella etiqueta y comprobé lo bien que olía el champú, que era tan denso que parecía miel… le puse medio bote en los ojos porque pensé que «No más lágrimas» era una fórmula mágica que significaba que mi hermana nunca volvería a llorar. Gillian gritó con tanta fuerza que hizo que me vibraran los tímpanos. Mamá llegó a toda prisa y se la puso al cuello y se enfadó mucho conmigo.

«¡Lynnette —me dijo—, tienes que proteger a tu hermana!».

Lo siento, Gilly.

Le hizo cosas a su cuerpo… a sus cuerpos… representó escenarios, les arrancó la carne del hueso. En un momento dado, mamá y yo nos

miramos mientras Ricky estaba concentrado en mi padre y vio cómo me caían las lágrimas por la cara. Mi madre sabía que, como Ricky me viera llorando, se daría cuenta de que aún estaba viva, así que lo atacó. Captó su atención. Hizo que se concentrase en ella durante mucho tiempo. Era una buena víctima. Espero que no le doliera. Espero que estuviera borracha.

Nunca sabré si la cita de mis padres revivió la llama de su romance. Ricky se llevó la respuesta a esa pregunta para siempre. Y mamá no vivió el tiempo suficiente para saber qué fue de Carlos y Diana.

Cuando salió el sol, Ricky roncaba en el nido sangriento que había construido con mi familia. No podría decir dónde acababa el cuerpo de Tommy y empezaba el de mi padre. A Gillian, por el contrario, era fácil verla; Ricky había dejado su cabeza en la repisa, mirándome.

Ricky se despertó, fue arrastrando los pies a la cocina y orinó en el fregadero. Seguía en la cocina cuando el primer policía entró en el salón.

«¿¡Hola!? —había preguntado Mike Miller desde la puerta rota—. ¿¡Hay alguien en casa!? ¿¡Karl!? ¿¡Carol!? ¡Voy a entrar!».

Quería advertirle, pero me daba miedo revelar que seguía viva. El agente recibió un hachazo en el pecho. Garrett P. Cannon fue el siguiente policía que entró.

«¿¡Mike!? —preguntó mientras cruzaba el umbral—. ¿¡Mike!? ¡Será mejor que no le estés robando los regalos de Navidad al jefe!».

Garrett pilló a Ricky abriendo en canal a Mike. Nada más verle, Ricky se incorporó y se tiró a por él. Oí que a Garrett se le caía el arma, que maldecía, pero consiguió recogerla y disparó cinco veces. Se hizo el silencio, y entonces Ricky salió corriendo por el salón. Me resultaba imposible determinar si Garrett le había acertado, porque ya estaba cubierto de sangre.

Ricky se lanzó contra las puertas correderas de cristal que había al fondo del salón mientras Garrett corría tras él. A Garrett a punto estuvo de caérsele el nuevo cargador, pero lo cogió, lo introdujo en el arma y lo vació en la espalda a Ricky. Recuerdo que vi a Ricky dar como una voltereta por encima de la barandilla del porche trasero y que sus piernas se elevaban hacia el cielo. Me contaron que aterrizó sobre la cabeza con tanta fuerza que se la partió en dos.

Garrett permaneció en el salón un rato, envuelto en el humo de los disparos, junto a aquel revoltijo resbaladizo de piel, músculo y hueso astillado que habían sido mi familia y el chico al que amaba. Sentía como si mi cerebro estuviera muy lejos de allí, pero me las

arreglé para mover la mano izquierda en círculos hasta que Garrett se percató.

«¡Dios bendito!», exclamó cuando me vio. Luego salió al porche trasero y vació el resto de la munición en el cadáver de Ricky. A continuación llamó por radio para pedir los pocos refuerzos que estuvieran disponibles en la mañana de Navidad.

Me atiborraron de analgésicos antes de cortar las astas del ciervo y llevarme al hospital. Estuve inconsciente casi dos días. Garrett no se apartó de mi lado en ningún momento.

Cuando me desperté me resultaba imposible ponerme de espaldas. Sentía un dolor que jamás había imaginado que fuera posible. Me dolían hasta las uñas de los pies. Garrett me traía noticias, me traía flores, mintió y dijo que llevaba puesta una camiseta cuando me encontró. Por aquel entonces, en Utah, las chicas solteras que se lo hacían sin camiseta con su novio no eran del agrado de nadie, y Garrett quería asegurarse de que todos me veían como una víctima pura e inocente.

Estuvo sentado junto a mí en mi primera rueda de prensa. Sí, esa en la que vomité en la mesa y tuvo que acabar contando él lo que había sucedido, como hizo a lo largo de todo el circuito de entrevistas. Yo me limitaba a sentarme a su lado y sonreía, y, cuando me hacían preguntas, decía que él era «mi héroe», «mi todo», que era «mi caballero de brillante armadura». Y era verdad. En aquel momento, de hecho, lo único que se interponía entre la locura y yo era Garrett P. Cannon.

¿A alguien le sorprende que acabara enamorándome de él?

Durante dos años fui una pobre idiota que hacía todo lo que él me decía. Lo dejé todo atrás. Intenté no mortificarme.

«¿¡Por qué vivir en el pasado!?», canturreaba mientras sonreía con valor.

Mis padres de acogida eran inmejorables; no se les podría pedir más. Las siguientes Navidades casi llegaron a hacerme creer que no había pasado nada. Alquilamos películas, fuimos a patinar sobre hielo, nos quedamos en casa y pasamos las horas muertas jugando al Monopoly y cocinando platos elaborados… Lo que fuera para mantener mi cabeza ocupada y evitar pensar en Ricky.

Cuando llegaron las siguientes, les di a Mike y a Liz permiso para que pusieran algunas decoraciones de Navidad y, aunque me lo guardé para mí, me sentí mucho más emocionada de lo que esperaba cuando vi regalos con mi nombre en el salón. Me permití pensar que todo podía volver a ser normal, que Mike y Liz me iban a ayudar a

tener una vida. No había contado con Billy, el hermano pequeño de Ricky. Nadie había contado con él.

Billy, que estaba ingresado en un psiquiátrico por haber atacado a su vecino tras una discusión por los días en que tenían que sacar la basura, me culpaba por lo que le había sucedido a su hermano mayor. La cuestión es que, cuando llegó Navidad, decidió que tenía que dejarme claro cómo se sentía. Consiguió un disfraz de Papá Noel, estranguló a su compañero de celda y desencadenó un tiroteo en la recepción del psiquiátrico en el que murieron dos personas, dos policías. Cuando cayeron en la cuenta de quién era dieron la alerta, claro está, y pusieron sobre aviso a todo el mundo. Yo estaba desesperada por hablar con Garrett, pero él estaba ocupado contándole a la prensa lo cuidadoso que había tenido que ser al mirar al vacío porque, claro, cuando miras al vacío, el vacío también te mira a ti.

Sin embargo, tuvo tiempo para apostar policía en el exterior de la casa de mis padres de acogida. Cuatro agentes, más concretamente. Pero todos ellos en la puerta de delante. Así que Billy entró por detrás. Carol fue la primera. Después cayó Mike.

Yo estaba demasiado asustada como para moverme y echar a correr, y las cicatrices me latían cada vez que hacía algún sonido. Cuando me encontró me dio una paliza por diversión. Me pegó con un sujetapuertas de hierro colado que representaba un gato. Recuerdo que Carol lo adoraba. Me dejó la parte de atrás de la cabeza tan hecha pulpa que tuvieron que ponerme una placa de metal. Las pocas veces que he volado después de eso suelo pitar en el detector de metales.

Estoy segura de que me habría matado de no ser porque uno de los policías llamó al timbre para ver si podía ir al servicio. Billy le disparó y huyó por la parte de atrás. Tardaron veinticuatro horas en dar con él. Se había escondido en el nacimiento de una iglesia luterana. Garrett le disparó exactamente a las 3:14 de una lluviosa madrugada de Navidad. Luego lo sacó a rastras, sangrando, y lo metió en la parte de atrás de su coche patrulla. Esta vez no le disparó todo el cargador por la espalda. En ese momento ya sabía que un asesino vivo marcaba la diferencia a la hora de cerrar un trato con una editorial para escribir un libro.

Una vez más, Garrett me estaba esperando cuando salí de la operación, listo para llevarse los méritos por haberme salvado una segunda vez. La vez anterior yo había besado el suelo por el que pisaba, presa de un amor adolescente, pero en esta ocasión tenía dieciocho años y él quería a cambio algo más que besos castos. La primera vez que nos acostamos fue en la habitación del hospital. Él

era veintitrés años mayor que yo. No me importaba.

Garrett tenía esposa e hijos, pero cuando no estaba en mi apartamento le llamaba a casa llorando, implorándole que viniera a protegerme. Garrett le dijo a su esposa que era como mamá pata para mí. Era el segundo matrimonio de ella. Su primer marido había acabado en la cárcel por dispararle a su hermano, así que no era de las que hace muchas preguntas.

Durante dos años, Garrett lo fue todo para mí. Se encargaba de las peticiones de los medios, de los contratos, iba a las reuniones y, a cambio, yo hacía lo que él me pidiera. Sentía que cuidaba de mí, que me protegía. No alcanzaba a ver la tajada que estaba sacando él de todo aquello.

En aquella época, que me llevara a Los Ángeles y consiguiera que firmara el contrato de la primera parte de *Cascabeles de muerte* fue todo un logro. Los productores querían poner en marcha un «truquillo publicitario» para que todo el mundo se enterara de la existencia de su producción de segunda, y yo fui lo suficientemente tonta como para creer a Garrett cuando me dijo que sería bueno para mí. Nunca se me ocurrió preguntarle cuánto iban a pagarle. En el último instante, sin embargo, me dio un ataque de pánico y escapé a American Fork. Me dijo que no pasaba nada porque hubiera echado por tierra el trato pero, después de aquello dejó de llamarme tan a menudo y poco a poco acabó dejando incluso de venir. Meses después se había olvidado de mí y yo, durante muchísimo tiempo, no puede dejar de echarme a llorar cuando me acostaba.

Pensaba que Garrett me había dejado sola, pero al final me di cuenta de que siempre había estado sola. Había hecho todo lo que me había pedido y había vuelto a suceder. Nadie me había mantenido a salvo. Nadie había cuidado de mí. Yo era la única que podía mantenerme a salvo, así que eso es lo que decidí hacer.

A veces pasa todo un año sin que caiga en la cuenta de que esa no es toda la historia. Por dentro sé que merezco estar en la cárcel. Por dentro sé que merezco acabar en el infierno.

Claro que, ahora que tienen las cartas, todo el mundo lo sabe.

L.T. -- 05/02

Sé por experiencia que ninguno de estos casos se parecen en nada, que no se adecúan a una plantilla. No obstante, los mecanismos para copiar de Lynnette son, sin lugar a dudas, extremos. Su comportamiento no se parece tanto al de una Final Girl como al de alguien que pretendiera castigarse. En un intercambio reciente me preguntó si me parecía que estaba tomando suficientes precauciones para mantenerse a salvo. Le respondí que había reducido su vida a una colección de manías y rutinas, y que dudaba mucho que pudiera reducirla más. Se lo tomó como una crítica y me contestó: «Me limito a vivir la vida que él me dejó». Se refería a Billy Walker. Le dije que no, que no era así, que estaba viviendo la vida que creía que se merecía. A partir de ahí se cerró en banda y se negó a seguir hablando.

Tengo la terrible sensación de que oculta algo, o de que está negando algo tan gordo que lo ha bloqueado del todo. Sea lo que sea, siento que esa es la raíz de su problema y que explicaría la severidad de su forma de vida, su agorafobia voluntaria y su paranoia.

Notas de la doctora Carol Elliott tomadas en una sesión con Lynnette Tarkington en mayo de 2002.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XII:

Rumbo al infierno

Hace frío. El aire acondicionado me cala hasta los huesos. Nadie me habla. Nadie me dice lo que está pasando. Lo que hacen es pegar con cinta adhesiva cartas en el plexiglás para que lea todas y cada una de las líneas. Son fotocopias, pero aún recuerdo frases enteras que escribí en mi papel de carta de Holly Hobbie, con sus rosas entrelazadas en los bordes.

Me sacan de la celda dos veces. Una para hacerme fotos, la otra para darme una ducha fría. En ambas ocasiones, cuando vuelvo a la celda hay más copias de cartas en el plexiglás. Hago lo imposible por no mirar.

Tres veces al día se abre la puerta y un agente llega con una pila de bandejas altas y marrones y deja una en el suelo con la misma ceremonia con la que caga un perro. Las cuento para llevar una referencia del tiempo que pasa. Me traen una cada cinco horas, empezando a las ocho de la mañana.

Ahí fuera, en algún lado, mi papeleo avanza por el tracto digestivo del sistema legal. Pronto abrirán la puerta de la celda y, en vez de sacarme para darme una ducha, me llevarán a un juzgado en el que fijarán una fianza tan alta que no podré pagarla. Cuando eso suceda, me enviarán a una cárcel a la espera de que se celebre mi juicio. Allí, una tarada que ha perdido toda esperanza me matará a puñaladas con un cepillo de dientes afilado porque querrá sus quince minutos de gloria. Seguro que luego vende por internet el pincho con el que mató a la Final Girl. ¿Cuánto le darán, doscientos dólares? Aunque yo no soy sino una casi-Final Girl.

Y me lo merezco.

Eso es lo que siempre han dicho de mí, que no soy una verdadera Final Girl. Las otras chicas del grupo se enfrentaron a su monstruo, lucharon con él y lo mataron, pero ¿yo? Yo me quedé colgada en aquellas astas como un pedazo de carne. Y la segunda vez me quedé tirada sobre el linóleo mientras hacían papilla mi cabeza. Yo no salvé a nadie. Fue Garret P. Cannon quien me salvó.

Un agente me deja una bandeja con un plátano, una manzana, dos rodajas de pan blanco, dos rodajas de mortadela, un paquetito de mayonesa, dos galletas con azúcar y un zumo de frutas. Mientras

como la manzana me vienen a la cabeza frases de las cartas.

«Ojalá estuvieras aquí y nos escapáramos juntos».

«¿Qué tal va tu carrera de actor? ¿Sales en alguna película que haya visto?».

«¿Has escuchado el último álbum de Metallica?».

Recuerdo que en el instituto era feliz todo el tiempo, pero no es eso lo que transmiten estas cartas.

«Papá se comporta como si fuéramos sospechosas y estuviera esperando a que cometiéramos un error para enviarnos a prisión».

«Ha obligado a Gillian a que limpie la ducha con su cepillo de dientes».

«Ojalá alguien más fuerte que él llegara y le diera de su propia medicina».

«Lo odio».

«Esta familia es como vivir en el infierno».

«Ojalá estuviera muerto».

«Seguro que a ti no se atrevía a decirte nada».

«Por favor, sálvame».

Mi padre había estado en el Ejército y tenía ideas muy rectas acerca de la ley y el orden. Puede que fuera más estricto de lo necesario, pero no recuerdo haberlo odiado de esta manera. Sin embargo, todos los adolescentes viven rodeados por el conflicto, y no creo que mi caso fuera una excepción. Después de lo de Billy Walker limé los malos tiempos y abrillanté un halo para mi padre hasta que relucía lo suficiente como para que no me permitiera ver el pasado.

En el último curso de primaria, la señorita Margaret nos asignó un amigo por correspondencia. La mayoría de ellos tenían padres de adopción, como Ricky. Mis compañeros de clase perdieron el interés después de unos meses, pero yo no. Y Ricky tampoco. Nos escribimos durante seis años y nunca le pedí que matara a mi padre, pero le di la dirección de mi casa y le dije que podríamos escapar juntos a Los Ángeles. Le conté que mi padre no paraba de gritar y que mi madre estaba como ida todo el día. En alguna que otra ocasión incluso le dije que ojalá mis padres estuvieran muertos.

Pero los adolescentes hablan así, ¿no? Aunque suene feo cuando lo ves años después. Yo no imaginaba que en la cabeza de Ricky hubiera un motor que esperaba que alguien lo encendiera. ¿Cómo iba a saber yo que la llave tenía la forma de una chica de dieciséis años?

Si no le hubiera escrito, si no le hubiera dado mi dirección, si no le hubiera pedido que me rescatara, Ricky Walker habría ido a otra casa. Pero no habría asesinado al querido jefe de policía del pueblo. Su hermano y él no habrían matado a cinco policías.

En esta comisaría de policía, en la que hace más frío que en el Polo Norte, estoy rodeada por la única gente del mundo que me odia tanto como me odio yo.

Cuando desperté en el hospital pensé que tendrían las cartas, pero nadie dijo nada… así que yo tampoco dije nada. Seguí esperando a que fuera otro el que dijera algo, pero nunca nadie dijo nada, por lo que yo seguía callada, y después de un tiempo empecé a olvidar hasta que las había escrito. A veces imaginaba que aparecían, porque en algún sitio tenían que estar. Esas noches eran muy malas. En esas noches hacía ejercicio hasta que me daban arcadas, me obligaba a limpiar las armas hasta que no tuvieran ni una mota de polvo, a limpiar el apartamento hasta que saliera el sol, a castigarme tan duramente como pudiera, pero nada de lo que hiciera me dolía tanto como pensar en que esas cartas pudieran salir a la luz.

Pero no salieron.

—Disculpa —dice una voz suave—, ¿has terminado?

Es el policía al que le rompí los dedos. Lleva una férula de metal en la mano izquierda. Pretende recoger la bandeja.

Solo me he comido la manzana. No puedo comer con la pared de cartas mirándome. Veo que la bandeja sigue llena. Asiento. He terminado.

Pero ¿cómo han llegado las cartas a manos de Garrett? Invita a Garrett a la inauguración de un centro comercial en Alaska y estará allí a todo correr, siempre y cuando considere que servirá para que mejoren las ventas de su libro y del DVD. Para él, lo de morder el anzuelo nunca ha sido un problema; ahora bien, alguien tiene que poner el cebo.

Cuando el policía de los dedos rotos y la voz suave, un chico joven, me trae la bandeja al día siguiente, me quedo mirando la comida largo rato. Son las dos mismas rebanadas de pan, la misma mayonesa, las mismas galletas con azúcar, el mismo zumo de frutas, solo que hay pavo en vez de mortadela y una naranja en vez del plátano. ¿Quién lo habrá decidido así? En la comisaría debe de haber una cocina, una cocina con gente que prepara las rebanadas de pan, que cuenta las lonchas de pavo, que saca los cartones de zumo de la nevera. Consultarán los pedidos, repasarán la lista de reclusos, controlarán la despensa. Si te paras a pensarlo, es un milagro de la logística. Seguro que, si fuera judía, tendrían un menú *kosher*, y que si fuera musulmana tendrían uno *halal*. Para eso se necesita mucha gente. Se necesita un equipo.

Heather es la responsable de mi arresto, pero se le ocurrió la idea cuando vio a Garrett en la televisión, y Garrett salió en la televisión

porque Billy Walker le entregó las cartas. Menos de veinticuatro horas después de que alguien incendiara la casa de acogida de Heather y Harry Peter Warden confesara ser el autor de la matanza en la que se vio envuelta Dani. Y eso fue menos de veinticuatro horas después de que alguien siguiera a Julia y a Russell Thorn hasta mi apartamento y les disparara. Y eso sucedió el mismo día en que Christophe Volker se metió en la despensa de Adrienne a la espera de que bajara.

Es imposible que una sola persona esté haciendo todo esto a menos que sea el sociópata más organizado y eficaz del mundo. No, no se trata de un solo monstruo. Esto es una convención de monstruos.

La cuestión es: ¿quién tiene tantísimo interés en matarme? Me niego a creer que se trate de una coincidencia, que una serie de psicópatas sin nada en común hayan puesto sus planes en marcha al mismo tiempo o se hayan ido aprovechando de la situación. Ser incapaz de ver el patrón es lo que me metió en problemas con los Walker. No pienso volver a cometer el mismo error.

Alguien hizo que Christophe Volker fuera al Campamento del Lago Red. Alguien convenció a Harry Peter Warden para que declarara. Alguien hizo que Russell Thorn apareciera en el momento adecuado. Alguien nos atacó en mi apartamento. Alguien encontró mis cartas. ¿Quién nos odia tanto? ¿Quién podría coordinar a gente fuera y dentro de la cárcel? ¿Quién conoce todos nuestros puntos débiles?

Cuando el policía de los dedos rotos y la voz suave me trae la siguiente bandeja, también me dice:

—Tienes visita.

Me llevan a una estancia más cálida con una mesa alargada en el centro. Hay divisiones en la ventana de plexiglás que da al otro lado de la estancia, y en cada cubículo hay un auricular junto a la ventana. Sin mediar palabra, me llevan a uno de los cubículos y me sientan. Al otro lado de la ventana está la doctora Elliott.

Parece cansada. No va maquillada. Frente a ella tiene un montón de papeles. Se me cae el auricular, porque aún tengo los dedos ateridos por el frío que estoy pasando en la celda. Me emociona ver a un ser humano que no me odia.

—Doctora Elliott, ¿qué está pasando? ¿Le han dicho lo que está pasando? Nadie me habla, pero creo que sé lo que sucede.

—Para.

Aunque solo estamos a algo más de medio metro, el auricular hace que parezca que estamos hablando a larga distancia. Me inclino hacia delante y bajo la voz.

—Alguien está haciendo esto. Más de una persona. Es la única

forma de que todo esté pasando al mismo tiempo. Alguien quiere cargarse a las del grupo de apoyo.

Me fijo en que está mirando por encima de mi hombro derecho. Miro hacia atrás, pero no hay nadie.

—Tenemos que buscar un sitio en el que podamos defendernos y empezar a desentrañar lo que está pasando —sigo—. Tenemos que conseguir la lista de visitas de Harry Peter Warden y de Billy Walker. Estoy segura de que veremos el mismo nombre en ambas. Es probable que yo esté a salvo aquí durante uno o dos días más, así que concéntrese en reunir a todas las que aún estén libres y llévelas a un sitio seguro. Mientras sigamos desperdigadas somos blancos fáciles.

La doctora Elliott me mira como si no entendiera nada. Empieza a resultarme complicado mantener la calma, pero sé que debo hacer un esfuerzo. Respiro en dos ocasiones. Entonces empieza a hablar.

—¿Por qué lo has hecho, Lynnette? ¿Por qué has hecho esto?

Al principio creo que está hablando de las cartas, pero entonces leo lo que pone en la página de arriba del todo del montón de papeles que tiene delante y me embarga el deseo único de dar marcha atrás en el tiempo, de deshacerlo todo, porque reconozco el encabezado: «*Grupo de apoyo para Final Girls*, por Lynnette Tarkington».

Debo esforzarme al máximo para no colgar el auricular.

—Yo no he escrito eso.

—Me llegó por correo electrónico anoche. A todas nos llegó.

Mientras siga mirando la línea en la que el plexiglás se junta con la mesa puedo hacer como si su rostro estuviera tan lejos como su voz.

—¿A quiénes? —pregunto como con miedo.

—No sé cómo se sentirán Marilyn y Heather, pero lo que tengo claro es que estoy muy dolida por las descripciones que haces de mí.

—Esto es lo que quiere. ¿Es que no se da cuenta? Quiere dividirnos. Quiere que estemos confundidas para que no podamos centrarnos en lo importante.

—Nunca os he tratado como trofeos. No os colecciono. Sois mis pacientes y me preocupo por todas y cada una de vosotras. He dedicado gran parte de mi carrera a ayudar a mujeres como tú. He pasado gran parte de mi vida intentando dar forma a un mundo en el que no tengan que existir mujeres como tú.

—Lo importante es concentrarse en descubrir quién está haciendo esto. Ese libro es una distracción. Alguien me lo ha robado del disco duro.

—¡Pero es que no deberías haberlo escrito! —Grita con tanta fuerza que casi me destroza el tímpano—. Acusarme de no cuidar de mis hijos por ir al grupo en Nochebuena… Pero… ¿¡cómo se te

ocurre!? Tú fuiste la que insistió en que celebráramos una sesión esa noche. ¿Crees que os trato como a mascotas?

—Nunca he dicho eso.

—¡Lo pone en tu libro! ¿Cómo has podido venir al grupo de apoyo teniendo tan mala opinión de mí? Riéndote de mí a mis espaldas. ¿Por qué me odias?

Mis palabras se vuelven contra mí y me hacen daño. Las cartas. Este libro. Todo lo que he escrito en la vida es un arma que se vuelve contra mí. ¿Quién habrá sido capaz de coordinar todo esto? Desde luego es alguien que conoce nuestros miedos y que es capaz de lisiarnos psicológicamente.

Levanto la vista y veo a la doctora Elliott mirándome a través del plexiglás rayado y sucio.

—¿Por qué? —me pregunta—. Tan solo quiero saber por qué.

—No lo sé.

—Mantente alejada de nosotras. Ninguna del grupo de apoyo quiere saber nada de ti ahora mismo. Y yo tampoco.

Entonces me doy cuenta. Es algo que veo en su reacción. Es demasiado teatral, como un mal actor en una mala representación que está intentando convencer al público mediante gritos del dolor que siente. Hay algo raro en que esté tan enfadada pero se haya molestado en imprimir el libro y traerlo como si fuera utilería. Utilería barata. Además, el montón de papel es demasiado grueso para las veinticinco mil palabras que tenía escritas.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le pregunto.

De repente, se me presentan muchísimas razones: puede que necesite un empujoncito en su carrera; puede que sea una sociópata y crea que esto es divertido; puede que nos considere unas ingratas y quiera venganza, o puede que se haya cansado de escuchar cómo nos quejamos todo el tiempo.

—Espero que recibas la ayuda que necesitas —me dice.

Deja el auricular en la mesa y oigo un fuerte golpe. Se inclina para coger el bolso.

—Carol. ¡Carol!

Percibo movimiento por detrás de mí. Vienen para llevárseme.

Vuelve a incorporarse, se frota la frente y dice algo que no alcanzo a oír.

—¡Coge el auricular! —Golpeo el plexiglás—. ¡Responde!

Sacudo la mesa e intento que oiga mis gritos a través del plexiglás.

—¡Carol Elliott! —Estoy tremendamente furiosa. Hasta ahora solo había estado tan furiosa conmigo misma—. ¡Te conozco! ¡Confié en ti!

Unas manos me cogen por los codos, me tiran hacia atrás y me empujan la cara contra la mesa.

—¡Confié en ti! ¡Confié en tiii!

Me ponen unas esposas y las aprietan hasta que se me clavan en el hueso. Cuando me levantan, me retuercen los brazos de tal manera que tengo la sensación de que van a dislocarme los hombros. Veo la espalda de la doctora Elliott, que sale corriendo de la sala de visitas. Por mucho que grite no me oirá.

Necesito un teléfono. Tengo que advertirles a todas de que es ella, pero cuanto más lo pido menos caso me hacen. Lanzo el pudin de chocolate de la bandeja de la cena contra la ventana de mi gélida celda y lo unto por todo el plexiglás. Obstruyo el inodoro con las alubias y la empanadilla. Me tiro diez minutos golpeando la puerta de la celda con la bandeja.

Tres agentes vestidos de antidisturbios entran y me esposan. Me llevan a una sala de interrogatorios y, cuando me cogen y me llevan de vuelta a la celda, el inodoro está desatascado y lo han limpiado todo. Han debido de darle un manguerazo, porque el agua todavía gotea. Eso sí, sigue haciendo el mismo frío invernal. Nadie habla conmigo por mucho que les explique lo que está pasando.

Tengo que conseguir un teléfono. Tengo que advertir a Marilyn y a Heather.

Imploro hasta que se me seca la garganta y me sangra. Pateo el plexiglás y vuelven a enviar al equipo antidisturbios. Esta vez me quitan las esposas y me meten dentro de un tubo de vinilo acolchado de color azul celeste con agujeros para los brazos. Es un traje para impedir que me suicide. Lo llaman Fergie. Intento darle patadas al cristal una vez más, pero me caigo hacia atrás y me golpeo la cabeza contra el suelo.

Me dejan allí tirada mucho tiempo —en el suelo, incapaz de moverme, de cara a mis cartas, que siguen pegadas con cinta adhesiva.

«No veo el momento de volver a verte», dice una de las cartas, escrita con letra inclinada de quinceañera.

«No veo el momento de volver a hacer el amor contigo y que me cuentes lo que le quieres hacer a mi padre».

Yo era virgen cuando Ricky Walker entró en nuestra casa en Nochebuena. Nunca me acosté con él. ¿¡Cómo iba a hacerlo!? Yo no he escrito esa carta. La letra es la misma, el papel de carta es de Holly Hobbie, como el que yo tenía, sí, pero Holly está cocinando madalenas. En el papel de carta de Holly Hobbie que yo tenía, la chica

estaba recogiendo flores. Algunas de estas cartas son falsificaciones.

Cuando llega el agente con la bandeja de comida intento contárselo. Le digo que tengo que hablar con alguien. Le imploro con la voz rota, pero no me hace ni caso. Nadie me hace ni caso. Ya nadie considera que merezca la pena hacerme caso.

—Lo siento —me dice mientras deja la bandeja en el suelo sin mirarme y se marcha a toda prisa.

Para desayunar me trae lo que en la cárcel llaman «pastel de castigo», que consiste en una mezcla repugnante de ingredientes de todo tipo. También me trae una botella de agua pequeña. Le pido por favor que me deje llamar por teléfono, una sola llamada, es todo lo que quiero. Ni me mira. Actúa como si la estancia estuviera vacía y llego a preguntarme si, de hecho, estoy hablando siquiera. Igual solo creo que estoy hablando. A ver si me voy a estar volviendo loca…

Hablo en voz alta durante unos minutos. Me fijo en cómo mi voz de lija rebota contra las paredes, pero eso no demuestra nada; podría estar imaginándolo. A decir verdad, no tengo manera de saber si de mi garganta está saliendo algún sonido.

Es complicado sentarse con el traje antisuicidio porque, como quien dice, no se dobla, así que me quedo tumbada bocarriba, mirando al techo, e intento no pensar en las cartas falsas. Intento no pensar en que todas confiábamos en la doctora Elliott. Le abrimos nuestra puerta. Nos creímos a pies juntillas todo lo que nos dijo. Nos habríamos tirado por un puente si nos lo hubiera pedido.

Pienso en los archivos que tenía sobre todas esas Final Girls y pienso en el archivo que tenía en el escritorio, el de «Fugate, Stephanie». Pienso en cuánto tiempo lleva coleccionándonos y el frío se cuela en el traje antisuicidio, penetra en mi piel, me quiebra los huesos.

Pero ¿y si estoy equivocada? ¿Y si resulta que Christophe Volker acabó estallando? ¿Y si algún acosador intentó matar a Julia en mi casa? ¿Y si Heather incendió su casa de acogida y nos mintió… y Harry Peter Warden se inventó una historia para salir de prisión… y Billy Walker por fin decidió revelar dónde estaban las cartas… y yo escribí el libro… y no estoy sino intentando escapar de lo que me merezco?

Cuando le eché el champú a Gilly en los ojos vi que en la etiqueta ponía «No más lágrimas» y llegué a la conclusión equivocada… y eso le hizo daño a alguien que quería con toda mi alma. ¿Y si la única conspiración que hay aquí está solamente en mi cabeza?

No.

La doctora Elliott es la única conclusión que tiene sentido. Tiene que ser la doctora Elliott. Tiene que ser.

De lo contrario, todo esto lo he hecho yo.

Para comer me traen otro pastel de castigo, pero no me lo como. Cuando vienen a traerme la bandeja de la noche, me la trae el agente de los dedos rotos y la voz suave.

—Te he traído una cosa —me dice.

Hago un esfuerzo por sentarme a pesar del tubo de extraño tejido y consigo más o menos apoyar la parte superior del cuerpo contra la pared. Las piernas salen justo por delante de mí. El policía mira por encima del hombro y saca una barrita energética del bolsillo y la deja en la bandeja.

—Tienes que estar fuerte —me dice, y me sonríe.

Las chicas harán lo que la doctora Elliott les diga. La seguirán a un lugar aislado, donde pondrá punto final a su terapia… una a una. Las llevará a Sagefire, su retiro de bienestar de las montañas. ¡Eso es lo que va a hacer! Las atrapará allí e irá a por ellas. Y morirán confiando en ella hasta el final.

—Necesito un móvil —le digo. Mi voz es como un graznido.

—Lo siento. Lo único que puedo traerte es la barrita. Es lo único que puedo hacer.

Yo también lo siento.

El tubo antisuicidios me tiene inmovilizada y me agarrota los músculos. Me laten las piernas, y me duelen por lo lento que avanza la sangre. Quiero abrazarme para mantenerme caliente, pero apenas puedo doblar los brazos. Cuando el policía con los dedos rotos y la voz suave vuelve, se fija en que no he comido la barrita y sacude la cabeza.

Deja la nueva bandeja en mi cama y se acuclilla mirándome.

—Por favor… necesito un teléfono. —Tengo los labios cuarteados.

—¿De verdad estabas enamorada de él?

Tengo el cerebro tan abotargado que, en un primer momento, no entiendo a quién se refiere.

—¿Estabas enamorada de Ricky Walker?

—No —grazno sin tener claro qué es lo que pretende.

—¡Qué pena!

Se me acerca y me tapa la boca con una de sus enormes manos.

Luego me cierra los agujeros de la nariz. No puedo respirar. Siento el sabor de su mano salada. No me llega nada de aire. Intento sentarme, pero me sujeta en el suelo con facilidad con la mano de los dedos rotos. Mira por encima del hombro. A continuación, vuelve a

mirarme y su rostro es tan inexpresivo como el de quien está poniendo gasolina. No está molesto. Está loco.

—Todos me van a envidiar —comenta.

¿Quién ha dicho que no puede haber monstruos entre la policía? Este es el final del camino, pero, reflexivamente, mi cuerpo sigue luchando. Le araño las muñecas, pero dentro del Fergie no tengo mucha movilidad. Intento darle patadas, pero el tubo de vinilo me tiene cogidas las piernas. Sangre negra late en mi cráneo. Veo nubes grises que pasan de prisa por mi visión periférica y todo suena muy lejos.

No he conseguido nada. Dejé a Julia sangrando en el suelo de mi apartamento, hui, me arrestaron, acabé aquí y morí. Todos mis planes han sido inútiles. Todas mis fortalezas eran, en realidad, debilidades. No he salvado a nadie. Escribí esas cartas. Escribí ese libro. Eso es lo único que he hecho.

Pido a mis pulmones que dejen de luchar. Mi campo visual empieza a ennegrecerse. La voz de Garrett P. Cannon flota sobre mí desde lo alto de un pozo.

—Ya era hora.

El de los dedos rotos y la voz suave se da la vuelta. Garrett está en la puerta de la celda.

El joven policía deja de presionarme la boca y me entra el hipo cuando el oxígeno empieza a invadir de nuevo mi organismo. Es como si fuera incapaz de llevar el oxígeno suficiente a mi cerebro. Todavía de cuclillas, el policía echa mano a su arma. Garrett le pega una patada en el mentón con una de sus botas de vaquero y el agente cae de culo y se golpea la cabeza contra la pared.

—Gilipollas —le escupe Garrett antes de empezar a pisotearlo con las botas.

Me desmayo.

CARL HARTMAN: A ver, ¿Sofía y usted vieron entrar a los chicos en casa?

MARILYN TORRES: A Carlos y a Tug, que fueron a por el hombre. Luego no oímos nada durante mucho rato. Luis quería ir a ver qué pasaba.

CARL HARTMAN: ¿Y ¿por qué no lo hizo?

MARILYN TORRES: Porque tenía 12 años. No se lo permitimos.

CARL HARTMAN: ¿Podría decirnos qué sucedió a continuación?

MARILYN TORRES: El otro hombre apareció con su moto, como si nada, como si fuer a un buen tío. No sabíamos de quién se trataba. Empezó a hablarnos y consiguió que nos sintiéramos mejor.

BOUDE ENRIGHT: ¿Qué les dijo?

MARILYN TORRES: No sé... pues... cosas agradables. Ya saben, el tipo de cosas que diría una persona normal.

CARL HARTMAN: ¿Y qué sucedió luego?

MARILYN TORRES: El otro hombre salió al porche con una escopeta.

BOUDE ENRIGHT: Espere, ¿a quién se refiere cuando dice «el otro hombre»?

CARL HARTMAN: ¿Una escopeta de cañones recortados?

Luis y lo... lo...

CARL HARTMAN: Tómese su tiempo.

BOUDE ENRIGHT: ¿Quiere hacer un descanso?

MARILYN TORRES: Cogió al pequeño Luis y lo tumbó... lo...

CARL HARTMAN: ¿Necesita hacer un descanso?

MARILYN TORRES: ...lo tumbó sobre el sillín de la motocicleta.

BOUDE ENRIGHT: ¿Y?

MARILYN TORRES: Sacó una navaja de la bota y le arrancó la cabellera.

Transcripción del interrogatorio llevado a cabo por el teniente Boude Enright y el agente Carl Hartman a Marilyn Torres, Final Girl de un homicidio múltiple, el 17 de julio de 1978.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XIII:

El sacrificio final

Cuando me despierto no llevo puesto el Fergie. Estoy en una celda diferente, sin cartas pegadas en una pared de plexiglás. Un enfermero me mira las pupilas con una linternita. Me pregunta cuántos dedos me está enseñando. Pruebo.

—¿Tres?

Me llevan a la ducha. Cuando salgo, mi ropa me espera doblada en un banco que hay justo delante de una agente de policía con cara de pocos amigos. Me seco con una lija del tamaño de una toallita que quieren hacerme creer que es una toalla y me visto. Tengo frío y sigo mojada. En ningún momento dejo de notar el sabor del policía de los dedos rotos y la voz suave en la boca. En ningún momento dejo de pensar que el policía de los dedos rotos y la voz suave va a entrar con una porra y me va a romper las rodillas o me va a aplastar la tráquea para que me asfixie con mi propia sangre en el suelo de cemento mojado.

Sin embargo, lo que sucede es que la agente me deja esposada en una sala de interrogatorios durante mucho tiempo.

Por fin se abre la puerta y Garrett P. Cannon entra con uno de sus muchos trajes marrones y uno de sus enormes sombreros de vaquero blancos.

—¿Estás lista para echarte a la carretera? Nos vamos a Utah. La policía de Los Ángeles se ha dado cuenta de que carece de los medios necesarios para tenerte encarcelada a salvo, por lo que vamos a volver a American Fork, donde te juzgarán como cómplice del asesinato de tu madre, de tu novio, de tu pobre hermana pequeña, del agente Miller… y de tu padre. Y te lo aseguro, Lynnette, encontraremos la manera de añadir años a la condena por tus padres de acogida y los tres agentes de policía que murieron en acto de servicio. Vamos a pasar mucho tiempo juntos.

Me guiña el ojo.

—¿Ha sido mi doctora?

—¿Cómo dices? —Garrett deja de sonreír.

—¿Ha sido la doctora Elliott la que ha convencido a ese policía para que me matara?

—El agente Dean Foley era uno de tus más grandes admiradores.

Al parecer, llevaba toda la vida intentando ponerte las manos encima.

—No lo ha hecho solo. Esto es una conspiración. Alguien más lo intentará.

—¿Sabes qué, Oliver Stone? Que me importa una mierda. Venga, vamos.

Cuando el agente de policía, claramente aficionado a los esteroides, abre la puerta del aparcamiento, el sol se me clava en los ojos. Mi cuerpo, aterido, busca que la calidez lo bañe. Por eso me mudé a Los Ángeles: no tiene invierno. Hace una semana que llevo la misma ropa y está como acartonada y grasienta, pero el sol me devuelve la vida y el aire no huele a productos de limpieza.

—¡Mueve el culo! —me suelta el agente por encima de mi hombro izquierdo.

Avanzo arrastrando los pies. Voy siguiendo a Garrett. Las cadenas resuenan sobre el cemento. Intento llevar la cabeza baja, porque la doctora Elliott podría tener a su francotirador por aquí, pero me distraen tanto los colores…

Me fascinan las furgonetas y los deportivos y los Trans Ams y los arbustos y el cielo azul sin una nube. El aire huele a California y me siento como un sacrificio humano camino del altar.

Justo cuando mis ojos se están acostumbrando al sol que rebota en los parabrisas veo el Cadillac Seville del 76 de Garrett y los entrecierro. Me siento como si los últimos veinticinco años no hubieran pasado.

—Es una preciosidad —comenta el agente mientras se agacha para quitarme los grilletes.

—Es el primer coche que tuve. Me va a costar ciento cincuenta y dos dólares en gasolina llevarlo a Provo, pero merece la pena hasta el último centavo.

No quiero subirme a su coche. Recuerdo haber estado en él muchas veces… su cuerpo encima del mío, manoseándome… Pero cuando Garrett abre la puerta de atrás y me ayuda a entrar protegiéndome la cabeza con la mano, tal y como hace siempre la policía, desde el primer día de su entrenamiento hasta el día en que mueren, no me resisto. Me horroriza, pero ¿qué le voy a hacer?. No puedo sino acatar sus órdenes.

Me suelta una esposa, pero la cierra alrededor de una barra que tiene atornillada en la puerta del coche.

—¿Estás cómoda?

Pero cierra la puerta de golpe sin esperar a que le responda. Disfruto del sol mientras Garrett y el agente le dan a la lengua. Este coche era la niña de los ojos de Garrett, pero ahora le ha atornillado una barra a la puerta y una gruesa rejilla metálica negra a los lados para separar los asientos de delante de los de detrás. Intento abrir la puerta. Desde dentro no se puede.

—…pero, si vienes a verme, será un placer cogerte el dinero —dice Garrett mientras entra en el coche.

Cierra la puerta de golpe y se despide del agente con la mano, que está sacándole una foto con el móvil al ridículo coche. Garrett se asegura de posar de manera que se le estire la piel del cuello, que ya ha empezado a caérsele.

—El cinturón de seguridad, Lynnette —me dice mientras arranca el coche y el motor cobra vida—. No me puedo permitir que te rompas los dientes en un accidente antes de que haya acabado contigo.

Se incorpora al tráfico. El Cadillac suena como un tanque.

—Vamos a echarnos a la carretera, pero te aseguro que no va a ser como el camino de baldosas amarillas —me dice mientras va avanzando por entre los coches y la comisaría de policía desaparece por detrás de nosotros—. A menos que creas que la inyección letal es como ir a visitar al mago de Oz.

Los coches nos pasan por ambos lados a toda velocidad y miran al asiento de atrás, donde cualquiera podría pegarme un tiro.

—¿Sabes qué? Compré este coche con el primer cheque que recibí de la película sobre los hermanos Walker. ¡Joder, me pagaron por cada día que acudí al plató y lo único que tuve que hacer fue asegurarme de que los actores que representaban a agentes del orden no sujetaban las armas como si fueran gilipollas!

Me deslizo hasta el suelo. El brazo esposado me queda levantado. Sigo careciendo de protección por los lados, pero, así por lo menos no pueden dispararme por la luneta. ¿Cómo he llegado a esto? Hace una semana era libre y ahora mi pasado no solo ha dado conmigo, sino que está hambriento. ¿Cómo es posible que la doctora Elliott haya hecho todo esto sola? Seguro que ha tenido ayuda. La de alguien de quien jamás desconfiaríamos. Alguien que… ¡Heather! ¿Quién llamó a la policía? ¿Quién cambia la historia cada vez que te la cuenta? ¿A quién le habría resultado sencillo incendiar su casa de acogida? ¿Quién estaba con Marilyn justo cuando yo llegué? ¿Quién llamó a la policía y propició que me llevaran allí adonde Dean Foley podría intentar matarme?

—Siempre me pareció que el tipo que hacía de mí no encajaba… Aunque supongo que es complicado representar mi aura. La manera

en que me comporto, en que me encargo de las situaciones y todo eso. Los actores no pueden aprender eso. ¿Sabes con qué me salió el director cuando le dije que debería interpretarme a mí mismo? «Agente Cannon —me dijo—, llevaría usted tanta autenticidad a la pantalla que haría que la actuación de los demás pareciera irreal». Pues estoy de acuerdo.

Me pego a la puerta de la derecha para proteger mi torso y mi cabeza de quienquiera que pueda acercarse por la derecha, pero sigo expuesta por el lado izquierdo. Me tumbo. Pero… ¿por qué sigo esforzándome? Lo tienen todo muy bien pensado. Van un paso por delante de mí en todo momento. Estoy sola y me siento débil… mientras que ellos son una legión y están fuertes.

—¡Maldita sea, Lynne, deja de arrastrarte y siéntate bien, o paro el coche y te suelto una hostia!

De mala gana, me deslizo de vuelta al asiento justo cuando él está parando en un Carl's Jr. de carretera. Percibo una sensación pavloviana en el estómago y empiezo a babear. Tengo tantísima hambre que dejo de lado mi necesidad de protegerme y me quedo embobada mirando el gran cartel con el menú como si fuera una paleta que viaja a la ciudad por primera vez.

—¡Hola, hola! —le dice Garrett al auricular—. Quiero una hamburguesa de pavo y guacamole con extra de queso, una ración pequeña de patatas con queso y chile y un batido de naranja mediano. ¡Y también una Coca-Cola Light!

—Serán 12,79 dólares —dice una voz robótica.

—Tengo que cuidar la línea —me dice Garrett mientras sigue hacia delante—. ¡Ay, Lynne, joder, ¿querías algo?!

Ha tenido que oír mi estómago rugir.

—Sí.

—¿Y llevas dinero? —me pregunta mientras me mira por el retrovisor.

—Te lo devolveré.

—Tenemos nueve horas hasta Provo. Toma, un poco de chicle.

Me pasa por la rejilla un paquete de veinticinco centavos de Big Red que cae al suelo. El olor cálido a mantequilla del envoltorio hace que mi estómago se retuerza. Llegamos a la autopista y me juro que no voy a pedirle ni una patata. No pienso implorarle que me dé un poco de beber.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —me pregunta entre sorbo y sorbo por la pajita—. Yo ya sabía que el bueno de Foley te tenía ganas. Conozco a todos tus acosadores. Me aseguré de que fuera el primero en llegar cuando te detuvimos y, a decir verdad, debo admitir

que me sorprendió que no te pegara un tiro en ese mismo instante. Pero ya sabes, ¡lo bueno se hace esperar!

—¿¡Querías que me matara!? —Me sorprende que aún me odie tanto. Puede que esté equivocada. Puede que no sea la doctora Elliott la que quiera matarnos a todos.

—Lo que quería era que la policía de Los Ángeles se diera cuenta de que no está preparada para tenerte encerrada. Quería pasar algo de tiempo a solas contigo, como en los viejos tiempos.

Me siento como si no pesara nada. Nos dirigimos hacia las colinas de San Bernardino. Garrett desenvuelve su hamburguesa y le da un mordisco. Luego la devuelve a la bolsa. Es como si la estuviera guardando para más tarde. Me doy cuenta de que Garrett es exactamente la persona con la que la doctora Elliott contaría.

—Tú y yo tenemos un vínculo, Lynne. —Estamos dejando atrás el Rancho Cucamonga y cada vez hay menos tráfico a medida que ascendemos por la 15 camino de las montañas. Todo son peñas y extensiones de tierra, pequeños almacenes con la imagen de ratas llevando un tronco. Tengo tantísima hambre que el olor de la hamburguesa me marea—. Y ambos sabemos que hay ocasiones en las que uno tiene que hacer las cosas por sí mismo.

Garrett habla mucho cuando está nervioso… y solo se pone nervioso cuando tiene que convencerse para hacer algo que no quiere hacer. Compruebo si las esposas están bien cerradas. Están muy bien cerradas y apenas hay holgura. Por mucho que me suden las manos, me va a resultar imposible sacarlas por ahí. Miro a mi alrededor en busca de un arma. Solo tengo los dientes, las uñas y el paquete de chicles.

—Al principio, cuando me enteré de que el fiscal de Provo tenía esas cartas… no me lo creía. —No me mira por el retrovisor—. Sin embargo, cuando fui a su despacho y las leí, te juro que sentí como si todo volviera a empezar. Como un bote de gusanos que se revuelven, se retuercen, enredándose. No me gustan los gusanos, Lynne. ¿Te lo había dicho? Esa es la razón por la que no pesco.

Quizá mi cinturón. Podría ponérmelo alrededor de la mano y golpearle con la hebilla. En una ocasión se me ocurrió que podía llevar escondida una cuchilla en el dobladillo del pantalón, pero nunca he puesto en práctica la idea. A lo largo de los años he ido relajándome, he ido volviéndome débil y vaga… mientras que la doctora Elliott ha ido volviéndose más lista. Y organizada. Y fuerte. Está claro que no voy a salir de esta. Ninguna de nosotras va a salir de esta. Ya ha conseguido que maten a Adrienne y a Dani le ha roto el corazón apartándola de Michelle. Acabará con Julia, luego con

Marilyn y también se encargará de Heather… y de mí… y…

De Stephanie.

—Las cartas se las proporcionó el propio Billy Walker. Las había enterrado cerca de la tumba de su hermano. No sé por qué no diría nada antes, pero claro, cómo saber por qué hace un loco lo que hace. Me encantaba tu padre. Siempre estábamos de acuerdo. Sé que tenía mal carácter, pero él sabía que yo era una persona capaz de hacer lo que fuera. Sabía que podía confiar en mí a la hora de tomar decisiones complicadas.

Stephanie Fugate. Pienso en su ficha, la que estaba en el escritorio de la doctora Elliott. En esa gran sonrisa de tontorrona, esperanzada, con los dientes llenos de aparatos. Con esos ojos abiertos a no poder más justo por debajo de su flequillo. En que se parece mucho a Gillian.

De hecho, es idéntica a mi hermana.

Pasamos junto a un campo eólico solitario en el que los grandes molinos giran despacio. Después dejamos atrás una mota de vida campestre: el cartel rojiblanco del Restaurante Tony, un cartel negro y amarillo en el que pone «Saloon» y que parece que haya pintado un niño de primero de primaria, un aparcamiento en ruinas rodeado por una valla de tela metálica combada. A partir de ahí estamos solos en las áridas colinas marrones.

—No me gusta que nadie me joda los recuerdos de los seres queridos a los que he perdido. Me molesta que esas cartas hayan dejado a la vista de todo el mundo los defectos de tu padre.

Pienso en Stephanie y en los archivos de todas esas Final Girls que había en el despacho de la doctora Elliott. ¿Por qué los tiene? Me lo dijo en la sala de visitas: «He pasado gran parte de mi vida intentando dar forma a un mundo en el que no tengan que existir mujeres como tú».

¿Desde cuándo es la cura peor que la enfermedad?

Garrett reduce la velocidad y coge una estrecha carretera de dos carriles con el asfalto negro que serpentea por entre las colinas. Llegamos a unas casas abandonadas o a medio construir y Garrett aparca junto a una que tiene las ventanas rotas y de la que cuelgan cables de donde deberían colgar las luces del porche. La mitad del tejado está acabada con tejas rojizas y la otra mitad aún está con el aislante, que hace tiempo que ha empezado a romperse en tiras que ondean al viento.

Claro que ha aparcado. Garrett jamás ensuciaría el interior de su Cadillac. Apaga el motor y baja del coche. Durante unos silenciosos segundos analizo mis opciones. No tengo muchas. Podría intentar salir corriendo hacia la casa a medio acabar para ver si obtengo cierta

ventaja.

Garrett abre mi puerta y estira mi brazo derecho junto con ella. Tiene la pistola en la mano izquierda. No veo la carretera desde aquí. No creo que vaya a esperar a meterme en la casa. Acabo de dar con la respuesta, pero es demasiado tarde. He sido demasiado lenta. Demasiado tonta. Una inútil.

—Lynnette, sal del coche. Es hora de que resolvamos esto.

—Garrett…

—Déjalo, que ya lo tengo decidido. Venga, date la vuelta.

Salgo del coche. La cabeza me da vueltas. Me giro, de cara al maletero, con el brazo derecho aún esposado y estirado por detrás de mí. Ojalá no le estuviera fallando también a Stephanie. Porque cuando este me haya enterrado a un metro bajo tierra, ¿quién va a salvarla? ¿Quién va a advertirle de lo peligrosos que son Garrett P. Canon y la doctora Elliott? Al final había demasiada gente. Al final he dejado tiradas a todas las personas que me importaban.

Oigo un «¡clic!» y las esposas se abren. Cierro los ojos.

—¿A qué estás esperando? —La voz de Garrett suena muy lejos. Abro los ojos y veo que se dirige a la casa—. Ven.

Garrett desaparece dentro de la casa y pienso en que podría salir corriendo, en que podría desaparecer en un segundo, pero la necesidad de saber a qué está jugando es mayor.

La curiosidad fue el monstruo sin rostro que acabó con el gato.

Recorro el pedregoso jardín delantero temblando de hambre y cansancio, con la muñeca magullada. Cojo un pedazo de cemento. Me siento mejor siguiendo a Garrett a esa casa a oscuras con algo en la mano.

—¿Para qué coño es eso? —me pregunta mientras sale de la casa y guarda su Colt—. ¿Ahora te dedicas a fabricar pisapapeles? —Me quita el bloque de la mano y lo tira al suelo—. Me ha parecido que hablaríamos mejor aquí fuera, al sol, porque, deja que te sea sincero, aún no tengo claro lo que está pasando, y hasta que no lo tenga voy a dar por hecho que en mi coche hay micros, porque resulta que hay alguien que se entera de todo con pelos y señales mucho antes que yo.

Lo miro, esperando que desenfunde el arma a toda prisa.

—¿¡Qué coño te pasa, Lynne!? ¿¡Creías que te iba a limpiar el forro!? ¿¡De verdad pensabas que te iba a matar!?

—¿Acaso no lo vas a hacer?

—¿¡Estás de broma!? —Sonríe—. Este asunto apestaba a mierda de rata desde el principio.

Todo resulta muy extraño. La casa… el jardín… Garrett… Me sonríe como si fuéramos viejos amigos.

—¿Qué? —Me siento torpe y estúpida.

—Mira, Lynnette, te voy a decir una cosa: si algo he aprendido a lo largo de los años es a reconocer cuándo me están engañando. ¿Veinte años después aparece nueva información, ¡y tan reveladora!? Eso sucede en las películas, no en la vida real. Billy Walker le contó lo de las cartas al fiscal porque hay alguien que quiere que te encierren, porque eso no se le ocurriría jamás por sí mismo al tonto de Billy Walker. Pero ¿por qué? Hace tiempo que perdiste la belleza de juventud y que tu culo ya no le interesa a nadie. He llamado a mis contactos de Hollywood y me dicen que tu franquicia es radioactiva. Nadie quiere ni pensar en ella, ¡como para relanzarla! Así que ¿a quién le importas tanto? He imaginado que a alguien iban a enviar para llevarte a Provo y, como tú y yo tenemos una historia a nuestras espaldas, me he presentado voluntario.

—No te creo.

—¿¡Que no me crees!? —Se pasa la lengua los labios. Está enfadado. Eso me deja claro que no me está mintiendo—. ¡Llevo tres días en esa comisaría de policía a la espera de que el cuco saliera del reloj! ¡Te he traído hasta aquí… te he liberado! Quiero encargarme del que sea que ha organizado toda esta mierda, porque no me gusta que alguien se esté cagando en el recuerdo de una persona que tanto respetaba y, ¡joder!, puede que hasta pudiéramos escribir un nuevo libro con esto. Podríamos hacerlo juntos. Mi agente dice que, si tú lo coescribieras, conseguiríamos un anticipo de la hostia. Sobre todo si tiene un buen argumento. Conozco a un escritor en la sombra que nos podría ayudar. ¡El tío es buenísimo!

No puedo seguir mirando a Garrett. Le estoy tan agradecida porque no me haya ejecutado aquí mismo, en mitad del desierto, que tengo miedo de cometer alguna tontería. Como abrazarle. Me lo imagino desnudo, con esa maraña de pelo gris que tiene en la tripa, con ese culo plano caído, con el sombrero de vaquero todavía puesto. Eso me espabila.

—¿Y quién está haciendo todo esto? —le pregunto.

—Esperaba que me lo dijeras tú. Alguien va a por ti y a por tus amigas. ¿A quién le habéis pisado el callo?

Siento como si me quitasen un tapón del estómago y la tensión se relajara como si fuera una riada fría que se va escapando. Por fin alguien me presta atención. Tenía que ser Garrett P. Cannon… pero me voy a conformar.

—Hay más de una persona. No puede ser de otra manera. Christophe Volker fue a por Adrienne, y entonces todo empezó a suceder a tal velocidad… que es imposible que no esté organizado.

Alguien llamó a Russell y le contó lo de mi libro…

—¿Estás escribiendo un libro? —Parece que se sienta herido.

—Pero no para publicarlo. Nunca me he planteado publicarlo.

—Entonces, ¿para qué lo escribes?

—Era un ejercicio. Para conseguir cierta paz.

—Menuda chorrada… —dice entre dientes.

—La cuestión es que alguien lo ha cogido de mi ordenador.

—¿Es que no has oído hablar de las contraseñas?

Ignoro el comentario.

—Lo leyeron e hicieron que Russell Thorn fuera a ver a Julia. Ella conocía mi dirección. Vinieron los dos a mi casa. Quienquiera que les disparara, estaba esperando a que estuviéramos juntos. Luego queman la casa de acogida de Heather. Luego Harry Peter Warden confiesa lo de Dani… y va Billy y le cuenta al fiscal lo de las cartas. Todo está pasando muy seguido.

—Es alguien capaz de organizar comunicaciones dentro y fuera de la cárcel. Eso requiere un gran esfuerzo.

—Es la doctora Elliott. Por eliminación. Ella es la única que sabe tocar las teclas de esta manera.

—¿Y el motivo?

—Creo que está loca. Creo que piensa que la única manera de curarnos es matarnos.

—Una comecocos loca… —Se maravilla. Luego intenta decir algo ingenioso—. La doctora de chiflados… ¡está chiflada!

—Puede que haya algo más. Puede que quiera escribir otro libro y necesite un argumento.

—Mucha sangre fría debería tener.

Aunque parece que no esté de acuerdo conmigo, noto respeto en su tono de voz.

—Se trata de un negocio en el que hay que tener mucha sangre fría. Yo diría que, si mirásemos la lista de visitas de Billy Walker y Harry Peter Warden, encontraríamos su nombre en ambas.

—Habría que ser un genio para comprobar esas listas de visitas, ¿no te parece?

—No, no me lo parece.

—Bueno, la cuestión es que el genio que tienes delante ya lo ha hecho. —Sonríe—. Aún no he ido a visitar al señor Warden, pero hay un nombre en la lista de Billy Walker que aparece tantas veces que parece mierda en la pocilga de un cerdo. Ahora bien, no es el de tu doctora, que al parecer envía a alguien para que le haga los recados. Es el de una de las tuyas. —Sé de quién se trata antes de que diga su nombre—: Chrissy Mercer.

—¡Oh! —Creía que iba a decir Heather.

Por un instante, me alivia pensar que es posible que Heather aún esté de mi lado.

—Tiene sentido. A tu doctora le encanta coleccionar Final Girls. La cuestión es que no os comentó que había completado la colección.

Mi alivio desaparece y vuelvo a sentirme mal, pero da lo mismo. Es posible y, si es posible, tengo que comprobar si es cierto.

—El señor Warden y yo vamos a hablar con Jesús mientras tú mantienes una corta conversación con Chrissy la Loca. Incluso he traído algunas de tus fotografías sin camiseta para que te ayuden a sacarla de su ratonera.

Cómo no, aún guarda las fotos.

—¿Y qué hay de lo de Provo?

—¡Joder, Lynne, jamás te habría llevado a Provo! ¡Tu padre se levantaría de entre los muertos y se me llevaría con él! Vamos.

Vuelve al coche haciendo crujir los restos de la construcción de aquellas casas con las botas y abre el maletero. Dentro están mi mochila para emergencias y mi riñonera, y dentro de esta siguen estando mi pistola, el dinero y el móvil.

—Te he cargado el móvil y me he quedado quinientos dólares. Ya sabes, mi comisión. Ya te haré un recibo más adelante. Te lo podrás deducir como gastos de empresa. «Gracias» me parecería una respuesta adecuada, aunque sé que no se te da bien la interacción social.

—¿Y qué vas a hacer tú? —Cambio de tema.

—¿Que qué voy a hacer? Bueno, pues resulta que paré porque no dejabas de quejarte de que tenías calambres, y entonces algunos socios tuyos me atacaron. Dos negros, diría yo que fueron. Entre metro ochenta y metro noventa. Unos cien kilos cada uno. Uno de ellos empuñaba una escopeta de cañones recortados. Puede que diga que también había un cabeza rapada… ya sabes, para que no parezca tan racista.

—¿Un cabeza rapada con dos negros?

—Basta con que me pegues un puñetazo en el ojo, con que me hagas algunas magulladuras y con que me esposes al Cadillac. Después, vuelves al restaurante por delante del que hemos pasado hace un rato. Estará como a unos cuarenta minutos andando. Desde allí puedes pedir un taxi. Sé que tienes recursos, Lynne. Me pondré en contacto contigo por lo de Warden y vigilaré a tu doctora. Tú ve a dar caza a Chrissy la Loca. Ahora mismo solo tienes una corazonada; si queremos que nuestro libro sea un superventas, necesitamos pruebas.

—¿Y por qué no te pegas tú?

—Me niego a hacerle daño a una obra de arte. —Sonríe—. Venga, vamos. Basta de tonterías. —Guarda la pistola en la funda y la asegura —. Que no quiero que mis reflejos me lleven a pegarte un tiro. Dame en el ojo derecho, a ver si puedes dejármelo morado con esas manitas diminutas que tienes.

Me doy cuenta de que Garrett P. Cannon me está salvando la vida por tercera vez.

—¿Crees que será más creíble si digo que fueron dos negros y dos cabezas rapadas?

Le pego un rodillazo en las pelotas con todas mis fuerzas.

—¡Uuufff!

Se cae al suelo de lado con las manos en la entrepierna.

—Mejor diles que ha sido una mujer cabreada.

Le cojo las llaves del Cadillac de la mano y subo al coche. Arranco y doy una vuelta amplia mientras él se esfuerza por ponerse de pie. Piso el acelerador a fondo y levanto una polvareda. No tardo en llegar a la carretera de asfalto negro que va a la autopista. Pongo el aire y acelero más. Tengo que hacer una parada de emergencia antes de ir a por Chrissy la Loca.

Por mucho que esté fría, la hamburguesa del Carl's Jr. es lo mejor que he comido en toda la semana.

En I99I, mi novio del instituto y su mejor amigo asesinaron a ocho de nuestros compañeros de clase cuando intentaron convertirme en la Final Girl de sus horripilantes fantasías. Sus retorcidos sueños los avivaron las películas de miedo, en especial las más violentas, las del género slasher.

Con ayuda de numerosos terapeutas, de mi familia y de amigos, y gracias a diferentes antidepresivos y ansiolíticos, conseguí graduarme en el instituto y entrar en la Universidad Windsor. Creí que podría dejar atrás la oscuridad y seguir con mi vida. Sin embargo, en mi primer semestre en Windsor conocí a Raymond Carlton. Era atlético, inteligente, curioso, compasivo, divertido, cálido y amable. De hecho, parecía mentira que pudiera existir alguien así.

Y lo era. Era mentira. La naturaleza bondadosa de Ray escondía un deseo sociópata de hacerse famoso. Con intención de imitar la matanza que había tenido lugar en mi instituto, acabó con la vida de cinco estudiantes de primer año de nuestra clase y no paró hasta que no le pillé atacando a mi compañera de habitación y lo plaqué. Caímos ambos por la ventana —mi habitación estaba en el tercer piso— y, a consecuencia del golpe, me quedé parcialmente paralítica. A pesar de los esfuerzos de los sanitarios, mi compañera de habitación murió.

Aun hoy en día, Raymond Carlton sigue carteándose con los admiradores de estos actos violentos y creo que los anima a que pongan en práctica sus fantasías más siniestras. Por desgracia, y por mucho que lo intenten, las autoridades son incapaces de cortar estas líneas de comunicación.

Es por esto que me dirijo a ustedes para que denieguen la reciente petición de libertad vigilada de Raymond Carlton.

Julia Campbell

Carta de Julia Campbell a la Junta Administrativa de Libertad Vigilada del Departamento de Prisiones de California en febrero de 2009.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XIV:

La nueva sangre

Decido no complicarme la vida. Voy a secuestrar a Stephanie Fugate.

Los medios se han pasado unos cuantos días hablando de la familia, por lo que no me resulta complicado dar con su dirección: un bonito vecindario de Santa Mónica. Conduzco tan despacio como puedo y aparco al otro lado de la calle. Vive en una casa de dos plantas, tres dormitorios, un garaje para dos coches y mucho jardín. Es la mayor de los dos hermanos, así que es probable que la suya sea la habitación grande que hay sobre el garaje. Voy a acercarme por entre los setos, a subir por el techo del garaje y a convencerla para que venga conmigo. No tengo claro cómo voy a lograrlo, pero lo único que tengo que hacer es mantenerla con vida unos pocos días. Nuestros monstruos se ponen muy nerviosos cuando tienen que alargar el asunto mucho tiempo.

Esto va a ser pan comido. Mi plan es a prueba de idiotas, porque es sencillo. Soy una flecha disparada directa hacia el futuro. Todas las decisiones que tomo son acertadas.

Abro la puerta del conductor y salgo del coche. Noto cómo el asfalto sigue radiando el calor del día. Antes de que me dé tiempo a cerrar la puerta, una voz de hombre me advierte a gritos:

—¡O me dice por qué está vigilando mi casa o llamo a la policía!

El hombre está a la sombra de una palmera que crece al otro lado de la calle. Lleva pantalones cortos y una camisa de vestir vieja, y es muy probable que haya estado mirándome desde que me he parado a mirar la casa. Tiene un móvil en una mano y una correa en la otra. Al final de la correa hay un chihuahua de piernas arqueadas que también me mira.

Me he concentrado tanto en la casa que me he olvidado de mi entorno más inmediato.

—La prensa lleva toda la semana llamando a su puerta —improviso sin dejar de mirarle la mano del móvil para asegurarme de que no pulsa botón alguno—. Los vecinos no habrán dejado de venir y el teléfono no habrá dejado de sonar. Seguro que habrá habido una o dos personas que le han mentido acerca de quiénes eran. Esos son los futuros acosadores de su hija, sus admiradores. Entiendo que esté molesto.

Sus dedos pulsan tres veces el móvil y, luego, su dedo gordo flota sobre la pantalla una vez más.

—Voy a llamar en tres… dos…

Doy un paso hacia delante con las manos extendidas.

—Soy la doctora Newbury. —Sonrío—. Soy una terapeuta que trabaja con gente joven como Stephanie. Seguro que conoce a mi socia, la doctora Carol Elliott.

Abre la boca como si se tratara de un dibujo animado y se convierte en otro hombre, busca mi mano con la mano con la que sujeta el móvil. Su cara de sorpresa hace que parezca idiota. Guarda el móvil en el bolsillo y me da la mano y la sacude arriba y abajo efusivamente. Tiene la palma sudada.

—¡Ha recibido nuestros mensajes de voz! —dice con tremenda cara de alivio.

—La doctora Elliott no puede venir, pero me ha mandado a mí.

Esto va a ser más complicado, pero mejor, porque convenceré a los Fugate de que me permitan llevarme a Stephanie a un lugar tranquilo y no enviarán a nadie a buscarnos, porque soy la socia de la doctora Carol Elliott. Eso me permitirá conducir un poco más despacio, pensar con mayor claridad. Ganaré unas cuantas horas.

—No sabe lo que hemos estado pasando.

—Me hago una idea.

—Ken Fugate —se presenta, sonriendo aún con cara de sorpresa —. No sabe cuánto va a tranquilizar a mi esposa su presencia. Espero que no le importe, pero… ¿podría enseñarme alguna identificación? Por seguridad.

—Lo comprendo. —Vuelvo atrás para cerrar la puerta del Cadillac, lo que me permite echar mano a la riñonera sin que el padre de Stephanie pueda ver el arma que hay dentro. En la riñonera llevo cinco carnés diferentes, y no tardo más que un segundo en dar con el adecuado.

Los carnés de identidad falsos se volvieron tremendamente ilegales después de lo del 11-S, así que pagué un poco más para que me enviaran estos desde China dentro de un libro. Impresión ófset, troquelados, con una banda magnética detrás y un código de barras que los hace idénticos a los que proporciona el estado. La única diferencia es que el nombre que aparece al lado de mi fotografía, grabada con láser en la parte delantera, es el de la doctora Newbury.

—Este carné está caducado.

—Sí, me tengo que poner con la renovación.

—Hace dos años.

—Siempre estoy muy ocupada.

El chihuahua me mira sin pestañear.

—Llame a la doctora Elliott si quiere. Tome, le doy su número de móvil. Aunque hoy es la tarde de padres e hijos en el colegio de Pax; ya sabe, su hijo pequeño. Pero bueno, tampoco creo que vaya a molestarse mucho.

El chihuahua no deja de mirarme. ¿Qué le pasa a ese chucho?

—Entre —me dice mientras se vuelve hacia su casa. Prefiere no incomodar a un personaje relevante a ser precavido—. Yo diría que ya se han ido todos los medios, pero nunca se sabe. Seguro que lo último que quiere es que alguien sepa que está usted aquí.

—Así es —respondo mientras le sigo por la calle a oscuras.

Controlo mi respiración, me muestro calmada, ando como lo haría la socia de una terapeuta famosa, confiada, con indiferencia, como si tuviera respuestas para todo. Repito mi mantra una y otra vez para mis adentros.

«Soy la doctora Newbury. Soy la doctora Newbury. Soy la doctora Newbury».

—Parece que Stephanie esté tranquila —me dice el padre por encima del hombro—, pero esto debe de estar destruyéndola. Que le haya pasado dos veces… ¡Pero si ni siquiera tiene dieciséis años! Después de lo de su profesor de tenis no podía dormir. Dejó de jugar… y eso que el tenis era su vida. Perdió peso. Entonces empieza a ir al Campamento del Lago Red… ¡y toma! ¡De nuevo! ¿¡De verdad!? No sabemos qué hacer con ella.

En vez de entrar por la puerta principal, abre una verja blanca y rodeamos la casa. Hay ventanas por todos lados. ¿Que no saben qué hacer con Stephanie? Pues deberían empezar por bloquear todas estas entradas. ¡Eso es lo que deberían hacer! Tendrían que proteger su casa. Actuar como si estuvieran sufriendo una verdadera emergencia.

Saca las llaves y abre la puerta de la cocina. El chihuahua aún me mira. Me alegro de que, por lo menos, cierren las puertas con llave. Los bordes de la puerta están un poco hinchados y el padre de Stephanie tiene que empujar con fuerza para abrirla. Lo sigo a la fría y cara cocina, que huele a limones frescos.

Una mujer rubia con las raíces grises está apoyada en el fregadero y nos mira. Es probable que nos haya visto llegar por las abundantes ventanas. Parece de esas mujeres que piden muchas explicaciones.

—¡Cheryl, no te lo vas a creer!

Cheryl me observa con atención mientras Ken suelta el arnés del chihuahua. La cocina es enorme, y se diría que en sus fogones se le podría quemar la cara a un ser humano. El bloque de cuchillos que Cheryl tiene a un lado está lleno de acero alemán, y en la tabla de

cortar que hay en la isla hay un ablandador de carne que bien podría servir para partir cráneos. Hay muchas armas con las que alguien podría hacerme daño, todas ellas a mano.

—¿Quién es esta?

—Es la socia de la doctora Elliott —responde él mientras el chihuahua desaparece por la casa.

Nos quedamos todos mirándonos un momento y, entonces, adelanto la mano.

—Soy la doctora Newbury. Carol y yo nos vamos a asegurar de que Stephanie sale de esta.

Cheryl se lanza sobre mí girando la mejilla hacia un lado, con la frente por delante y los ojos rojos, se aprieta contra mí y me pone las manos en los omoplatos. Su pelo no me deja ver. Intento devolverle el abrazo tal y como haría la socia de una terapeuta famosa y premiada, a pesar de que me aprieta tanto contra ella que apenas puedo mover los brazos o el resto del cuerpo.

«Soy la doctora Newbury. Soy la doctora Newbury. Soy la doctora Newbury».

—Gracias —me susurra—. Muchísimas gracias.

—¿Hablamos en el salón? —sugiere Ken.

Mientras caminamos por la gran casa blanca de las mil y una ventanas me fijo en los seguros de la puerta principal —un pestillo y una cadena—, veo una alarma recién instalada y me doy cuenta de que todas las luces están encendidas, lo que mantiene alejada la oscuridad exterior.

—Tengo todos los libros de la doctora Elliott —me comenta Cheryl mientras se acerca a una estantería que va del suelo al techo y mueve la mano por delante de las baldas.

Ahí están. Tiene incluso el primero, *Guía terapéutica para superar el trauma*, ese que escribió antes de caer en la cuenta de cuantísimo dinero daba un título con gancho. Cheryl lo señala con el dedo muy recto y se concentra en él.

—Es esencial para Stephanie que nos demos prisa —comento, como si lo que digo mereciera la mayor de las atenciones.

Me siento en el sofá blanco tal y como lo haría un médico que lo único que pretende es salvar vidas.

Tengo que darle la espalda al salón, porque ellos están de pie junto al otro sofá. El enorme espacio que queda por detrás de mí hace que se me ponga la carne de gallina.

Ken y Cheryl se sientan el uno junto al otro. Ella está tiesa como si le hubieran metido un palo por el culo y él apoya los codos en las rodillas. En la mesita de café sueca que hay entre nosotros tienen una

garza de plata con el pico tan puntiagudo que te podrían sacar un ojo con él y una serie de bolas de cristal del tamaño suficiente como para partirle los dientes a alguien.

—No puedo creer que haya venido —dice Cheryl—. A ver… no es usted la doctora Elliott, pero ella no trabajaría con usted si no fuera usted… alguien. ¿Ha publicado algún libro? Doy por hecho que, al estar usted aquí, es como si hubiera venido ella, ¿no es así? ¿Va a venir más tarde? No es que no confíe en que sea usted una terapeuta maravillosa, pero…

—Cariño —Ken le pone una mano en la rodilla—, deja hablar a la doctora Newbury.

—Disculpe. —Sonríe de tal manera que se le ven todos los dientes —. Ha sido una semana complicada.

Espero a que dé con el pañuelo de papel que está buscando y se seque la comisura de los ojos. Luego se suena los mocos.

—Recibimos cientos de llamadas a la semana —les digo. Es una frase que bien podría haber salido de la boca de la doctora Elliott, que trata a tantos pacientes con tanto cariño—, pero Stephanie entra en una categoría de víctimas especial, que es por lo que he venido.

—¿Se va a poner bien? —pregunta Cheryl por lo bajo.

—No. —Me niego a mentir al respecto, aunque esté haciéndome pasar por otra persona—. Es imposible.

—¿¡…Qué!? —el rostro de Cheryl se descompone.

—Lo mejor que podemos hacer es mantenerla a salvo. — Esto no lo habría dicho la doctora Elliott.

—Exacto —conviene Ken mientras acaricia la mano de su esposa —. Cuando esté a salvo, empezaremos con el trabajo duro.

—Tienen que entender ustedes que Stephanie es eso a lo que los medios llaman «Final Girl».

Cheryl frunce el ceño.

—No, no lo es —dice.

—La negación no va a ayudar a su hija.

Cheryl se pone de pie.

—Quiero oír la opinión de la doctora Elliott. ¿Puedo hablar con ella? Quiero saber qué piensa. Estoy segura de que es usted una estupenda terapeuta, pero es a ella a quien llamamos.

Estos dos están empezando a frustrarme.

—Cheryl —hablo con fuerza y asertividad—, están teniendo lugar situaciones que usted desconoce y que afectan a la seguridad de Stephanie directamente.

—¿¡Cómo dice!? —exclama él, y le coge la mano a su esposa sin mirarla.

Ella se vuelve a sentar e, inconscientemente, se apoyan el uno en el otro.

—Hace una semana, alguien empezó a atacar a Final Girls en la zona de Los Ángeles.

—¿Y alguna de ellas vive por aquí? —pregunta Cheryl.

—Todas. Supongo que saben quién es Adrienne Butler. Pues resulta que, el día después de que la asesinaran, alguien atacó a Julia Campbell y a Lynnette Tarkington.

—¿Quién es Lynnette Tarkington? —pregunta ella.

¿¡Está de broma!?

—Una Final Girl.

—¿Sabes de quién habla? —le pregunta a su marido.

—Eso no es lo importante —les corto, molesta por lo poco concentrados que están—, lo importante es que Stephanie está en peligro.

—Un agente de policía patrulla la casa cada tres horas —me explica Ken—. Hemos pensado en contratar seguridad privada, pero bastante cansados están ya los vecinos de nosotros debido a los desconocidos que acaban merodeando por su jardín. ¿Cree usted que deberíamos hacerlo?

—Ni la policía ni la seguridad privada sirven de nada. Cuando uno de estos monstruos va a por una Final Girl, nada lo va a detener.

—Pero Christophe Volker está muerto —apunta Cheryl.

—Volker es irrelevante. Esto va más allá de Volker. El peligro es muy real e inminente.

Oigo un «clic-clic-clic» en la madera del suelo y el chihuahua entra en el salón como de puntillas.

—Ven aquí, Gordon —le dice Cheryl al perro mientras lo coge del suelo.

El animal se sienta en su regazo y se me queda mirando. Otra vez. Dios bendito.

Tengo unas ganas terribles de mirar por encima del hombro. No me gusta que haya tanto espacio libre por detrás de mí. No me gusta que ese perro diminuto me taladre con sus ojos diminutos. Pero, claro, la socia de una terapeuta famosa y premiada no miraría por encima del hombro. A las terapeutas famosas y premiadas y a sus socias no les dan miedo los perros pequeños.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has visto a Stephanie? —le pregunta él a ella. Antes de que ella responda, se pone de pie y llama hacia el piso de arriba—. ¡Stephanie! ¿¡Puedes bajar un momento!? ¿¡Stephie!?

Se vuelve hacia nosotras y se encoge de hombros.

—Me siento más cómodo cuando la tengo a la vista —comenta él.

Cheryl y el chihuahua me miran mientras en la planta de arriba se abre una puerta. Instantes después, Stephanie baja encorvada, agarrando la barandilla. Va descalza.

No presta atención a su campo de visión. No mira detrás de la puerta, no lleva un calzado adecuado para salir corriendo. Tiene la cara blanda, con esa grasita de los bebés, y está tan pálida que hasta me hace daño a los ojos. Acaban de quitarle los aparatos y se ha teñido el pelo del mismo negro con el que se pinta los labios. Camiseta negra, vaqueros negros. Es una estrellita oscura en mitad de este salón limpio, blanco y contemporáneo.

—Qué hay —dice la joven. Entonces me ve y abre la boca con la misma expresión de sorpresa que su padre en la calle y empieza a decir—. ¡Oh, Dios mío… tú eres…!

Me fijo en que su lengua se sitúa en el paladar, lista para pronunciar una ele y una i, así que me pongo de pie, me lanzo hacia ella, la abrazo y me aprieto a ella tal y como ha hecho su madre conmigo.

—Ahora estás a salvo, Stephanie —le digo—. Soy la doctora Newbury. Trabajo con la doctora Carol Elliott. He venido a hablar con tus padres acerca de tu seguridad.

Se echa hacia atrás.

—¿¡Por qué!? ¿¡Qué ha pasado!?

—Nada, cariño —le dice su padre al tiempo que le pone una enorme y tranquilizadora mano de padre en el hombro—. Estás completamente a salvo.

—Tu padre está intentando tranquilizarte —le digo mirándola a los ojos mientras pongo mi mano en su otro hombro—, pero, en realidad, hay por ahí un lunático que está asesinando a Final Girls y que podría venir a por ti en cualquier momento.

—¿¡Soy una Final Girl!? —pregunta en voz alta.

—No, no lo eres —responde su madre.

—Sí, sí lo eres —aseguro yo.

Stephanie se acerca despacio al sofá en el que he estado sentada y se deja caer en él.

—¿Hay alguien más que quiera matarme? —Se hace pequeña—. ¿¡Por qué!? ¿¡Qué he hecho!?

Su madre y su padre empiezan a hablar de inmediato, llenan el salón de voces reconfortantes, de sonidos tranquilizadores, le mienten… y ella baja la guardia. Me siento a su lado. La miro a los ojos. Le hablo solo a ella.

—Así es tu vida ahora. Esto es lo que eres. No ha pasado por

ninguna razón en particular y no te lo mereces, pero como no lo asumas te matarán.

—Oiga, no traumatice así a nuestra hija —dice su padre por encima de lo que sea que está diciendo su madre—. No es productivo.

—¿Sabe lo que no es productivo, Ken? Permitir que asesinen a su hija porque no se toman ustedes esto lo bastante en serio a pesar de que una de las mejores terapeutas del mundo esté aquí, en su casa, advirtiéndoselo —le suelto sin dejar de mirar a Stephanie.

—Deme el número de móvil de la doctora Elliott.

—Tenemos que centrarnos en Stephanie. Puedo mantenerla a salvo si me la dejan los próximos tres días. Les garantizo que sobrevivirá.

Cheryl abraza al chihuahua.

—¿Adónde la llevaría? —pregunta Ken.

—No se lo puedo decir, pero…

Suena el timbre de la puerta.

—Ahora seguimos —me dice el padre mientras pasa por mi lado.

Abre la puerta y una voz dice:

—Siento presentarme tan tarde, pero soy la doctora Carol Elliott y estoy preocupada porque su hija podría correr peligro debido a una de mis pacientes.

—Querida… —dice Ken desde la entrada.

Como quien dice, la mujer se catapulta desde el sofá y se olvida completamente del chihuahua.

—Stephanie… —empiezo a decir mientras la miro a los ojos.

—¡Tú eres Lynnette Tarkington! —comenta a punto de que le dé un patatús.

—Tienes que confiar en mí —le digo a toda prisa y con urgencia —. La mujer de la puerta te quiere matar y yo quiero protegerte.

—¿Cómo dices?

Oigo voces en la entrada. No entiendo lo que dicen, pero no tardarán en venir al salón.

—Somos Final Girls. Nos entendemos las unas a las otras. Si quieres sobrevivir a los próximos tres días, ven conmigo ahora mismo.

Me pongo de pie y camino hacia la parte de atrás de la casa. Mi corazón se abre como una flor cuando veo que Stephanie se levanta y me sigue.

—¡¿¡Lynnette!? —oigo que grita la doctora Elliott por detrás de mí.

Me planteo cambiar de dirección, correr hacia ella mientras abro la cremallera de la riñonera, ponerle la pistola en la frente y apretar el gatillo tres veces, pero eso me llevaría a la cárcel y está claro que no

puede estar haciendo todo esto sola, por lo que no habría nadie que protegiera a Stephanie de sus padres.

—¡Eh! —grita él.

—¡Alto! —grita la doctora Elliott.

—¡Stephanie! —aúlla la madre, con la voz rota por la histeria.

Me giro, cojo a Stephanie por la muñeca y tiro de ella. Pasamos por la cocina a toda prisa, salimos por la puerta que cierra mal y rodeamos la casa. Son tan estúpidos que nos siguen en vez de cortarnos la huida yendo por la puerta principal. Oigo los pies descalzos de Stephanie pisando el camino por detrás de mí, más silenciosos a medida que cruzamos el jardín, de nuevo ruidosos cuando cruzamos la calle hasta el Cadillac de Garrett.

Abro la puerta del conductor, empujo a Stephanie al asiento y después entro yo, deslizándome, meto la llave en el contacto y la giro. El enorme tanque retumba y cobra vida justo cuando la doctora Elliott aparece en el jardín de delante. Lleva una blusa blanca. En algún sitio se ha detenido para arreglarse el pelo y maquillarse. Así de confiada está. No imaginaba que llegaría antes que ella a salvar a Stephanie.

—¿Esa es…? —empieza a preguntar Stephanie mientras piso el acelerador y el gran coche sale disparado hacia delante.

Giro el volante y rodeo a la doctora Elliott.

—Esa es la mujer que está intentando matarnos. Una de ellas. Hay más gente. Muchos más. Siéntate en el suelo y mantente apartada de la vista. Tengo que pensar. Cuando hayamos salido de Los Ángeles te explicaré lo que está pasando.

Se desliza hasta el suelo sin protestar y se queda callada. Buena chica. Chica lista. Final Girl.

Notas dejadas en el porche delantero de los Shipman

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XV:

Guerreras de ensueño

Llegamos a la 10, en dirección a la 405. Es más improbable que cierren una autopista a que cierren calles, pero sigue habiendo muchas maneras de detenernos: la Alerta Amber, patrullas de autopista, cámaras de tráfico, seguirnos por GPS, avisos en las emisoras de radio. Además, el Cadillac de Garrett es el tipo de coche que todo el mundo recuerda cuando lo ve. Es como si estuviera conduciendo un cartel de neón.

En el móvil de Stephanie empieza a sonar una canción pop.

—Es mi madre…

Me enseña la pantalla desde el suelo.

A esta velocidad es necesaria mucha fuerza bruta para mantener el coche en el carril. Vuelvo a mirar a la carretera.

—Dile que estás bien. Que no llame a la policía. Dile que no te he secuestrado, que lo que pretendo es mantenerte a salvo.

—Van a pensar que me estás obligando a decirlo —comenta mientras la canción pop me taladra los dientes—. Van a pensar que tienes un arma.

—Y la tengo. —Nada más decirlo pienso que quizá no debería haberlo comentado—. Eso no se lo digas.

—Mamá —empieza a decir mientras se lleva el móvil al oído—, estoy…

No le dejan hablar hasta que no llego a la 405 en dirección norte.

—¡Puede protegerme! —dice finalmente. Luego hace una pausa para escucharles—. Sí, lo… Sí, lo sé. Sé quién es. — Pausa—. No, no está loca. Me da igual lo que diga esa doctora. Mamá… —Pausa—. Mamá. —Pausa—. ¡Mamá!

Estiro la mano y enseguida me da el teléfono. Nos entendemos bien. A pesar del estruendo del Cadillac, oigo a Cheryl aullando de pánico. Me pego el móvil a la oreja.

—Cheryl. ¡Cheryl!

—¡Será mejor que pares ahora mismo y dejes salir a mi hija!

—La voy a mantener a salvo durante tres días. No le va a pasar nada.

Pero no me escucha. Entre el ruido del motor, el esfuerzo que me supone no salirme del carril y la distorsión del auricular, no cojo sino

palabras sueltas: «lunática», «cárcel», «psicópata». Esa última me duele. Luego, silencio. La siguiente voz atraviesa la estática que hay en mi cabeza.

—Lynnette, no es demasiado tarde —asegura la doctora Elliott—. Para y deja que la chica se vaya.

—Se va a quedar conmigo hasta que esto haya acabado. Voy a protegerla.

—¿De ti?

—Ambas sabemos de quién la tengo que proteger.

—Ahora mismo lo único que está claro es que estás poniendo en peligro la vida de una joven —dice en alto, mimetizándose con los padres de Stephanie. Enseguida me doy cuenta del error que he cometido.

La he mantenido viva, con lo que se va a convertir en la fuente de la verdad, en la persona que lo explique todo… y va a echar toda la culpa a su desequilibrada paciente. Le acabo de dar toda la ventaja.

—Pon el altavoz —le digo.

—Lynnette, no pienso…

—¡O pones el altavoz o apago este móvil para siempre!

Oigo unos golpecitos y, a continuación, ecos.

—¿Ken? ¿Cheryl? ¿Estáis ahí?

—Mi bebé… —oigo cómo lloriquea la madre antes de que deje de entenderse lo que dice.

—¡Quiero que me escuchéis con atención! —Me interesa que todas y cada una de mis palabras calen en su cerebro directas de mis labios, no filtradas a través de la doctora Elliott—. ¡Sabéis que estoy armada! ¡Como denunciéis un Cadillac rojo brillante, que Stephanie ha desaparecido, como hagáis que nos pare la policía, o lo que sea por detenernos, la mato! —Me doy cuenta de que Stephanie se queda muy quieta—. ¡En cuanto un policía pare este Cadillac, le pego un tiro en la cabeza a vuestra hija! ¡Tiene un iPhone, así que recibimos las Alertas Amber! ¡Espero no ver ninguna!

Dejo que el mensaje cale unos segundos.

—Stephanie os llamará cada cinco horas para que sepáis que está viva. Entretanto, apagará el móvil para que no lo rastreéis. Ese es el trato. Estaos calladitos y sentaditos y recibiréis una llamada de vuestra hija cada cinco horas hasta que hayan pasado los tres días, momento en que os la devolveré.

A continuación, cuelgo y le devuelvo el móvil a Stephanie. No lo coge.

—Van a llamar a la policía de todos modos —le digo—, pero se tirarán un par de horas debatiéndolo, que es cuanto necesito.

Sigue sin coger el móvil.

—No pienso matarte. Estoy intentando salvarte la vida. Mándales un mensaje a tus padres. Diles que les llamarás en cinco horas. Eso nos proporcionará el tiempo que necesitamos.

Por fin coge el teléfono y se pone a escribir el mensaje. Paro en Reciclaje de Vehículos del Oeste. Están cerrando, pero los convenzo para que no lo hagan. Me cuesta mucho dinero. Stephanie viene conmigo, pero camina muy despacio, como drogada, como si la llevara a punta de pistola. Como si la tuviera secuestrada.

Compramos cuatro ruedas usadas de Chevrolet y pago en metálico. Luego, Stephanie me ayuda a llevarlas rodando… botando… hasta el Cadillac. Dos de ellas caben en el maletero. Las otras dos las metemos en el asiento de atrás. Nos dirigimos a Burbank. El coche apesta a goma vulcanizada.

Está claro que Stephanie quiere preguntarme algo cuando entro en el aparcamiento de Burbank y subo hasta el tercer piso, pero permanece callada. Buena chica. Consulta la hora cuando se lo pido. Solo han pasado cincuenta minutos. Doy por hecho que nos quedan otros cuarenta de ventaja.

Hay un hueco junto a mi Chevrolet Lumina con sus cuatro ruedas deshinchadas. Aparco en él y apago el motor. El Cadillac hace una serie de ruiditos mientras compruebo el campo de visión. Stephanie estira el cuello desde el suelo. Quiere saber qué estoy mirando. Allí no hay nadie. No sé qué tipo de conspiración será esta, pero está estirada hasta el límite, así que es imposible que tengan gente vigilando una ruta de huida que cerraron la semana pasada.

Saco el gato del maletero y Stephanie me mira mientras lo coloco y empiezo a quitar tornillos.

—No me gusta estar aquí —me dice.

—Cuanto antes cambiemos estas ruedas, antes volveremos a la carretera —le digo sin dejar de trabajar—. Cambia tú las otras dos, que tengo que hacer unas llamadas.

—Nunca he cambiado una rueda.

—Bueno, pero acabas de ver cómo cambiaba yo dos. Se aprende con la práctica.

Se pone con la rueda y yo me alejo y rebusco mi móvil prepago en la mochila para emergencias. Ninguna de estas llamadas va a ser divertida.

—¡Déjame en paz! —me grita Marilyn a tal volumen que me tengo que apartar el móvil de la oreja.

Le he dicho a su ama de llaves que era la doctora Elliott, por lo que ha pasado la llamada a su dormitorio. No le hace ninguna gracia

que en realidad sea yo. Oigo un golpe sordo y una especie de escaramuza y temo que alguien la esté atacando, pero entonces oigo su voz de nuevo, fea y de cerca.

—«Una joven texana que se presenta en sociedad. Una joven a la que su padre nunca le ha dicho que "no". Cuando hicieron una nueva versión de su franquicia, Marilyn Torres se dio a la bebida. Fue descorazonador». ¿¡A la bebida!?

—Se suponía que nadie iba a leerlo. Alguien me lo robó y os lo ha enviado para desacreditarme.

—Pues ha funcionado.

He pensado muy bien cómo encargarme de la siguiente parte.

—Sé que me odias, pero tienes que andar con cuidado. No salgas de casa. No dejes que nadie vaya a visitarte. Ahí estás a salvo.

—A mí no me digas lo que tengo que hacer. ¡Tú menos que nadie!

—No confíes en nadie. Ni siquiera en la doctora Elliott.

—No eres la más indicada para hablar de confianza. — Noto que sus palabras salen como densas de la boca, como si las arrastrara un poco—. No creas que confío en ti.

—¿Cómo están Julia y Heather?

—Voy a colgar. No quiero ni que vuelvas a llamarme ni que vuelvas a venir por aquí. De hecho, no quiero volver a verte o te escupiré a la cara.

—Tienes que escucharme —y le explico el porqué durante un minuto, hasta que me doy cuenta de que me ha colgado.

Cuando vuelvo a llamar, el ama de llaves no me pasa con ella.

Llamo a Dani a sabiendas de que no me va a responder, pero por lo menos tengo que dejarle un mensaje.

—¿Qué?

Sí que ha respondido.

—¡Te han dejado salir! —Estoy sorprendida de verdad.

—Bajo fianza. Estoy pendiente de juicio, en arresto domiciliario.

—Pues quédate ahí. Enciérrate. No dejes que nadie entre en tu propiedad.

Se hace un largo silencio. Cuando empieza a hablar, la voz de Dani está muy controlada, suena como muerta.

—Han encontrado el cadáver de Michelle en el parque público en el que la dejaste tirada.

—Queríamos llevarla al rancho, pero Michelle no sabía cómo llegar.

—¿Qué es lo que quieres, Lynnette?

—No confíes en nadie. Ni en la doctora Elliott, ni en la policía, ni en nadie.

—Es justo lo que me han dicho que dirías. Adiós.

—¡Espera! ¿¡Quién te lo ha dicho!?

Pero cuelga. Cuando le llamo de nuevo, una voz grabada me dice que el abonado al que estoy llamando no tiene activo el buzón de voz.

Llamo a Julia, pero no responde nadie. Llamo a Heather, pero los de AT&T me dicen que ese número ya no está disponible. Siento como si la piel me estirase. Necesito que me escuchen, pero es que ni siquiera me dejan hablar. Cuando vuelvo con Stephanie, veo que la joven ha quitado las matrículas del Cadillac y las ha tirado a la papelera. Me gusta que tome la iniciativa.

Arrancamos. Después de conducir el tanque de Garrett, el Lumina es tremendamente fácil de controlar. Llegamos a la autopista. Me esfuerzo por no pasar de ciento treinta kilómetros por hora. El coche no va fino con las ruedas del desguace. Estoy tan concentrada en la carretera que me quedo muy sorprendida cuando miro a Stephanie y veo que la luz se refleja en sus mejillas húmedas.

—No voy a matarte.

—Lo sé —me dice como sin fuerzas.

—Pues no llores. ¿Acaso yo estoy llorando?

—Ni siquiera sé qué está pasando. —Su voz da saltitos.

Así que se lo cuento. No acabo hasta que no llegamos al Valle de la Muerte. Miro el reloj. Son las dos de la mañana. Lo dejo después de lo de la patada que le meto en los huevos a Garrett P. Cannon y se hace el silencio durante mucho rato.

Entonces, Stephanie empieza a ahogarse y a estremecerse, y me da la sensación de que de nuevo está llorando y de que todo lo que le he contado no ha servido para nada, y siento calor en el pecho. Es justo entonces cuando me doy cuenta de que se está riendo. Se ríe con fuerza. Es una risa que enseguida desemboca en histeria. Suelta a un volumen exagerado varias carcajadas que acaban en hipos, golpea el salpicadero con los talones. Dejo que se calme.

Ha visto morir a sus amigos hace poco, y ahora alguien está intentando matarla. Está a punto de sufrir una disociación. Recuerdo cuando me pasó a mí. Reía cuando debería echarme a llorar, lloraba cuando lo suyo era reírse, y, de pronto, un día, mis emociones estaban tan desordenadas que ya no recordaba cómo se suponía que tenía que actuar en cada momento.

—¿Es verdad todo lo que me has contado? —me pregunta sin respiración, intentado recuperarse de su ataque de risa.

—¿Por qué iba a mentirte?

Antes de que sigamos, tengo que hacerle una pregunta importante que lleva haciéndome cosquillas en la base del cerebro desde hace

rato.

—¿Cómo es que ni siquiera te has parado a pensar lo de venir conmigo? No me conoces de nada.

Pasan unos segundos de silencio.

—Sé quién eres —me dice seria—. Sé que lo que me ha sucedido a mí te ha sucedido a ti. Confío en ti.

—No me has convencido.

Exceptuando la luz de nuestros faros, el desierto está a oscuras. A nuestra derecha hay una valla de alambre.

—Me recuerdas a Alana —dice a oscuras—. Eres igual. Ella era mi mejor amiga en el campamento. Si hubiera podido llegar a la edad adulta, sería como tú. Cada vez que decía algo, me quedaba claro que estaba diciéndolo en serio. Estoy haciendo como que eres ella.

Lo dejo ahí. A veces tenemos que seguir lo que nos dicen las tripas. Por eso sobrevivimos.

—¿Puedes conectarte a internet con el móvil? —le pregunto para hacerle ver que he dado por zanjado el asunto.

—¿Qué necesitas?

—Quiero reunirme con una persona, pero no vendrá si sabe que soy yo.

—¿Qué hago?

—Entra en ManCrafting.com —le pido mientras pasa un coche que nos ilumina con sus faros.

Espero que la página electrónica no sea demasiado intensa para ella.

—¡Oh! —Exclama como si acabara de pincharse el dedo con una aguja. Luego se hace el silencio en su lado del coche.—. ¿Qué es esto?

—Es una página electrónica que lleva la persona a la que quiero ver. No quiero que navegues por ella. No vayas a otras páginas. Ve directa a la de contacto.

—Esta mierda me pone los pelos de punta… ¿Qué es?

—Son recuerdos de asesinos y asesinatos. En la página de contacto no sale ninguna imagen. Venga, ve allí de una vez.

—Es un formulario para enviar un correo electrónico.

—Escribe lo que te voy a dictar.

Nos tiramos un rato con ello, y le tengo que deletrear muchas palabras —«No, “p” de Paul», le repito mil veces—, pero para cuando llegamos a Tonopah tenemos lo siguiente:

> Urgente. Hola. Tengo que vender un montón de objetos que he encontrado en una taquilla que acabo de comprar. Mi novio dice que en vuestra página podríais estar interesados en ellos. Hay varias fotos y prendas de ropa que pertenecieron al tipo de gente que os interesa. Paz —esto es idea de Stephanie—, Marcia.

Stephanie pulsa «enviar», y ahora la pelota está en el tejado de Chrissy.

Por el retrovisor, un coche patrulla saca el morro por detrás de un tráiler, lo adelanta y se pone detrás de mí.

—Antes de que pasara lo del campamento —dice de pronto Stephanie—, me preocupaba la ropa que llevaba y si estaba lo bastante delgada… y cómo peinarme, lo que comía… e intentaba determinar si de verdad quería estudiar programación o si debería volver a jugar al tenis.

El coche patrulla se nos pega.

—Desde entonces, lo único que me preocupa es mantenerme a salvo. Me quedaron muy claras las prioridades. He dejado de preocuparme por chorradas.

Si hay algo que se me dé bien es escuchar a una Final Girl.

—Cada vez que el tipo le hacía daño a alguno de mis compañeros me daba cuenta de que no los consideraba sino globos de agua. Los pinchaba uno detrás de otro. La cuestión es que, cuando tuve la oportunidad de cargármelo… no pude hacerlo a tiempo. Estaba de espaldas a mí en el granero y Alana pedía ayuda a gritos y yo… yo me quedé helada. Podría haberlo empujado antes, pero no fui lo bastante fuerte. No lo fui hasta que no vino a por mí. Solo fui capaz de salvarme a mí misma.

—A veces es lo único que una puede hacer.

Se acerca una salida. Pongo el intermitente.

—No quiero morir, como los demás —dice.

Tomo la salida y el coche patrulla sigue adelante. Paro en el arcén y permanezco sin hacer nada durante aproximadamente un minuto, mientras puntos negros navegan por mi visión. ¿Habrá consultado el agente la matrícula? ¿La habrá apuntado? ¿Recordará un Chevrolet Lumina de color rojo oscuro cuando llegue a comisaría? ¿Atará cabos?

—Golpeó a Alana en la cabeza con un martillo. La golpeó una vez y otra y otra… ¿Por qué lo hizo?

Exceptuando a Final, nunca nadie había dependido de mí. Imagino a Marilyn, borracha en su descomunal dormitorio, sola. A Heather la imagino sentada en el suelo con las piernas cruzadas, soltando uno de sus monólogos, con una cuchilla escondida junto a la pierna. Imagino a Dani sentada en la mesa de su cocina, llorando, con las armas guardadas en el armero. Imagino a Julia, inconsciente en el hospital, con la puerta desprotegida. Pienso en Skye, en casa de su madre, frente al ordenador, sin pararse a pensar que podría haber alguien detrás de él. Nunca había tenido tanta gente de la que preocuparme. Debo mantenerme a salvo. Tengo que ser lista. El

policía podría haberme pedido que parara y, si lo hubiera hecho, todo habría acabado.

—No vas a morir —le aseguro a Stephanie, pero también me lo estoy diciendo a mí—. Nadie más va a morir. Voy a asegurarme de ello.

CHRISTINE MERCER: Entonces, Matty intentó detenerle, pero el tipo le dio con el hacha.

JOHN STRYCHER: ¿Vio lo que sucedió a continuación?

CHRISTINE MERCER: Lo siento... lo siento, pero había echado a correr. No sé qué sucedió. Salí corriendo, lo siento.

DONALD THOMPSON: No se preocupe.

JOHN STRYCHER: ¿Podría decirnos lo que le sucedió a Alexandra Cathcart?

CHRISTINE MERCER: ¿Alex está herida?

DONALD THOMPSON: No podemos hablar de su estado.

CHRISTINE MERCER: ¿Está muerta? ¿Qué ha pasado? ¡Tienen que decírmelo! ¡¿Qué ha pasado!?

DONALD THOMPSON: Ahora mismo no sabemos nada con exactitud.

JOHN STRYCHER: Tiene que decirnos qué sucedió a continuación, señora Mercer.

DONALD THOMPSON: Señora Mercer, ¿quiere hacer un descanso?

JOHN STRYCHER: Señora Mercer, ¿me ha oído? ¿Podría decirnos qué sucedió a continuación?

CHRISTINE MERCER: Pues qué iba a suceder... que el monstruo llegó y se los comió a todos.

Transcripción del interrogatorio llevado a cabo por los agentes John Strycher y Donald Thompson, de la Policía Montada del Canadá, a Christine Mercer, Final Girl de un homicidio múltiple, el 6 de noviembre de 1986.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XVI:

Temporada de Final Girls

Chrissy aparece media hora antes para controlar el Starbucks en el que se supone que nos vamos a reunir. No importa; esta noche hemos dormido en el coche y nos hemos despertado al amanecer. Para cuando llega al centro comercial de carretera llevamos todo el día vigilándolo. Stephanie no deja de juguetear con la radio. Llama a sus padres cada cinco horas, pero está aprendiendo. Cada vez habla con ellos menos rato y llora menos. Insisto en que mantenga el móvil desconectado el resto del tiempo. Eso la está irritando.

—A ver si se da prisa —masculla Stephanie.

—La paciencia te mantendrá viva.

—No si antes muero de aburrimiento.

Mi teoría era que Chrissy estaría cerca de casa, por lo que hemos venido a la zona sur de Alberta, cerca de donde tuvo lugar su incidente, escribiéndole correos electrónicos desde el móvil de Stephanie mientras conducíamos. Nos ha llevado día y medio. Acabábamos de cruzar Idaho cuando Chrissy nos comentó que se había mudado de Black Drum y que vivía en el sur, en la frontera con la zona este de Montana. Stephanie habría pensado de mí que soy idiota si hubiera resultado que se había mudado a Los Ángeles.

Chrissy es más cautelosa que yo, por lo que se gana mi respeto, aunque de mala gana. Jamás habría pensado que diría esto. Todas consideramos que Chrissy es una rémora e intentamos no pronunciar su nombre siquiera. Es una traidora, una masoquista, una chaquetera, una mentirosa. Padece el síndrome de Estocolmo. Nos da pena. La despreciamos. Pero por lo menos es cautelosa, y eso la convierte en una de nosotras.

—¿Puedo por lo menos entrar a ver qué está haciendo? — me pregunta Stephanie—. No sabe quién soy.

—Chrissy sigue todas las masacres como los canadienses siguen el *hockey*. *Sabe* quién eres. No vamos a estropearlo todo por subestimarla. Así es como sobrevivimos nosotras: miramos antes de saltar.

En el coche hace calor, pero va refrescando a medida que las sombras de la tarde se alargan. No salgo del coche sino en una ocasión, para ir al servicio del Jamba Juice. Da igual cuántas veces me

lave la cara, veintidós horas en el coche la han cubierto de una capa de grasa resistente al agua. Cuando esto haya acabado, las dos volveremos a Billings, y puede que nos alojemos en un hotel durante unas horas para ducharnos. Mi piel salta de alegría solo de pensar en ello.

—Ahí vuelve de nuevo —dice Stephanie. Hace una semana vio cómo asesinaban a sus amigos, y ahora está concentrada en vigilar. Las Final Girls tenemos que aprender a adaptarnos—. Ahí, en el Chrysler granate.

La caja de acero «hecho en los Estados Unidos» gruñe cuando pasa por delante del Starbucks por segunda vez, y su tubo de escape deja tras de sí una densa nube azulada. Entonces se interna por las filas de coches aparcados, a dos de donde estamos aparcadas nosotras. Nos hemos cruzado tantos correos electrónicos, ha habido tanto flirteo y hemos cerrado tantos tratos y confirmado esto y aquello tantas veces que ha habido veces en las que me han dado ganas de ponerme a gritar. He intentado evitar hablar de números diciéndole que quería que viera el alijo en persona para que me hiciera una oferta sabiendo qué tenía. He intentado hacerme la boba, hacerme pasar por una mujer que va de aquí para allá por tiendas de segunda mano y almacenes de alquiler con la intención de comprar barato y vender no tan barato. He evitado decirle dónde he dado con el alijo. He evitado mencionar nombres. Lo que no he podido evitar es decirle lo que tenía. Dar a «enviar» ese mensaje hizo que me sintiera sucia.

Los objetos que tengo los guardó y los etiquetó en bolsas de plástico el anterior dueño. Se trata de:

– Zapatillas de deporte usadas por Roddy Torres (manchadas con una sustancia oscura en la zona del dedo gordo de la zapatilla izquierda)

– Chaleco salvavidas del Campamento del Lago Red manchado de sangre (el logotipo del campamento está a la izquierda, a la altura del pecho)

– Percha retorcida en forma de bola con una mancha oscura en una punta (hay un recibo de venta que dice que la utilizó Danielle Shipman)

– Máscara llevada por el Fantasma 1 (con recibo de venta que confirma su originalidad)

– Una primera edición de *El Rey de los Sueños y su reino de la masacre* firmada por Heather DeLuca. La dedicatoria reza: «Que te den mucho por el culo, Heather».

– Cuatro fotos de la actriz Barb Coard sin camiseta en la película *Cascabeles de muerte* firmadas por Lynnette Tarkington.

Es esto último lo que la ha sacado de su escondite. Le envié una foto de una de ellas que Stephanie hizo con el móvil. Es lo más raro que hay en el lote. Cuando fuimos a Los Ángeles aquella primera vez, Garrett me hizo que le firmara unas cuantas fotografías de la actriz que me representaba en la película. Dejé de firmar fotos y demás objetos por el estilo cuando empecé en el grupo de apoyo, por lo que estas son preciados objetos de coleccionista. Es probable que pudiera llegar a conseguir quinientos dólares por cada una de ellas. Si fuera una Final Girl de verdad valdrían cerca de los ochocientos.

—¿Y vas a darle las fotografías? —me pregunta Stephanie.

—No, pero las querrá. Las querrá con todas sus fuerzas.

Hasta que no estamos saliendo de Nevada no me fijo en lo sucios que lleva los pies. No se ha quejado ni una sola vez. La envío a un Walmart con cuarenta dólares. Mi cara tiene que estar ya en todos lados, y además quiero ver si huye.

Vuelve a los cuarenta minutos —tiempo en el que no me dejan de sudar las palmas de las manos— con unas Chuck Taylor de imitación y una bolsa de tamaño familiar de gusanos de gominola agridulces.

—¿Quieres desayunar? —me pregunta mientras me ofrece.

—Necesitas algo más nutritivo.

—Vaya, qué gruñona —me dice al tiempo que mueve uno de los gusanos justo delante de mi cara—. ¿Doña Gruñona se está quedando desnutrida?

Me lanzo hacia delante de súbito y le quito la gominola de los dedos con la boca. Se ríe como una niña. Como Gillian.

Me hace preguntas. Quiere saber detalles de mi vida. Al principio me protejo, pero parece que le impresione tanto mi historia y que la descomponga tanto ver mis cicatrices que no lo puedo evitar. Descubro que me gusta llevar copiloto.

Cuando yo duermo, Steph conduce, y cuando ella duerme conduzco yo. Ella duerme mucho más, porque aún está agotada psíquicamente por lo sucedido, así que empiezo a mostrar síntomas de cansancio: estoy tensa, noto que me vibran los ojos y empiezo a oler mi propio sueño. Aún siento en la boca el sabor a azúcar del gusano agridulce. Meto la mano en la bolsa sin pensarlo y descubro que está vacía. Cuando duerme, Steph se retuerce y gime.

Me cuenta retazos de su historia mientras avanzamos hacia Montana. Al parecer, Christophe esperó en su coche fuera de la propiedad hasta la puesta del sol. Luego buscó un punto ciego en las cámaras de seguridad que rodeaban el campamento y se coló en el perímetro. Después de eso, le clavó una horqueta en el pecho a una, empaló con un atizador a otro, atravesó la garganta de otro de un

flechazo y a otra le disparó al ojo con un fusil de pesca. Al novio de Steph le aplastó la cabeza con una abrazadera en el taller de marquetería. Llevaban saliendo tres semanas.

—Nosotros llevábamos saliendo seis.

—¿Quiénes? —me pregunta con los pies apoyados en el asiento y la barbilla en las rodillas.

—Tommy y yo. —Es la primera vez que digo su nombre fuera del grupo de apoyo en más de una década—. Yo era animadora. Él jugaba a fútbol americano.

—Eso es muy *Jack and Diane*. ¿Estabais enamorados?

Es algo en lo que suelo pensar a veces.

—No llevábamos saliendo el tiempo suficiente como para saberlo. Tengo la sensación de que yo sí lo estaba, pero para serte sincera, no tuvimos la oportunidad de descubrirlo. Estaba a punto de acostarme con él por primera vez cuando Ricky Walker llamó al timbre.

—Yo era virgen cuando conocí a Paul. Yo no estaba enamorada, pero creo que él sí. ¿Has salido con alguien más después?

—No… lo cierto es que no.

Darme cuenta de ello me hace parpadear.

—Espera un momento… —me dice—, si eras virgen cuando salías con Tommy y no has vuelto a salir con nadie, ¿¡sigues siendo…!?

Stephanie abre los ojos y la boca con cara de horror.

—Tuve un novio. Una especie de novio. Después.

—¿Una especie de novio?

—Garrett P. Cannon. Y no, no soy virgen.

Me paro a pensar en que Tommy y yo no llegamos a mantener relaciones sexuales. En que no sé si aquella cena de Nochebuena sirvió para que mis padres salvaran su matrimonio. Pienso en cuánto amaba Gillian los caballos y en que no llegó a montar ninguno. En que no protegí a mi hermana. En que tengo que proteger a Stephanie.

Chrissy va con aire afectado y pomposo camino del Starbucks. Hace más de diez años que no la veía, pero reconocería ese caminar de chulita en cualquier parte. Chrissy camina como si contase con todo el tiempo del mundo. No es como yo, que voy corriendo de un lugar en el que me sienta a salvo a otro, que no dejo de estudiar los puntos por los que puede llegar el peligro, intentando detectar a los depredadores antes de que ellos me detecten a mí.

—¿Es esa? —pregunta Steph.

—No te asomes.

Chrissy lleva pantalones vaqueros de señora y una chaqueta también vaquera. Al hombro lleva un bolso grande. Llega quince minutos antes. Entra en el Starbucks y desaparece.

—Y ahora, a esperar.

—Parece joven —comenta Steph antes de coger la bolsa vacía de gusanos y perseguir los granitos de azúcar sueltos con la punta del dedo, con las rodillas en el salpicadero, sin quitar ojo a la puerta del Starbucks. Tiene el móvil en el regazo. Oigo que vibra.

—Es ella —me dice.

Estiro la mano y le toco la muñeca. Me doy cuenta de que lo hago mucho, de que busco excusas para hacerlo.

—No respondas.

Seguimos sentadas en el coche caliente. La bolsa crepita sin parar mientras Stephanie intenta dar con todos y cada uno de los granos de azúcar que quedan como si fuera una hormiguita metódica, y el móvil no deja de vibrar. Me va enseñando los correos electrónicos a medida que entran, cada uno de ellos un paso más allá en el proceso de convencerse de que le han dado plantón. Está la pregunta —«¿Estamos en el mismo Starbucks?»—; la súplica —«Por favor, avísame en cuanto llegues»—; la ira —«¡No vuelvas a ponerte en contacto conmigo! ¡Voy a asegurarme de que a todos los compradores les queda claro que eres una mentirosa!»—, y entonces Chrissy sale airada del Starbucks, directa a su coche.

—Ha tardado casi cuarenta y cinco minutos… —comento.

—¿Y?

—Que eso significa que las fotografías que firmé valen bastante más de lo que creía.

Chrissy pasa por nuestro lado en su chatarra granate, flotando sobre una densa nube de humo azulado de tubo de escape. Espero a que se haya alejado antes de arrancar y seguirla. Antes, Steph y yo hemos tenido una larga discusión sobre quién tendría que conducir, pero he ganado yo. Al fin y al cabo, soy la hermana mayor.

Al principio conducimos por una extensión de comunidades bien planeadas y tiendas de ofertas que no tardan en desaparecer y dejar paso a iglesias y a tiendas de chinos. Dejamos atrás tiendas de alfombras que, de acuerdo con los carteles amarillentos que hay en las ventanas, están de liquidación. Pasamos por delante de centros comerciales de carretera que no son sino filas de carteles de «Se alquila». Conduzco bien por detrás de Chrissy, a unos cuatro coches de distancia, asegurándome de que Stephanie va controlando el mapa en el móvil.

—Va a coger la Ruta 2 —me apunta Stephanie.

Pues yo también.

Salimos, tomamos otra salida más, luego tomamos una entrada y el desvío de una obra, y a medida que el sol se va poniendo pasamos

de la autopista a una carretera de dos carriles. Deseo con todas mis fuerzas que no cruce la frontera; no tengo claro que mi carné de la doctora Newbury vaya a engañar a los agentes de fronteras. Pasamos por delante de un sitio llamado Troy Group, de decenas de aparcamientos y de almacenes, todo ello diseminado por hectáreas y más hectáreas de tierra árida. Luego pasamos por delante de casas con los laterales de vinilo que tienen banderas estadounidenses con el color comido por el sol en el porche delantero y bañeras con patas con forma de garra llenas de plantas en el jardín lateral.

La carretera da vueltas y más vueltas e incluso nos encontramos con curvas de ciento ochenta grados cuando empezamos a subir las colinas. Damos una de esas curvas y, de pronto, Chrissy ha desaparecido. Entonces veo su coche aparcado delante de una iglesia de ladrillo completamente cuadrada. Pasamos zumbando por delante, porque allí no podemos pararnos, y me meto, acechante, en una calle lateral unos setecientos metros más adelante.

—Agacha la cabeza —me dice Stephanie.

—Sé lo que me hago.

Aunque no tenga un carné de conducir válido y esté improvisando constantemente, valiéndome únicamente de la confianza que tengo en mí misma, quiero proyectar autoridad. Steph tiene que pensar que tengo la situación bajo control. Debo hacer que se sienta segura.

Chrissy pasa zumbando diez estresantes minutos después, arrancamos y la seguimos, pasando a toda velocidad por bosquecillos que dan paso a edificios que crecen alrededor de intersecciones rurales. Entonces pasamos de rodar por asfalto nuevo a rodar por asfalto viejo, y no hay más que árboles a los lados de la carretera de montaña; avanzamos por una profunda trinchera de follaje, con el sol anaranjado bloqueado por las hojas verdes. Da la sensación de que la oscuridad se acerca a toda prisa.

La carretera da vueltas, sube y baja, y doy por hecho que tenemos que estar llegando a nuestro destino. Me concentro en no perder de vista a Chrissy, y Steph se concentra en no distraerme. Ambas sabemos que, como la perdamos ahora, los dos últimos días no habrán servido para nada. Stephanie se muerde las uñas. Es más sano que las gominolas.

No hay más coches en la carretera, así que me mantengo alejada. De vez en cuando vemos caravanas aparcadas en parcelas inundadas de hierba y carteles de madera clavados a estacas que ofrecen carne de conejo a diez dólares o cortes de pelo tanto para hombres como para mujeres. Tengo la sensación de que todo el que ha podido mudarse hace tiempo que lo ha hecho. Dejo que Chrissy se aleje un

poco más, que tome ventaja, luego se la quito, al rato dejo que se aleje de nuevo. Nos estamos internando en las montañas.

Damos una curva casi pegadas a ella porque ella coge despacio un camino de tierra que sale de la carretera y yo paso a toda velocidad por el otro carril y sigo tirando hasta que considero que es seguro volver atrás. Hago un giro de ciento ochenta grados y voy despacio hasta un poste de teléfonos junto al que hay apilada madera podrida y en el que han pintado la palabra «Leña» con espray naranja. El coche de Chrissy se ha sumergido en el bosque. Cinco segundos más y la habríamos perdido de vista.

—¿A qué esperamos? —me pregunta Stephanie con tono exigente.

—No quiero meterme por ese camino de inmediato. Podría estar esperando a que pasáramos y en unos minutos saldría y la perderíamos. Ahora mismo tenemos que considerar que esa pista es una trampa. Debemos esperar a que anochezca.

—¿¡Otra vez a esperar!? —Se tira contra el asiento.

—Otra vez a esperar.

Los bosques están en silencio y la penumbra va adoptando un tono azul grisáceo. Al rato, la carretera pierde lo poco que le quedaba de luz. La oscuridad se pega a las ventanillas por todos lados. Chrissy no sale de ningún camino de tierra. Espero que esto no fuera un atajo para llegar a otra carretera que recorra otra parte de las colinas. Espero que sea su destino.

Stephanie dobla la bolsa de las gominolas por la mitad, vuele a doblarla y sigue haciéndolo hasta que no puede doblarla más y la desdobla, la alisa y empieza de nuevo. Yo vigilo los puntos ciegos, observo la entrada del camino de tierra, me fijo en los árboles. Hasta que llega el momento en que no puedo más.

Abro la riñonera, saco el calibre 22 y me aseguro de que está cargada.

—Yo también necesito una de esas —me dice Stephanie.

—Voy a ir sola para hablar con ella. No debería tardar más de una hora. Si no es así, ven a por mí.

—¿¡Desarmada!?

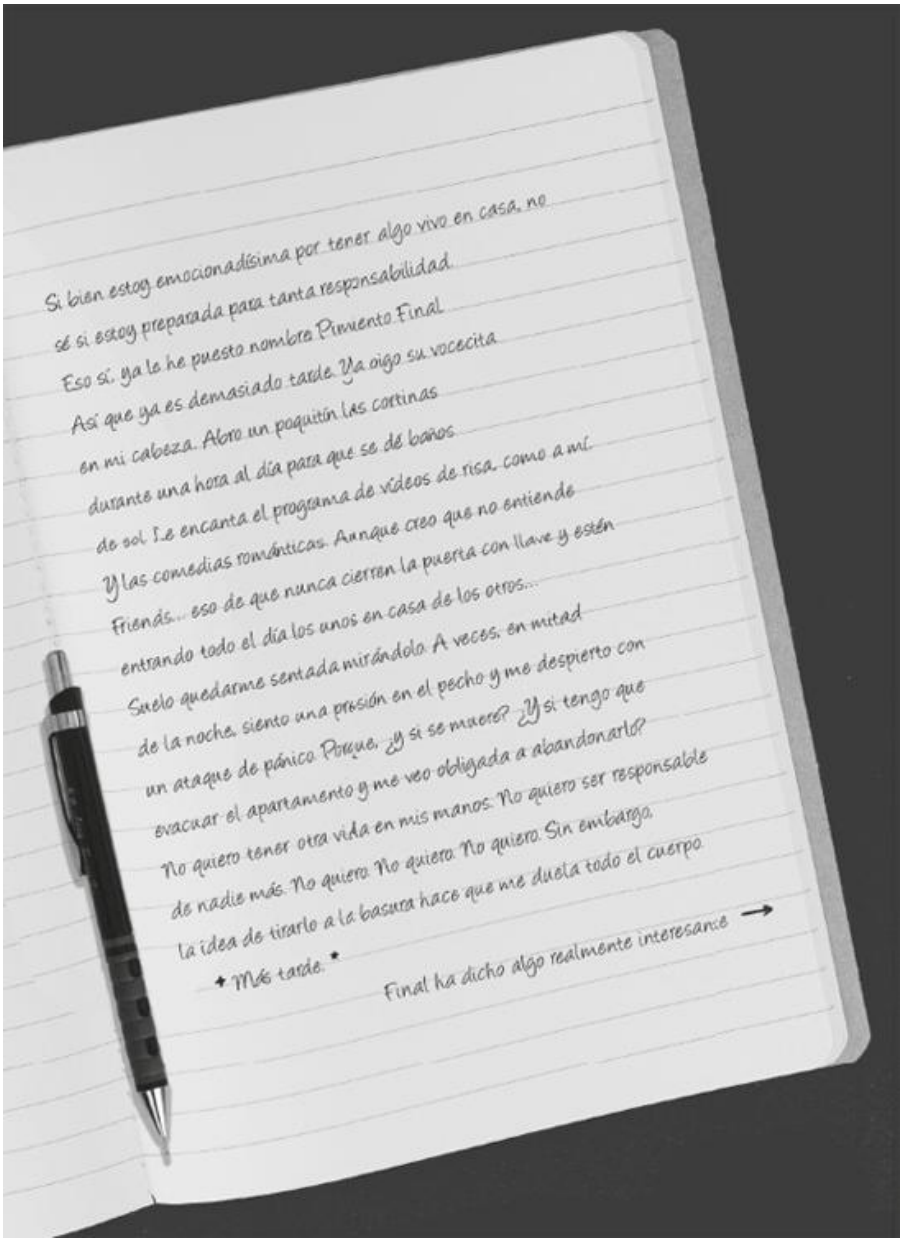
—Si no estoy de vuelta en una hora o no te he llamado al móvil, métete por entre los árboles y da conmigo.

—Genial. ¿Y qué hago, me limito a insultarla?

Le doy un botecito de espray de autodefensa que saco de la riñonera y cierro la cremallera. Abro la puerta del coche y la campanita que advierte de que hay alguna puerta abierta empieza a sonar en mitad de la noche.

—¡Esta mierda no funciona! —me dice Stephanie

Cierro la puerta a toda prisa para que la campanita se calle y se apague la lucecita. Además, así mis ojos se acostumbrarán a la oscuridad cuanto antes. El bosque está lleno de grillos que no paran de cantar. Recorro al trote el codo de la carretera y corto por el bosque hasta donde empieza el camino de tierra. Hago mucho ruido al pisar las hojas muertas, pero me interno igualmente en la oscuridad para dar con Chrissy la Loca, la Final Girl caída.



Diario personal de Lynnette Tarkington, 3 de enero de 2001

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XVII:

Novia de las Final Girls

Sigo empuñando la pistola a medida que avanzo por el bosque; quién sabe qué puede haber por aquí y quién sabe qué va a pensar Chrissy cuando me vea. Quién sabe hasta qué punto puede torcerse esto. Los árboles crecen apiñados y apenas dejan pasar la luz de la luna a medida que sigo internándome en la oscuridad, pisando más y más hojas que no dejan de crujir. Entonces veo un cadáver colgando de la rama de un árbol. Hinco una rodilla en tierra. Siento como si tuviera el estómago lleno de polillas.

El cadáver gira despacio. Es un niño, puede que un bebé. Me acerco y le toco el pie. Está húmedo, afelpado; se está descomponiendo. Es una Pantera Rosa de peluche que cuelga de un nudo corredizo. En otra rama del mismo árbol hay otro nudo corredizo; de este cuelga una muñeca, está desnuda y se le ve la cabeza de plástico, tiene el cuerpo de almohada y está empapado; también está colgada por el cuello. Veo más muñecos colgando por encima de mi cabeza. Conforman un huerto de fruta podrida. Barbies colgadas del pelo, seis en una misma rama; animales de peluche que la lluvia ha podrido; un árbol muerto con personajes de Disney clavados hasta lo más alto. Pluto tiene un clavo en el cuello; Minnie, ambas manos crucificadas al tronco; Mickey tiene una estaca en la cabeza, aunque todavía sonríe. Los árboles están cubiertos de tumores en forma de muñeco.

Sigo avanzando por este cementerio de juguetes, solo que, ahora más despacio. Este es un bosque por el que viene gente; un bosque que a alguien le resulta familiar. Llego a una lavadora, que brilla muy blanca en la penumbra. Me doy con la cabeza en un carrillón hecho con destornilladores. Chocan los unos contra los otros como locos. Veo electrodomésticos semienterrados a mi alrededor, metal pintado y oxidado que brota de la tierra.

Me he metido de lleno en alguna locura. La locura de Chrissy.

Más adelante, en una especie de claro, veo una casa desvencijada. El techo está roto y hundido. Dentro hay luz. Está rodeada de edificios exteriores llenos de moho. A un lado tiene una especie de cabaña, y al otro una caseta de perro llena de leña. Hay un garaje abierto que han empezado a inundar los árboles, y dentro hay un montón de

rectángulos cubiertos con lona azul. Por detrás de la casa se alza una enorme sombra, un enorme granero prefabricado, amenazante por encima del tejado de la casa de los años cincuenta que se levanta despatarrada por delante de él.

Doy un paso atrás y me topo con un tronco cálido. Se mueve. Es un hombre. Gigantesco. Sólido. Es una torre a mi lado. Mi primer impulso es salir corriendo, pero estoy entrenada. Le pego un codazo en la zona del abdomen, me agacho y le hago un barrido. Siento como si se me hubiera roto el codo. Mi mentón choca con sus botas. Un fuerte dolor me supe por la pierna. Le doy un rodillazo en la entrepierna y siento como si se lo hubiera dado a una pared.

Tiene los ojos pequeños y la cabeza como una pelota de tenis a la que le falta pelo. Lleva una sudadera negra y pantalones militares metidos por dentro de las botas. Me coge por las muñecas y me las retuerce, y dejo caer la pistola. Le muerdo la mano. Ni se inmuta. Sigue retorciéndome las muñecas mientras yo le pego patadas en las espinillas, le piso los pies, muerdo su asquerosa carne. Apesta. Su olor corporal me echa para atrás.

Me coge del pelo y me mete la cabeza entre las rodillas. Pierdo el equilibrio, trastabillo y siento que me arde la frente cuando me levanta cogiéndome por el pelo. Tengo que agarrarle de la muñeca con ambas manos para que no me arranque la cabellera de raíz a medida que me sube. Me duele tanto que siento náuseas. Me levanta sin esfuerzo.

Si Stephanie viera esto perdería toda su confianza en mí.

De pronto estamos fuera del bosque, caminando por el jardín delantero, por la luz, subimos tres escalones de ladrillo y el tipo abre la contrapuerta con el pie. Siento como si me fuera a estallar la cabeza. Saco la cuchilla del bolsillo de delante y me corto el pelo de un tajo. También me llevo parte de la piel. Apenas caigo unos diez centímetros, pero me tambaleo de lado, como si mis tobillos fueran cristales rotos. Clavo una rodilla en la tierra.

En la casa hace demasiado calor y huele como a comida de hace días. Cuando levanto la mirada, el tipo está entrando en la cocina. Abro la contrapuerta de golpe y salgo corriendo hasta allí donde me ha atrapado. Encuentro la pistola entre hojas podridas. Luego entro cruzo rápidamente la puerta mientras él sale de la cocina con un cuchillo. Adopto la posición Weaver sin pensarlo, con el dedo en el gatillo y sujetando el arma con ambas manos.

—¡Parad! —grita una mujer.

Ya estoy apretando el gatillo cuando, de súbito, Chrissy se interpone entre ambos. Aparto ligeramente el cañón en el último

instante, se oye un chasquido y de pronto hay un agujero en una de sus paredes de yeso y humo con olor a pólvora en el aire.

—¡Parad los dos! —Tiene una palma delante de cada uno de nosotros.

No me muevo. El Monstruo del Dolor tampoco; pero no deja de mirarme, cuchillo en mano, respirando como si nada.

—Tendría que haber imaginado que serías tú, Lynnette — me dice Chrissy—. En realidad no tienes las fotos, ¿verdad?

—Dile que aparte el cuchillo.

Pero yo no bajo la pistola.

—Lynnette, has entrado en nuestra casa por la fuerza.

Sigo apuntándole a esa cabeza sin pelo. Tiene pequeños cortes por todo el cuero cabelludo de cuando se la rapa. No puedo apartar la mirada de una gran costra oscura que tiene en la sien derecha.

—Keith, es una vieja amiga —le dice Chrissy mientras le acaricia los bíceps. ¡Pero si apesta como un caballo, ¿cómo puede tocarlo siquiera?!—. ¿Por qué no vas al taller mientras nosotras nos ponemos al día?

El monstruo se da la vuelta y vuelve a la cocina. Oigo que abre el cajón de los cubiertos y ruido de metal contra metal cuando lo cierra de golpe. Se abre una puerta en la parte de atrás de la casa. Se cierra de golpe. Se hace el silencio en la casa.

—Me has hecho perder toda la tarde. ¿Cómo me lo vas a compensar?

—Quería advertirte —le miento—. Alguien está intentando matarnos a todas.

Chrissy me examina durante un buen rato y después sonríe.

—Mira que te conozco… —me dice—. Vas a tener que firmar unos cuantos libros antes de irte. Venga, ven a la cocina.

Abandona la habitación como si yo no le diera el menor miedo y oigo cómo abre la nevera. Bajo la pistola.

Siempre he sabido que Chrissy era peligrosa. Mientras que el resto de nosotras intentábamos unir como podíamos los pedazos de nuestra vida e intentábamos dejar atrás a nuestros monstruos, ella los abrazaba. Se convirtió en su mayor defensora. Se apuntaba a todas las teorías de la conspiración e incluso recaudó fondos con los que revocar sus condenas en el mismo lugar donde había sucedido la masacre en la que se vio implicada durante aquella reunión nocturna de antiguos alumnos.

La doctora Elliott tiene una teoría. Cree que, dado que la fiscalía confió en el testimonio de Chrissy para condenar a su monstruo, que se trataba de su padrino, era posible que la joven tuviera un profundo

sentimiento de culpa y necesitase que los monstruos la perdonasen. Mi teoría es más sencilla: está loca de remate. Y los locos son peligrosos.

Pero no he llegado hasta allí para quedarme en una habitación yo sola, así que me armo de valor y sigo a Chrissy a la cocina.

La casa… o no han llegado a acabarla o la están desmantelando. Hay paredes de yeso claveteadas y sin pintar en la sala; el marco de la puerta de la cocina está hecho con tablones de madera, como si fuera provisional, y aquí hay cables extensores naranjas de esos típicos de las obras. En la mesa hay una cafetera al lado de una batidora. La encimera está llena de bolsas de la compra, botes de galletas y tarteras.

—¿Te apetece una taza de té? —Chrissy está al lado de un lavavajillas que casi sale de la encimera y ha empezado a llenar un hervidor de agua con una garrafa—. Siéntate donde quieras.

Aparto un montón de cartas de una silla de madera con las patas un poco flojas y me siento de espaldas a la pared, desde donde puedo controlar la puerta y la ventana. Dejo la pistola en la mesa, delante de mí. La empuñadura brilla. Es por el sudor. Me seco las palmas en los pantalones. Por toda la mesa hay botes de pastillas, cartas de publicidad, bolsas de plástico llenas de guantes de goma amarillos y trapos de cocina a los que todavía no les han quitado el precio.

—Esta fue la primera casa de mis padres —comenta mientras deja la garrafa de agua junto al fregadero, que está repleto de cacharros—. Ahora mismo vale menos que lo que pagaron por ella en los años sesenta. ¡Qué putada, ¿eh?! Cabría pensar que, por lo menos, el terreno valdría algo.

—Lo siento.

Enchufa el hervidor y busca el té por los armarios. Ninguno de ellos tiene puerta.

—Esta era una zona carbonera… pero ya no queda carbón. Y los químicos que utilizaron para limpiar el carbón contaminaron las aguas subterráneas. Dicen que no pasa nada por beber el agua del grifo, pero a los bebés les salen llagas en la boca y a los adultos les sangran las encías. Por lo menos llevan ocho años demandando a la compañía química.

Mete el brazo hasta el codo en uno de los armarios que hay junto a la nevera y saca una bolsita de té Lipton. En la fregadera encuentra otra, seca, la arranca de una pila de platos por fregar y aclara dos tazas.

—¿Por qué volviste?

—A Keith le gusta.

La locura de Chrissy me llega como si fuera su perfume.

—Alguien ha matado a Adrienne. ¿Te has enterado?

Sonríe. Me enfurece. El hervidor silba. Sirve el agua.

—Toma —me dice mientras deja una de las tazas delante de mí. Ni siquiera presta atención a la pistola. Le doy un sorbo. Está muy caliente y sabe amargo—. Nunca hemos estado de acuerdo en el significado de nuestras experiencias.

—Un psicópata y su hermano me atacaron con intención de matarme; y, en esencia, a todas nos ha pasado lo mismo. ¿¡Cómo no vamos a estar de acuerdo!?

—Tú lo llamas ataque y yo lo llamo búsqueda chamanística que utiliza un calvario para llevarnos por un viaje interior de descubrimiento personal con el que alcanzar la síntesis y la paz.

—Sí, vale, que no estamos de acuerdo, pero la cuestión es que alguien va a por las Final Girls. Ha matado a Adrienne y ha hecho lo imposible por matarme a mí. Ha enviado a Julia al hospital y ha quemado la casa de acogida de Heather. Tenemos que trabajar juntas. ¿O es que crees que no va a venir a por ti?

—Esa siempre ha sido tu mayor tara. Siempre lo has entendido al revés, y mientras sigas haciéndolo vivirás con miedo.

—¿No nos vas a ayudar?

—¿¡A qué!? —Se echa a reír—. No pienso unirme a ningún superequipo de Final Girls.

—Pero estás en contacto con Billy Walker y con Harry Peter Warden. Te comunicas con ellos regularmente, ¿verdad?

—No se merecen lo que les han hecho.

—Y vendes su… —me cuesta mucho pronunciar la palabra— su arte.

—Sin comentarios.

—No te hagas la digna, Chrissy. Encontramos tu nombre día sí y día también en la lista de visitantes de Billy, y es probable que también salgas una y otra vez en la de Warden. Te están utilizando. Alguien te ha convertido en su sistema de mensajería privado.

Entonces me doy cuenta de que Chrissy no ha parpadeado ni una sola vez desde que nos hemos sentado. Había dado por hecho que ella era la intermediaria, pero ¿y si todo esto es cosa suya? ¿Y si la doctora Elliott nunca le pidió ayuda a Chrissy? Creía que estábamos huyendo del peligro, poniendo tierra de por medio entre la doctora Elliott y nosotras… pero ¿y si me he metido directa en el avispero?

—¿Hablas alguna vez con la doctora Elliott? —le pregunto al tiempo que siento tal urgencia por alcanzar la pistola que tengo calambres en las manos.

—¿Todavía dirige vuestro club de costura? —Sonríe. Sigue sin

parpadear.

—¿Alguien te ha pedido que te pongas en contacto con Warden o con Walker? No me molesta, pero quiero saberlo.

—Claro que te molesta. —Se ríe—. No me habrías demandado tantas veces de no ser así.

—Era Marilyn la que te demandaba, y ya lo ha dejado. Ahora mismo a ninguna nos importa que vendas la mierda de esa gente y que hagas que su cuenta de la cárcel esté siempre a rebosar. A ver, es enfermizo y amoral, pero ahora mismo tenemos preocupaciones mayores. Creemos que, sea quien sea quien el que está detrás de esto, podría estar utilizándote para comunicarse.

Me estudia durante un minuto.

—Quien sea que está detrás ¿de qué? ¿Crees que soy la secuaz de algún consorcio misterioso de hombres que se reúnen en las sombras y quieren acabar con todas vosotras? ¿O es que quieres que viole la confianza de estos artistas para que puedas vengarte de una conspiración de cuya existencia ni siquiera tú estás segura?

—No es venganza, es defensa propia.

—Es una perversión de la naturaleza.

Meto la mano en la riñonera, saco la fotografía doblada y la aliso sobre la mesa. Es una de las de Barb Coard. Chrissy se incorpora.

—Ese es un objeto raro —sisea entre dientes—. Lo estás devaluando.

—Tengo otras tres. —Es mentira—. Las firmaré y les pondré la fecha. En el mercado solo hay cuatro. Merece la pena.

Me sonríe con aire perdonavidas.

—Tengo todo el dinero que quiero. Ahora mismo me interesa más catalogar mi colección que ampliarla.

—Entonces, ¿por qué te has mostrado tan ansiosa por comprar lo que te dije que tenía… antes de que supieras que era yo?

—Ay, Lynnette, ¿de verdad piensas que no sabía que eras tú desde el principio? —me pregunta con engreimiento.

Me embargan las ganas de quitarle esa sonrisa de suficiencia de una bofetada. Podría coger el arma y pegarle un tiro; pero no para matarla, en la rodilla. En un sitio que doliera. No ha jugado conmigo. No está jugando conmigo. No soy tan idiota. No he caído en una trampa.

—He estado siguiendo las noticias de lo sucedido en Los Ángeles con mucho interés —me dice—. Sabía que esto iba a pasar antes que cualquiera de vosotras. Siempre me has caído bien, Lynnette. Siempre he pensado que si había alguna de vosotras con los huevos necesarios como para venir aquí y hacerme las preguntas adecuadas, eras tú.

La ventana de la cocina es un brillante cuadrado de oscuridad. No se oye movimiento en el resto de la casa.

—¿Sabes de quién se trata? —le pregunto.

—Me di cuenta de lo de los números hace casi dos años. Me preguntaba a qué harían referencia. ¿No te gustaría saber lo mismo que yo?

—¿Qué números?

—Los números de los correos electrónicos.

—¿Qué correos electrónicos? ¿Con quién has estado en contacto?

—Tú siempre has sido más una víctima sin terminar que una Final Girl, pero que estés aquí es una señal. Yo diría que este va a ser tu incidente. Por fin.

Le brillan los ojos y caigo en la cuenta de lo lejos que estamos de la civilización.

—Qué suerte tienes —me dice—. Creo que estás a punto de convertirte en una Final Girl.

Se hace el silencio. Un silencio largo. Miro las puertas, convencida de que acaba de darle el pie a alguien para que entre, pero no aparece nadie.

—¡Acabo de unir los puntos! —me suelta—. ¡Qué maravilla! ¡Por fin es tu momento y yo soy el siguiente paso en tu camino!

Se lleva las manos al esternón y cierra los ojos con expresión de dicha.

—¡Vaya! Ven, que tengo el ordenador en el museo —me dice.

Echa la silla hacia atrás y se pone de pie. Yo también. La sigo por un pasillo corto que da a la parte trasera de la casa, detrás de la lavadora y la secadora.

—Para conectarme tengo que pasar por el museo —me explica con una mano en el pomo de la puerta del lavadero—. Me recuerda a diario el camino que hemos tomado cada una de nosotras. Y ahora tú también vas a emprender ese camino. Prepárate, Lynnette. No sabes lo contenta que estoy de que por fin vayas a saber lo que se siente.

Abre la puerta y el aire frío me golpea como si acabara de abrir un frigorífico. Entra y enciende la luz. Oigo el parpadeo de los fluorescentes en el enorme granero prefabricado que hay pegado a la parte trasera de la casa. Sin embargo, delante de nosotras solo hay un pequeño armario con cortinas negras en el fondo. Por encima de ellas cuelga un cuchillo de treinta centímetros de hoja. La hoja tiene manchas de algo oscuro y alquitranado. Está cruzado con una barreta que tiene pelo pegado.

—Ambos son de Dani. Me costó muchísimo conseguirlos, pero siempre me han servido para que me sienta más cerca de ella. Son el

arma que su hermano utilizó para transformar a sus amigos y la barreta con la que Dani mató a su hermano. El yin y el yang. Pasar por debajo de ellos siempre me invita a reflexionar.

Me siento un poco mareada. Chris coge una linterna que hay en una balda y descorre las cortinas de par en par. Al otro lado hay poca luz. Algo me dice que seguir adelante es una muy mala idea.

—Entra, Lynne, que te voy a enseñar mil y una maravillas.

—Y lo de los correos electrónicos —digo con la intención de mantenerla anclada a la realidad.

—Sí, eso también… siempre y cuando sigas interesada en ellos cuando te haya enseñado mi museo.

Me seco las manos en los vaqueros y confirmo que le he quitado el seguro a la pistola. A continuación, sigo a Chrissy a su museo de recuerdos de asesinos.

Todos nuestros monstruos son el mismo monstruo, el monstruo masculino. El lobo bzou, el vampiro, el trol, el ogro. Bannik, el demonio ruso que viaja de noche y fustiga a los niños que se portan mal. Barbazul, que mata a su prometida.

¿Cuál es la historia del minotauro, sino la de Teddy Volker en el Campamento Sangre? Jovencitos enviados a un lugar lejano del que no pueden escapar y a los que persigue un monstruo hasta que da con ellos y los asesina en un sacrificio ritual.

Nuestros monstruos son los visitantes nocturnos, los hombres del saco que roban niños, los que los destripan. Los que se los comen. Es la historia más antigua de todas, la única, nuestro intento de imitar los dos actos de Dios: la creación y la destrucción; el nacimiento y la muerte. Y, como las mujeres dan a luz, son los hombres los que han de encargarse de la muerte. Y resulta que se han convertido en verdaderos expertos en la materia.

«Los monstruos, nuestros creadores: Desde el Diluvio Universal hasta las Final Girls», por Christine Mercer, publicado por primera vez en la *Revista de Folclore Comparativo*, número de noviembre-diciembre de 2009.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XVIII:

La maldición de las Final Girls

La casa estaba tan desordenada que parecía que estuviera en ruinas. Era claramente el producto de una cabeza desordenada. Sin embargo, en el museo todo está archivado, ordenado en alguna balda, metido en bolsas, catalogado y clasificado. En cuanto entro en la sombría y silenciosa primera estancia, la respiración de Chrissy se vuelve más lenta y sus movimientos resultan suaves y fluidos.

La estancia está iluminada por una serie de lámparas antiguas y hay una alfombra recargada que parece recién sacada de la recepción de un paritorio, con rosas rojas que destacan como si fueran órganos ensangrentados y festoneada con enredaderas y coronas de flores que parecen intestinos.

—Siento mucho que parezca una labor de aficionado —me dice Chrissy—, pero te sorprendería la demanda que hay todavía.

La estancia está llena de baldas. Llegan hasta lo más alto de las paredes provisionales, que Chrissy ha cubierto con una malla metálica. Por encima de ellas veo oscuridad y, después, las vigas metálicas que sujetan el techo prefabricado. La mayoría de la gente no vería nada especial en las baldas: clavos, botellas llenas de tierra, una vieja pistola de silicona, zapatos de cuero abarquillados, el payaso de juguete de un niño, filas de carpetas de anillas y álbumes de recortes, una progresión ordenada de bolsas de plástico novísimas que contienen limas de uñas y cepillos con pelos, un par de tijeras de barbero deslustradas por el paso del tiempo, una vieja plancha con el polvo blanco con el que se toman las huellas dactilares en el mango, un ladrillo.

Yo, en cambio, sé lo que estoy viendo.

Clavos de la casa de Chicago donde H.H. Holmes cometió sus asesinatos, gravilla del lugar en que acribillaron a Bonnie and Clyde, la pistola de silicona con la que Robert Berdella selló las orejas de sus víctimas, los zapatos que llevaba Albert Fish, un mechón de pelo de Charles Manson, el payaso de juguete de John Wayne Gacy, una postal de Navidad de Ted Bundy, un ladrillo de la casa de Sharon Tate.

Para cierto segmento de la población, estos son símbolos de estatus más poderosos que un Mercedes Clase S o una casa en los Hamptons. El sitio huele como una tienda de segunda mano del

infierno. Huele muy fuerte a sangre vieja y a sudor seco; el sudor amargo del miedo vivido por la gente que tuvo que huir para salvar la vida, el sudor almizclado producido por el hambre de quienes dejaban caer la maza.

—Estos «quiero y no puedo» no tenían visión —asegura Chrissy—. Venga, vamos, que no debemos pasar aquí mucho tiempo. Su falta de ambición podría pegársenos.

No quiero seguirla a través de esa entrada flanqueada por cortinas negras… pero quiero ver esto hasta el final. Compruebo el móvil: una barrita. Y han pasado treinta minutos. Quiero mandarle un mensaje a Steph y ponerla al día, pero ella es mi as en la manga. No puedo delatar su presencia.

—¿Vienes? —me pregunta Chrissy desde la oscuridad.

Ya sé lo que hay en el resto de su parque de atracciones: raras botellas de vino para los coleccionistas que más pagan; para esas personas para las que el precio no es un problema. Si eres lo que compras, ¿qué dice de ti que te gastes 6.143 dólares en el arpón que clavó a una animadora embarazada a la pared de un cobertizo para lanchas en 1978?

Pero no lo voy a dejar. Voy a verlo todo. Cruzo el umbral y entro en la oscuridad. Chrissy ha dado forma con paredes provisionales a un laberinto que va de aquí para allí por el granero. Estamos en un largo pasillo con puertas cerradas a ambos lados, puertas que tienen pomos oscuros.

—¿Sabes cuánto tiempo me llevó organizar todo esto? Seis años. Eso es típico de artistas. ¿Quién pasa seis años construyendo algo que no sea arte?

—Huele.

—Es el almizcle. Y el perfume de nuestras hermanas. Ya sabes que siempre me has caído bien, Lynnette.

—¿…Gracias?

—No, lo digo en serio. Siempre me ha parecido que tenía que ser muy duro ser tú. Yo tuve clara mi vocación desde el primer momento, pero para ti ha tenido que ser confuso. Te metieron en el saco de las Final Girls, pero nunca tuviste sangre en las manos. Nunca sufriste una iniciación.

—¿Hasta cuándo voy a tener que aguantar esta rareza tuya, Chrissy? Porque si podemos avanzar te lo agradecería.

—Qué graciosa eres. Estás frente a algo magnífico y no te das ni cuenta.

Sigue caminando, guiándome hacia la oscuridad. Algo me acaricia la cara, algo ligero como una telaraña, y me encojo e intento

mantenerlo apartado de los labios. Es un mantón de ganchillo sucio. Ha sido un error entrar aquí. Estoy traicionando a todas las personas que conozco al prestar atención a la locura de Chrissy. Está claro que lleva demasiado tiempo aquí, en el bosque, dejando que su enajenación empeore, esperando a que alguien aparezca para vomitarle toda su chifladura. Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza y el dolor me da algo en lo que concentrarme. Quiero saber qué es eso de los correos electrónicos.

—¿Qué nos ha pasado a todas? —me pregunta—. Alguna vez te has parado a pensarlo.

—¿Te refieres a «por qué a mí»?

—No, más bien a por qué esto. ¿Por qué tantos asesinatos?

Seguimos adentrándonos en su museo, dejando atrás vitrinas y cabezas de maniquíes que llevan lo que parecen pelucas, pero que no tardo en darme cuenta de que son cueros cabelludos humanos. Se detiene delante de una puerta oscura y espera a que la alcance.

—El hombre intenta robarle la capacidad de dar vida a la mujer asesinándola —me dice—. Nosotras alumbramos niños y ellos los matan. Nosotras creamos vida y ellos, muerte. Así ha sido siempre.

—¿Y qué tiene eso que ver con nuestros monstruos?

«Monstruos». A veces la palabra se me traba en la garganta, porque suena demasiado grande, demasiado mística, demasiado dramática. Aquí, sin embargo, suena adecuada.

—¿Es que no lo entiendes? —me pregunta—. Es la búsqueda de una visión. Es un acto de autocreación. El monstruo no está asesinando gente, sino partes de sí mismo. Mata a la puta, al sabiondo, al drogadicto, al atleta, a la animadora… que no son sino diferentes facetas de su personalidad.

—A Dani le va a encantar saber que consideras a sus amigos facetas de la personalidad de su hermano.

—No es literal. Te resistes a entender lo que estoy diciendo aferrándote a la semántica. Lo que intento es explicarte por qué hacen lo que hacen.

—Porque son unos psicópatas.

—Esa es una palabra muy pequeña. ¿Te sientes superior a ellos al dar un diagnóstico, al poder guardarlos en un cajón? Sabes que son mucho más que eso. Si solo fuera un problema psicológico daríamos con la cura. Este es un problema metafísico.

—Es un problema de justicia criminal.

—Estas partes de su personalidad son problemáticas porque son débiles. —Me ignora—. El monstruo quiere ser duro, quiere ser peligroso, así que mata las partes débiles él mismo. Sin embargo, el

viaje siempre acaba en el mismo punto: solo quedan el monstruo y la Final Girl. Da igual hasta qué punto destruya esas otras partes de su personalidad, no puede destruir la parte femenina de sí mismo. Ni siquiera la destrucción puede deshacer la creación. El impulso femenino primario, el ansia procreadora, no se puede deshacer. Cuando acabas con todo, cuando no dejas sino lo básico, eso es lo que queda: creación y destrucción, femenino y masculino, vida y muerte, nacimiento y asesinato.

Me hace pasar a la estancia. Está completamente a oscuras. Chrissy se inclina hacia la derecha y pulsa un interruptor que hace que se enciendan decenas de apliques con bombillas de bajo consumo. De pronto nos encontramos en el Campamento del Lago Red hacia 1978. Por encima de mí hay un chándal de monitor crucificado a la pared y banderines del campamento en lo alto de las paredes. Hay troncos partidos por la mitad en los que se lee «Pumas del Campamento del Lago Red» con letras quemadas en su carne blanca. Hay frisbis del campamento alineados como si fueran platos de Franklin Mint junto a balones de fútbol americano y remos de canoa firmados por todas las chicas de la cabaña 21.

—El tipo que se encargaba del almacén del campamento estaba vendiendo todo esto a precio de saldo en eBay. ¡Tiré la casa por la ventana!

Hay nueve fotografías enmarcadas en fila sobre el chándal, cada una de ellas de una quinceañera sonriente. Reconozco a Valerie Bates, la mejor amiga de Adrienne. Adrienne hablaba mucho de ella cuando daba sus charlas. Entonces me doy cuenta de que hay recuerdos más siniestros repartidos por entre las alegrías del verano: un arco y una flecha —la cabeza de la flecha está dentada y torcida—, un arpón con las gomas rotas, un machete.

La estancia huele ligeramente a pino. Chrissy debe de haber puesto un ambientador para conseguir ese toque a bosque.

—El Campamento del Lago Red —comenta—. ¿Sabías que se construyó donde vivía la tribu de los mono? Los mono creían en Ninitikati, un esqueleto que nunca dejaba de tener hambre a pesar de haberse comido su propia carne. Perseguía a las mujeres y se las comía junto con sus hijos. Una vez había empezado a perseguirlas no paraba, y la única alternativa de estas era matarlo. Ahora bien, Ninitikati nunca moría. Daba igual lo que le hicieran, siempre se rehacía. Es una idea que pesa sobre esos bosques, la de un espíritu que busca un huésped. A Bruce Volker no se le conocía enfermedad mental alguna hasta que aquello sucedió. Según los que lo conocían, ni siquiera soportaba ver sangre.

—Te estás poniendo muy mística con la vida de las personas. Las personas no son ideas abstractas, son seres humanos.

—¿A quién le importa? ¿A quién le importa que murieran? Nueve muchachitas y Bruce Volker murieron en el Campamento del Lago Red… ¿y qué? Añádeles todos nuestros amigos y familiares muertos, y no llegan a cincuenta personas. Anualmente mueren cincuenta millones de personas. Entonces, ¿por qué todos se fijan en nosotras? ¿Qué es lo que nos hace tan especiales? ¿Cómo es que se acuerdan de nosotras? Aquí al lado, carretera abajo, Simmons White llegó a la conclusión de que, si le faltaba un brazo, cobraría una pensión, así que le pidió una sierra mecánica a su vecino e intentó cortárselo. Cuando su hija fue a impedírselo, la cortó en pedazos y decidió que iba a hacer lo mismo con su esposa. ¿Sabes por cuánto compré esa sierra mecánica? Por ochenta dólares. ¿Y el mazo que pertenecía a los Hansen? Ese con el que mataron al novio de Marilyn. Se vendió hace cinco años por catorce mil dólares. ¿Pero cuál es la diferencia?

—Chrissy, me estoy cansando de esto.

—No, tienes que entenderlo. Nuestras muertes tienen un significado mayor. Son más importantes. Son más simbólicas. Tienen resonancia. ¿Nunca te paras a pensar por qué?

Sale por la puerta y vuelve a guiarme por el lóbrego pasillo. En las paredes hay huecos vacíos, oscuros, y el pasillo gira a un lado y al otro. Desde lo alto me llega el sonido del metal al enfriarse a medida que el calor del día se va disipando del tejado de chapa.

Entro en otra estancia oscura junto con Chrissy y oigo un chasquido. Una mujer se materializa justo delante de mí, flotando en medio de la sala. Me da un vuelco el corazón y estoy a punto de salir corriendo cuando me fijo en que se trata de un largo y acampanado vestido blanco.

—Era de Marilyn. De su baile de puesta de largo. El que llevó en el 78.

Cuelga de decenas de sedales, que son lo que le da forma corpórea. Parece que dentro hubiera una Marilyn invisible.

—Estaba en la casa de veraneo que sus padres tenían en el Golfo. Lo vi en un especial de televisión y enseguida supe que tenía que ser mío. Pagué a la guardesa de la casa casi ochocientos dólares para que me lo consiguiera. A veces vengo aquí y hablo con él.

Las paredes están llenas de ramilletes y copas de champán con carmín en el borde. Hay una fotografía enmarcada de todas las damas de aquel año y Marilyn está en el centro, resplandeciente, esforzándose porque no parezca que había visto morir a sus amigos dos meses antes. Por encima de todo, en lo más alto de la pared, en el

lugar de honor, hay una maza sucia.

—¿Esa es…? —empiezo a preguntar.

—No pretendo vender nada de lo que hay en esta estancia —me corta Chrissy—, por lo que no voy a hablar de su procedencia.

—Me pones los pelos de punta.

—Chrissy, la que pone los pelos de punta. Eso decían de mí en el instituto. Bueno, hasta la reunión de antiguos alumnos. A partir de entonces me convertí en una heroína, una Final Girl… una víctima. Después de la reunión de antiguos alumnos era justamente lo que ellos querían que fuera y aquello que les daba miedo que fuera… ¡todo en uno!

—Chrissy, quiero ver esos correos electrónicos.

—Y te los voy a enseñar, pero, Lynnette, cuando ya no quedan sino la Final Girl y el monstruo, ¿qué sucede? Ella lo apacigua, como la virgen al unicornio. El unicornio es salvaje y feroz, pero cuando ve a la doncella apoya la cabeza en su regazo y se tranquiliza. La Final Girl y el monstruo son dos partes de la misma persona. Piensa en ello. Una de ellas corre a toda prisa y grita y tiene recursos y lucha por sus amigos. La otra es lenta, pero implacable. Silenciosa. Y mata. Y está sola.

—Y luego le joden bien. Y va a la cárcel. O lo matan. Así que las mujeres ganan. ¡Viva!

—No, eso no pasa nunca. ¿Acaso no conoces tu propia historia? El monstruo vuelve, y al final ella lo mata. Y ese es el momento en que él está completo. Ella lo libera, y al hacerlo se libera a sí misma. Ella es el yin y el yang. ¿No te das cuenta?

Chrissy apaga la luz y la sigo al pasillo, porque no quiero quedarme a solas con ese vestido blanco que no deja de flotar. Nos internamos aún más en el enrevesado y oscuro laberinto y enciende la linterna para que no nos choquemos con ninguna de las paredes.

—Esto otro solo te lo voy a enseñar de pasada. Sé que puede resultar muy duro… pero es que te lo tengo que enseñar. ¡Es impactante!

Abre una puerta de malla metálica y enciende la luz. Ambas estamos en la puerta. Yo miro aterrada. Quiero echarme a llorar.

—Es de Heather —dice sonriendo—. Invité a venir al Rey de los Sueños y lo construyó él mismo. Tuve que vender todos mis propios recuerdos para pagar por sus servicios, pero creo que mereció la pena.

Mi cerebro no es capaz de racionalizar lo que está viendo.

—¿Cómo…? —No alcanzo a decir más.

—El Rey de los Sueños va adonde quiere. Antes o después descubrirán que la persona que tienen encarcelada no tiene nada que

ver con lo que sucedió, pero es un sirviente del Rey y nunca dirá nada. El Rey tiene mucho cuidado con cómo se alimenta desde entonces. Es sorprendente, ¿verdad?

Mi cerebro intenta bloquear los chillidos de locura que oye en aquella estancia y, si Heather estuviera aquí ahora mismo, la perdonaría por haberme traicionado. La perdonaría por haber traicionado a todas las personas a las que ha traicionado. Esto es mucho peor de lo que nos había explicado.

—No te dejes llevar, que aún nos queda mucho por ver.

Apaga las luces y cierra la verja. Me aparto de la habitación.

—Sé fuerte, Lynne.

Me toma del codo y me lleva hasta la siguiente esquina y me hace entrar en otra estancia. La potente luz fluorescente me hace daño en los ojos.

—Esta es tu sala —comenta entusiasmada—. Pienso en ti constantemente.

Está totalmente vacía, solo están las paredes y una cortina negra que tapa la puerta. El suelo es de cemento. El fluorescente, que cuelga del centro de la estancia y parpadea ligeramente, hace que me duelan las pupilas.

—Tú todavía no has empezado tu camino, pero veo mucho potencial. Estoy emocionadísima porque vayamos a rellenar esta sala juntas.

Apaga la luz y me guía a otra estancia. Cuando enciende las luces, resulta que las paredes están muy lejos y que estoy rodeada de personas. Me giro para mirarlas y ellas se giran para mirarme. Dan un paso atrás, levantan la pistola.

—Este es el sitio especial de Julia. Lo he hecho todo con espejos.

Intento calmar mi respiración y examino las paredes. Están cubiertas de espejos, pero sus marcos están envueltos en papel de aluminio o están pintados de plata de manera que apenas se ven. En una de las paredes hay baldas de cristal hasta la altura de la cintura, y en lo alto hay dos máscaras del Fantasma, bostezándose la una a la otra.

—Lo cierto es que la más antigua es una réplica. La segunda me costó un montón de pasta. La original la tiene uno de los creadores de Facebook.

—¿Cuánto has gastado en todo esto, Chrissy?

Hay una caja de luz con una radiografía de la columna vertebral de Julia, fotocopias de los informes de su fisioterapeuta, una vitrina con tres cuchillos de caza manchados y oxidados… Mis reflejos y yo lo miramos todo con tristeza y sorpresa.

—Ha merecido la pena.

—¿De verdad? A ver, sé que te va lo místico, pero ¿qué sentido tiene todo esto?

—Ven, que te voy a enseñar los correos electrónicos.

Me lleva de nuevo al pasillo y seguimos adelante, a oscuras.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dice por encima del hombro—. Mira, Dani es la atleta y Heather, la drogadicta. Julia es la sabionda y Marilyn es la puta. Ya me perdonarás, pero se ha casado dos veces. Adrienne es la animadora, porque siempre estaba apoyándoos. Él ha ido una a una a por vosotras y va a acabar yendo a por ti. Te va a convertir en la Final Girl de las Final Girls.

—¿Y tú?

—Yo no soy sino una humilde sirvienta que te enseña el camino.

Llegamos a un gran espacio abierto que da a la pared de atrás del granero. Hay una lámpara encendida en una mesa de ordenador en la que descansa un iMac rodeado de paquetes. Chrissy se apoya en la mesa y enciende el ordenador.

—¿No te das cuenta de cuál es el propósito de los monstruos? Los monstruos siempre guardan los tesoros, pero no tiene que ser literal. Puede tratarse de conocimiento, de trascendencia. En el centro del laberinto del minotauro hay algo preciado: un conocimiento monstruoso. Cada una de nosotras tiene un monstruo al que debe enfrentarse, un monstruo diseñado para poner a prueba sus debilidades y que, al final, provoca nuestra muerte. No una muerte literal, sino entendida como el final de una fase y el principio de otra. La muerte es el heraldo de la transformación, lo que precede a la nueva vida. ¡No, joder, no quiero actualizar a OS 10.6!

Golpea el teclado.

—Temer a la muerte no es sino resistirse al cambio. Bueno, vamos allá.

La pantalla se llena de ventanas. Se sienta en su silla ergonómica y empieza a desplazarse por su correo electrónico.

—Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando los puse todos en una misma carpeta —comenta, haciendo clic aquí y allí—. Esta es.

El correo electrónico es de Orcomeno@hotmail.com. No sabía que siguiera habiendo gente que usara Hotmail.

> Hola,
>
> Soy coleccionista de objetos inusuales y de personas inusuales. Me gustaría obtener un pequeño objeto artístico —preferiblemente con temática navideña— de Billy Walker, el de los Asesinatos de la Noche de Paz. ¿Sería posible? ¿Podrías darme un precio orientativo? También me gustaría que le pasaras a Billy la siguiente petición tal cual:

«Querido Billy,

Soy un admirador de tu trabajo y considero que te han acusado falsamente de esos crímenes. Creo que tu hermano es un héroe y una persona que debería vivir para siempre. Quiero pedirte una obra de cierto tamaño: una escena del Polo Norte a color y en el papel más grande que tengas. Me gustan las escenas en las que aparece Papá Noel con los elfos, aunque sería un placer que te dejaras llevar.

80-4 38-18 121-24 163-22 28-13 215-15 247-6 247-14 63-1

Un admirador ávido»

—¿Y se la llevaste?

—¡Por supuesto! Visito a Billy cada tres meses y siempre voy con encargos y con información que le sirva para su defensa. Me gusta llevarle libros. Yo creo que si lo conocieras te gustaría.

Siento como si me clavasen un clavo en la frente, justo entre los ojos. No pensaba que esto sería tan duro.

—Maravilloso —suelto.

Tira de un cajón que ruge al abrirse y saca una carpeta llena de papeles.

—Así que la imprimí y se la llevé. Dos semanas después me llamó y me pidió que escribiera exactamente lo que iba a decirme. Que es lo siguiente:

Encargo aceptado. 325 dólares, que me transferirás de 25 en 25 en 13 transferencias.

Los elfos de Papá Noel conduciendo el trineo con un agujero en el hielo.

La señora Claus estará mirando. Con las tetas muy grandes.

134-29 35-3 190-3 190-9 254-2 36-22

—Me pidió que le repitiera los números tres veces. Y esto solo fue el principio.

Saca más papeles de la carpeta, impresiones de correos electrónicos, notas que tomó durante las visitas o las llamadas telefónicas, y todos y cada uno de ellos acaban con una sarta de números. A veces se repiten, a veces no, pero está claro que tienen un patrón.

—¿Cuántas obras le ha encargado a Billy? —Me da cien patadas en el estómago hablar de Billy como si se tratara de un artista de los que exponen en las galerías y negocian con los compradores.

—Seis en ocho meses. Aunque no volvió a hacerle ningún encargo de trescientos veinticinco dólares. Y es una pena, porque yo diría que

los mejores trabajos de Billy son los más grandes.

—¿Cuántas comunicaciones ha habido? —le pregunto mientras paso el dedo por los papeles de la carpeta abarrotada.

—Casi cien.

—Son un código.

—¡Pues claro!

Dejo los papeles. El granero me resulta descomunal y muy oscuro, y nosotras dos somos diminutas, bañadas por un rayo de luz.

—Y tú ya lo has descifrado.

No se lo estoy preguntando.

—En el segundo encargo. —Sonríe—. Es un código que ha de descifrarse con un libro, como en *El dragón rojo*, ya sabes, el primer libro de Hannibal Lecter. Los números hacen referencia a páginas y líneas, y tienes que quedarte con la primera letra o palabra de cada línea.

—¿De qué libro? Tiene que ser uno de los que Orcomeno sabe que Billy tiene en la celda.

—*El diario de Ana Frank*. Hay una copia en todas las cárceles.

Me imagino a estos dos pervertidos pasando páginas de sus ajadas copias del libro, dejando a un lado eso de «a pesar de todo, sigo pensando que la gente es buena», coordinando su enfermedad mental.

—¿Y ¿qué dice?

—Orcomeno le explicó a Billy lo de las cartas que le escribiste a su hermano mayor —Sonríe—, y luego le pagó para que le contara a la policía su existencia y para que mintiera y dijera que estaban enterradas donde Orcomeno las había escondido. Cuando fuera el momento adecuado, claro está. Orcomeno te conoce muy bien, lo suficiente como para falsificar tu letra en algunas cartas que incluyó entre las originales para que tu complicidad resultara evidente.

Siento en las tripas como un ascensor que baja y baja. Noto que las piernas no me van a aguantar, pero no hay ninguna silla más y no le voy a dar a esta la satisfacción de que vea cómo me desmayo.

—¿Quién es?

—¿No lo sabes? Al fin y al cabo, no eres la Final Girl de Billy.

—¿Y de quién soy la Final Girl?

—Es probable que antes o después lo hubieras descubierto. Puede que no seas la más lista de nosotras, pero siempre has sido la más tozuda. Tú eres la Final Girl de Orcomeno.

Me sonríe. Engreída. Segura de sí misma. De repente pienso en que alrededor de esta casa hay mucho bosque y poca gente.

—¿Y de quién se trata? ¿Quién es el Orcomeno ese de Hotmail? Sé que lo sabes.

—¿Sabes qué era Orcomeno? —Guarda la carpeta en el cajón—. Era una ciudad de la antigua Grecia. Una vez al año daba una fiesta en honor a Dionisio en la que el sacerdote empuñaba una daga y perseguía a unas mujeres que tenían que huir en mitad de la noche. Si conseguía alcanzar a alguna de ellas tenía derecho a matarla con impunidad. Esto lleva en marcha mucho más tiempo del que imaginas.

—Puedo obligarte a que me lo cuentes —le digo, haciéndole un gesto con la pistola.

—Pensaba que sería obvio. Orcomeno es la doctora Elliott.

Creía que estaría preparada para la verdad cuando se presentara ante mí, pero nada te prepara para una traición así. Siento, además, que simultáneamente se valida mi teoría… y eso me destruye. Saber algo tan monstruoso me aplasta, despacio, con fuerza. Ahora mismo no podría apuntarla con mi arma aunque la vida me fuera en ello. Y eso que creo que me va en ello.

—Compré esas cartas hace mucho tiempo, en la subasta de una taquilla a la que le había echado el ojo porque sabía que le pertenecía al director de la casa de acogida en la que crecieron los Walker —me explica—. Se las llevé al fiscal. Me las devolvieron seis meses después. Decían que un «experto» las había estudiado y las consideraba irrelevantes. Las típicas palabras de una adolescente. No merecía la pena hablar de ellas siquiera. Me las quedé hasta que Orcomeno se puso en contacto conmigo para comprármelas. Le pedí una dirección de correo electrónico verdadera, algo que pudiera verificar, y mil doscientos dólares. La gente solo valora aquello que le cuesta dinero; es una pena, pero es la verdad.

Respiro hondo para evitar el ataque de pánico que siento que empieza a avanzar por mis pulmones, pero me abordan unos espasmos e hipo. Me pongo en cuclillas. ¿Cuántos de nuestros secretos conoce la doctora Elliott? ¿Por qué no me mató en su casa? ¿A qué está jugando con nuestra vida?

Oigo a Chrissy rebuscando en los cajones y siento un dolor en el pecho. Que alguien me ayude. Quien sea. La cuestión es que mi monstruo es la doctora Elliott y no hay quien me ayude.

Excepto Stephanie.

Vendrá. Vendrá con su espray de pimienta y Keith estará en el bosque, esperándola. Y tendrá un pico. O un taladro. O un cuchillo de carnicero. Y ella solo dispondrá de mi espray de pimienta, y tiene razón, no funciona.

—Más tarde descubrí que el experto del fiscal era la doctora Elliott. En 2004 les dijo que las cartas no tenían valor, y en 2009 me las compró. En esos cinco años debió de cambiar de idea al respecto.

Vuestro grupito de apoyo es el coto de caza al que ha dado forma para una última serie de sacrificios con los que ella, el último monstruo, y tú, la última Final Girl, trascenderéis juntas. Me necesitabas para que te llevara al corazón del laberinto del minotauro, porque no eres capaz de afrontar la verdad. Por eso has venido a ver a Chrissy la Loca. ¿Sabías que los mejores oráculos de la mitología estaban locos?

Sabía lo de las cartas. Durante seis años ha sabido lo de las cartas y nunca me ha dicho nada. ¿Cuánto tiempo llevará planeando esto? Incluso escribió unas nuevas. La veo en su despacho de casa, con la puerta cerrada, inclinada sobre el papel de carta de Holly Hobbie, fabricando sexo entre Ricky Walker y yo. Si quería saber cuánto nos odiaba, ahora ya lo sé.

El suelo se inclina peligrosamente. Las paredes se mueven a mi alrededor. Oigo una suave campanita digital proveniente del iMac y aparece una ventana en la pantalla.

—¡Oh, mira! —me dice Chrissy—. ¡Keith acaba de escribirme! ¡Parece que ha encontrado algo en el bosque!

Soy imbécil. Imbécil. Y no solo soy imbécil, sino que he subestimado la locura de la doctora Elliott. Veo los pies de Chrissy delante de mí e intento levantar la vista. Intento levantar el arma. Noto calambres por todo el cuerpo.

Algo me muerde el hombro derecho y ya no lo siento. Mis piernas dejan de funcionar. Estoy mirando el techo y siento presión en la cintura. Veo que me quitan la riñonera. Veo a Chrissy. Tiene mi pistola en la mano derecha y una pistola de descargas en la izquierda. Siento como si me hubiera roto el brazo derecho.

—Vamos a la sala a ver qué considera oportuno Keith que hagamos con nuestra amiguita. —Sonríe—. A veces… tengo que soltarle la correa.

Stephanie, lo siento muchísimo.

Nunca has estado a salvo conmigo.

(viene de la página 37)

Piensa en cuántos mitos de la creación empiezan con un asesinato. Cronos castró y mató a su padre, Urano, tras lo que se comió a sus propios hijos; hasta que Zeus castró y mató a Cronos. En la mitología nórdica, Odín, Vili y Ve mataron a su abuelo, el gigante Ymir. Del cuerpo de este salió tanta sangre que inundó el universo y formó los océanos. Su carne se convirtió en la tierra. De sus huesos hicieron las montañas y pusieron su cráneo sobre cuatro columnas para que fuera la cúpula del cielo. Los hombres nacieron de los gusanos que se alimentaron de su cuerpo.
Desde el principio, el mundo lo han creado caníbales a partir de los cadáveres de sus progenitores. *Mors janua vitae*: la muerte es la puerta de la vida.

«Los monstruos, nuestros creadores: Desde el Diluvio Universal a las Final Girls», por Christine Mercer, publicado por primera vez en la *Revista de Folclore Comparativo*, número de noviembre-diciembre de 2009.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XIX:

La venganza de la Final Girl

—¿Qué has encontrado, Keith? —le pregunta Chrissy cuando llegamos a la sala de estar—. ¿Qué tienes ahí?

Keith abre la contrapuerta de par en par con la cadera y arrastra un saco de huesos. La sujeta debajo del brazo y esta renquea. Él tiene los ojos rojos, descarnados. Me da un vuelco el corazón, porque Steph ha debido de rociarle con el espray y no ha servido de nada.

—Está muerta —comento.

—Las suposiciones son solo eso, suposiciones —me suelta Chrissy mientras me pone una mano en el brazo—. Keith nos avisará si decide tomar ese camino.

La contrapuerta se cierra de golpe contra las pantorrillas de Stephanie y se oye un sonido como de arañazos mientras Keith la mete en casa. A ella se le sale una de las Chuck Taylor de imitación; él la deja caer en un sillón hundido que hay en una esquina y que está cubierto de ropa sucia.

—Has encontrado a alguien husmeando, ¿verdad? —le dice Chrissy como si estuviera hablando con su perro.

Keith deja caer el espray de pimienta como si nada encima de la capa de bolsas de McDonald's que hay en la mesita auxiliar.

—Chica —musita.

Yo diría que está empalmado. Se aprieta la entrepierna con la parte interior del antebrazo.

—Stephanie —digo mientras empiezo a caminar hacia ella.

Está pálida y sangra por una brecha negra que tiene en la frente. Veo hojas en su capucha. Tiene los ojos abiertos, pero no estoy segura de que me vea.

—Nooo —me dice Chrissy mientras me coge por el cinturón y tira de mí—. No es buena idea que te acerques a Keith.

Me mira a los ojos fijamente y no deja de hacerlo hasta que me siento. Ambas miramos a Keith. Está acuclillado, con los codos descansando en las rodillas y las manos en una de las piernas de Stephanie. Es como si una ardilla gigante la estuviera observando.

—¿Qué vamos a hacer con ella, Keith? —le pregunta Chrissy con el tono de voz de una profesora de guardería.

—Se llama Stephanie —digo yo. Repetir el nombre de una posible

víctima produce empatía. No creo que vaya a servir de nada con Keith, pero puede que le haga dudar un segundo, y eso podría marcar la diferencia—. Es del Lago Red.

—Sabemos quién es —me dice Chrissy, que a continuación mira a Keith.

Keith está observando a Stephanie. Stephanie recorre la habitación con la vista hasta que me ve.

—Lynnette… —Pronuncia con dificultad—. He venido.

Tengo que conseguir que siga pensando que puedo protegerla. Hasta el final. Aunque no pueda. No quiero que muera asustada.

—Deberíamos irnos —le digo a Chrissy mientras pienso en lo que me ha explicado en el museo: «A veces… tengo que soltarle la correa»—. Deberíamos irnos para no molestaros más.

—Qué mona eres —me dice Chrissy.

Keith baja la cabeza y casi se echa a reír de placer. La estancia está cargada de energía y en cualquier instante alguien va a dar ese paso a partir del que será imposible ya dar marcha atrás.

—Quiero irme —dice Steph—. ¿Vale? ¿Podemos irnos?

Gillian tenía ese mismo tono de voz aquella Nochebuena. Lo oí cuando entró en el salón, incapaz de entender lo que estaba pasando, ni siquiera cuando Ricky Walker se dio la vuelta y la vio.

«Lynnette, quiero irme a la cama —me dijo cuando él empezó a caminar en dirección a ella—. No le diré a nadie que he visto a Papá Noel. Por favor… Lynnette…».

Y yo allí colgada, haciéndome la muerta por el miedo que me daba que, cuando se quedase sin víctimas, Ricky se fijara mejor en mí. No quería morir.

«¿Lynnette?», dijo mi hermana justo antes de que él la cogiera y ella empezara a gritar. Ahora es Steph la que lo dice en la mierda de sala de estar de Chrissy, y siento la necesidad de salir de aquí.

Keith mira a Chrissy con dureza.

—¿Qué sucede? —le pregunta.

—Quiero —exige Keith.

Chrissy me mira a mí primero, mira luego a Stephanie y vuelve a mirarme, como si estuviera haciendo alguna operación aritmética, sumando pros y contras. Luego sonríe. Es una sonrisa que empiezo a asociar con algo malo.

—Los artistas tienen que practicar o sus herramientas se desafilan —comenta Chrissy—. No quiero que Keith se desafile.

—Me duele la cabeza —dice Stephanie.

—No lo entiendes —contraataco. La inspiración me da alas—. Ella también es una Final Girl. Keith no puede hacerle nada, él tiene

que reservarse para ti. Ella ya tiene su monstruo.

Chrissy sacude la cabeza sin dejar de sonreír.

—Esto no es como una religión; no es que Keith vaya a ir al infierno por saltarse la dieta. —Chrissy se vuelve hacia Keith y llama su atención—. Ahora bien, cariño, tienes que hacer que la chica dure.

Keith asiente y levanta dos dedos.

—Dos días —dice.

—Cómo me alegro de que todos los vecinos se mudaran —comenta Chrissy—. Esta parece de las gritonas.

—No puedes hacerlo. ¡Es una Final Girl!

—Venga, Lynnette, márchate, que cuando Keith empieza le cuesta parar. Yo no estoy en peligro, pero tú tienes que cumplir tu destino.

Estoy jugando mi mano lo mejor que sé, pero no está sirviendo de nada.

—Sí… pero con ella. Tiene que venir conmigo. En serio, Chrissy… deja que me vaya con ella. Es una Final Girl.

Keith se pone de pie y empieza a buscar entre las montañas de basura que hay en el suelo. Se tira al suelo, con el pecho sobre la alfombra, con el culo en pompa, y busca debajo del sofá.

Chrissy se sienta en el regazo de Stephanie y juguetea con su flequillo. Steph aparta la cabeza de golpe, pero Chrissy le sujeta la mandíbula con la mano.

—Esta no es ninguna Final Girl. Esta es una monstruita. A Keith le encanta trabajar con este tipo de material.

Keith se pone de pie con un bate de aluminio abollado y manchado en la mano.

—Lynnette… —me dice Stephanie, que ha visto el bate y ve que me dirijo a la puerta principal. Tiene los ojos humedecidos, abiertos como platos. Se los veo por encima del hombro de Chrissy.

—«Es un carnicero atento que me enseñó que el precio de la carne es el amor» —recita Chrissy mientras sujeta la barbilla de Stephanie y la mira a los ojos—. «¡Despelleja al conejo! — exclama—. Aquí me quito la ropa».

Keith practica el bateo. El bate hace un ruido como «suisss».

Chrissy se gira, me mira y enarca las cejas.

—Será mejor que eches a correr —me dice.

Keith vuelve a balancear el bate. En esta ocasión golpea la pared y le hace una marca.

Echo a correr.

Cubro la distancia que hay hasta la puerta en dos largos pasos y por el rabillo del ojo veo que Keith se percata de que me muevo. Da un paso en dirección a mí. Me lanzo contra la contrapuerta sin

molestarme en pararme a abrirla y oigo cómo el panel central de esta se parte cuando se estrella contra la pared de la mierda de casa en la que viven estos dos. El ruido casi ahoga los gritos de Stephanie.

—¡Lynne! —chilla una y otra vez.

Incluso desde fuera oigo la risa de Chrissy.

Bajo las escaleras en un segundo y mis pies resbalan con la gravilla del camino de entrada, pero me equilibro con los brazos, piso con fuerza y salgo corriendo tan rápido como puedo, poniendo distancia de por medio entre la casa y los gritos de Stephanie. Apenas tengo unos segundos.

Ya he intentado tumbar antes a Keith, y ha sido como darle puñetazos a un árbol. Corro por el camino a oscuras, flanqueada por sombras, resollando y pisando gravilla, obligándome a apresurarme. Tengo que ser más rápida.

«Tienes que proteger a tu hermana».

Llego al Chevrolet y me deslizo adentro. Giro la llave y el motor cobra vida zumbando. Giro el volante hacia la izquierda, hacia la casa de Chrissy, y piso el acelerador. Lo piso y me pongo a cuarenta kilómetros por hora. A cincuenta. A sesenta. Las ruedas apenas se agarran al suelo. Cojo los baches y los surcos con tal fuerza que el coche bota y me golpeo la cabeza contra el techo. Las ruedas se elevan sobre el camino y vuelven a caer sobre él una y otra vez. Como no aterricen bien en una de estas me estrellaré contra un árbol y moriré. Sesenta y cinco kilómetros por hora. Setenta. Enciendo las luces y la blanca casa de Chrissy se materializa más allá, delante de mí. La casa está hecha con chapa de metal y recubierta de vinilo, no creo que a sus padres les costara más de veinticuatro mil dólares allá por los años sesenta, y su estructura no va a ser mucho más fuerte que la de una caja de galletas.

Abandoné a Julia. Abandoné a Final. No pienso abandonar a Steph.

El mundo salta arriba y abajo como loco en el parabrisas. Me aferro al volante. Ochenta. Noventa. Las ruedas se quedan calladas cuando dejo el camino de gravilla.

Poco me falta para ir a cien kilómetros por hora cuando choco con el frontal de la casa de Chrissy.

La pared se llena de faros. Se llena de parabrisas. Sale por los aires. La casa se cae encima del coche y, por el ruido, parece que el mundo se haya partido en dos. Los airbags me explotan en la cara y noto los senos llenos de polvo blanco y como si acabaran de romperme la nariz.

Tardo aproximadamente un minuto en darme cuenta de que el

coche ya no se mueve. El único sonido que se oye es el del motor revolucionado. Y es que sigo pisando el acelerador como una idiota. Estoy atrapada bajo un mundo de escombros. Meto marcha atrás y las ruedas giran sin más hasta que agarran. Noto cómo un panel de yeso se desliza desde el techo del coche y resbala por el parabrisas y el capó a medida que el Lumina se echa hacia atrás como puede hasta salir de la casa. Por debajo del capó oigo unos sonidos extraños, como resuellos. Uno de los faros no alumbra. Veo el daño que he provocado. El frontal de la casa se ha convertido en una cueva, y por la herida que he provocado cae una avalancha de yeso. Mientras miro, el tejado se inclina ligeramente hacia un lado y el techo de la cocina se desploma acompañado de una explosión de polvo blanco.

Dejo el motor en marcha, pero se apaga en cuanto salgo del coche. Resulta abrumador lo silenciosa que está la noche. Solo se oyen los grillos. Voy eligiendo mi camino por entre los escombros que ha vomitado la casa. He intentado apuntar a la puerta principal, lejos de la esquina en la que estaba sentada Stephanie, pero para cuando he chocado con la casa ya había perdido el control del coche. Me agarro a uno de los bordes del agujero que he hecho con el Lumina y me aúpo al interior de la vivienda. Grandes pedazos de pared resbalan a uno y otro lado cuando los piso. Hay una gran polvareda blanca que impide ver bien. Parte de la casa ha salido disparada contra la pared de enfrente, pero a mi izquierda la estancia parece que siga tal cual. Stephanie sigue en el sillón, inmóvil por el susto, con las manos alrededor de la cabeza y las rodillas recogidas contra el pecho. El coche ha lanzado la televisión por los aires y esta ha golpeado a Chrissy y la ha dejado clavada en la pared de yeso. Las piernas, enfundadas en sus vaqueros, sobresalen por abajo. Me giro. No quiero seguir viendo el cadáver de Chrissy. Abro un compartimento en mi cerebro y juro no volver a mirar hacia él.

No veo a Keith.

—Steph, estoy aquí —digo mientras giro la cadera para abrirme paso por entre los escombros hasta donde se encuentra—. ¿Estás bien?

—Has entrado en la casa con el coche… —dice atontada.

—He vuelto. He vuelto.

La ayudo a levantarse… pero algo me coge por el tobillo y pego un salto. Estoy tan nerviosa que grito antes de mirar hacia abajo y ver el brazo blanco y ensangrentado de Keith asomando por debajo de un montón de pladur.

—¡No, no, no! —grita Steph al verlo, y se aparta de mí mientras niega como loca con la cabeza.

—Steph, no te dejes llevar por el pánico.

La mano tira de mi tobillo y lo presiona, me estruja los huesos, pero le piso los dedos con el otro pie. Con fuerza. Me hago más daño del que le hago a él. El montón de escombros se mueve y Keith empieza a levantarse. Me arrodillo, cojo una gran astilla de madera y se la clavo en la mano una y otra vez. Hay tanta sangre en la astilla que se me empieza a resbalar. Por fin abre la mano y aparto rápidamente el pie.

Se produce una erupción de escombros cuando Keith se pone de pie, silencioso e imparable. Tiene la columna torcida, como si hubiera perdido la forma natural, y está muy inclinado hacia un lado. No me puedo mover. Estoy a centímetros de él, con Steph en los brazos. Keith da un paso adelante, pero las piernas no le aguantan y se desmorona. Cae de manos y rodillas. Gira la cabeza y me mira con esos ojos enrojecidos de cachorrillo que tiene.

—Duele —dice.

Oigo moverse sus vértebras cuando intenta levantarse de nuevo y el hechizo se rompe. Renqueando, dando saltitos, resbalándonos, cayéndonos, arrastro a Stephanie por la boca de la cueva. Salimos de la casa. La empujo al coche, al asiento del pasajero. Steph fija la mirada en algo por encima de mi hombro y me vuelvo. Por detrás de nosotros, Keith ha logrado ponerse de pie apoyándose en el lateral de la casa. Está encorvado, pero se mueve. Se apoya en el bate de béisbol como si se tratase de un bastón. Cierro la puerta de golpe y corro al asiento del conductor por detrás del coche. No quiero pasar cerca de Keith.

Entro y pongo el seguro. Keith sigue avanzando hacia nosotras. Giro la llave, pero no sucede nada. Keith da otro paso tambaleándose. Vuelvo a girar la llave y el motor hace ruido, pero no llega a arrancar. Las Final Girls aprendimos hace tiempo que no debemos confiar en aquello que otras personas dan por hecho. Nosotras sabemos que los ascensores y los teléfonos no funcionan cuando los necesitamos. Y los coches tampoco. En especial, los coches.

Keith suelta el lateral de la casa y da tres pasos rápidos hacia los faros. Es entonces cuando me ve a través del parabrisas, y se concentra y viene a por mí.

Vuelvo a intentar arrancar el coche. De nuevo suena… ¡y gimo cuando oigo que el motor arranca y ruge lleno de vida! Durante un instante me planteo pisar el acelerador y aplastar a Keith entre el parachoques y la casa y que le salga un chorro de sangre negra por la boca, pero entonces pienso en las piernas de Chrissy asomando por debajo de la televisión y siento una quemazón en el estómago y en la garganta.

Meto marcha atrás y salgo de allí a toda hostia.

El Chevrolet no deja de aullar durante todo el camino y el motor sigue revolucionado, aunque no sé por qué, pero consigo llegar a una especie de clínica que hay junto a la autopista y por quinientos cincuenta dólares le dan seis puntos en la cabeza a Stephanie y un narcótico analgésico. De vuelta a la autopista, nos alejamos unos ciento veinte kilómetros, paro en un Motel 6 y arrastro a Stephanie hasta la cama. Le quito los zapatos y me aseguro de que tiene agua, porque despertar con la boca seca después de tomar analgésicos puede ser horrible, luego cierro la puerta con la cadenita, pongo la silla contra la puerta, me meto en la bañera y me echo a llorar.

Soy una asesina. He matado a Chrissy. He puesto punto final a la vida de un ser humano. Chrissy tenía tanto miedo como yo. La habían acechado, como a mí. Había visto morir a sus amigos, como yo. Y la he matado. Muerdo una toalla mientras grito, porque no quiero que Stephanie me oiga. Las demás Final Girls tienen sangre en las manos, todas habían tenido que matar a su monstruo para sobrevivir, pero no es mi caso. Yo salí de aquello haciéndome la muerta. Fueron los hermanos Walker los que se dedicaron a matar, no yo. Tal y como ha dicho Chrissy, yo creo, no destruyo.

Aunque, claro, ¿qué he creado yo en la vida sino la fortaleza vacía en la que me encerré y una vida sin amistades excepto por una planta que solo estaba viva en mi cabeza? ¿Y mi libro? ¿Y esas cartas?

Todo lo que he creado en la vida es una mierda.

Mis pensamientos son absolutos, intensos, irrevocables, definitivos. He matado a una persona. Cada vez que he visto una película en la que el héroe se negaba a matar al villano porque «entonces, seré tan malo como él» lo consideraba una sarta de chorradas moralistas escritas por guionistas calvos de Hollywood que con lo único que habían acabado en la vida era con el rollo de papel higiénico. Ahora, sin embargo, me doy cuenta de que hablaban de una verdad universal. Ahora vivo en un mundo diferente y, en este mundo, soy una asesina.

No puedo deshacerlo. No puedo arreglarlo. No puedo mejorar la situación. Ahora bien, una cosa sí puedo hacer. Puedo no volver a hacerlo en la vida. Juro con todas mis fuerzas, más convencida de lo que he jurado jamás, como una niña, que no volveré a matar. Dará igual cuántas vidas salve con ello. Dará igual que mi propia vida esté en peligro. Pase lo que pase, no volveré a matar.

En un momento dado debo de quedarme dormida, porque cuando abro los ojos tengo frío y me duelen la cabeza y el cuello. Me pongo de pie y me estiro. Noto las vértebras del cuello crujir una a una. Una

rendija de sol entra por las ventanas, porque no cerré bien las cortinas. Stephanie sigue en la posición en la que la dejé… pero, después de un momento en el que los nervios amenazan con apoderarse de mí, veo que su pecho sube y baja despacio. Me tranquilizo. No ha muerto nadie más.

Perdí la riñonera en casa de Chrissy, por lo que la policía no tardará en descubrir el carné de la doctora Newbury y en ponerse en contacto con la doctora Elliott, que les explicará todo sobre mí, y así tendrán mi nombre y uno de los últimos sitios en los que he estado. Mientras la policía me da caza, ella aislará a todas las demás. En Sagefire, probablemente, ese retiro de bienestar para yupis que tiene a las afueras de Los Ángeles. Tengo que advertírselo a todas.

Cojo el móvil de Stephanie de la mesita de noche y salgo de la habitación. La he visto marcar el código las veces suficientes como para haberlo memorizado. 1223. Lo desbloqueo, pero no leo ninguno de los dieciocho mensajes de texto sin leer que tiene, porque respeto su privacidad. Pruebo con Dani primero, pero, aunque el teléfono suena, no lo coge. Marilyn tampoco. El número de Heather sigue fuera de servicio. Se acabó. Porque Julia aún estará inconsciente en el hospital. Es entonces cuando caigo en la cuenta: Skye. Skye me escribió su número. Rebusco el pedazo de papel, doy con él y llamo.

Responde al primer tono.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—¿Skye? —Una larga pausa—. Soy Lynnette Tarkington.

—Lo he imaginado —murmura—. ¿Quién más iba a llamarme a las siete menos cuarto de la mañana desde un número desconocido? Tía, ¿qué has hecho?

—Nada de lo que dicen acerca de mí es verdad —le aseguro.

—Dicen que has raptado a una chica —sigue hablando entre susurros—. Dicen que le has robado el coche a un poli retirado después de darle una paliza y dejarlo tirado en la cuneta. Dicen que estabas bajo custodia, pero que escapaste y que te buscan para interrogarte.

—Sí, bueno… eso último es verdad, pero el resto es mentira.

—Mi madre está cabreadísima.

—Tienes que ir a dormir a casa de un amigo. Coge a tu hermano y marchaos de ahí. Salid de vuestra casa.

—No puedo. Nos vamos de viaje con mamá.

—¡Ni se te ocurra! Es una mala idea.

—Pues ella está como loca. Nos va a llevar a Sagefire a Pax y a mí, y a una serie de personas más. A Pax le encanta aquello.

—¿Qué personas? ¿Quién va?

—Oye, tengo que dejarte. Como se entere de que he estado hablando contigo, me mata.

Cuelga, y cuando vuelvo a llamarle me salta el buzón de voz.

Los Ángeles está muy lejos y Sagefire está a hora y media de la ciudad. Es imposible que lleguemos a tiempo. Imagino que llevará a Marilyn, a Dani y a Heather; y que irán al hospital a recoger a Julia. Se las llevará a todas al retiro. No quiero ni pensarlo.

Llamo a Julia, porque, aunque me va a saltar el contestador, quiero oír la voz de alguien.

—¿Quién es?

Su voz es clara y fuerte.

—¿Julia?

—Ay, Dios… ¿Lynnette?

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Me alcanzaron tres veces en las piernas. ¿Has secuestrado a esa chica? ¿¡Estás loca!?

Tengo que saber en qué estado se encuentra.

—¿Duele?

—¿Los disparos de las piernas? ¿Por qué lo dices, porque soy paralítica? ¿Crees que no duele? Mira, Lynnette, te voy a dar una idea, ¿por qué no te disparas en algo que no utilices, como la cabeza, y ya me cuentas, eh? ¡Joder! La doctora Elliott me ha explicado que te dio un ataque de nervios.

—¿La has visto?

—Me va a recoger en un rato. Me dan el alta esta misma mañana. Tenías razón en una cosa, en que corremos peligro… pero de ti. La doctora Elliott va a ponernos a salvo hasta que te detengan.

—En Sagefire.

—¡Vaya, a la mierda el plan! No puedo creer que fuera a verte a ti creyendo que había sido Heather la que había escrito el libro ¡y que hubieras sido tú! Y ahora, vas y raptas a una niña. Pensaba que te conocía.

—Se llama Stephanie Fugate. Es la Final Girl de la masacre del Campamento del Lago Red. La estoy manteniendo a salvo. He ido a ver a Chrissy y…

—¿¡Pretendes mantener a alguien a salvo y la llevas a ver a Chrissy la Loca!? Estás como un cencerro.

—Julia, me conoces… así que, por favor, escúchame un minuto. ¿Cómo consiguió Christoph Volker la dirección de la casa de Adrienne? ¿Cómo sabía cómo colarse en el campamento sin que le vieran? ¿Por qué Harry Peter Warden y Billy Walker nos implican a Dani y a mí al mismo tiempo? Y a ti te han disparado. Alguien intentó

matarme cuando me han tenido detenida. Alguien está coordinando todo esto, y Chrissy sabía quién.

—¿Y?

—Que es la doctora Elliott. He visto las pruebas.

—¿Pruebas que te ha enseñado la Loca?

—Créeme.

—Has conseguido que me resulte imposible.

—Tú mantente a salvo. No confíes en nadie. Te lo imploro. Llama a Marilyn y pídele que te recoja su gente de seguridad. Marchaos las cuatro juntas a algún otro lugar durante cuarenta y ocho horas. Es lo único que te pido. No me digas adónde vais. Y tampoco se lo digáis a la doctora Elliott. Marchaos, sin más. Estamos vivas porque fuimos las más listas. No bajamos al sótano. No abrimos esa puerta. Por favor.

Hay un largo silencio.

—Julia, ¿sigues ahí?

—No pienso decirte si voy a hacerte caso o no.

—Vale. Normal. Lo entiendo. —Pienso en Pax y en Skye—. ¡Espera! Antes de que me cuelgues… la doctora Elliott tiene dos hijos. Intenta que vayan con vosotras. Es decir, son sus hijos… pero no creo que esa mujer deba tener a nadie al lado en estos momentos. No hasta que yo haya… —A decir verdad, no sé lo que voy a hacer—. No hasta que haya hablado con ella.

—Adiós, Lynnette. Tu libro me ha parecido odioso.

Me siento como si no tuviera fuerzas. Vuelvo a la habitación, dejo el móvil en la mesita. Me pongo a beber un té malísimo que hay en la habitación y me doy cuenta de que Steph me está mirando. Se toca los puntos.

—¿Estoy bien? —me pregunta.

El rayo de sol que entra por entre las cortinas es potente, brillante, y las motas de polvo bailotean allí donde corta en dos su abdomen.

—Han dicho que no tienes conmoción cerebral. Bebe agua.

Se sienta en la cama, coge la botella y la apura.

—Me has salvado —dice como si le resultara imposible creerlo—. Me has salvado el culo. El tipo ese iba a matarme con el bate… y, de repente, todo ha salido por los aires… y la tele la ha derribado a ella…

—No quiero hablar de eso.

—Se lo merecía.

—No soy una asesina.

Esto va a hacer que me resulte complicado enfrentarme a la doctora Elliott.

—No tienes un buen instinto de supervivencia.

Me enfada irracionalmente que haga como si fuera tan sencillo, pero no quiero discutir. Abro la mochila para emergencias y me concentro en alinear sobre la mesa lo que me queda: una multiusos Leatherman, una linterna Maglite, una navaja, un GPS, siete metros y medio de cuerda de nilón, cuatro pares de bridas y ochocientos treinta dólares en metálico.

—¡Puf, apesto! —comenta Steph, que sale de la cama y llega como remando al cuarto de baño, descalza. Bebe del grifo, rellena la botella y vuelve a apurarla—. Si depende de si sobreviven ellos o sobrevivo yo —se seca la barbilla—, elijo que mueran ellos de todas. Punto. Y será mejor que te acostumbres.

—No quiero acostumbrarme a matar.

—No sabía que fueras tan sensiblera. —Vuelve a la cama y ahueca las almohadas.

La pistola es lo último que saco de la mochila para emergencias. La dejo en el escritorio.

—La tiraremos en el primer puente por el que pasemos —comento.

—¡Y una mierda! —Stephanie se levanta y viene hacia mí—. Nadie va a intentar divertirse conmigo nunca más. Puede que tú te hayas vuelto una blanda, pero yo quiero algo de poder de detención.

Coge el arma y apunta a la puerta, sujetándola como tantas veces ha visto en las películas.

—Yo no quiero matar a nadie más.

—Pues déjamelo a mí —dice con voz dura, confiada.

No sabe lo que realmente implica el asesinato, pero dejo que se quede con la pistola. Antes o después se dará cuenta de lo inútil que es.

Al fondo de la mochila para emergencias está *Fantasma de guerra*, el cómic casero de Pax Elliott. Tengo la sensación de que el niño me sacó los cien pavos que me cobró por él hace dos meses, no hace unos días. Espero que Julia haga lo que le he pedido. No quiero tener que encargarme de esos chicos cuando vaya a ver a la doctora Elliott a Sagefire.

—Vamos a ir a Los Ángeles —le digo a Steph—. Podemos comprar más analgésicos de camino.

Ojeo el cómic. Los dibujos son lo que cabría esperar de un niño de esa edad: el horrendo trabajo de un aficionado. Casi ni entiendo lo que estoy viendo.

—No sé si el coche va a llegar —me dice Steph—. Puede que tengamos que alquilar uno. ¿Tienes alguna tarjeta de crédito?

Estoy concentrada en una de las páginas del cómic y no puedo responder. Una figura enorme con la boca abierta de par en par, llena de dientes puntiagudos y con equis por ojos, le ha clavado las garras a un león y le está arrancando la cabeza. Hay garabatos en rojo por todos lados. Las bocas abiertas de par en par indican abuso sexual. Tener garras en vez de manos indica posible violencia, igual que un cuerpo tan grande en relación con el niñito sobre el que se alza. El uso indiscriminado de un color en concreto puede significar desequilibrio emocional. Igual que las equis por ojos y los colmillos. Pero lo que me deja sin aliento es lo que hay escrito en el pecho del monstruo: «Sky».

—Si tuvieras una tarjeta de crédito podríamos alquilar un coche, ¿no? —insiste Stephanie.

«Sky es tan *malbado* que arranca la cabeza a los gatos —dice un bocadillo—. Gatos grandes, gatos pequeños, nuestros gatos, los gatos de los *becinos*. Sky odia a los gatos».

Siento como si se me durmieran las manos.

—¿Me estás escuchando? Has dicho que esto era muy urgente, así que volvamos a Los Ángeles cuanto antes. Y para eso tenemos que alquilar un coche.

Voy al principio y empiezo a leer el cómic. Página tras página se ve a un monstruoso Sky que se cierne sobre PX-1, un robotito asustado por la ira del primero.

«Sky es capaz de disparar muy rápido», dice otro bocadillo.

«¡Puedo disparar a un edificio desde el otro lado de la calle! —se jacta Sky en otro bocadillo, en el que aparece con un rifle con mira telescópica—. ¡Mataré a todas las señoras finales!».

Sky aparece quemando un edificio.

«¡Chúpate esa, Rey de los Sueños!», grita.

«Sky *ba* a matar a las chicas malas», dice el bocadillo que hay encima de un dibujo de Sky cortándoles la cabeza a seis mujeres. Una de ellas va en silla de ruedas. De los cuellos de todas salen chorros de sangre dibujados con cera roja. Seis cuellos. Son seis. Seis Final Girls.

—Tía, estás como ida —me dice Stephanie—. ¿Hola?

«Sky dice que, cuando *aya* acabado, seremos los únicos que quedaremos en el mundo y que todos los *henemigos* estarán muertos. ¡Sky va a *morir* a todos los enemigos! Entonces, mami volverá a casa».

Sky va a ser Skye Elliott.

Pienso en los correos electrónicos que ha recibido Chrissy desde la cuenta de la doctora Elliott.

Recuerdo cuando estando con él en su habitación me dijo: «He diseñado la página electrónica del negocio de mi madre y mantengo sus servidores de correo electrónico».

El hijo de la doctora Elliott. El despacho de su casa. Su ordenador. Así ha conseguido mi libro. Así ha visto sus notas. Así lo sabe todo de nosotras. Así ha conseguido que hagamos el trabajo sucio por él. El monstruo proviene de la propia casa.

Guardo el cómic en la mochila.

—Tenemos que irnos —le digo a Stephanie—. Coge el móvil y todas tus cosas, que nos vamos a Los Ángeles. Llamaremos a Julia de camino.

La llamamos catorce veces antes de llegar a la frontera estatal. No coge ni una sola vez.

JUDY HICKS: Si empieza a dolerle, díganoslo y haremos un descanso.

JULIA CAMPBELL: ¿Estáis seguros de que lo habéis detenido?

DWIGHT RILEY: Lo detuvo usted, señora. Lo placó y lo lanzó por la ventana.

JULIA CAMPBELL: Sí, eso sí, pero la última vez eran dos.

JUDY HICKS: ¿Podemos volver a la noche de los asesinatos?

JULIA CAMPBELL: Pues entré a nuestra habitación y ahí estaba él. No lo pensé.
Actué.

DWIGHT RILEY: Señora, eh... ¿le duele?

JULIA CAMPBELL: Perdonen. Me he quedado sin aire.

DWIGHT RILEY: ¿Quiere que llamemos al médico?

JULIA CAMPBELL: No, no me duele. No siento dolor. Si tuviera las piernas rotas
me dolerían de la hostia.

JUDY HICKS: Volvamos a la noche en la que se encontró con Raymond Carlton.

JULIA CAMPBELL: ¿CUÁNTOS CALMANTES ME HAN DADO?

DWIGHT RILEY: ¿Llamamos al médico?

JUDY HICKS: Deberíamos llamar...

JULIA CAMPBELL: ¿Por qué no siento las piernas si me las pellizco?

DWIGHT RILEY: Espere un momento, señora...

JULIA CAMPBELL: Por favor... ¡Por favor! ¡No hagan como que no me oyen! ¿¡Por

Transcripción del interrogatorio llevado a cabo por los agentes Dwight Riley y Judy Hicks, de la policía de San Diego, a Julia Campbell, Final Girl de un homicidio múltiple, el 23 de octubre de 1992.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XX:

El capítulo final

Volamos por la pradera.

Hemos pasado por un taller mecánico y hemos pagado los ochocientos dólares que me quedaban por un parachoques nuevo y un parabrisas. Le pido que me deje un coche de sustitución para el día que va a tardar en hacer las reparaciones.

«Que no pase de cien y no lo meta en la autopista», me pide.

«No, no, por supuesto».

Lo primero que hacemos es coger la autopista, y llevo el coche a ciento cuarenta hasta el final.

Julia no responde. Dani tampoco. El móvil de Heather sigue fuera de servicio. Marilyn ha bloqueado el número de Stephanie. Todas me han dado la espalda porque creen que me acosté con mi monstruo, porque han leído mi libro, porque piensan que estoy loca. Mis únicos eximentes los tiene Chrissy o están en el cómic de ese pobre niño. No me van a creer en la vida.

Piso el acelerador a fondo. El coche retiembla. Stephanie se pasa todo el viaje divagando.

—Todos piensan que el mayor peligro del parque son los lobos —comenta mientras pasamos por Yellowstone—, pero los que más atacan a la gente son los bisontes.

Habla como si necesitara recordarse que sigue viva. Lo que ha sucedido en casa de Chrissy ha debido de impactarla más de lo que imaginaba. Lee los carteles en alto. Da su opinión sobre los demás conductores. No respondo. Tengo que llegar a California.

Cogemos la ruta 30 para rodear Salt Lake City y vamos en dirección a Wells por la 80. Bajo ningún concepto voy a acercarme a American Fork, por mucho que se tarde menos.

No nos detenemos en las ciudades. En las ciudades hay demasiada gente. Avanzamos por unos Estados Unidos compuestos por autopistas de cuatro carriles con áreas de servicio a los lados. Las ciudades son cúmulos de carteles seccionadas por rampas de salida y carriles de entrada.

Veo cortes y moretones en los brazos y en la cara de Stephanie. Me pregunto cuándo podré quitarle los puntos de la cabeza. Deja de llamar a sus padres. No me doy cuenta hasta que no han pasado diez

horas.

—¿Te has rendido? —le pregunto.

—¿Qué me van a decir? La policía ya nos persigue. Es decir, lo más probable es que ambas acabemos en la cárcel. Ni siquiera sé adónde vamos.

Siento una vibración en el cuerpo, como por debajo de la piel. ¿Estarán con la doctora Elliott o me haría caso Julia y se habrán resguardado en un sitio seguro? ¿Le habrá pedido a Skye que las acompañe? ¿Estarán en Sagefire? La verdad es que no sé adónde vamos.

A veces dejas de ser consciente de por qué haces algo, pero sigues adelante a pesar de que te hayas quedado sin alternativas.

—Tenemos que parar —me dice Stephanie.

—De eso nada.

—Tengo que hacer pis.

—Hazlo en un vaso.

La parte de atrás está llena de vasos de plástico. Tengo tanta cafeína dentro que me tiemblan los ojos.

—No pienso hacer pis en un vaso. ¡Mea tú en un vaso!

—Lo haré cuando tenga pis, y tú tendrás que sujetar el volante.

—¡Qué asco! —Cruza los brazos y mira por su ventanilla.

La calefacción del coche está estropeada y nos pasamos todo el viaje recibiendo una ráfaga de aire caliente en la cara.

—Me estoy asando.

Yo también. Tengo los pies ardiendo y me sudan.

—Es que me estoy cociendo —insiste.

Conducimos por una noche tan oscura que, si apagásemos los faros, el planeta desaparecería.

Vamos llenando el asiento de atrás de envoltorios de comida basura. Hace trescientos kilómetros teníamos una bolsa de basura, pero, en un momento dado, el asiento de atrás al completo se convirtió en la bolsa de basura.

Le hablo de Skye. Le cuento que es el asesino. Le explico que tenemos que detenerle, pero que no sé cómo. No puedo hacerle daño, pero es que diga lo que diga nadie me va a creer. Se me han acabado las ideas. He llegado al límite de mi capacidad de hacer planes. Ahora no soy sino movimiento.

—Llámale —me dice Steph.

—No debemos. Perderíamos nuestra ventaja.

—¿Qué ventaja? Si de verdad crees que va a matar a todo el mundo, llámale.

Acabamos de pasar por Reno. Seguimos en la 80. Ya solo queda

un salto recto hasta la costa y, después, bajar hacia el sur. Le llamo con el móvil de Steph. Me cuesta presionar los números. Dudo antes de llevarme el móvil a la oreja. Entonces me armo de valor.

Está llamando. Me envía al buzón de voz.

—Skye… —empiezo—. Soy Lynnette. Voy… vamos… ¿Dónde…? Llámame.

Cuelgo.

—Un gran mensaje —me dice Steph—. Yo, desde luego, seguro que te devolvía la llamada. Parece que le estés pidiendo para salir.

Conduzco sin descanso, y el sonido del motor me adormece. Se me cae la cabeza hacia delante. La echo para atrás a toda prisa.

—Ya sabes cómo tiene que acabar esto —me dice Steph desde el asiento del copiloto—. Si es él quien está haciendo todo esto, tenemos que matarlo.

—Tiene que haber otra forma. Puede que logre convencerle. Podríamos irnos cada una por nuestro lado y… y que nos dejara en paz. No tiene por qué morir nadie. Podría haber un final feliz.

Sé que no estoy diciendo más que chorradas. No sueno para nada convincente. Stephanie es un misil guiado que ha encontrado su objetivo y yo soy una estudiante de filosofía que está suspendiendo el examen oral.

—Descubrir adónde tenemos que ir —me dice mientras un Taco Time da paso a un Tender Greens—. Eso es lo único que tiene que importarnos.

—¿Y cómo? —No puedo permitir que se dé cuenta de que estoy perdida. No puedo permitir que se dé cuenta de que me embarga el pánico—. ¡Nadie quiere hablar conmigo! ¡No sé a quién llamar!

El brillo de Sacramento mancha el horizonte de naranja para cuando decido hacer la llamada que he estado temiendo hacer.

—¿A quién vas a llamar?

—A Garrett.

—¿Y para qué?

Miro hacia abajo para pulsar la tecla de llamar. Las ruedas giran bruscamente.

—¡Hostia puta! —grita Steph.

Dejo caer el móvil y consigo mantener el coche en la carretera. La calefacción sigue dándome en la cara. He sudado tantas veces esta camiseta que está gris. El coche huele a la tonelada de basura que llevamos detrás. Busco el móvil de Stephanie por la entrepierna.

—Piénsalo. ¿Para qué vas a llamarle?

—Me ayudará.

Rápida como una serpiente, me quita el móvil de las manos. Sin

pensar, intento recuperarlo. Tiene ventaja, porque cada vez hay más tráfico matutino y no puedo apartar la vista de la carretera.

—¡Deja de golpearme! —gruñe—. ¡Te estoy haciendo un favor! ¡Ordenará que te arresten en cuanto le llames con este móvil!

—Garrett es justo conmigo.

—Le robaste el coche. Lo abandonaste en el arcén. Toda la poli cree que escapaste de su custodia. Me has secuestrado.

—Me arriesgaré.

—No conmigo en el coche. Como me lleven a casa, mis padres me encerrarán de por vida y me convertiré en un objetivo fácil. Si ese chaval va a por ti, ahora también viene a por mí. Y… y tendría que pasar por encima de mi familia.

Ha dudado. No se ha atrevido a decir que tendría que asesinarlos… porque es muy duro. Respiro hondo. Ahora hay alguien que confía en mí. Tengo que pensar en ella.

—Vale, no le llamo.

—Además, ¿qué te iba a decir? Has leído el cómic de un niño que te ha convencido de que el hijo mayor de tu terapeuta es un asesino en serie. ¿Sabes a qué suena eso?

Los carteles de San Francisco intentan atraernos hacia el oeste, alejarnos de nuestro camino.

—Sé cómo percatarme de ese tipo de cosas, de la imaginería violenta. Los dientes triangulares. Ese diálogo no es normal para un niño de esa edad. Es demasiado específico. Ya has visto el cómic.

—A mí me ha parecido un montón de dibujitos de niño.

—Tiene que ser él.

Me doy cuenta de que mis palabras suenan como cuando estaba convencida de que era la doctora Elliott.

¿Acabará esto alguna vez? ¿Es que nunca va a dejar de haber alguien interesado en convertir a los niños en monstruos? ¿Siempre va a tener que haber Final Girls? ¿Siempre va a tener que haber monstruos que anhelen matarnos? ¿Cómo impedimos que la pescadilla se muerda la cola?

Steph mira por la ventanilla.

—Estamos cerca de un área de servicio —comenta.

—Estamos a cuatro horas de Los Ángeles.

—¿¡Y qué!? —Como quien dice, me grita. Empezamos a estar de los nervios. No hemos dormido. Llevamos quince horas en el coche sin descanso. Tengo ganas de arrancarme la cara—. Pero si ni siquiera hablan contigo. No te cogen el teléfono. ¿Adónde estamos yendo?

—¡Pues no lo sé! —Por fin lo admito y, ahora que lo he hecho, me desmoralizo—. ¡No lo sé… pero tenemos que hacer algo! ¡Tenemos

que ir a algún lado! ¡No podemos permitir que nos asesine! ¡Otra vez no! ¡Así no! ¡No esta vez, que puedo salvarnos a todas!

Steph golpea el salpicadero con ambas piernas.

—¡Quiero bajar! ¡Déjame en el área de servicio!

—¿Por qué?

De repente tengo miedo de haberla llevado demasiado lejos.

—¡Porque tengo que mear y no pienso hacerlo en un puto vaso de plástico!

Paro en el área de servicio, aparco, salimos del coche y nos alejamos la una de la otra. Yo me quedo en una mediana de hierba amarillenta llena de colillas. ¿Cuántas de ellas las habrán fumado hombres que andaban acechando autoestopistas? ¿Cuántas las habrán fumado crías antes de subirse a un coche con el conductor equivocado… en el que sería su último viaje? Respiro hondo hasta que me calmo. Apesta a tubo de escape y a aceite rancio. Luego vuelvo al coche y empiezo a limpiar el asiento de atrás.

Levanto la vista y veo a Steph hablando por el móvil mientras se acerca a mí. El asiento de atrás está lleno de vasos de papel llenos del agua del hielo derretido, patatas fritas que se han quedado duras, envoltorios de bocadillos llenos de grasa y cajas de cartón triangulares de la pizza de Sbarro, que tanto le gusta a Steph.

—Vale. Yo también te quiero —dice Steph.

Cuelga y se me queda mirando un instante antes de sonreír y decirme con voz suave:

—Ya tiro yo los vasos.

Trabajando juntas desenterramos el asiento trasero y el suelo. Están manchados y apestan a grasa fría, pero por lo menos ya no son un vertedero.

—He hablado con mis padres. Les he dicho que iba a volver a casa. Que los vería pronto. Parece que se han calmado. No sé.

—¿Quieres ir a casa?

Niega con la cabeza.

—¿Cuándo vuelves a sentirte normal? ¿Cuánto se tarda?

Pienso en Garrett y en todas mis compañeras del grupo de apoyo y en que me han tratado como si estuviera loca. Puede que tengan razón.

¿Cómo he acabado atrapada en esta vida? ¿En qué me equivoqué? Los Walker picaron mi billete cuando tenía dieciséis años, y desde entonces todo me ha llevado a esto. Abandonada, desmoralizada, inútil para todo menos para tener miedo y sobrevivir.

—No lo sé. Si alguna vez vuelvo a sentirme normal te lo diré.

—Puf…

De repente, Steph parece muy pequeña, fría y vulnerable. Me levanto, respiro hondo y la abrazo. Es un abrazo tan cálido como frotar dos ladrillos. El pelo le huele a sucio. No hay concesiones, no hay suavidad, en ninguna de las dos. Pongo fin al abrazo con la sensación de que he hecho lo que tenía que hacer. Puede que vivir sea esto. Responsabilidades, obligaciones, las personas a las que nos unimos. Puede que esto sea lo que me he estado perdiendo.

—Pronto llegaremos a Los Ángeles —dice Steph—. ¿Cuál es el plan?

Estoy loca y soy idiota, pero la chica confía en mí. Solo es una niña. Debería enviarla a casa. Debería seguir mi camino, sola, subirme el coche e irme a Canadá, no sé, y no volver jamás. Disolver la banda. Pero no puedo. Aunque me odien, no puedo dejar atrás mis obligaciones. Esta película en que se ha convertido mi vida tiene que acabar. No puedo seguir así para siempre. No voy a permitir que Skye muera. No voy a permitir que esto siga consumiendo a más personas. No voy a permitir que padres desquiciados den pie a monstruos y no voy a permitir que esos monstruos sigan dando pie a más Final Girls. Esto no es un ritual ancestral cargado de significado, es una vida desperdiciada.

—No lo sé. No sé dónde están las demás. No sé si están con Julia o con la doctora Elliott, si están en Sagefire o con Skye. No sé nada, Stephanie.

—¿Y por qué no vas a ver a Dani?

—¿A Dani?

—Estén donde estén las demás, ella lo sabrá. Y da igual dónde estén, porque lo más probable es que Dani ya no vaya a querer salir del rancho. Tú misma has dicho que es obstinada y que tiene tendencias suicidas, ¿no? Vamos a verla, hablamos con ella, descubrimos dónde están las demás y puede que hasta consigamos convencerla para que nos acompañe a comprobar qué pasa con Skye. Las demás le harán caso. Todas la respetan.

Habla como si nos conociera y me doy cuenta de que, en efecto, nos conoce. Ahora todas somos Final Girls.

—Sí… aunque no estoy muy segura de dónde está el rancho.

—Yo lo encontraré. Dani dirige un hogar de rescate ecuestre para ponis maltratados, ¿no? Puedo buscarlo con el móvil. Es el rancho Big Sky Haven.

—¿Sabes cómo se llama?

Se mira la punta de los zapatos.

—Es que yo era una gran admiradora de Dani… no de ti. Lo siento.

Por supuesto. Tiene sentido. Dani siempre sabe lo que hacer. Si la tenemos de nuestra parte todo irá bien.

—Yo conduzco, pero tú me diriges.

—¡A la orden!

Es hora de que esto termine. Después de Stephanie no habrá más Final Girls.

Nadie había oído hablar de Heather DeLuca hasta que, en 1989, el productor Avi Poolos convirtió los crímenes que la rodeaban en el argumento de Sueños letales, una gran producción de New Line. Con efectos especiales de George el Chillón y Rick Baker, este gran presupuesto (para los estándares de New Line) tenía el brillo de Hollywood y consiguió dinero a espuertas. Para los aficionados al género, esa atmósfera de falso romanticismo gótico y la pompa y el brillo del que acabo de hablar convirtieron a la película en la cruel Las Vegas de las slasher.

A medida que los periodistas empezaron a investigar los crímenes originales, se encontraron con lo que parecía el triste caso de un bedel de colegio acusado de pedofilia, una serie de suicidios sin relación y tres muertes accidentales que resultaron no tener en común sino cierta proximidad geográfica. En cuanto a Heather DeLuca… ya no parecía tanto una Final Girl como una persona que había evitado que la acusaran de agresión alegando defensa propia. Todo parecía una invención del departamento de promoción de la película, algo creado de la nada, y los aficionados se sintieron traicionados.

«La conspiración del Rey de los Sueños», de Blaze Sullivan, *Fangoria*, marzo de 2003.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXI:

El capítulo final II

La primera señal de problemas es la señal.

El rancho de Dani está cerca del Lago Elizabeth, a unos treinta kilómetros de Los Ángeles, en esas colinas aplastadas que siempre parece que necesiten un baño. Jorobas mugrientas con árboles polvorientos en las faldas. Es un mundo de color marrón claro cubierto de maleza.

Tardamos una hora en dar con la carretera adecuada y media más en dar con el camino de tierra que lleva hasta el rancho. Aquí, en el campo, nadie se plantea siquiera poner el nombre de las calles o el número de las casas. Si tienes que preguntar, es que no eres de por aquí. Odio el campo.

Voy a unos veinticinco kilómetros por hora cuando vemos la verja.

—¿La abrimos? —me pregunta Steph mientras mira el mapa en el móvil.

Hay una zanja a ambos lados.

—Desde luego, no puedo rodearla.

Mantengo el motor al ralentí. Estudio la verja. Una cadena la ata al poste con unas cinco o seis vueltas holgadas. Aquí es cuando bajas del coche y el monstruo sale de una de las zanjas y te agarra del tobillo.

Nerviosa, Steph sale del coche. Pongo el seguro en cuanto cierra la puerta. Vigilo las zanjas y la arena. Miro por los retrovisores. Steph llega al poste, se detiene y se vuelve hacia el coche. Señala hacia el suelo. Yo me encojo de hombros como si no entendiera a qué se refiere. Se agacha y levanta por la punta un cartel sin pintar. Es antiguo y alguien ha tallado letras en él y las ha rellenado con pintura blanca:

RANCHO DE RESCATE BIG SKY HAVEN

Ahora que lo veo, también veo el poste al que estaba clavado. Hay madera amarillenta alrededor de los clavos, lo que significa que lo han arrancado recientemente. Dani jamás haría algo así. Dani tira a la basura los vasos de café de Heather. Dani tiene un quitapelusas para sus camisas de franela. Dani recoge las hojas del aparcamiento y las

tira entre los matorrales cuando vuelve a su camioneta.

Steph deja caer el cartel, desenrolla la cadena y abre la verja.

—¡Sube! —le digo desde el coche—. ¡Tenemos que llegar a la casa!

No puedo pasar de los veinticinco kilómetros por hora sin que parezca que me voy a cargar la suspensión del coche, así que subimos despacio por la carretera. Muy despacio. La verja la dejamos abierta. Al rato, vemos el humo.

—¿Estarán quemando hojas? —me pregunta.

Una columna de humo negro asciende desde los eucaliptos que hay a lo lejos. El coche se arrastra y yo sudo como un pollo. Noto los dedos del sudor acariciando mis costados pegajosos.

Al cabo de un rato nos internamos por entre los árboles y llegamos a la casa. Se trata de una casa bonita en mitad de un claro, rodeada por una cerca con una zona de aparcamiento circular justo delante y una bomba de agua en el centro. Alrededor de la bomba de agua hay camas de flores silvestres plantadas en una tierra negra y húmeda. Es tierra nueva. Son las flores que Michelle quería ver antes de morir. Entre tanta tierra marrón y polvorosa destacan como fuegos artificiales.

La casa está situada a las once del aparcamiento circular. A la derecha, como a las tres, un camino lleva a un establo. La camioneta de Dani está en el camino y la puerta principal de la casa está abierta.

Ninguna de las dos podemos apartar la mirada de la hoguera que hay en el aparcamiento. En ella están las sillas de madera del salón, apiladas, mientras débiles llamas de color naranja lamen sus patas bajo el sol. Un montón de libros ennegrecidos arden a su lado, y unas cuantas revistas chamuscadas revolotean cerca.

Hemos llegado tarde.

—¿Ves el coche de Skye? —le pregunto a Steph.

—No sé cómo es —responde al tiempo que saca el calibre 22.

Mira la recámara como una profesional. Debería haberme rearmado.

—Dudo mucho que siga aquí, pero vamos a comprobarlo.

Salimos del coche. El aire es cálido. Miro en la camioneta. Hay un gato barato de aluminio en una caja de cartón grasienta. Es mejor que nada, pero poco mejor. Lo sujeto con la mano derecha. Lo llevo colgando. Nos acercamos a la casa, cada una rodeando el camino de entrada por un lado, como por instinto

Hay movimiento dentro. Me quedo plantada. Estoy tensa. El movimiento llama la atención de Steph, que levanta la pistola con ambas manos. Buena chica. Aparece una figura con una enorme

alfombra enrollada. Sale pisando con fuerza y arrastrando la alfombra como si fuera la cola de un dinosaurio. Reconozco los hombros cuadrados, la forma sólida, la falta de curvas. Dani levanta la cabeza para asegurarse de que aún se dirige hacia la hoguera. Es entonces cuando nos ve. Se limpia el sudor de la cara, baja la cabeza y sigue vigorosamente hacia las llamas.

—Dani… —le digo.

Deja caer la alfombra cerca de la hoguera y toma aire. Incluso a diez metros de distancia noto el calor del fuego en la cara.

Se inclina, coge la alfombra por la mitad, la levanta y la lanza a la hoguera. La alfombra tira el montón de sillas en llamas, que se derrumban cerca de mí y despiden pálidas chispas que parecen plantas rodantes.

—Dani —insisto—, ¿qué ha pasado?

Ha dado media vuelta para volver a la casa, pero se detiene. Echa mano a la Glock que lleva en una pistolera a la altura del muslo cuando ve que Steph se acerca por el otro lado.

—Esa es Stephanie. Del Campamento del Lago Red. Es la que sobrevivió a Christophe Volker.

Dani retrocede un par de pasos para tenernos a ambas en su campo de visión.

—¿Qué queréis?

—Alguien ha arrancado tu cartel —le digo.

—Hay que acabar con todo.

Deja caer los hombros, aparta la mano del arma y se encamina a la casa arrastrando los pies. Stephanie me mira como si no entendiera nada y baja el arma. Me encojo de hombros. A mitad de camino, Dani da media vuelta y echa a correr hacia mí con las manos cerradas.

—¿Qué…? —es cuanto alcanzo a decir antes de que me dé un puñetazo en el estómago.

Me dobla. Apoyo las manos en las rodillas. Me vomito en los pies y el gato se me cae y traquetea. Dani se queda delante de mí, sin moverse mientras yo toso bilis. Me obligo a enderezarme y me da una bofetada. Casi me da una vuelta la cabeza. Me pega otro puñetazo en la tripa y caigo de rodillas sobre el vómito.

—¡Steph, no! —le grito mientras levanto una mano para impedir que vaya a por Dani.

No lo consigo. Quiere protegerme.

—¡Oye, apártate de ella! —le chilla.

Dani ni siquiera gira la cabeza para golpearla en el pecho con la mano abierta. El golpe la envía hacia atrás moviendo los brazos como molinos y el calibre 22 sale disparado describiendo un gran arco.

Stephanie cae de culo.

Intento ponerme de pie, pero Dani me da una patada en el estómago con la punta de la bota. Me quedo en el suelo.

—Escribiste el libro —dice justo delante de mí—. El puto libro. ¿¡Qué coño se te pasó por la cabeza para escribir una basura así!? ¿¡Que tenía una relación dependiente con Michelle!? ¿¡Con el sol de mi vida!? ¿¡Que la utilizaba para aislarme del grupo!? ¿¡De verdad lo piensas!?

Me pega otra patada. No pienso pelear con ella. Apoyo la mejilla en el suelo. La tengo hinchada. Me lo merezco. Me coge del cuello de la camisa con ambas manos y tira de mí para ponerme de pie. Oigo cómo la camisa se rasga. Le veo los ojos. Esos ojos grises. Sus pupilas son cabezas de alfiler.

—¿¡Crees que el sentido de culpabilidad por haber matado a mi hermano me ha devorado por dentro!? —Me exige una respuesta, pero me pega una bofetada—. ¡Que eso me ha convertido en una «desequilibrada política»! —Me abofetea de nuevo—. ¿¡De verdad crees que Michelle estaba siempre a mi sombra!?

Otra bofetada. Noto la sangre en la boca.

—Lo siento —digo entre dientes. Se me están hinchando los labios. Algo húmedo me llega a la barbilla—. No quería que nadie lo leyera. Hice cuanto estaba en mi mano para que Michelle muriera aquí.

—¡No pronuncies su nombre! —gruñe al tiempo que acerca su cara coriácea a la mía—. ¡No tienes derecho a pronunciar su nombre!

Me suelta otra bofetada y, de pronto, veo movimiento a su lado. Steph ha recuperado la pistola y viene a por Dani, sujetando el arma con el brazo extendido. Dani me deja caer como si fuera una bolsa de basura y coge a Steph por la muñeca, se la retuerce y la tumba con una patada. Desenfunda la Glock y se la pone en la nuca. Tengo que parar esto. Ahora mismo. Desde el suelo, le enseño las manos a Dani.

—Era mi diario. Era privado. El chico me lo robó del ordenador. El mismo que ha estado manipulándonos a todos. Consiguió que Volker atacara a Stephanie y matara a Adrienne. Quemó la casa de acogida de Heather. Disparó a Julia. Pagó a Harry Peter Warden para que le dijera a la policía que era él quien había cometido los crímenes de Nick. Él ha hecho que creas que mataste a tu hermano para nada, Dani. He estado con Chrissy. Me lo ha contado todo. El chico se comunicaba con Walker mediante un código. Está intentando desacreditarnos en público, y después nos matará una a una.

Dani ladea la cabeza como si estuviera valorando mi teoría. Steph hace ademán de levantarse del suelo, lista para atacar de nuevo. Se

miran. Dani sujeta la Glock con más fuerza.

—¿Y qué más da? —dice Dani antes de dar media vuelta y volver a encaminarse a la casa con paso decidido. Guarda la pistola y nos abandona a Steph y a mí allí, en el suelo.

—Pensaba que estabas loca —me dice Steph—, pero esta sí que está como un cencerro.

La alfombra echa humo y lanza al aire nubes negras de hollín. Huele a productos químicos.

—Un funeral vikingo —comento mientras me siento.

Escupo sangre. Moratones. Eso es lo que voy a tener, no daños permanentes.

—Esa tía se tiene que centrar, joder —murmura Steph—. Esto va más allá de su novia.

—Para ella no.

Dani sale de la casa tambaleándose, arrastrando un colchón. Es enorme y blando, y se queda atorado en la puerta. Le da puñetazos y patadas, y lo levanta. Cuando consigue sacarlo, lo arrastra por delante de donde estamos nosotras. Cuando llega a la hoguera humeante lo deja caer en ella. Las llamas se apagan y la ceniza sale volando por todos lados. Un humo frío asciende hacia el cielo azul.

—¡Mierda! —exclama mientras se limpia la frente, oscurecida y sudorosa, con un pañuelo de mil colores.

—Dani, habla conmigo… —le pido. No puedo enderezarme del todo—. No sé si estás al tanto de lo que está pasando, pero el asunto pinta muy feo. Queremos saber adónde ha ido Julia con las demás.

Me mira como si le diera igual quién fuera yo.

—Ya no está el agua —dice—. La del vaso que tenía siempre en la mesita de noche. Fue lo último que tocaron sus labios. Se bebió la mitad… y, desde que se fue… el nivel del agua ha ido bajando a diario y sabía lo que iba a pasar… pero mientras quedase un poco de agua, era como si no hubiera sucedido. Ayer, cuando lo miré… estaba vacío. Era su vaso de agua y, ahora… no es más que un vaso vacío. No queda nada, Lynne. Se ha ido.

Su cara carece de expresión. Sus ojos no tienen vida. Nunca he sentido nada igual por nadie.

—No quiero seguir aquí sin ella. No quiero volver a estar sola. No puedo.

Se gira y se encamina al establo y nos deja tiradas a Steph y a mí.

—¿No puedes conseguir que te escuche?

Dani sale del establo con un bidón de gasolina rojo y amarillo. Le golpea en el muslo a medida que camina. Se detiene junto a la hoguera apagada, desenrosca la tapa y empapa el colchón, sacude el

bidón para que caigan hasta las últimas gotas, lo tira, saca una caja de cerillas del bolsillo de la camisa, las enciende y tira el paquete al colchón.

¡Flooosss!

De la hoguera sale una bola de fuego, y la peste a gasolina me golpea en la cara. Noto como si se me quemaran los pelos de la nariz. Steph y yo nos apartamos unos pasos como podemos, pero Dani no se mueve. Su cara reluce de color remolacha tras el calor de la llamarada.

Le pido a Steph que se quede donde está y rodeo a Dani, que está disfrutando de su destrucción.

—Nunca quise hacerte daño —le digo—. Nunca quise hacerle daño a nadie.

—Cuando encontraron el cadáver de Michelle, un viejo tarado estaba intentando darle un beso.

—Sería Carl DeWolfe hijo.

—Ja. —Tras lo que se queda callada un buen rato—. Por lo menos murió al aire. No quería morir dentro. Cuando más me necesitaba… no estuve a su lado.

—Por culpa de Skye, el hijo de la doctora Elliott. Es él quien ha organizado todo esto. Está loco. Está jugando con nosotras.

—Lo único que quería era estar con ella en sus instantes finales. —Está desolada—. Eso es lo único que quería.

No me oye. Permanecemos de pie observando cómo arden sus pertenencias. Steph nos mira a través del brillo del fuego desde el otro lado de la hoguera.

—El hijo de la doctora Elliott es peligroso —insisto—. Tienes que creerme. Y ahora está con Julia, con Marilyn y con Heather… y no sé adónde han ido. Tenemos que dar con ellos.

—Están en el Campamento del lago Red.

¡Cómo no!

Adrienne compró el Campamento del Lago Red porque sabía cuál era el problema de las Final Girls: que nos apartamos de los demás, que nos retiramos, que confiamos en las rutinas para que parezca que estamos curadas. Esa es nuestra estabilidad. Nos adormecemos.

Resulta irónico.

Solemos morir, me refiero a las mujeres que hemos atravesado el fuego. A veces elegimos caminos evidentes: el suicidio y la sobredosis. A veces somos más sutiles: nos casamos con alguien a quien le gusta pegarnos, o bebemos demasiado y seguimos cogiendo el coche hasta que se nos acaba la suerte.

Adrienne conocía el problema, así que creó una solución. Reabrió

el Campamento del Lago Red con el dinero de sus películas e intentó salvarnos a todas. Las terapeutas dividían a las campistas en equipos y se quedaban con ellas durante toda la estancia. Asistían a terapia juntas, cuidaban las unas de las otras, se responsabilizaban las unas de las otras. Nadie terminaba la carrera o ganaba una prueba a menos que todas hubieran cruzado la línea de meta. A eso, oficialmente, se le llama «equipo» y «compañeros de equipo». Ellas, sin embargo, se consideraban familia. Se consideraban «hermanas».

El seguimiento de Adrienne había demostrado que el sesenta por ciento de estas familias perduraban. Las hermanas permanecían en contacto durante años, se mudaban incluso para estar más cerca las unas de las otras, para tomar parte las unas en la vida de las otras. Se rescataban unas a otras. Las primeras familias salieron del Campamento del lago Red en 1991. Las mujeres que las componían tendrán alrededor de los treinta y seis años en la actualidad. Dos de ellas están casadas. Seis de ellas trabajan en el campamento. Todas consiguieron salir adelante. Ninguna de ellas murió. Adrienne les salvó la vida.

—¿Vienes conmigo… por favor? —le pregunto a Dani.

Sé lo que sucederá si me voy con Steph. Cuando a Dani se le acaben los objetos que tirar a la hoguera, se arrodillará junto a ella, de cara a las colinas, desenfundará la Glock y se irá con Michelle. Tengo que salvar a alguien.

No deja de mirar el fuego.

—Marilyn, Heather y Julia están en peligro. Tú siempre nos has mantenido a salvo. Te necesitamos. Una última vez.

Cuando habla, su voz suena muy lejana:

—Estoy muerta.

Arquea la espalda, deja caer los hombros, le cuelgan los párpados, se le abren las comisuras de los labios. No sé si está sudando o llorando. O si está haciendo ambas cosas a la vez.

—Por favor, Dani.

Si Steph y yo nos vamos, se disparará en la boca. Allí por donde paso dejo Final Girls moribundas. Pues ya me he cansado.

Sacude la cabeza.

—No puedo hacer esto sola —le digo—. Llevo toda la vida intentando salir adelante sola y no lo he conseguido. Te necesito, Dani. Mujer precavida vale por dos, ¿no es eso lo que me enseñaste?

Después de un rato, deja de balancearse y me mira.

—Primero tengo que encargarme de una cosa.

Se dirige al establo y yo me acerco a Stephanie.

—Viene con nosotras. Va a cerrar.

—Genial. Oye, ¿qué está haciendo?

Dani entra en el establo y desaparece entre las sombras mientras desenfunda. Unos minutos después, seis caballos salen al trote, sin jinete, sin silla, brillantes bajo el sol de la tarde. Huelen el fuego y se alejan, forman un círculo. Están nerviosos. Dani les bloquea el paso, levanta la pistola y dispara al suelo, junto a sus pezuñas.

Se oye un chasquido seco.

Me da un vuelco el corazón. Con cada disparo siento como un puñetazo en el pecho. Dani vacía el cargador en el suelo o al aire y los caballos salen al galope con ojos de miedo y espuma en la boca.

—Tienen más posibilidades de sobrevivir si están sueltos.

Pienso en lo que acaba de decir y me doy cuenta de que no tiene intención de volver.

El coche está casi sin gasolina, por lo que decidimos ir en la camioneta. Tiene cuatro asientos. Me siento en el del copiloto. Steph se sienta en los de atrás, detrás de Dani.

—¿Sabes llegar Campamento del Lago Red? —le pregunto.

—Desde 1991.

Dani hace rugir al motor, mete primera y salimos disparados por la carretera, alejándonos del rancho. Me giro y veo que Steph tiene cara de preocupación. Por detrás de ella veo la nube de polvo de los caballos, que desaparecen por las colinas, y el humo de la hoguera, que asciende hacia el cielo sin nubes.

PHILIP DECKER: Entiendo que no quieras hablar hasta que estés preparada, pero tus padres ya han perdido un hijo. Haría que se sintieran mucho mejor.

DANIELLE SHIPMAN: No lo creo.

PHILIP DECKER: ¿Por qué dices eso?

DANIELLE SHIPMAN: Porque soy un monstruo.

PHILIP DECKER: Yo lo que veo es a una jovencita que ha hecho algo muy valeroso.

DANIELLE SHIPMAN: He matado a mi hermano.

PHILIP DECKER: Para salvarle la vida a dos niñas.

DANIELLE SHIPMAN: Nunca nadie volverá a mirarme como antes.

Transcripción del interrogatorio llevado a cabo por el doctor Philip Decker a Danielle Shipman, Final Girl de un homicidio múltiple,

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXII:

La pesadilla final

Dani apenas habla durante las tres horas que dura el viaje, pero consigo sacarle lo que sabe. Julia le llamó ayer y le dijo que Heather y ella iban al Campamento del Lago Red en uno de los vehículos blindados de Marilyn, que podían pasar a recogerla o verla allí. Les respondió que no la esperaran.

—¿Y Skye? —le pregunto.

—Tuvieron una discusión muy fuerte con su madre —me dice Dani mientras cambia de carril para adelantar a un Subaru que va muy despacio—. Al parecer, le dijeron que tenían un sitio seguro en el que quedarse, pero que no le iban a revelar cuál era. Le dijeron que sus hijos podían ir, pero que ella no. Inventaron una historia y le dijeron que tenían que mantenerse separadas. Ella les dijo que sus hijos no iban a ninguna parte sin ella, aunque no pudo evitar que el mayor se marchara. El pequeño se quedó con ella.

—Algo es algo.

Otros coches nos pasan. Si condujera yo, pisaría a fondo y llegaríamos volando a rescatar a nuestra gente, pero Dani conduce como si fuéramos de camino a recoger heno. He escrito los números de Julia, de Marilyn y de Heather y se los he pasado a Stephanie. Lleva llamándoles desde que hemos salido del rancho.

—¿Responden? —le pregunto después de girarme hacia ella.

Steph está inclinada sobre el móvil, enviando un mensaje.

—No para de saltar el contestador. He probado a enviarles mensajes, pero ninguno de ellos aparece como leído. He pedido un informe de los envíos, pero es como si no estuvieran llegando o algo.

—¿Hay teléfono fijo en el campamento?

—Lo he buscado en Google y he llamado, pero también me sale el contestador.

Ansío que Dani vaya más rápido. Puede que Skye ya haya empezado, aunque aún hay luz. La mayoría de los monstruos esperan a que oscurezca.

—Tenemos que trazar un plan —comento—, no vaya a ser que acabemos por los suelos, como Los Tres Chiflados en sus gags. ¿Te parece? —me dirijo a Dani.

—No.

Y ahí acaba nuestra preparación. Me entran ganas de pisar el acelerador por encima del pie de Dani, pero tengo que estar en sintonía con ella si quiero que esto funcione. Así que espero.

Treinta kilómetros después me hace la pregunta del millón.

—¿Qué pretendes hacer con el chaval de la doctora Elliott?

—No lo sé. No quiero hacerle daño. No quiero que nadie más sufra. Estoy cansada de ver morir gente.

—Antes de que amanezca va a morir gente, eso tenlo por seguro.

Es una frase tan del Lejano Oeste que casi me echo a reír, pero no lo hago porque por dentro sé que tiene razón. Siempre tiene razón.

Nos encontramos tráfico en las afueras de Bakersfield, y para cuando llegamos a las montañas ya casi ha pasado toda la tarde. El largo camino nos tiene atontadas, y cuando la camioneta empieza a tomar las curvas más pronunciadas tengo la sensación de que la adrenalina abandona mis venas. Me siento como si fuera un trapo y me estuvieran escurriendo.

—¡Allí! —dice Steph—. ¿No es allí?

Delante de nosotras hay un cartel del Campamento del Lago Red, y Dani reduce la velocidad. Es pequeño, discreto y está a un lado de la carretera, tal y como quería Adrienne; tan solo unas letras amarillas sobre tablas de color rojo oscuro: «Campamento del Lago Red». Dani gira el volante y la camioneta sale de la carretera y se desliza hacia una vía de asfalto que sube colina arriba, adonde está el Lago Red. El condado no es responsable de esta carretera, sino el campamento, por lo que el asfalto está tan nuevo que es de un perfecto y reluciente color negro.

A mitad de camino de la montaña las sombras empiezan a alargarse. El campamento está un poco más arriba, pero Dani toma un desvío.

—¿Adónde vas? —le pregunta Steph.

—Tengo que hacer pis, y es mejor que lo haga antes de llegar. Además, quiero coger las armas de detrás.

Se detiene en un mirador desde el que se ve todo el valle. Hay una mesa de acampada con una lata de Coca-Cola sin calorías encima, un cartel conforme el sitio goza de una vista panorámica y un sendero que se interna entre los matorrales. El suelo es pavimento de piedra blanca y polvorienta.

—Esperadme aquí.

Baja de la camioneta, hace una parada para coger la lata de refresco y tirarla a la basura y luego se mete por detrás de una serie de matorrales que hay como a unos diez metros de distancia de donde ha aparcado. Me fijo en que Steph, sentada detrás de mí, está rebuscando

en una mochila.

—En serio, necesitamos un plan —digo al tiempo que empiezo a girarme.

Una maza me golpea en la nuca y siento como si se me fueran a salir los ojos de las cuencas. Dejo de ver. Cuando recupero la visión tengo media cabeza por fuera de la ventanilla y el sol me hace daño en los ojos. Me invade la sensación de que mi cabeza es del tamaño de un balón de playa. Intento meterla para mirar dentro de la camioneta, pero un cristal de seguridad se rompe y sus pedazos llueven sobre mi cuello y mi camisa. Steph pasa al asiento de delante y se pone al volante. Lleva el calibre 22 en la mano. No huelo nada. No puedo mover la cara. Mi cuerpo no funciona.

Me mira y echa una mano por encima de mi hombro. Intento levantar los brazos, pero me duelen muchísimo y no lo consigo. Steph tira de la manilla, abre la puerta de par en par y me empuja sobre el empedrado. Estoy enredada en el cinturón de seguridad, pero me libero y caigo como un muñeco desmandado sobre el suelo.

Por el rabillo del ojo veo a Dani salir de los arbustos abotonándose los vaqueros. Quiero gritar para advertirle, pero ni siquiera eso puedo hacer. La puerta de la camioneta se cierra por encima de mi cabeza y oigo el motor. La camioneta me pasa por encima de las piernas, pero no parece nada en comparación con el dolor de la cabeza. Las ruedas rugen por la gravilla y se oye un crujido metálico y el sonido de cristales rotos cuando embiste a Dani, que sale volando por los aires. Veo cómo se estrella contra un árbol, como a media altura del tronco, y su cuerpo se dobla hacia atrás de una manera que no debería ser posible, luego rebota y cae al suelo bocabajo en el linde del aparcamiento.

Stephanie da marcha atrás hasta donde me encuentro yo y apaga el motor. Baja de la camioneta. Quiero ver adónde va, pero soy incapaz de girar la cabeza. Oigo puertas de vehículos que se abren y se cierran, un corto silencio y, entonces, pasos sobre la gravilla en dirección a mí.

—Tus putas estadísticas —me dice mientras se acuclilla a mi lado.

¿Habrá creído que Dani iba a hacernos daño? ¿O tiene tendencias suicidas y no se podía confiar en ella? O estará confundida… ¿Habré hecho algo que la haya llevado a pensar que le iba a hacer daño? En realidad sé cuál es la verdadera respuesta: que no es una de nosotras; que nunca ha sido una Final Girl. Chrissy tenía razón, es un monstruo.

—Esta es una pistola de mierda, pero algo es algo —me dice mientras sujeta mi delicada pistolita—. Bobas de los cojones, con vuestros machetes y vuestras artes marciales. Si queréis acabar con un

adulto necesitáis por lo menos una Smith & Wesson.

Siento flojera, como si me hubieran exprimido, como si estuviera vacía. No puedo sino quedarme tirada en el suelo y morir. Subo la vista por su largo brazo y llego hasta su rostro, que es un negro sol que irradia olas de odio y desprecio.

—Piensas que eres una tía dura, pero ¿sabes lo patética que eres en realidad? He visto cómo, uno tras otro, se te quitaban de encima y, cuando me ha tocado a mí, ha sido incluso más sencillo de lo que imaginaba. Llevas toda la vida con alguien cogiéndote de la mano. ¡Pero si ni siquiera eres una Final Girl de verdad!

Se inclina y me pone el dedo justo por debajo de la nariz.

—¡Joder, pero si aún respiras! Bueno, voy a tener que probar algo más fuerte. ¡No te vayas, ¿eh?!

Vuelve a la camioneta y oigo cómo empieza a sonar la campanita de la puerta de atrás. «¡Dang, dang, dang!». Suenan las cremalleras de una maleta de armas. Recarga una escopeta. Sus zapatillas vuelven a pisar la gravilla y a entrar en mi campo de visión.

Me la han jugado. He sido una idiota. La he traído hasta el corazón del Lago Red. Estaba equivocada con Skye. Estaba equivocada en todo y, ahora, voy a morir.

La muerte, en realidad, es un momento de claridad, y en este mismo instante me queda claro que Steph tiene razón: llevo toda la vida necesitando la ayuda de los demás. Pensaba que me había apartado de todos, pero siempre ha habido alguien. Lo único que voy a hacer sola es morir.

Siento que tengo la cabeza enorme y como entumecida, y hasta parpadear me da dolor de cabeza, así que dejo de hacerlo y me quedo mirando a Stephanie, que está de pie junto a mí. Es muy alta, altísima, y veo que mueve una de las escopetas de Dani por delante de mi cara. Deja quieto el cañón. Apoya el círculo negro, grande y vacío, en mi frente. Mi cerebro le manda al cuerpo órdenes para que huya, para que se mueva, para que se aparte, pero mis músculos están en huelga.

—Me acojoné cuando apareciste en mi casa. Pensé que habías descubierto lo que pasaba, pero entonces me llevaste en tu viaje de hermanamiento espiritual y… Hace años que buscas que alguien haga que dejes de sufrir, así que tranquila, Tendencias Suicidas. Yo soy la Final Girl de las Final Girls y tú eres la del año… pasado. ¿A qué viene esa sonrisa?

Eso último lo gruñe porque mis ojos han girado a la derecha y no he podido evitarlo, he torcido un poco la boca. Steph sigue mi mirada y se le cambia la cara.

—Mierda.

Dani ha desaparecido.

Espero que esté corriendo. Espero que vaya camino del campamento para advertir a las demás, para pedir ayuda, para prepararse para este monstruo. Espero ser el sacrificio que les permita ganar tiempo. Dani llegará al campamento, avisará a las demás y caerán todas sobre Stephanie como la ira de Dios.

Stephanie se acerca a los arbustos con la escopeta baja, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, lista para levantarla y hacerle un agujero en el cuerpo a Dani en cuanto la vea. Se detiene y me mira. No sabe hacia dónde ir.

Quiero gritar «¡Dani, huye!», pero mi cabeza está espesa y creo que puedo hacer que mi mejilla derecha suba ligeramente si me concentro lo suficiente, pero eso es todo. Me pregunto qué aspecto tendré solo con la mitad de la cabeza.

Puede que me haya movido, porque Stephanie inclina la cabeza hacia un lado mientras me mira, aunque pasa de mí y se vuelve hacia los arbustos, pero es tarde. Quizá haya estado preparada para mí, pero no lo está para Dani. El metro ochenta de músculo de granjera de Dani sale de entre los matorrales y agarra el cañón de la escopeta, y con pericia lo aparta de ella. Luego le pega un puñetazo en el cuello a Stephanie.

El golpe hace que la barbilla de la joven descienda hasta su pecho y que la joven baje el arma. Dani está encorvada, doblada, dolorida, con algo roto por dentro, pero controla el cañón de la escopeta y lo mantiene apuntando en otra dirección mientras le da un puñetazo tras otro en la sien a Stephanie. Luego retuerce el cañón de la escopeta y Stephanie se ve obligada a soltar el arma. Dani le golpea en la espalda con la culata y Stephanie cae al suelo de bruces.

Dani se aleja renqueando de ella en dirección a mí. Está pálida. Mueve los labios, pero de su boca no salen sonidos. Tiene los dientes manchados de sangre. Se deja caer de rodillas, con fuerza. Deja la escopeta en el suelo. Me doy cuenta de que está llorando. Estoy casi segura de que es por el dolor.

—Lynne —dice medio ahogándose, y me acaricia la mejilla. Tiene la mano llena de cortes.

Es entonces cuando Stephanie se levanta.

Dani presiente que algo va mal y se vuelve, a punto de recibir un culatazo de la escopeta en la frente. Quiero gritar algo, lo que sea, para advertirle, pero mi cara no funciona. Creo que es posible que parte de mi cerebro esté desparramado por la gravilla. La culata la alcanza de lleno en el centro de la cara. Algo duro cruje. Stephanie sonríe, pero Dani la coge por el tobillo y tira de ella. Stephanie cae al

suelo y Dani se levanta y echa a correr, solo que cojeando, alejándose de mí, dejando goterones de sangre a su paso. De nuevo desaparece entre los arbustos. Stephanie se pone de pie, no sin dificultad, apunta con la escopeta y tira del gatillo. Veo una explosión de fuego.

Stephanie corre hasta el lugar por donde ha desaparecido Dani disparando y recargando una y otra vez. Cuando llega a los arbustos deja de disparar e intenta dar con Dani. Entonces dispara de nuevo. Siento como si los estruendos no fueran a parar nunca. Por fin se hace el silencio. Un pájaro empieza a cantar.

Stephanie se acerca a mí. Me doy cuenta de que tengo que volver a poner en práctica el truco más viejo del libro, el que ya utilicé con Ricky Walker. Me hago la muerta. Stephanie se agacha para comprobar si tengo aliento, pero he dejado de respirar. Noto ligeramente que me está tocando el lóbulo de la oreja derecha, supongo que pellizcándolo, pero ahora mismo mi cabeza es de madera. No me muevo. Me escupe a los ojos, que tengo abiertos como platos. No me muevo. Se ríe.

—Esta ni siquiera cuenta. Esta, como quien dice, se ha matado sola.

Vuelve a la camioneta y tira la escopeta en el asiento del pasajero. «Las escopetas no son buenos copilotos», pienso. Debo de ser idiota. Arranca. Oigo el motor al ralentí un buen rato y pienso que ha debido de cambiar de idea, pero no puedo girarme para comprobarlo, porque estoy segura de que me está observando.

El alivio me invade como una droga por el torrente sanguíneo cuando la camioneta sale rugiendo y deja tras de sí una nube de polvo blanco colgando en el aire. Me quedo quieta un momento, con el cerebro derramándose por el suelo, y me pregunto quién va a advertir a las del campamento. Me pregunto si Dani habrá conseguido contarles lo que está pasando. Me pregunto si Stephanie llegará la primera y acabará con ellas con la rapidez de una bala. Me quedo tumbada y me pregunto quién nos va a salvar. La sangre forma un charco alrededor de mi cabeza y muero.

Ahora entiendo que el miedo puede ser divertido. A mí, por ejemplo, me encantan las montañas rusas. Esa palpitación que produce la anticipación cuando baja la barra de seguridad. Esa emoción cuando vuelas al tomar una curva amplia y sientes como si esa vez fueras a salir disparada. La sensación que embarga todo tu cuerpo cuando por fin estás a salvo abajo del todo. ¿Pero qué dice del ser humano que gran parte del entretenimiento que consumimos tenga que ver con matar mujeres? Piensa en ello.

¿Es divertido matar mujeres?

[Pausa]

Vas a ver la última película de suspense con un cubo de palomitas, luego vas a cenar, hablas de los giros del argumento con tus amigos… No es más que otra parte de vuestra salida semanal. No obstante, nadie pone a salvo a esas mujeres. Nadie las lleva a casa. Sus cadáveres se quedan tirados en la pantalla mientras los demás siguen con su vida. Piensa en lo que eso significa. Piensa en qué es lo que no estamos haciendo bien.

Charla de Adrienne Butler en Cincinnati (Ohio), en enero de 2010.

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXIII:

Resurrección

Los matorrales caen ante mi ira. Me lanzo por entre los árboles. Subo la montaña prácticamente de puntillas hasta que me duelen los gemelos tanto como mi hinchada y rota cabeza.

—¡Estúpida! —me digo.

Pero no lo digo muy alto, porque todo sonido hace que me duela la cabeza. Mi mundo entero consiste en subir esta colina, así que voy poniendo un pie detrás del otro y me da igual lo que griten mis músculos, me da igual lo que me arda el pecho, que no me detengo. Solo me detendré cuando esté muerta. Algo que puede suceder antes de lo que pienso.

—¡Idiota!

Doy otro paso.

El mundo gira a mi alrededor.

—¡Estúpida e idiota!

Otro paso.

—¡Estúpida, idiota y atontada!

Ponerme de pie en el aparcamiento del mirador ha sido lo más duro que he hecho en la vida. El dolor me tenía anclada al suelo. Ni siquiera que me clavaran en aquellas astas me dolió tanto. Ha sido Adrienne la que ha conseguido que me levantase.

«¿Qué haces ahí tirada, Lynnette?», me ha preguntado, de pie a mi lado.

«No puedo…».

«Claro que puedes. ¿Y sabes por qué?. Porque como no te levantes todo el tiempo que invertí en ti habría sido una pérdida de tiempo. Significaría que he fracasado. Y yo no fracaso. Crecí en un hogar donde la presión era insoportable, Lynnette, así que llevo muy mal lo de fracasar. Como te rindas, Adrienne la Perfecta habrá fracasado también y eso me va a costar digerirlo».

Se arrodilla junto a mi cabeza y siento que me pasa las manos por debajo de las axilas. Mi cuerpo se gira en mil y una posiciones imposibles, mis tendones aúllan, mis músculos tiemblan y entonces me pongo de pie y me quedo balanceándome en mitad del aparcamiento, en un charco de mi propia sangre. Sola.

Voy a subir esta montaña aunque muera en el intento, y lo cierto

es que podría morir, porque me duele todo. De pronto me caigo de rodillas, porque el bosque ha desaparecido y estoy tirada junto a unas piñas frente al Campamento del Lago Red. Delante de mí, un gran cartel de madera exclama «¡Bienvenidos!», y por detrás de él hay una vasta campa verde que lleva a la cabaña principal, cuyos troncos desnudos brillan de color naranja bajo el atardecer rosado.

«No contabas con que Billy Walker llegó antes que tú, ¿eh? —le pregunto a Stephanie dentro de mi atormentado y palpitante cerebro —. ¡Jódete, puta boba, que tengo una placa de titanio en la cabeza!».

Nunca pensé que algún día tendría que agradecerle a uno de los Walker que me salvara la vida, pero después de que Billy me dejara con la mitad de la cabeza al descubierto tuvieron que insertarme una placa para que aquello se sostuviera y Stephanie me ha acertado de lleno en ella con el pequeño calibre 22. Las heridas de la cabeza son tan escandalosas como si estuvieras desangrando a un cerdo y ahora mismo no me atrevería a mirarme en un espejo, pero por lo menos estoy viva.

Pero me duele. Joder, me duele la hostia. Me obligo a ponerme de pie y avanzo trastabillando hasta la cabaña principal con la sensación de que tengo los tobillos rotos. Entonces me tropiezo con un asfalto duro, miro hacia abajo y veo que estoy en un camino circular que corre por delante del campamento. Levanto la vista de nuevo y empiezo a llorar.

—No es justo —susurro—. No es justo.

Delante de mí está la enorme F-150 roja de Dani. La puerta del conductor está abierta y se oye el «dang, dang, dang». Stephanie ya está aquí. Siento como si la voluntad se me fuera por los pies. No he oído disparos, pero es que mi cabeza es una rugiente y repiqueteante cascada de dolor.

La ascensión por la colina, queriendo morirme a cada paso que daba, no ha servido para nada, porque Stephanie ya está aquí y todas las personas que conozco están muertas.

Me apoyo en un coche, probablemente uno de los monstruos blindados de Marilyn. Evito mirarme en sus relucientes laterales. A pesar de la placa de titanio, la bala de Stephanie me ha hecho daño y mi cerebro no deja de recordármelo.

Aunque las demás estén muertas voy a detenerla. Camino cojeando hacia la cabaña principal. No quiero hacer daño a nadie, pero tengo que detenerla antes de que sea ella la que se lo haga a más gente. Hago mis pasos más largos, noto hierba bajo los pies, la cabaña se mueve de lado a lado y mi cabeza es un vibrante bulbo de dolor en lo alto del cuello.

Subo las escaleras como puedo, paso por entre las enormes columnas de cedro rodeadas aún con la cinta amarilla de la policía y arrastro los pies por el porche de pino. Abro la puerta y entro.

Todo huele a madera. Enormes vigas laqueadas por el paso del tiempo soportan el techo, que tiene dos plantas de altura, pero el oscuro atardecer no deja que se vean ya los travesaños y la cumbrera. Una altísima chimenea destaca en uno de los lados de la vasta recepción, y un entrepiso rodea el resto. Alguien ha clavado polaroids de hermanas sonrientes y de sus familiares por todas las superficies, por lo que la cabaña está forrada de mujeres con amplias sonrisas y los brazos por encima de los hombros de otras mujeres, mientras las hojas de registro, los tablones de boletines, los horarios fotocopiados y los pósteres con consejos de seguridad salen girando de entre las sombras y rodean mi cabeza, que sigue latiendo.

Delante de mí está la recepción circular y, por detrás de ella, en lo alto, hay unas envejecidas letras de hierro que conforman las palabras «Hermanas todas».

Excepto Stephanie. Ella es la que no encaja. Ella es la que desentona.

¿Pero dónde están todas? ¿Dónde están mis hermanas? ¿Están escondidas? ¿Y el personal? El campamento cerró después de lo de Christophe Volker, sí, pero alguien tendría que haber, el grupo de mantenimiento. ¿Ocho personas? ¿Diez? Una voz me susurra en la cabeza que, en situaciones así, cuando hay tanto silencio, es que ya han muerto todos.

A cada lado de la recepción hay dos carteles con forma de flecha, cada uno de ellos apuntando en una dirección. El que señala hacia la derecha tiene letras de cuerda que rezan «Quiosco». El que señala hacia la izquierda también tiene letras de cuerda, pero pone «Comedor del porche». Eso es lo que busco. Son casi las cinco. La gente tendrá ganas de cenar.

Indefensa, me adentro en el laberinto del minotauro, cojeando de la pierna izquierda. Empujo unas puertas abatibles hechas de madera desnuda y entro al comedor. La estancia está llena de largas losas de pálida madera de pino dispuestas ordenadamente con bancos corridos a los lados. Una canoa abandonada cuelga bocabajo del techo y la pared del fondo son dos puertas de cristal que dan al comedor del porche. El único signo de vida es la huella ensangrentada de una mano en una de ellas.

Hay un cartel en el que pone «Bufé» que se balancea ligeramente sobre lo que parece un saco de la lavandería. Me agacho junto a él y me crujen las rodillas. Enseguida me doy cuenta de que el blando saco

de ropa es, en realidad, el cadáver de una mujer. Le doy la vuelta. No queda mucho de la cabeza. La cara está esparcida por el suelo. Me pregunto si sería guapa. Me pregunto si sería feliz. Me pregunto quiénes serían sus hermanas. Lleva una camiseta del campamento y la placa con su nombre no se puede leer bien, porque está cubierta de restos de su cara. Se la limpio con el pulgar.

—Lo siento mucho, Marcie.

Nunca había dicho algo tan en serio.

Miro en la cocina. Allí hay otra persona bocabajo. Tiene la camiseta manchadísima de un color rojo oscuro. Este parece un hombre.

Stephanie ha estado aquí.

¿Cuánta gente habrá muerto porque he confiado en ella?

Algo golpea con suavidad una pared y giro la cabeza en esa dirección a toda prisa. El dolor que siento en las sienes es indescriptible. Veo la puerta de una despensa cerrada. Me acerco, pero me quedo a un lado porque la puerta tiene una ventanita y no quiero que lo que sea que esté dentro me vea. Empujo la puerta. No se mueve, pero quizá se deba a que es muy pesada. Me preparo y la empujo esta segunda vez con más fuerza, pero traquetea a la altura de la cerradura. Oigo un ruido dentro. ¿Por qué iba a encerrarse Stephanie? Ella quiere estar aquí, fuera, matando gente. Pego la cara al cristal.

Está oscuro, así que pongo las manos y fuerzo la vista. Algo se mueve en la penumbra.

—Oye… —digo entre susurros.

Rezo para que mi voz no se haya internado muy lejos por el edificio. Toco con los nudillos en el cristal una sola vez. Sea lo que sea que hay dentro, se mueve de nuevo.

—Te veo —le digo.

Sea quien sea, está pegado cuanto puede a la parte de atrás, en lo más profundo de la oscuridad.

—¿Estás herida? —pregunto.

—¿¡Lynnette!?

Una voz apagada sale por entre las rendijas de la puerta y me llega al ombligo.

—¿¡Julia!?

Oigo cómo descorre el cerrojo. Veo destellar algo por el rabillo del ojo y me agacho y me giro. Veo una gran bandada de pájaros alzando el vuelo en el césped. Hay chispas plateadas en sus alas. Julia sale de la despensa con la silla, un modelo bajo y macizo con las ruedas grandes y ligeramente inclinadas en la parte de arriba. Detrás

de ella hay dos quinceañeros que están como atontados y una mujer muy nerviosa que parece que vaya de acampada a menudo.

—Echad el pasador —les dice Julia—. Vendremos a por vosotros cuando el campamento sea seguro.

Le obedecen. Yo me siento muy cansada porque solo he dado con Julia, así que aún me queda mucha gente por rescatar, y porque Stephanie sigue por ahí, intentando matarnos.

—¿Qué coño está pasando? —me pregunta.

—Es Stephanie. Stephanie Fugate.

Julia frunce el ceño durante un buen rato, y después lo desfrunce.

—¿¡La Final Girl del Campamento del Lago Red!? ¿¡La que habías secuestrado!? Joder, Lynnette, tus habilidades sociales son una puta mierda. ¡Anda por aquí con una ametralladora!

—No creo que tenga una ametralladora —digo mientras recuerdo las escopetas que Dani tenía en la camioneta.

—Venga, vale, quedémonos aquí, hablando del calibre del arma que está utilizando para asesinarnos la que creías que era tu nueva mejor amiga.

Siento un zumbido profundo en la cabeza y me entran nauseas.

—Tienes muy mal aspecto, así que te perdono —me dice—. Parece que los móviles no tengan cobertura, pero hay un teléfono fijo en la enfermería. Podríamos ir a probar.

—¿Dónde están Heather y Marilyn? —musito por entre mis entumecidos labios mientras empezamos a movernos.

—Junto al lago, con los demás. Hay unos veinte miembros del personal celebrando un servicio funerario por Adrienne. Yo he venido a por crema solar.

No la oigo. Me quedo parada. Desde aquí puedo ver más allá de la mano de sangre que hay en las puertas de cristal y más allá del árbol solitario que me bloqueaba la vista de la campa. Ahora veo una persona despatarrada sobre la hierba. Reconozco la camisa de franela. Julia mira hacia donde estoy mirando yo.

—¿Es…? —empieza a decir.

—Ve tú al teléfono, que yo voy a ayudar a Dani.

Me dirijo a las puertas, pero Julia me corta el paso antes de que llegue.

—¿¡Acaso crees que no sé subir y bajar escaleras!? —y se mueve a mi alrededor.

Julia ya casi está en la salida del comedor del porche para cuando yo salgo. Se echa hacia atrás en la silla, apoya una mano en la barandilla y baja los tres escalones botando sobre las ruedas. Intento alcanzarla.

—¡Mueve el culo! —me suelta mientras las ruedas de su silla empiezan a rodar por el césped.

Correr hace que me maree, así que camino rápido, mirando hacia atrás, comprobando por dónde podría venir alguien: izquierda, derecha, adelante, atrás. Hay unos pocos árboles en un lado de la campa, pero por lo demás estamos completamente expuestas. Se ve a la perfección desde cualquier parte. Lejos, a la derecha, está el anfiteatro del campamento, con su escenario. Por delante tenemos el linde forestal. Entre árbol y árbol se ve ya la luz de color púrpura oscuro. Por detrás de esos árboles están las cabañas y, más allá, el lago, donde más de veinte víctimas esperan a Stephanie.

Dani no tiene buen aspecto. Sus piernas señalan en dos direcciones diferentes, ninguna de ellas natural. Está bocabajo, con la boca abierta. Me alivia ver que sus omóplatos suben y bajan. Respira.

—Pon sus piernas encima de mí para que te ayude con el peso —me dice Julia—. Tenemos que entrar y llegar al teléfono.

No puedo.

—Tengo que descansar un momento —murmuro mientras hago un gesto con la mano.

Estoy exhausta. El suelo tira de mis caderas. Necesito sentarme. Me acuclillo, pero no tengo claro cómo hacerlo sin romperme en pedazos.

—¿¡Qué haces, Lynnette!? —me grita Julia desde muy lejos.

Tengo que descansar.

«¿Qué haces, Lynnette?», me pregunta Adrienne.

Está junto a mí en la campa. Me apesta la ropa a cordita. Ella lleva un jersey y unos pantalones blancos.

«¿Intentar que no me maten?».

«¿Con eso te vale, con respirar? ¿Eso es todo lo que tienes que ofrecerle al mundo?».

«Es un buen punto por el que empezar», le respondo deseando que deje de hacer que me sienta tan mal.

«Tienes que proteger a tu hermana», me dice mi madre, de pie a mi lado, con Gilly gritándole en el cuello.

«No soy Yoda —me dice Adrienne—, pero no pensarás que tu hermana murió para que tú tuvieras la oportunidad de rendirte, ¿no? ¿Crees que Tommy murió para que tú tuvieras la oportunidad de plantarte cuando el asunto se ponía demasiado feo? La vida es algo más que sobrevivir».

«Cállate, Adrienne», gruño.

«No te sentirías tan culpable si no supieras que tengo razón».

La gravedad me puede. Me caigo de culo sobre la hierba. Una

fuerte sacudida me sube por la columna. Se me inunda la cabeza de sangre caliente. La campa se convierte en un tiovivo que me lleva más allá de la cabaña.

Lejos, a la altura de la cabaña, un insecto negro se nos acerca y veo cómo se va haciendo más y más grande, hasta que consigo enfocarlo. Es un hombre vestido con ropa militar negra. Lleva una máscara de gas. A la espalda lleva una especie de rifle automático que va dando saltos, pero en la mano lleva un hacha, como Ricky Walker. Mueve las piernas, devorando el espacio verde que nos separa.

—¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! —suelta Julia mientras se inclina por la cintura e intenta agarrar a Dani.

Nos ha visto y no sé quién es, pero viene hacia aquí y yo me siento tan cansada… pero giro la cabeza hacia los árboles y no me parece que estén tan lejos.

«¡Tú puedes!», me anima Adrienne.

Me pongo de pie y el mundo vive otra revolución perezosa mientras mi cabeza bucea por un mar de dolor y yo rezo para que este sitio no haya cambiado mucho desde los últimos diez años.

«Tienes que proteger a tu hermana», insiste mi madre.

Cojo a Dani por el cinturón e intento no fijarme en los chasquidos de mi cuerpo mientras la levanto y me la acomodo. Las piernas de Dani golpean a Julia en el pecho. Dejo que Julia se encargue de parte del peso y me tambaleo hacia delante.

—¡Cabañas! —creo que grito.

Me da un vuelco el corazón, me vibra el cerebro y camino tan rápido como puedo en dirección a los árboles. Julia mantiene el ritmo, haciendo rodar la silla con todas sus fuerzas. De hecho, parece que vuele a mi lado mientras a mí me estalla la cabeza a cada paso que doy, con los árboles moviéndose a uno y otro lado en mi campo de visión. De pronto, la parte trasera de la primera de las cabañas aparece por entre los troncos y corrijo nuestra dirección.

Algo castañetea por detrás de mí y el aire se agita por encima de mi cabeza. El tipo se ha detenido a disparar. O espero que se haya detenido a disparar. Cada paso que nos alejemos de él es un paso que estamos más cerca de la salvación.

Por delate de nosotras veo a Heather en cuclillas detrás de unos árboles con una botella de cerveza verde en las manos, y Marilyn aparece a su lado con una especie de vestido de verano, un gran sombrero de paja y un bolso amplio.

—¡Abre la cabaña! —le grito a Julia.

—¿¡La cabaña de madera!? ¿¡La que está llena de ventanas!?

Suelto un grito penetrante, molesta, y veo que Julia se adelanta

por la campa. Las ruedas aplastan la hierba. Parece que vaya en un cortacésped. Por fin confía en mí. Yo me tambaleo ahora que tengo que llevar todo el peso de Dani, pero Marilyn llega enseguida para ayudarme y se agacha por debajo del otro brazo de Dani. Se le cae el sombrero. Algo castañetea de nuevo por detrás de nosotras y Dani sale disparada hacia delante y noto cómo el impacto viaja hasta las suelas de mis pies, doloridos ya de por sí.

—¡Arriba, Lynnette! —me grita Marilyn en el oído, y arrastramos a Dani entre ambas mientras noto el mundo rebotando dolorosamente a mi alrededor.

Entonces los oscuros árboles nos rodean y veo que Julia hace un giro temerario, tanto que a punto está de volcar, y que levanta una gran nube de tierra y que se lanza por encima de los tres escalones de la cabaña y que se estrella contra la puerta y la abre y deja la silla caída, con una rueda girando aún.

Heather entra después y yo doy con la fuerza necesaria para subir las escaleras y cruzar la puerta tirando de Dani. Marilyn cierra la puerta justo antes de que la Muerte llame a ella.

—¡Es de madera, joder! —me grita Julia desde el suelo.

Marilyn aúlla desde lo más profundo de su garganta, como un animal, cuando se da cuenta de que hay seis enormes ventanas en las paredes, tres a cada lado, por las que entra la brillante luz de la tarde. Ven las paredes de madera, el suelo astillado, las tablas de la puerta… pero, claro, ninguna de ellas ha pasado tanto tiempo como yo aquí.

Dejo que sea Marilyn quien se encargue del peso de Dani y me lanzo hacia la cama que tengo a la derecha. Me estiro, busco, rezo. Una bota golpea la puerta, que se estremece en el marco.

Mi dedo encuentra un agujero que hay en la pared, junto al cabecero de la cama. La madera me raspa los nudillos. Tiro de él y el cuadrado de madera se me queda en el dedo, como un anillo, mientras pulso el botón rojo que hay al otro lado.

La cabaña se parte en dos. Marilyn chilla. Heather deja caer la cerveza. Julia se tapa los oídos por lo taladrante que resulta el estrépito de los motores y de los mecanismos. Seis cerrojos cierran la puerta, de cada uno de los marcos de las ventanas bajan tablones de madera y corro hacia ellos, mareada. Me golpeo la cadera con las camas, pero llego a la primera ventana y cojo con ambas manos los pomos que han quedado a la vista y tiro de ellos, lo que sirve para cerrar unas contraventanas metálicas que tienen las ventanas.

—¡Ayudadme! —les grito.

Marilyn corre dos. Yo, cuatro. Cuando termino, vomito una especie de gachas.

—¡Sigue siendo de madera! —insiste Julia desde el suelo.

Entonces oigo disparos de nuevo y reconozco el sonido. No es necesario que el ruido de las calles de Los Ángeles enmascare su eco… es el mismo tipo de arma con la que convirtieron mi apartamento en un campo de tiro la semana pasada.

La cabaña está en penumbra. La puerta sigue vibrando en su marco, pero no hay agujeros en ella. No la ha hecho trizas. Otra ráfaga. El cristal se rompe, pero las contraventanas de acero apenas se sacuden cuando las balas bailan claqué en ellas. Aguantan.

—Cabañas del pánico —digo resollando—. Adrienne las construyó para que me sintiera a salvo. Las ventanas tienen contraventanas de acero, y las puertas y las paredes tienen una lámina de acero entre medio. Por debajo de la madera del suelo hay cemento.

—Mola —dice Heather, que se acerca a la puerta y grita—: ¡Jódete, gilipollas!

Quienquiera que haya afuera dispara otra ráfaga contra la puerta. Oímos las balas chocar contra el acero.

—Ya… pero estamos atrapadas, Lynne —se queja Heather—. ¡Qué gran plan!

—Llamemos para pedir ayuda —respondo—. ¿A quién le funciona el móvil?

—A ninguna —contesta Heather—, así que estamos jodidas.

—Dani está sangrando mucho —dice Julia mientras le ejerce presión en la espalda con las manos. Hay sangre reciente en su ropa… en sus brazos… en su rostro…

—A ver, así que estamos atrapadas en una cabaña, fuera hay un asesino con un rifle automático, Dani se muere y no tenemos forma de pedir ayuda. —dice Heather de nuevo—. Parece que voy a tener que salvaros con mis superpoderes.

Nada más decir eso se tira en una de las camas, se tapa con las sábanas y acomoda la cabeza en la almohada.

—¿¡Vas a dormir!? —le pregunta Julia.

—Estoy enferma.

—Voy a llamar a emergencias —dice Marilyn mientras busca el móvil en su amplio bolso de paja.

Cuando lo saca me fijo en que parece más grueso y grande que los normales.

—No hay cobertura —dice Heather.

—¿Es que ninguna ha oído hablar de los teléfonos vía satélite?

No se oye nada afuera. No sé si el monstruo estará esperando junto a la puerta o si se habrá ido al lago. No sé ni dónde está Stephanie ni qué estará haciendo. Ni siquiera sé si la que nos ha

atacado era ella. Aunque ¿de dónde ha sacado un equipo así? Da lo mismo. Aparto la cama del monitor.

—¡Deja de hacer ruido! —me suelta Heather con los ojos cerrados.

—Hola —oigo que dice Marilyn—. Llamo para informar de un tiroteo.

Meto dos dedos en otro agujero, que está en el suelo, y levanto un panel más grande que deja al descubierto una trampilla cerrada con un cerrojo.

—¿¡Qué coño es eso!? —exclama Julia.

—Hay veinte empleados de Adrienne junto al lago —comento.

—No puedes… —empieza a decir, pero no le hago caso. Me limito a abrir la trampilla y me dejo caer a la fría arena que hay por debajo de la cabaña. Me pongo de pie.

—Cerrad enseguida.

Luego me agacho e inspecciono los alrededores. La franja de luz que se ve entre la cabaña y el suelo está despejada: no hay piernas vestidas con pantalones negros de combate, no veo botas militares. Me arrastro por la arena hacia la parte delantera de la cabaña. Oigo cómo corren el cerrojo de la trampilla. Bien.

Me pongo de pie ayudándome con las manos, porque las rodillas no me responden. Me tambaleo. Los árboles y las cabañas se balancean peligrosamente y una sombra se apodera de mi visión periférica, pero veo una luz más brillante delante de mí, por entre los árboles. Por ahí está el lago. Es imposible que el tirador haya llegado ya. Tendría que haber pasado por tres filas de cabañas, por la yurta de relajación, por el observatorio de naturaleza y por la sauna.

Por detrás de mí veo la fachada astillada de la cabaña en la que nos hemos encerrado, con picadas ennegrecidas en la puerta que parecen cicatrices. Corro y trastabillo hacia la izquierda, en paralelo al lago. Cuando llego a la última de las cabañas me llevo las manos a la boca como si fueran un megáfono, respiro hondo con mis maltrechos pulmones y convierto todo mi cuerpo en un único grito:

—¡Stephanieee! —Oigo mi rugido resonar por las copas de los árboles—. ¡Sigo viva! ¡Me querías, ¿no?! ¡Pues ven a buscarme!

Me falta el aire. Veo por delante de mí unos puntos negros que se me antojan un enjambre. Parecen luces estroboscópicas, y entonces uno de ellos se dirige hacia mí con un propósito concreto y me doy cuenta de que está echando una rodilla a tierra y veo fuego parpadear a la altura de su hombro y noto que unas abejas pasan chillando junto a mi cara ¡y me despeinan!

Me giro y echo a correr.

El Granero del Bienestar se alza por delante de mí en la penumbra, una gran pared roja de madera con unos picos a cada lado que parecen cejas enarcadas. Después de la cabaña principal, este es el edificio más grande del campamento. Adrienne lo construyó a principios de los años noventa, cuando se hizo con el sitio. Está lleno de salas de desensibilización y reprocesamiento por movimiento ocular, de medicina narrativa y de terapia artística. Hay multitud de estancias, multitud de puertas… Es un laberinto en el que puedo conseguir que cualquiera se extravíe, enfadarlo, hacerle perder el tiempo, que se concentre en mí, no en los veinte objetivos fáciles que hay junto al lago. Voy a atraerlo hasta allí y luego me abriré camino hasta las salas que hay al final de la segunda planta, donde hay una especie de túnel secreto entre las paredes. Vamos a jugar al escondite, y para cuando se rinda, la policía ya habrá llegado.

Me acerco a las puertas de cristal y estiro los brazos para abrirlas al entrar, pero cuando me choco con ellas y soy víctima de una lluvia de madera y cristal recuerdo que se abren hacia fuera, no hacia dentro. Demasiado tarde. Me tropiezo con la parte baja del marco de la puerta y resbalo por el suelo de la entrada con las manos por delante.

Me duele. Mi cabeza nada en un océano de dolor. Todo huele a citronela y a canela, y el agradable sonido de la fuente de agua que hay en la esquina me aliviaría el dolor de la cabeza si no fuera porque me han pegado un tiro en ella. En una de las paredes hay escaleras suspendidas que ascienden a la primera planta, y las claraboyas dejan entrar una luz rosada desde lo alto. Alguien ha pintado un lema en la pared: «A veces lo único que nos queda es un deseo y la esperanza».

Entonces algo explota por detrás de mí y las balas agujerean tanto el deseo como la esperanza. Me obligo a ponerme de pie. No hay tiempo, me siguen de cerca. En las escaleras estaría demasiado expuesta. Corro hacia la derecha y entro por la primera puerta que veo.

A punto estoy de cerrarla cuando algo la golpea en lo alto con fuerza. La puerta casi se sale de los goznes, pero consigo mantenerla cerrada empujándola contra el marco. Durante un momento se hace el silencio al otro lado. Entonces, un hacha la atraviesa y casi se me lleva la mano izquierda. Aparto la mano y echo el cerrojo mientras la Muerte empieza a hacer trizas la puerta. Me oigo sollozar.

La puerta se rompe con más facilidad de lo que había imaginado. Se me pasa por la cabeza que quizá haya cometido un terrible error de cálculo. El Granero del Bienestar está hecho de sueños y esperanzas, no de acero galvanizado y cemento reforzado.

La puerta estalla y aterriza en el suelo. Casi se me lleva por delante. Echo a correr. Mi cabeza es una bolsa de sangre que no deja de vibrar. Entonces algo me golpea las piernas y en la pared de espejo que tengo a la derecha veo un espantapájaros ensangrentado que se cae de culo sobre una pelota de yoga.

Me giro. Me levanto. Le pego una patada a la pelota, una bola rosa que se levanta del suelo por encima de la puerta tirada en el suelo y acierta al atacante, que cae de rodillas y tira del gatillo del arma. La pared de espejo estalla, convertida en una lluvia de triángulos plateados y círculos rotos.

Todas las salas del Granero del Bienestar tienen dos puertas, así que salgo volando por la otra y me estrello contra una pared de CD de música del mundo, me estampo contra una vitrina de cristales curativos y me golpeo en la cadera con una camilla para masajes. Los sonidos espectrales del universo giran a mi alrededor: ligados de arpa, campanas que repican y carrillones de cristal que tintinan los misterios de la vida. Me tambaleo sobre un tatami mientras la terrible música de unidad me arropa e intenta llevárseme. Salgo por la otra puerta justo cuando entra el tirador, pisando cristales con sus botas.

La siguiente sala tiene forma de ele. Aquí practican terapia musical. Tengo al atacante demasiado cerca. Lo único que puedo hacer es correr. Quienquiera que sea mi perseguidor dispara y los xilófonos explotan y los platillos rugen cuando las balas aciertan a una batería. Las guitarras a las que alcanza emiten un sonido que me recuerda a taponazos secos y llenan la sala de astillas de madera de pícea.

Giro la esquina, pero los pies se me escapan y mi cerebro se parte por la mitad. Caigo al suelo con el hombro por delante, me pongo de pie a toda prisa y sigo. Mi plan ha fracasado. No soy capaz de dejar atrás al tirador. Está demasiado cerca. Mis pies se clavan en la alfombra cuando me lanzo hacia la puerta… porque ya no tengo ningún plan.

Pero entonces lo recuerdo.

«Tienes que proteger a tu hermana», me dice mi madre mientras Gilly aúlla.

Yo soy la carnada. Yo soy la distracción. Yo soy el objetivo fácil. Lo único que tengo que hacer es mantenerlo aquí hasta que las demás escapen. Tengo que aguantar cuanto pueda.

Adrienne tenía razón, vivir no solo consiste en seguir con vida.

La puerta se abre con facilidad, pero no lo bastante rápido y me doy con la frente en ella. De pronto estoy en una sala llena de banderines y globos rosas y blancos, los colores preferidos de

Adrienne, y hay madalenas y refrescos y es como si hubiera retrocedido en el tiempo, como si estuviera en primero. Parte de mi cerebro sabe que esto es la merienda que iban a hacer después de recordar a Adrienne, pero parte de mí es una cría que chilla y corre. «¡Mamá, soy rápida como un conejo!».

El atacante llega demasiado rápido. Está demasiado cerca. Dispara y evapora globos y agujerea banderines hasta convertirlos en confeti. También acierta a unos dibujos tribales que hay en la pared del fondo, y de pronto me he convertido en todas las mujeres que alguna vez han huido de un hombre con un arma, en todas las mujeres que han corrido para salvar la vida por sitios en los que se suponía que deberían haber estado a salvo. Entro de golpe en la siguiente sala y soy Julia corriendo por su dormitorio. Soy Heather corriendo por los pasillos de su instituto. Soy Marilyn corriendo por un atardecer texano. Soy Dani en el hospital. Soy Adrienne corriendo por este campamento, un campamento en el que siempre habrá una mujer corriendo y gritando y gritando y corriendo. Y soy Lynnette, corriendo al fin, pero no puede atraparme, porque soy tan rápida como si corriera con la velocidad de todas. Soy más rápida que Billy Walker. Soy más rápida que el Fantasma. Soy más rápida que todos los Hansen juntos. Soy la mujer más rápida del mundo.

Corro. Corro a toda velocidad. Exijo a mis piernas. Mi cabeza rebota al final de mi cuello. Ya está, esta es mi última carrera. Abro la puerta de madera de golpe y me sumerjo en la húmeda nube de cloro de la sala de hidroterapia. Puedo engañar al tirador para que caiga en uno de los pozos que hay en este suelo de cemento e intentar ahogarlo, aprovechando todo lo que pesa su equipo, pero ya está en el umbral y no me ha dado tiempo siquiera a cerrarle la puerta en las narices. Abre la puerta con el hombro, con el arma en alto, y yo caigo al suelo y me golpeo en la pelvis con la barandilla de una escalerilla de piscina y meto un pie en agua caliente y lo saco y cojeo por la sala, chapoteando y chapoteando, lo más rápido que puedo hasta las tres puertas que hay en una de las paredes. Esas tres puertas son la única escapatoria que me queda.

Me duele tantísimo la cabeza que casi ni veo. La puerta que queda más a la derecha está justo delante de mí. Entro. No pienso detenerme. Voy a tirarme por la ventana que tiene que haber enfrente. Una vez fuera me esconderé entre los árboles. Miro a mi alrededor. ¡Pero si aquí no hay ventanas! ¡Y tampoco hay ninguna otra puerta!

Estoy en una sala de hidroterapia individual, con baldosas de arenisca y una gran bañera blanca, con un inodoro y un lavamanos y una camilla para masajes, y la puerta se abre por detrás de mí y me

empuja hacia delante, tropiezo, me tambaleo, mis pies dejan de tocar el suelo, me golpeo con el borde de la bañera en los muslos y me caigo dentro dando una voltereta. Mi madre me mira mientras Gilly chilla con todas sus fuerzas a la altura de su cuello.

Cierro los ojos con fuerza y una sangre negra late por detrás de mis párpados porque no quiero morir. Abro los ojos y mi cabeza se llena de cristales rotos que me laceran el cerebro. La Muerte me mira desde lo alto, plantada junto a la bañera, y es lo más grande que hay en el mundo.

La Muerte me apunta con su arma, una TEC-9, una de esas armas de videojuego que tan chulas les parecen a los hombres. Es un arma terrible, pero no a esta distancia. La Muerte viste con ropa militar negra, está cubierta de cinturones y cintas y bolsillos y toda esa parafernalia que los hombres piensan que les hace fuertes. La máscara de gas le esconde la cara. Los guantes militares le esconden las manos. Lleva un casco negro. Con todo ello no pretende sino compensar lo pequeña que la Muerte se siente por dentro. Por instinto, le miro los zapatos.

Botas tácticas Under Armour de cremallera. Chispas que saltan en mi cerebro.

—¿…Skye?

¿Dónde está Stephanie? ¿Le está ayudando ella a él o le está ayudando él a ella? ¿Estará muerta? ¿Me habré equivocado y será ella otra Final Girl que Skye se va a apuntar en la cuenta?

Oigo la respiración del joven resonar por la máscara de gas. Dice algo y, aunque la máscara lo apaga, me quedo sin fuerzas igual porque, a pesar de todo, le he oído.

—Vas a morir sola y a nadie le importa una mierda.

Mi madre aprieta a Gilly contra el cuello y mi hermana no deja de gritar. «Tienes que proteger a tu hermana». Ni siquiera eso pude hacer. «Lo siento, Gilly. Lo siento, doctora Elliott. Lo siento, mamá. Lo siento, papá. Lo siento, Mike. Lo siento, Liz. Lo siento, Final. Os pido disculpas a todos».

Siento no poder seguir luchando.

Skye coge bien el arma.

«Lo siento, Adrienne».

Me apunta a la cara y el cañón del arma se vuelve un agujero negro lo suficientemente grande como para tragarse el mundo entero.

¡Y entonces Heather cae sobre él, salida de la nada, con la pesada tapa de porcelana blanca del tanque del inodoro en las manos! Le golpea en la nunca y la porcelana estalla en mil pedazos cortantes que me caen encima. El cuerpo de Skye se inclina en una dirección, pero

su cabeza se inclina en la otra. Cae hacia delante y se golpea en la cara con el borde de la bañera. No se levanta.

Por un instante, lo único que se oye es su respiración y la mía.

—¿Dónde están las demás? —consigo decir unos instantes después.

—En la cabaña. Encerradas.

No tiene sentido.

—¿Y qué haces tú aquí?

Heather está resollando, pero consigue esbozar lo que me parece una sonrisa.

—Ya te dije que he visto mierdas que van mucho más allá de lo que jamás serías capaz de comprender.

Después de lo que vi en la sala que Chrissy tenía dedicada a ella en su museo, no lo pongo en duda ni por un instante.

Empiezo a maniobrar para salir de la gran bañera. Heather se inclina sobre Skye y empieza a soltarle el casco y la máscara de gas.

—¿Está vivo? —le pregunto.

—Bastante —responde Heather mientras intenta soltar la correa de la barbilla.

Lo consigue.

—No lo muevas, que podría tener el cuello roto —le digo.

Le quita el casco y le arranca la máscara de gas. Por fin le veo la cara. Tiene un círculo negro pintado alrededor de los ojos y el pelo sudado, y le tiemblan los párpados. Sí, es Skye.

Cuánto debe de odiarnos.

Heather se incorpora y le pega una fortísima patada en los testículos. La patada mueve al muchacho como si se tratase de un pesado saco de ropa sucia.

—No, no deberíamos moverlo —comenta Heather, que subraya sus palabras con más patadas en los testículos—. No… que no… queremos…. empeorar… una posible… lesión… en la ¡columna!

Me acerco un poco a ella, pero mi cabeza empieza a girar tan rápido que tengo la sensación de que podría salir volando. Me apoyo en su hombro para no caerme.

—Para —le digo—. Coge su arma.

Heather se agacha y coge el rifle, y apunta con él al monstruo en el pecho y lo observa por la mira, ahí, despatarrado, derrotado gracias a un inodoro ecológico.

—Heather… es su hijo.

No me está prestando atención. Nos quedamos así durante lo que me parece muchísimo tiempo. Por fin aparta el arma y la tira a la bañera. El rifle produce un fortísimo estrépito.

—A la mierda —dice.

—A la mierda. Hoy no va a morir nadie más.

—¡Vaya, pero qué enternecedor! —comenta Stephanie desde la puerta.

Heather empieza a girarse, pero Stephanie le pone la escopeta en la nunca. Tiene la escopeta apuntándome justo a la cara a través del cuello de Heather. Está en posición de disparo, inmóvil, con la culata del arma apoyada en el hombro y la mejilla apoyada en la culata, lista para que su cuerpo soporte el retroceso. La mano con la que nos va a disparar dirige el cañón. Heather le da la espalda. Yo estoy al otro lado de Heather. Skye ocupa la mitad de la sala. No hay adonde ir.

—Es la segunda vez que te salvas haciéndote la muerta. ¿Cómo es que sigues viva?

—Por la placa que llevo en la cabeza.

—Mierda… —suelta por lo bajo—. Si te digo la verdad, apenas he ojeado tu página de la Wikipedia. No me interesan los indeseables. Esta drogadicta, no obstante, es una gran presa.

—Putos admiradores chalados —suelta Heather.

—Lo que tú digas, abuela. Mi chico y yo llevamos semanas haciéndoos correr como ratas en un laberinto, y ahora os vamos a matar como a pececillos en una pecera. No tienes mucho de lo que enorgullecerte, puta vieja. Esto ha sido más fácil que tirarse un pedo.

Me llama la atención eso de «mi chico».

—¿Skye y tú…? —empiezo a decir.

—Nos conocimos por internet. Después de esto, nadie va a recordaros, perdedoras. Skye y yo vamos a ser héroes. La gente hablará durante años del golpe que hemos dado en la mesa. No sois más que puta nostalgia y hemos venido para barreros y echaros a la basura. Hay que dejar de aferrarse al pasado.

—Tira del gatillo o cierra la puta boca —le suelta Heather, aunque yo, que veo su cara, sé que solo hay valor en su tono de voz—. Eres tan aburrida como mi último novio.

Stephanie sonríe y empieza a decir:

—Muy bien, pues…

Tengo que conseguir que siga hablando.

—¿Lo habéis hecho para ser famosos? ¿Habéis matado a toda esta gente para salir en la televisión?

—¿Para qué si no?

Pienso en el archivo que vi en el despacho de la doctora Elliott, el que tenía la fotografía de Stephanie, y me doy cuenta de cómo la encontró Skye.

—Fue él quien se puso en contacto contigo, ¿verdad?

—No hay tiempo para que te explique cómo surgió nuestro amor.

—Te ha engañado. Te ha convencido de lo malas que somos porque odia a su madre. Te ha engañado.

—¡Que te lo has creído! —parece muy segura de sí misma, pero me doy cuenta de que no le gusta parecer el objeto en vez del sujeto.

—Esto no va del poder de las mujeres —Es el pánico el que habla —. Skye te está utilizando. En un juicio, tu abogado alegará coerción emocional. No eras responsable de tus actos. Es el hombre el que está al mando. No serás sino otra víctima del poderoso y manipulador hombre.

—No juegues conmigo, Lynnette. Él y yo somos iguales. Así funciona el amor hoy en día.

—¿Crees que esto tiene que ver con Skye y contigo? Esto va de su madre y él. Tú no eres sino la pobre nuera de su obsesión psicótica, un pie de página en su expediente judicial. Es a nosotras a las que nos harán grandes funerales, a las que recordarán como heroínas, mientras que a él solo lo recordarán un puñado de niñatos de internet. Pero tú no encajas. A ti te olvidarán todos, porque tú lo único que hiciste fue decir «sí, señor» y «no, señor» y apretar el gatillo cuando lo decía el jefe.

—Que te jodan.

—Sabes que tengo razón. A menos que también lo mates a él. —Hago una breve pausa—. Todavía está vivo.

Heather mueve los ojos rápidamente de derecha a izquierda para pedirme que no siga. Con la boca articula un «no» en silencio, porque sabe lo que estoy haciendo. Pero la ignoro.

—Está bien jodido —digo mirando al suelo, a mi derecha—. Seguro que podrías matarlo con tus propias manos. Con eso sí que darías un golpe en la mesa.

Estoy entregada. Por primera vez en años no tengo miedo.

Stephanie entorna los ojos y mira a Skye. Es suficiente. Rezo para ser rápida.

Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. Me agacho y paso junto a Heather, doy un salto hacia delante ignorando las bandas de hierro que tengo alrededor del cráneo y levanto un brazo y cojo el cañón de la escopeta y lo aparto como le he visto hacer antes a Dani. El aire de la sala explota y siento que se me ha quemado la mano, que tengo la palma abrasada, pegada al cañón, y se me rompe el hombro y la estancia se llena del humo gris y grasiento del disparo. A mi lado, Heather está cayendo a la bañera.

Mis pies no tocan el suelo. Estoy placando a Stephanie. Me doy con la cabeza contra el marco de la puerta y siento que me late con

tanta fuerza que a punto estoy de desmayarme. Sin embargo, recuerdo que he de aterrizar encima de ella. Oigo cómo el aire abandona de golpe sus pulmones —«¡ufff!»— cuando nos derrumbamos en el suelo de cemento, y le caigo encima con la ardiente escopeta atrapada entre su pecho y el mío.

Tenemos medio cuerpo fuera de la puerta de la sala de hidroterapia y el otro medio dentro. Me siento muy débil como para pegarle, como para darle una cuchillada, como para pegarle un tiro… así que la rodeo con brazos y piernas y la sujeto.

Ella se rebela, se revuelve, grita, se enfrenta a mí e intenta escapar de mí con el dedo en la guarda del gatillo, pero no es más que una niña y consigo mantenerla en el suelo. Mis brazos le impiden encontrar punto de apoyo alguno. Con la barbilla, por magullada que la tenga, la obligo a tener quieta la cabeza contra el suelo. Nuestros labios están tan cerca que podríamos besarnos.

Stephanie escupe, grita y aúlla, pero no va a ir a ningún lado. Al cabo de un rato se da cuenta. Empieza a gritarme al oído con tanta fuerza que siento que el cerebro se me vuelve blanco.

Instantes después entiendo lo que está diciendo.

—¡Mátame! ¡Mátame! ¡Mátame!

Por fin me apartan de ella. Para entonces, Marilyn y Heather han esposado a Skye con unas bridas y le están poniendo otras a Stephanie. Se la llevan a la otra punta de la sala, pero la chica no deja de mirarme.

—¡Tendrías que haberme matado, puta!

Estoy cansada. Me duele todo. Incluso empiezo a notar nuevos dolores.

—Vas a ir a juicio y te van a meter en la cárcel —le digo exhausta.

—¡Que te jodan! —chilla rabiosa—. ¡Pienso escapar!

Estoy cansada de todo este dolor, de tanta muerte y amenazas, de esta interminable letanía de miedo en que se ha convertido mi vida.

—No vas a escapar, no. No eres tan lista.

Que viva. Que vivan ambos. Que vivan y comprueben lo inútiles e insustanciales que fueron los asesinatos que cometieron. Por mucha gente que haya matado, de lo que Stephanie no se da cuenta es de que el mundo, nada colaborador, tozudo, sigue girando.

Morir no es lo importante. La muerte no es más que el punto final de la vida. Lo que importa es todo lo que hayas escrito antes. La mayoría de la gente va directa al punto, pero los puntos ni siquiera suenan.

Fecha: 13/02/2009
De: Stephanie Fugate <StephSlays@live.com>
Para: Skye Elliott <SkEllraiser@hotmail.com>
Asunto: Si-ner-gia

¡Oh, no!, me persigue un asesino inusualmente lento armado con un arma ridículamente inútil. ¡Oooh! ¡Es un bichero! ¡Un machete! ¡Una brocheta para kebabs! Un AR-15 hace que todas estas chorradas sean irrelevantes. Estas zorras se creen muy duras hasta que tienen que enfrentarse a una verdadera capacidad de tiro. Todas estas chorradas pasadas de moda son para abuelas y para bebés. Nosotros podemos utilizar tácticas y armas modernas en lo que siempre ha sido una pelea con cuchillos.

Masacre en un instituto + el escenario de una masacre a cuchilladas = sinergia

Me da igual su reputación, en cuanto las tienes en la mira y empiezas a apretar el gatillo no son más que una panda de chochos llorones. ¿Final Girls? No son más que sacos de carne con una reputación exagerada que solo se han enfrentado a tipos lentos e idiotas que no serían capaces de matar a nadie en la actualidad.

Correo electrónico de Stephanie Fugate a Skye Elliott. Prueba 137-A de la fiscalía

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS XXIV:

Un nuevo comienzo

Un delfín cromado salta por entre olas ultravioletas.

Tres gordos elefantes rosas con los brazos entrelazados levantan la pierna a un tiempo mientras gritan: «¡Feliz día de las visitas!».

«A veces, los mayores viajes empiezan con el más pequeño de los pasos», proclaman un par de piernas acabadas en unas zapatillas gastadas.

Ese es para mí. Ahora mismo solo puedo dar pasos pequeños.

La nueva placa de mi cabeza no ha pitado cuando he pasado por el detector de metales, porque se trata de un nuevo polímero quirúrgico, pero se han tirado un buen rato analizando mi bastón por rayos-X y me han confiscado la codeína, y eso es horrible porque noto que me viene un dolor de cabeza. Me han cacheado y manoseado. Para cuando me dejan entrar en la Prisión Central de California me siento como si tuviera noventa años.

Que Stephanie me disparara en la cabeza resultó ser la cura milagrosa para los ataques de pánico. Cuando me desperté en el hospital, Julia me contó que llevaba tres días inconsciente mientras los médicos se encargaban de bajarme la hinchazón del cerebro. Esperé que se me cerrara la garganta o que me dieran calambres en los pulmones, pero lo único que sucedió es que se me aceleró un poco el ritmo cardíaco. Supongo que mi cuerpo dio por hecho que, si había habido alguien más en la conspiración de Stephanie y Skye, ya se habría llevado su disparo. Sigo sin sentirme a salvo, pero, por primera vez desde los dieciséis años, tampoco estoy asustada todo el tiempo.

«¿Está bien todo el mundo?», le pregunté a Julia la siguiente vez que me desperté, pero empezó a hablar y a hablar y volví a perder el conocimiento.

En mi habitación siempre estaba encendida la televisión, y constantemente entraba y salía gente que me decía cosas que no entendía. Yo no dejaba de desmayarme y de despertarme, flotando en grandes olas de analgésicos.

En mis momentos lúcidos vi en la televisión al abogado de Skye. Daba conferencias de prensa diarias en las que leía los extensos manifiestos de su cliente. Resulta que es un gran activista de los derechos humanos de los hombres y que su plan es decir que Skye era

la víctima de una conspiración feminista que se había salido de madre. El veneno de Skye se está amplificando sin descanso por internet. Para la doctora Elliott habría sido más fácil si hubiera permitido que Heather le disparase.

Otra vez nos hemos hecho famosas. Tanto, de hecho, que, cuando salí del hospital, Marilyn me envió un coche con dos de sus matones para recogerme. Uno de ellos era el que me había inmovilizado en el jardín de Marilyn, y mantuvimos una conversación agradable al respecto. Me prometió que me enseñaría a hacerlo cuando volviera a ser capaz de caminar sin bastón.

Mi apartamento seguía siendo una prueba del crimen y el dueño me había denunciado por decenas de miles de dólares en daños. No tenía adonde ir, ni vida que recuperar. No tenía nada excepto una interminable procesión de personas que querían sacarme en las noticias para que «contara mi historia». Todos querían saber cómo «me sentía».

A nadie le interesa saber cómo me siento ahora que estoy sentada en la zona de visitantes de la Prisión Central de California, mirando los pósteres con frases inspiradoras y fotos compradas en bancos de imágenes y los murales hechos por aficionados. Si les interesara les diría que me duele la mandíbula, que me pica la cabeza alrededor de donde me han puesto la nueva placa y que siento un dolor de cabeza como amarronado que me palpita por detrás de los ojos. Empiezo a pensar que he cometido un error al venir.

Marilyn llega antes de que me dé tiempo a cambiar de opinión y marcharme. Las joyas con las que se puede entrar están limitadas a un único collar y un anillo, los vestidos sin tirantes están prohibidos y no puedes vestir de naranja, de beis, de azul vaquero o de verde esmeralda, pero se puede venir con pamelas y Marilyn entra con una enorme de color blanco en la mano.

Me da un beso en cada mejilla.

—¿Has sabido algo de la doctora Elliott? —le pregunto mientras me limpio su carmín.

—Le escribí una nota. Creo que no nos queda otra que aceptar que va a estar fuera de circulación durante un tiempo.

Me pasé los dos primeros días después de salir del hospital intentando ponerme en contacto con la doctora Elliott, pero me resultó imposible. Leyó un comunicado público y las imágenes las pasaron una y otra vez. La doctora Elliott miraba un papel que tenía en las manos. Le temblaban tanto que tuvo que dejarlo sobre la mesa. Recitó una serie de frases duras con las que pedía a todo el mundo que respetase su privacidad en un momento tan difícil. No sirvió de nada.

La persiguieron hasta que se vio obligada a desaparecer. Ninguna de nosotras ha conseguido dar con ella ni por teléfono ni por correo electrónico. Yo quería ayudarla. Quería decirle que no pasaba nada. Ella ha hecho mucho por mí, pero yo no he tenido la oportunidad de hacer nada por ella.

—¿No ha venido Dani contigo? —me pregunta Marilyn.

Cuando salí del hospital, Marilyn me ofreció su casa de invitados, pero yo quería un sitio tranquilo. Le pregunté a Dani si podía quedarme en su rancho. No dijo que no, así que me lo tomé como un sí. Me gusta ese sitio; se ve a la legua a cualquiera que se acerque. Los caballos volvieron, y me encanta pasar tiempo con ellos. Me gusta cómo huelen, cómo se mueven, la manera cautelosa en la que comprueban el mundo que les rodea. Recuerdo una vez más que a Gillian le gustaban los caballos y que nunca tuvo la oportunidad de montar uno. Yo estoy trabajando en ello. Quizá.

—Hoy iba a rehabilitación. Viene con Julia.

A Dani van a tener que reconstruirle la pierna izquierda, la cadera izquierda y ambas rodillas. Durante los dos primeros días se negó a levantarse de la cama del hospital. El tercer día, Julia entró rodando en la habitación y empezó a dar palmas.

«¡Esta fiesta de autocompasión ha terminado! —le dijo mientras una enfermera entraba con otra silla de ruedas—. ¡Es hora de que te levantes de ese confortable ataúd y empieces a vivir de nuevo!».

A Julia le encanta saber más que los demás de lo que sea y, desde luego, sabe mucho más que Dani de sillas de ruedas. Ella también vino al rancho y las tres nos tiramos una semana haciéndolo accesible, ellas dos en silla de ruedas y yo con un bastón. Tres Final Girls hechas pedazos y un par de contratistas de la zona. Dani se ha hecho enseguida con la silla, hasta el punto de que se ha comprado una de esas Freedom Chair y desaparece días enteros en el desierto.

La primera noche en que no volvió al rancho me acojoné. Cuando la vi regresar por la maleza, por detrás de la casa, al anochecer del día siguiente, dale que te pego a las palancas de la silla, botando con fuerza por el suelo desigual, salí corriendo y le eché una bronca del copón. Se quedó esperando hasta que me quedé sin aliento.

«Me gusta dormir bajo las estrellas —me dijo—. Me quedo mirando los halcones, los coyotes. Michelle ha venido un rato a estar conmigo. No ha dicho gran cosa, pero me ha escuchado. Lo más probable es que empiece a ir a verla regularmente».

Y se puso de nuevo a darle a las palancas en dirección a la casa. Entonces, se detuvo y me soltó:

«Me gustabas más cuando no hablabas tanto».

—¿Tú me odias? —le pregunto a Marilyn mientras esperamos.

Las mesas están atornilladas al suelo de linóleo, no hay ventanas y hay una zona de juegos en la esquina con animales de dibujos animados que bailan pintados en las paredes. Parece la cafetería de colegio más triste del mundo.

—¿Que si te odio?

Asiento. Pienso en mis cartas, en el libro, en que la llamé «alcohólica consentida». Pienso en todos los errores que he cometido.

—Te voy a enseñar una cosa —me dice mientras se pone en el regazo el gran bolso de paja con el que ha venido y saca un teléfono enorme. Pasa la pantalla hacia abajo con el pulgar, hacia abajo, hacia abajo y, después, la toca una vez y me la muestra.

Al principio no entiendo lo que estoy viendo, y de pronto no sé cómo es posible que no lo haya sabido de buenas a primeras.

—¡Final! —exclamo.

Lo ha pasado del cazo a una de esas camas de flores margosas que rodean su casa de invitados. Ha crecido desde que lo abandoné, ha echado hojas nuevas y veo tallos con pequeños pimientos verdes. Está claro que las raíces han agarrado bien.

Siento que se trata de un acto de compasión que no merezco.

—Espero que esté bien —me dice Marilyn.

—Final… —Me da un poco de vergüenza estar hablándole a una planta, y no solo a una planta, sino a la fotografía de una planta en el móvil de otra persona, pero no puedo evitarlo—. ¡Mírate! Estás creciendo… ¡rodeado de unos helechos muy sexis!

A su alrededor hay enormes y primitivos helechos.

—Estaba muy recluido en ese cazo. No tenía sitio para crecer. Era evidente que sus pobres raíces estaban traumatizadas. Espero haberlo hecho bien.

Final no va a volver a estar conmigo. No va a volver a estar sentado en una mesa, viendo la televisión conmigo, nunca más. Ya no es mío.

—Está genial. Está perfecto. Creo que yo le estaba impidiendo crecer.

—Es un precioso pimiento que está ansioso por crecer y no va a parar de hacerlo. La próxima vez que lo veas ¡no reconocerás a este pequeñín!

«Sí, peque —le digo—, vas a estar mejor que nunca».

—Además, ahora tienes una excusa —me dice Marilyn.

—¿Para qué?

—Para venir a visitarme.

Guarda el móvil en el bolso y yo me siento en una dura silla de

plástico y me quedo mirando las máquinas expendedoras, que no dejan de zumbar al otro lado de la sala. ¿Por qué me sentiré tan sola?

—Echo de menos a Adrienne —digo al cabo de un rato.

—Yo también.

—Era la mejor de todas.

Me duele el pecho.

Giro la cabeza y estudio un mural que hay en la pared más alejada. Representa un atardecer en una playa tropical y parece que esté pintado con varios tonos de barro.

—No. —Marilyn me coge por la barbilla y me gira la cabeza para que la mire—. Tú eres la mejor de todas, Lynnette. Nunca te rindes. Nunca lo dejas. Nos salvaste a todas.

En la comisura de sus ojos aparecen unas arruguitas y veo unas ligeras hendiduras en su labio superior. Le veo las raíces. Un único pelo brota de su barbilla. Nunca había mirado a nadie tan de cerca. Nunca había dejado que nadie me mirara tan de cerca.

Marilyn se echa hacia atrás y rebusca en su bolso. Saca un paquete de chicle Big Red.

—No sé qué va a pasar con Dani. Las reglas para las visitas decían que nada de vaquero, ni de camuflaje, ni de telas que pudieran parecerse a las de las reclusas. ¿¡Qué se va a poner!?

Después de que Dani entrara en casa ese día, me quedé allí sola durante un buen rato, mirando el desierto. Hordas de cigarras se serraban las patas, la una contra la otra, subidas a eucaliptos mientras las golondrinas de los riscos se lanzaban a toda velocidad a uno y otro lado cazando bichos. Algo se movió a mi derecha y alcancé a ver la cola de una serpiente desaparecer por debajo de una creosota.

Las polillas blancas aleteaban por entre polvorientos arbustos iluminadas por una pálida luna creciente. Lejos, en las colinas, los coches relucían y brillaban como pequeñas joyas. Aquello me llevó a pensar en cuánta gente había allí. Y había tanta…

Algo me tocó el pie y pegué un salto. Solo era un grillo. Se quedó en mi pie, vibrando durante un instante, y, entonces, de súbito, había desaparecido. A lo lejos oí resoplar a uno de los caballos.

Hay mucha vida, y es una vida que no se detiene. Puede que no sea la vida de todo el mundo, pero es la vida, con mayúsculas. Y la vida no se para por nadie. Chrissy dijo que solo había dos fuerzas en el mundo que se equilibraran la una a la otra: la vida y la muerte, la creación y la destrucción. Pero se equivocaba. Solo hay una. Porque da igual cuánto lo intentemos, no podemos parar la vida. Da igual cuánto luchemos, a cuántos maten, la vida cambia constantemente, y crece y vive y la gente se pierde, se queda atrás, pero vuelve, y nace y

sigue adelante. Y da igual que las cosas se compliquen, que sean duras, la vida sigue su curso.

—¡Eh, hola! ¡Aquí! —grita Marilyn a mi lado mientras agita el brazo.

Julia y Dani ruedan hasta donde estamos desde la otra punta de la estancia. Julia habla y habla con Dani, mientras que esta va concentrada en abrirse paso por entre las mesas de plástico hasta la especie de pequeño círculo de sillas plegables en las que estamos sentadas Marilyn y yo.

—Han intentado que utilizáramos las sillas de ruedas de la cárcel —nos comenta Julia—, pero les he preguntado a ver si querían recibir una citación de la Organización de Discapacitados ¡y a punto he estado de tener que bosquejar una antes de que nos dejaran pasar!

Nos miro, con las sillas de ruedas, los puntos y los vendajes, los bastones de aluminio. Parecemos modelos de una convención de material ortopédico.

—Tu hombre te está esperando fuera —me suelta Dani mientras se detiene.

Antes, cuando mi taxi ha parado frente a la puerta de la Prisión Central de California, en un primer momento, no he visto a Garrett P. Cannon. Llevaba un nuevo y horripilante sombrero de color paloma y un traje a juego con una de esas corbatas de cordón suyas, así que no entiendo cómo se me ha podido pasar por alto. Me ha alcanzado mientras me acercaba a la entrada con el bastón.

«Sé que lo tuyo no es la gratitud —me ha dicho mientras tiraba su cigarrillo Dutch Masters y lo apagaba con el talón de una de sus botas de vaquero—, pero, aun así, creo que le debes algo de gratitud a ese agente de la ley que es todo un héroe y que ha hecho esto posible».

«Hola, Garrett».

«Acabo de gritar tu nombre tres veces. Por lo menos».

«Sí, lo siento. El dolor de las heridas me complica lo de caminar, así que tengo que concentrarme. Entiendo que suponga un inconveniente para ti».

Una vez he empezado a caminar, no puedo parar durante mucho tiempo o me quedo rígida, así que he seguido andando, pero avanzo muy despacio, por lo que a Garrett no le ha costado seguirme el ritmo.

«A ver, Lynney, tampoco es eso. Lo único que digo es que he tenido que saltarme muchas leyes y pedir muchos favores para que tengáis un rato a solas con ella ahí dentro. No muchos hombres harían algo así por una mujer que les ha tratado como me has tratado tú a mí».

«Te estoy muy agradecida, Garrett».

«Esta tarde voy a llamar a mi agente acerca de lo de nuestro libro. Me dijiste que lo escribiríamos juntos si organizaba esto, y supongo que estarás de acuerdo conmigo en que he tenido que mover cielo y tierra. Evidentemente, mi nombre irá primero en la portada».

En ese momento me he detenido y le he mirado.

«Garrett, cuándo te dije que escribiría un libro contigo, mentía».

He empezado a caminar de nuevo, renqueando, y Garrett se ha quedado allí, cagándose en todos mis muertos.

En la sala de espera, Marilyn pregunta:

—¿Cuándo empieza esto? Ya estamos todas.

Nadie sabe dónde está Heather, pero damos por hecho que está bien. Me gustaría haberle dicho que no la culpo por haber llamado a la policía, pero, como siempre, Heather no le va a dar ninguna satisfacción a nadie. Marilyn ha abierto una cuenta corriente para ella y nos ha contado que hay retiradas regulares de cajeros. Aunque puede que alguien la haya matado y se haya quedado con su tarjeta. O puede que ande buscando al Rey de los Sueños. O puede que, sencillamente, ande por ahí haciendo de Heather.

Todas nos volvemos cuando oímos que se abre la puerta que hay al fondo de la sala, pero no se trata sino de un agente con una gran tripa que se acerca a nosotras con prisa por entre las mesas. Lleva una camisa beis y unos pantalones de color verde oscuro y, por alguna razón, hay gente por aquí que aún piensa que el bigote sienta bien.

—Soy el capitán Winslow.

Ninguna nos levantamos.

Rodea nuestro círculo presentándose a cada una. Me sorprende lo suave que tiene la mano cuando me la estrecha.

—Tengo que decirles que voy a estar aquí todo el tiempo que pasen con ella —Parece que le dé pena—, pero que respetaré su confidencialidad. Ustedes hagan como que soy parte de la pared.

Asentimos y se va. Ninguna decimos nada. Estar sentada hace que me duela el cuerpo, que me duelan las articulaciones. El aire de la sala empieza a resultarme irrespirable. Ahora mismo todas nos lo estamos pensando, pero antes de que a alguna le dé tiempo a cambiar de opinión, la puerta vuelve a abrirse y el capitán Winslow entra con Stephanie.

Va sin maquillar, pero lleva el pelo brillante y con volumen, y parece que se haya dado brillo en las uñas. Viste una camisa de color azul celeste y vaqueros, y lleva las muñecas encadenadas y atadas a la cintura. Sus ojos tienen una expresión de miedo que reemplaza por indiferencia despreocupada cuando el capitán Winslow nos la acerca.

Esto ha sido idea mía. Lo que predije en la sala de hidroterapia

del Campamento del Lago Red se ha cumplido. Stephanie no mató a nadie, solo dejó a Dani en silla de ruedas, a mí dependiente de un bastón y disparó a una de las responsables de la cocina, que perdió un ojo, pero todos los asesinatos fueron cosa de Skye.

Ambos se habían esforzado mucho en organizarlo todo, pero mientras que Skye era frío y calculador, Stephanie lo sacó de quicio porque no dejaba de improvisar. Stephanie había cumplido con la primera parte del plan —hacerse amiga de Christophe Volker, conseguir que entrara en el Campamento del Lago Red, decirle dónde vivía Adrienne y empujarle por el granero porque le pareció que resultaba más realista—. Cuando aparecí en su casa se le antojó venir conmigo. Era con Skye con quien había estado hablando en el área de descanso de Los Ángeles para decirle que todo iba según lo planeado.

El plan maestro del joven consistía en matar a todas las personas por las que su madre se había preocupado a lo largo de la vida y conseguir así que su importantísima carrera quedara rota en tantos pedazos que nunca pudiera rehacerla. Pretendía humillarla delante de todo el mundo, pero formó equipo con una persona errática a la que le fascinaba jugársela. Si Heather no lo hubiera detenido, lo más probable es que, al final, Skye hubiera matado a Stephanie por pura frustración.

Stephanie habría sido su novena víctima.

Hace mucho tiempo intenté ver una de las películas de la serie *Matanza veraniega*, las pelis de Adrienne, vamos, pero la quité a los veinte minutos, en cuanto me di cuenta de que no iban a contarnos nada de las víctimas. Recuerdo lo mal que me sentí cuando vi que seres humanos con familia y sueños quedaban reducidos a una salpicadura de efectos especiales y no se merecían ni siquiera tener apellido. Es importante recordar los nombres completos.

Estaba Russell Thorn.

La mujer del campamento que perdió el ojo se llamaba Eva Watanabe.

Jack Burrell.

Brenda Jones.

Marcie Stanler.

Edna Hockett.

Julius Gaw.

Amanda Shepard.

Hay que recordar estos nombres y conseguir que el mundo se olvide de Skye Elliott. Que se olvide de Stephanie Fugate.

Los padres de Stephanie contrataron a un abogado que alegó que tenía trastorno de estrés postraumático debido a la Matanza del

Entrenador de Tenis, lo que la había convertido en una agresiva hibristófila. Según él, el amor que sentía por un monstruo la había perdido al pensar eso de «si no puedes con ellos, únete a ellos». No creo que el abogado estuviera equivocado. Skye se tiró dos años seduciéndola, preparándola, transformándola en su compañera ideal. Solo era una chica más que añadir a su lista de víctimas. Le condenaron a veinticinco años por cada uno de los tres cargos de asalto a mano armada y a tres por asalto con lesiones graves. Se va a pasar aquí el resto de la vida.

He pensado mucho en ello, pero soy incapaz de verlo de otra manera. Técnicamente puede que no encaje con la descripción, pero da igual el cristal con que lo mires, es un monstruo quien la ha convertido en víctima y me siento responsable. No pienso volver a abandonar a nadie. Es lo que Adrienne me dijo en una ocasión en que le solté que creía que no merecía seguir con vida: «Es tu vanidad la que habla. Quieres ser especial. Pues te voy a decir una cosa: nunca nadie ha ido tan lejos como para no poder volver atrás. Nadie».

Es probable que esto no vaya a funcionar. Stephanie se opondrá a todo lo que hagamos, se burlará de mis esfuerzos, se enfrentará a nosotras de principio a fin, pero si hay algo que aprendí de Adrienne es que da lo mismo. No podemos evitarlo. Esto es lo que hacemos: no dejar de intentar ayudar a nuestras hermanas.

Aún estoy sorprendida porque todas se mostraran de acuerdo en venir. Aunque, claro, puede que necesitáramos una razón para seguir viéndonos. Puede que necesitemos una razón para vivir.

El capitán Winslow sienta a Stephanie en una silla plegable y se va a la otra punta de la sala. Stephanie sigue con cara de aburrimiento, inexpresiva, irradiando desdén, decidida a ignorar nuestros intentos para que deje salir lo mejor de su naturaleza. Empieza a abrir la boca para decir algo que nos deje de piedra.

Me adelanto:

—Stephanie, bienvenida al grupo de apoyo de las Final Girls.

¿Alguna vez te has parado a pensar en qué les sucede a esas Final Girls después de que sus planes salgan mal y sus armas fallen? ¿Después de que su defensa se desmorone y les disparen en la cabeza? ¿Después de que confíen en la gente equivocada, tomen las decisiones equivocadas y decidan abrirse en el peor momento de todos? ¿Después de que su vida quede completamente arruinada, con treinta y ocho años y ni un solo centavo en el banco, sin hijos, sin pareja, con nada a su nombre exceptuando un par de fantasmas y un puñado de amigas tan destruidas como ellas?

Yo sé qué les sucede.

Se convierten en mujeres.
Y viven.

AGRADECIMIENTOS

El autor quiere dar las gracias a ciertos individuos que tuvieron grandes actuaciones o importantes quehaceres en esas películas sin las que esta novela no habría visto la luz.

Matanza veraniega
Adam Goldworm (D.E.P.), Teddy, *Matanza veraniega II*, *Matanza veraniega III* en 3D, *Matanza veraniega IV*
Stephen Graham Jones, monitor partido en dos, *Matanza veraniega V*
Harold Brown, periodista «Cabeza Machete», *Matanza veraniega VII*
Daniel Passman, abogado malvado, *Matanza veraniega VIII: Teddy viaja a Washington*
Patrick Chu, director, *Matanza veraniega IX: Teddy en gravedad cero*

El gancho de carne
Joshua Bilmes, productor, *El gancho de carne II*, *El gancho de carne III* y *El gancho de carne IV*
Eddie Schneider, hombre en el congelador, *El gancho de carne*
Brady McReynolds, cadáver quemado por el sol, *El gancho de carne*
Valentina Sainto, «Suzy», *El gancho de carne*
Susan Velazquez, «Marilyn», *El gancho de carne*
David Litman, agente en trampa para osos, *El gancho de carne II*

El retorno de los gnomos
Jessica Wade, productora, *El retorno de los gnomos*

Alexis Nixon (trompa), Danielle Keir (tuba), Fareeda Bullert (melófono), Daniela Riedlova (flautín), Jin Yu (toms de marcha), banda, *El retorno de los gnomos*
Claire Zion, chica que grita, *El retorno de los gnomos*
Jeanne-Marie Hudson, subdirector Hunt, *El retorno de los gnomos*
Emily Osbourne, la fea del baile, *El retorno de los gnomos*
Megha Jain, forense, *El retorno de los gnomos*
Laura Corless, apuñalada con pincel, *El retorno de los gnomos*

Cascabeles de muerte
Cat Camacho, productor, *Cascabeles de muerte II: Infierno en vacaciones*

y *Cascabeles de muerte III: Elfos malvados*
Julia Lloyd, cantante de villancicos, *Cascabeles de muerte*
Luke Dunlavey, víctima de dardo, *Cascabeles de muerte II: Infierno en vacaciones*
Laura Price, elfo aterrador número 1, *Cascabeles de muerte III: Elfos malvados*
Lydia Gittins, cantante de villancicos, *Cascabeles de muerte IV: Festival de sustos*

Sueños letales
Doogie Horner, monstruo de pizza inexpresivo con barba, *Sueños letales II: Los dulces gritos están hechos de esto*
Nicholas Rucka, director, *Sueños letales III: Reinas del sueño*
Roxanne Benjamin, monstruo muñeca, *Sueños letales IV: La pesadilla final*
Ted Geoghegan, «Gorpus», *Sueños letales IV: La pesadilla final*

Los asesinatos de la canguro
Hannah King, enfermera del hospital psiquiátrico, *Los asesinatos de la canguro*
Kristin Johnston, novia que come caramelos, *Los asesinatos de la canguro* Nicholas Scott Sanburg, vecino enfadado, *Los asesinatos de la canguro* Mick Hickney, reparador de máquinas expendedoras muerto, *Los asesinatos de la canguro II*
Diana Romanova, doctora Strumpf, *Los asesinatos de la canguro II*
Cat Scully, operadora de *mainframe*, *Los asesinatos de la canguro III: Samain*
Kris Gilbreth, sacrificio humano, *Los asesinatos de la canguro III: Samain*
Eric Mueller, druida, *Los asesinatos de la canguro III: Samain*

El origen de las *slasher* es *Psicosis* (1960), de Alfred Hitchcock, que está basada en la novela homónima de Robert Bloch. Aunque Bloch aseguró en numerosas ocasiones que su novela se basaba en los crímenes reales de Ed Gein, en sus archivos se encontraron recortes sobre Floyd Scriltch, el infame animador de niños y envenenador en serie de Wisconsin. Cuando Hitchcock se hizo con los derechos de la novela de Bloch también se hizo con los derechos de por vida de Amanda Cohen, la Final Girl de la Masacre del Conejito de Pascua. Cohen fue determinante en la detención de Scriltch, pero pagó un precio muy alto por su valentía. Este libro está dedicado a ella.

Nota

* Películas de cuchilladas.

Grupo de apoyo para Final Girls
Grady Hendrix

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

Título original: *The Final Girl Support Group*

The Final Girl Support Group Copyright © 2021 by Grady Hendrix
Todos los derechos reservados.
Publicado originalmente como *The Final Girl Support Group*

Publicado por acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc, a través de Yáñez, parte de International Editors' Co. S.L. Literary Agency.

Traducción: © Victor García de Isusi

Créditos de interior: Aging worn paper © Mark Carrel / shutterstock.com; Open file with papers © Ralko / shutterstock.com; Ripped paper collection © ESB Professional / shutterstock.com; Grunge background © argus / shutterstock.com; Worn paper stained © Mark Carrel / shutterstock.com; Bullet holes © Macrovector / shutterstock.com; Vintage paper background © Vladimir Borozenets / shutterstock.com; Hand against glass © Morumotto / shutterstock.com; Zombie gnome © Dragon Days Photography / shutterstock.com; Windowsill urban background © aapsky / shutterstock.com; Notebook: Karolina Grabowska in Pexels; Pen: Mike Tinnion in Unplash.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-450-1410-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!